Ensayo

IAN
GIBSON

El hombre que delató a García Lorca

Ramón Ruiz Alonso y el asesinato de García Lorca

DEBOLS!LLO

Ian Gibson

El hombre que delató a García Lorca

Ramón Ruiz Alonso y el asesinato de García Lorca

Edición corregida y revisada

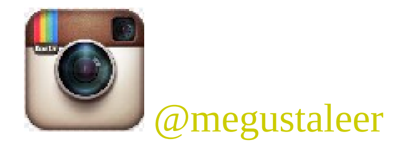
DEBOLS!LLO

SÍGUENOS EN

megustaleer


@Ebooks


@megustaleer


@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Nota preliminar a la primera edición (2007)

Ramón Ruiz Alonso, diputado por Granada de la CEDA (Confederación Española de Derechas Autónomas) —la gran coalición liderada por José María Gil Robles, ganadora de las elecciones de 1933—, nunca negó haber sido quien detuvo a Federico García Lorca en la casa de la familia Rosales en agosto de 1936, un mes después de iniciada la guerra. Nunca lo negó… pero siempre añadía que lo hizo obedeciendo órdenes del gobernador civil rebelde, el comandante José Valdés Guzmán. En cuanto a la denuncia responsable de la detención del poeta, afirmaba tajantemente no haber tenido nada que ver con ella. Tampoco estaba dispuesto a asumir responsabilidad alguna por lo que le ocurrió al autor de *Bodas de sangre* a partir del momento en que lo dejó, acompañado de uno de los hermanos Rosales, en el Gobierno Civil.

En vista de la nueva documentación que ha ido aflorando a lo largo de los últimos años parece útil y necesario revisar el papel desempeñado por Ramón Ruiz Alonso en la Granada de antes y después del golpe de Estado de julio de 1936, y su relación con la detención y muerte del poeta andaluz más leído y querido de todos los tiempos.

Ian Gibson,

Madrid, 29 de junio de 2007

Nota preliminar a esta edición (2016)

Agradezco a Penguin Random House Grupo Editorial la reedición de este libro, originalmente titulado *El hombre que detuvo a García Lorca*. Ello me ha permitido corregir algunos lapsus y añadir unos datos nuevos, debido sobre todo a la obra de Gabriel Pozo Felguera, *Lorca, el último paseo* (Granada, Ultramarina, 2009). Libro que confirma, gracias a las declaraciones de Emma Penella recogidas por el autor, el papel decisivo de su padre, Ramón Ruiz Alonso, en la denuncia responsable del asesinato del poeta. Creo que ello justifica, con otros pormenores aludidos, el cambio de verbo en el título de mi estudio.

Ian Gibson,

Madrid, 22 de marzo de 2016

Capítulo I
Ramón Ruiz Alonso, enemigo mortal del socialismo

De Salamanca a Granada

Ramón Urbano Lorenzo Ruiz Alonso nació el 14 de noviembre de 1903, a las dos de la tarde, en el pueblo salmantino de Villaflores, situado en plena meseta castellana a unos veinte kilómetros de Madrigal de las Altas Torres y a treinta de la capital provincial.[1] Tenía, es decir, cinco años y medio menos que Federico García Lorca, que había venido al mundo el 5 de junio de 1898 en otro pueblo, Fuente Vaqueros, ubicado, como al poeta le gustaba subrayar, en «el corazón de la Vega de Granada».

Los padres de Ramón, Ricardo Ruiz Hernández y Francisca Alonso Fraile, eran —como los de Lorca— acomodados labradores. «Nací en una familia a la que el bienestar sonreía y la vida agasajaba», escribió en su manual fascista *Corporativismo*, publicado en 1937.[2]

Como sus hermanos José, Ángel y Ricardo, fue educado durante algunos años por los salesianos del colegio de María Auxiliadora de Salamanca.[3] Allí coincidió, al parecer, con José María Gil Robles, quien, cuatro años mayor que él, sería más tarde su orientador y jefe político.

En 1977 unos vecinos de Villaflores nos aseguraron, durante una visita al pueblo, que los padres de Ramón perdieron mucho dinero con los juegos de azar y que, en consecuencia, la familia pasó por una etapa muy difícil. Ruiz Alonso se refiere a ello, evitando explicaciones, en *Corporativismo*. En los felices tiempos, escribe, las gentes llamaban a su padre «don Ricardo» y a

su madre «doña Francisca». Luego vino el derrumbe y nacieron, según el autor, sus «rebeldías»: rebeldías muy tenaces. «Yo no las pude vencer jamás —relata—, porque venidos mis padres a menos, empobrecidos totalmente, aunque enriquecidos moral y espiritualmente más que nunca, yo vi a aquellas mismas gentes llamar a mi padre "el señor Ruiz" y a mi madre "la señora Paca".»[4]

No cabe duda, pues, de que hubo un período de penuria. En su libro recuerda, además, cómo «años atrás, las primeras veces mi madre, y después yo mismo, iba con un pucherito a un Colegio salesiano de Galicia a buscar comida para todos».[5]

Según dijo en 1933, sus padres se vieron forzados a emigrar, no sabemos en qué año, a Argentina.[6] No tardaron mucho en regresar e instalarse en Madrid, donde Ramón ingresó en el Colegio de Segunda Enseñanza del Sagrado Corazón de Jesús de Carabanchel Alto, también regido por los salesianos. Allí, según un documento conservado en la Facultad de Derecho de la Universidad de Granada, estudió francés durante los cursos 1921-1922 y 1922-1923 y recibió un sobresaliente.[7]

En Madrid una «buhardilla» de la calle del Barco, número seis, albergó por un tiempo a la familia. «Recuerdo de una noche —sigue apuntando el autor de *Corporativismo*— que la cena para cinco personas consistió en dos grandes patatas cocidas con agua y sal».[8]

En el padrón municipal de 1924 correspondiente a dicha dirección no consta la presencia de la familia Ruiz, pero sí en el siguiente, el de diciembre de 1930. Viven entonces en el piso tercero exterior del inmueble los padres de Ramón, dos de sus hermanos —Ángel y Ricardo— y su hermana María de la Fuenciscla.[9]

Falta el futuro diputado de la CEDA, que en una fecha no determinada se había mudado a Barcelona donde volvió a ser alumno de los salesianos, esta

vez en sus Escuelas Profesionales, así llamadas. Pero «las necesidades de la vida —escribió en 1932—, cruel también conmigo como con los demás», le obligaron a abandonar aquel establecimiento, donde los hijos de don Bosco lo «enseñaron a saber rezar entre el repiqueteo del yunque herido por el martillo». Luego consiguió trabajo en su primer taller. Allí, como obrero fervorosamente católico entre tantos no creyentes, se sintió «solo en el mundo, desamparado, huérfano».[10]

En 1967 Ruiz Alonso recordaba con gran cariño a los salesianos, que tanto le habían ayudado durante su juventud, inculcándole en catolicismo fervoroso, y nos explicó que durante varios años presidió su Asociación de Antiguos Alumnos.[11]

Poco antes de la llegada de la República en abril de 1931, trabajaba como delineante en la Compañía de Trabajos Fotogramétricos de Madrid, fundada por el aviador Julio Ruiz de Alda (luego uno de los primeros colaboradores falangistas de José Antonio Primo de Rivera). Las cosas iban mejorando.[12]

Nuestro hombre era alto, bien parecido, fornido, arrogante y enfático, con una mata de pelo negrísimo y una risa estentórea. En 1929 se casó con Magdalena Penella Silva, hija del famosísimo compositor valenciano Manuel Penella (1850-1939), descubridor de Concha Piquer y autor, entre otras obras de gran éxito, de las zarzuelas *El gato montés* (1916) y *Don Gil de Alcalá* (1932), así como de la popular canción *Amapola*, hecha famosa en todo el mundo, décadas después, por Plácido Domingo. El 2 de marzo de 1930 nació en Madrid la primera hija de la pareja, Manuela —nombrada así en honor del abuelo—, que, con el correr de los años, iba a ser la célebre actriz Emma Penella.[13]

Nada más inaugurada la República cambió radicalmente a peor la situación laboral de Ruiz Alonso, por su negativa a afiliarse al sindicato

socialista del Arte de Imprimir, presidido por Ramón Lamoneda. No sólo no pudo seguir practicando su profesión, que ya era de «obrero tipógrafo», sino que hasta se vio convertido en peón de albañil.[14]

No olvidaría nunca aquella experiencia humillante, que le provocó un visceral resentimiento contra los socialistas de la Casa del Pueblo. En *Corporativismo* leemos:

> SEIS empresas… conservadoras (?)… católicas (?)… de derechas (?) ME ECHARON a la calle porque así lo exigía la Casa del Pueblo de Madrid.
> ¡¡Qué asco!!
> Pasé hambre, mucha hambre… yo… ¡¡y los míos!![15]

Su situación mejoró, sin embargo, en 1932 al conseguir trabajo en *El Debate*, el periódico católico más influyente del país, dirigido por Ángel Herrera Oria, uno de los fundadores del partido derechista Acción Popular. En los talleres del rotativo sólo estuvo unos meses. Impresionados por su fervor antimarxista, los dirigentes del partido, quizás aconsejados por Gil Robles, le enviaron a Granada para trabajar en los talleres del nuevo diario *Ideal* —propiedad, así como *El Debate*, de Editorial Católica—, cuyo número inaugural salió el 8 de mayo.[16]

«Vibrante, ameno, movido, confeccionado con arte… un periódico moderno, en fin, con todo lo que el adelanto del periodismo exige hoy a un buen órgano de opinión»: así celebró *El Debate* la epifanía de su hermano pequeño de provincias, con un elogio especial para su flamante director, Pedro Gómez Aparicio, antiguo alumno de los cursos de periodismo del gran diario madrileño.[17]

El Debate no dudaba que *Ideal* estaba llamado «a figurar en primera línea entre la Prensa de provincias de España». No se equivocaba. Lo empezó a hacer nada más nacer, y muy pronto cobró una tremenda fuerza

como diario predilecto de los católicos granadinos. Eran momentos en que se debatían en las Cortes, con intensa crispación, el proyecto del Estatut Català y la Reforma Agraria. *Ideal*, como *El Debate*, se opuso vigorosamente a ambos proyectos, suscitando con ello la acérrima hostilidad de las izquierdas. Ambos rotalinos estaban también, cómo no, muy en contra de la escuela pública laica («Escuela católica para el niño católico» era uno de los lemas de *El Debate)*. Las caricaturas publicadas por *Ideal* satirizaban sobre todo a Manuel Azaña, bestia negra de las derechas (con Fernando de los Ríos). El diario dedicaba poquísimo espacio a la cultura, y, cuando excepcionalmente lo hacía, se fijaba de manera casi exclusiva en artistas o escritores locales de derechas.

PRIMEROS PASOS DE RUIZ ALONSO EN LA POLÍTICA

Ruiz Alonso, muy ambicioso, muy empeñado en ser algo importante en la vida, en recuperar el *status* social que había perdido su familia, no sólo iba a trabajar en *Ideal* como tipógrafo o linotipista. Llegó a Granada, según no duda en afirmar Gabriel Pozo Felguera, «en calidad de comisario político de Gil Robles con la intención de ser su hombre de confianza en la provincia». Su trabajo como linotipista del diario, es decir, era poco más que una tapadera. De ello no tardaron en darse cuenta los demás empleados del rotativo, sorprendidos por sus constantes idas y venidas. Daba la impresión de que mandaba más que el director, de que tenía plenos poderes. [18]

Convencido, al parecer, de que su misión en la vida era contribuir a la «redención» o «reconquista» de los obreros católicos españoles —embaucados y envenenados, a su juicio, por los dirigentes de los sindicatos

socialistas—, empezó pronto a escribir en el diario. Primero, una serie de siete artículos agrupados bajo la rúbrica general de «Temas de Acción Social». Los cuatro iniciales se publicaron el 10, 20 y 27 de julio y el 5 de agosto de 1932, o sea justo antes de la abortada sublevación sevillana del general Sanjurjo el 10 agosto, acontecimiento que provocó disturbios en Granada, entre ellos el incendio del Casino —símbolo, para la izquierda, de la burguesía más rancia de la ciudad—, y, durante un mes, el cierre gubernamental de *Ideal*.

El tema de los cuatro artículos es el desamparo del trabajador católico en una España donde los líderes socialistas —«reptiles y charlatanes, embaucadores del obrero»— se empeñan en quitar a Dios de las escuelas públicas y en engañar a sus afiliados con falsas promesas de redención social. La situación es muy grave. Hay que reaccionar y ya se está reaccionando. Las organizaciones sindicales católicas no son un mito, están dispuestas a dar la batalla, y atraerán a cada vez más desilusionados del otro bando. Ruiz Alonso se dice convencido de ello. Los cuatro siguientes artículos de la serie, iguales en tono y contenido, saldrán en *Ideal* entre septiembre y octubre de 1932.[19]

El 1 de diciembre de 1932 Ruiz Alonso solicitó una matrícula gratuita —por su condición de «obrero»— en la Escuela Social del Trabajo de Granada. Le fue otorgada. Redactada con cuidadosa caligrafía de delineante (se preciaba de dibujar bien, pero en realidad su talento artístico era más bien mínimo, como demuestran las ilustraciones de *Corporativismo*), la solicitud revela que vivía entonces en la placeta de las Chirimías, número 16, situada a orillas del pequeño río Darro debajo de la Alhambra. Estaba decidido, evidentemente, a mejorar todo lo posible su posición laboral y social. Durante su primer curso en la Escuela Social estudió Legislación del

Trabajo (1º), Geografía Económica, Economía Política, Derecho Público y Política Social. Recibió tres notables y dos aprobados.[20]

El 1 de enero de 1933 publicó en *Ideal* un resumen de los numerosos desórdenes ocurridos en Granada y su provincia desde la inauguración del diario. Se titulaba «Actividades sociales en ocho meses» y así comenzaré: «Triste y desastroso es el balance social del año que ayer murió». Luego venía el largo recuento de abusos, atropellos, huelgas y hasta muertes producto, a juicio del autor, de las «insanas y corruptoras doctrinas» que envenenaban el ambiente. Es significativo que el autor del resumen fuera Ruiz Alonso y no otro redactor del diario o incluso el director del mismo: demostraba el peso que, como enviado desde *El Debate*, ya tenía en la casa.[21]

Si añadimos que en este mismo mes de enero de 1933 es elegido vicepresidente del Sindicato Católico de Comercio, Banca, Seguro y Oficinas de Granada, iremos teniendo una idea del peso que iba consiguiendo nuestro hombre entre las «fuerzas vivas» de la ciudad de la Alhambra.[22]

Acción Obrerista y, quizás, las JONS

Unos meses antes, en junio de 1932, el toledano Dimas Madariaga, diputado a Cortes por el Partido Agrario, y tan fanático como Ruiz Alonso, había empezado a preparar el lanzamiento de un nuevo partido, Acción Obrerista, con la pretensión de atraer hacia él a los obreros católicos y antimarxistas. «En estos momentos —dijo entonces en un mitin de la Juventud de Acción Popular— en que, destrozada España, el obrero no come y las cloacas masónicas dominan, y los españoles dignos viven en la

emigración; en estos momento en que se abre España a aquella raza maldita y decidida, Acción Obrerista, que por mi voz toma parte en este acto, quiere expresar su actuación con el grito subversivo de abajo la tiranía y viva la libertad».[23]

El proyecto cobró cierta fuerza a lo largo de los siguientes meses y, en febrero de 1933, *Ideal* publicaba el manifiesto del partido y elogiaba la iniciativa de Dimas Madariaga y sus correligionarios. Unas semanas después ensalzaba la revista de la flamante organización, *Ideas*.[24]

Ruiz Alonso se adhiere enseguida al partido, y el 3 de mayo de 1933, publica en *Ideal* un artículo titulado «Acción Obrerista, en marcha». El escrito no deja lugar a dudas acerca de la personalidad enfática del personaje, al año de llegar a Granada, así como su ultracatolicismo, su maniqueísmo y el absoluto desprecio que le merecen los líderes socialistas. Se trata, una vez más, de la «redención» de los obreros católicos. Vale la pena reproducirlo en parte, pues nos muestra al Ruiz Alonso apocalíptico «en estado puro»:

> Está ya Acción Obrerista, cuya bandera trae envuelto un programa social redentor, a las puertas de Granada. He aquí un nuevo partido político-social cuya presentación oficial en Madrid produjo ruido en la calle. Algo pasa en las Casas del Pueblo que no es el suceso vulgar de todos los días. En ellas empieza a hablarse de Acción Obrerista y se suceden los comentarios y las discusiones sobre el programa social cristiano que enfrenta a los resquebrajados preceptos del enchufe…
>
> Son muchachos jóvenes, de gran corazón, gente nueva; obreros y trabajadores de todas clases, a los cuales no importó jamás la política y que hoy se lanzan, reclamando para sí el puesto de vanguardia, a la conquista de tantos otros compañeros que encuentran en sus almas un vacío inmenso y en las doctrinas y «acciones» de los «leaders» de sus partidos un desengaño y una desilusión de los más grandes de su vida.
>
> En acto grandioso y solemne, se ha presentado Acción Obrerista a la opinión pública. Todos lo sabéis ya, pues la Prensa lo ha divulgado por toda España; fue en el teatro de la Comedia donde se celebró el acto, al que no faltaron obreros de partidos enemigos, enviados por hábiles e «inteligentes» emboscados a los cuales cegaba la luz y engreía la polémica. Hablaba Madariaga sobre las doctrinas sociales predicadas por Cristo, eje de nuestro programa, y se levantó un obrero, un hijo del trabajo; un hombre, el que quizá siempre oyó decir que Cristo defendió toda su vida a

los ricos y que la Religión era la única culpable de que en el hogar del pobre escaseara el pan. Se encaró con nuestro Dimas y le dijo:

—¿Qué ha hecho Cristo en diecinueve siglos y medio?

—Hacerse obrero, siendo Dios —contestó Madariaga.

Al revés que todo «leader» socialista —digo yoque, siendo obrero, cuando lo es, deja de serlo, primero, y trata después de convertirse en dios…

He aquí la diferencia que existe entre Acción Obrerista y el programa socialista: Para éstos es imprescindible la lucha de clases, reconocen obreros y «señoricos», pero luchan y se afanan por abandonar el traje de mecánico, cuya limpia suciedad no mancha el alma, para vivir la vida muelle de sus encumbramientos adonde no llega el recuerdo de los que por el ideal cayeron. Acción Obrerista, por el contrario, detesta la lucha de clases. Todos iguales a los ojos de Cristo y así como Cristo se hizo obrero siendo Dios, sean también hijos del trabajo los que hoy se llaman «señoricos» y comparten las luchas de la vida, cada cual desde su esfera con los que, hasta aquí, la sociedad llamó criados…[25]

Quedaba clarísimo. Para Ruiz Alonso había en el mundo contemporáneo una lucha a muerte entre el «socialcomunismo» ateo y revolucionario por un lado y, por otro, los valores representados por el cristianismo. La palabra democracia no figura en su discurso… y cuando figure más adelante será para despreciarla.

Unos días después *Ideal* recibe la visita de Ángel Herrera Oria. En medio del banquete que le ofrecen los trabajadores del diario, Ruiz Alonso pronuncia, en representación de éstos, un breve y efusivo discurso de agradecimiento hacia quien le había acogido en los talleres de *El Debate* cuando los socialistas le negaban el pan y la sal. Fue calurosamente ovacionado... y muy agradecido por el propio Herrera. No sin razón. Ruiz Alonso era ya un orador considerable, carismático y peleón, con una voz muy poderosa («el fuerte vozarrón con que Dios me favoreció»).[26]

Dado el odio que le suscitaban el socialismo y el comunismo (entre los cuales apenas distingue en su libro), su desprecio por la obra de los sindicatos de izquierdas y su agresiva personalidad, no es sorprendente constatar que a Ruiz Alonso ya le atraía fuertemente el fascismo. ¿Se afilió

a las JONS? ¿Es el «Ramón Ruiz» a quien se refiere Ramiro Ledesma Ramos (bajo el seudónimo de Roberto Lanzas) en su libro *¿Fascismo en España?*, publicado en 1935? No se ha podido demostrar, pero vale le pena tener en cuenta la posibilidad. Escribe Ledesma Ramos:

> Además de penetrar en zonas sociales más amplias, preocupaba al Partido conseguir una efectiva capacidad para la violencia, y ello, tanto por constituir la acción directa y la acción revolucionaria uno de los postulados tácticos del jonsismo, como por propia y elemental necesidad defensiva. A fines de julio [de 1933], esos propósitos estaban en Madrid resueltos. Ramiro Ledesma, con un lugarteniente eficaz, el camarada Ramón Ruiz, logró organizar y seleccionar un centenar de militantes, en patrullas de a cinco, que ofrecían todas las garantías apetecibles para la acción. Eran, pues, veinte grupos, algunos de ellos de formidable ímpetu y poder agresivo.[27]

En mayo de 1933 se había publicado en la prensa el manifiesto de la Asociación de Amigos de la Unión Soviética, con una larga lista de adhesiones que incluían la de Lorca. Provocó la reacción furibunda y desdeñosa de varios diarios ultraderechistas. Las JONS decidieron actuar y, el 14 de julio, saquearon el local del ente, ubicado en el número 9 de la madrileña Avenida de Eduardo Dato. Parece ser que participó el tal Ramón Ruiz. Tras atar a los dos directivos de la entidad que se encontraban allí, los jonsistas examinaron y procedieron luego a la destrucción de gran cantidad de documentos. Luego se hicieron con los ficheros relativos a las entidades provinciales y locales de la agrupación.[28] Participara o no Ruiz Alonso en el allanamiento, lo cierto es que se enteraría de la pertenencia a la Asociación del poeta, que, además de socio sería, no sabemos a partir de qué fecha, miembro de su Comité Internacional. Como veremos, su afiliación sería una de las cargas relacionadas en la denuncia responsable de su muerte.[29]

Durante los siguientes meses perdemos de vista a Ruiz Alonso. También, aunque no tanto a Lorca, que a principios de octubre embarca para la que

será una triunfal estancia de seis meses en Buenos Aires y Montevideo. Antes de embarcar, vuelve a casa para despedirse de los suyos. «El domingo llegó a Granada el gran poeta granadino Federico García Lorca», anunciaba *El Defensor de Granada* el 26 de septiembre. Añadía que se preparaba en la capital argentina «una excepcional escenificación de "Bodas de sangre"». Era cierto. En Buenos Aires Lorca se iba a convertir en el poeta y dramaturgo escritor español más famoso que hubiera pisado aquellas tierras. Y, para más envidia de los miserables, a ganar mucho dinero con su obra. Nada de allí constaría en la páginas de *Ideal*.[30]

Ruiz Alonso reaparece en ellas el 15 de octubre de 1933 —ya se presagia la próxima disolución de las Cortes— con otro artículo sobre «Acción Obrerista». Se colige que ha estado entregado durante los últimos meses a su misión de redentor de las masas obreras. El tono antimarxista del discurso ya va subiendo:

Ante el altar de la Patria

Por Ramón Ruiz Alonso
(Obrero tipógrafo)

Cuando se desencadenó la tempestad sobre nuestra querida España y el marxismo atracó las conciencias proletarias convirtiendo a sus *leaders* en salteadores del Poder, surgió en Toledo un obrero cristiano, Dimas Madariaga, que, sin estar manchado por la labor asquerosa del odio, les declaró guerra sin cuartel. Para extirpar a las sanguijuelas que chupan la sangre noble de los trabajadores, se unió a él una legión obrera diseminada por toda España; también a Granada llegó el conjuro de su grito de guerra, guerra noble y generosa, que coincidió en las faldas de la Alhambra con el estallido de las bombas que pasearon por nuestra ciudad un guiñapo empapado en lágrimas de sangre. Aquel grito de guerra, aquel guiñapo, aquellas bombas, sacudieron todo mi ser y resucitaron en mi conciencia adormecida las enseñanzas puras y santas que mi madre, primero, y los Salesianos, después, inculcaron en mi alma.[*]

Como la mía, despertaron muchas conciencias más, y nació en España «Acción Obrerista» y, al verterse sus doctrinas redentoras, obreros de los pueblos de Granada las aplaudieron y aceptaron, dando un mentís rotundo a quien les ofendió en la blasfemia de que los obreros de Granada tenían,

> en vez de corazón, un amasijo de hiel y de vinagre. Con todo el esfuerzo de nuestros músculos fue enarbolada nuestra bandera en las avanzadas de la C.E.D.A., porque, obreros cristianos y españoles, entendemos que, en la defensa de la Religión y en la defensa de la Patria, los de arriba, los de en medio y los de abajo tenemos las mismas cosas que defender, tenemos los mismos deberes que cumplir. A partir de entonces, recorrimos todos los ámbitos de España, pregonando por esos campos de Dios la paz de Aquel que un día, colgado en un madero, no tenía en sus labios una maldición para sus verdugos, sino de amor para todos los hombres.
>
> Para despertar el patriotismo dormido y para forjar en el proletariado español una conciencia sana, acudimos a la cantera del pueblo y se extendió nuestro programa de lo social a lo político. Porque la cuestión social, que tan vivamente preocupa a nuestro país, adquiere una importancia mayor cada día porque ya ha traspasado los límites estrictos de un círculo económico para entrar dentro del campo de la política. Y así, hasta hace poco, las clases trabajadoras, organizadas en movimientos de fuerzas nacidos de esas mismas organizaciones, se manifiestan para solicitar, para pedir y para exigir determinadas ventajas de orden material. Pero hoy ya no es eso; hoy, después de asaltar los puestos de la gobernación del Estado, se pretende implantar desde ellos doctrinas, procedimientos y criterios nacidos de una clase para ir en contra de todas las demás. Y, en la primera parte, en el primer impulso, en el primer movimiento, en cuanto redundase en beneficio de la clase trabajadora, ahí teníamos que estar todos los que reconociésemos la injusticia social; pero cuando se pasa de ahí y se hace de todas las aspiraciones un escabel político, cuando la pezuña marxista se sienta sobre las honradas espaldas de la clase trabajadora para conseguir, no un programa social ni político, sino la destrucción misma de la Religión y de la Patria… contra eso, «Acción Obrerista» está alerta para dar la batalla a esos desdichados que explotan la causa de los obreros y luego les abandonan porque estorban sus plácidas digestiones.[31]

Gil Robles, jefe incontestado de la CEDA (Confederación Española de Derechas Autónomas), que aglutina a muchos partidos de derechas, está ya manejando una retórica explícitamente antirrevolucionaria. El 20 de octubre se celebra en Guadix un magno acto de propaganda en el cual participa Ruiz Alonso como representante de Acción Obrerista, ahora integrada en la coalición. Contribuye con un discurso vibrante y maniqueo contra los «falsos apóstoles» socialistas que engañan a los obreros para «elevarse a costo de ellos» —su tema de siempre—, y anuncia que él y sus correligionarios están dispuestos a hacerles frente. El orador, que se confiesa «rebelde por naturaleza», es calurosamente ovacionado.[32]

Unos días después repite en Loja. Manifiesta que Acción Obrerista ha nacido para condenar y combatir la lucha de clases que a su juicio ha postrado a España. Para los cristianos no puede haber tal lucha. Puesto que todos somos hijos del mismo Dios, cada uno tiene la obligación de cumplir honradamente con su deber, tanto el capitalista como quien cobra un sueldo. Acción Obrerista, insiste, es revolucionaria en el sentido de que aplica la enseñanza social de Cristo.[33]

CANDIDATO DE LAS DERECHAS

El 4 de noviembre de 1933 la prensa granadina anuncia que ha habido una modificación en la candidatura electoral de la Coalición de Radicales, Agrarios y Derechas. Queda fuera el catedrático granadino Alfonso García Valdecasas (amigo de juventud de García Lorca), personaje muy conocido en Granada, y toma su lugar el «obrero tipógrafo» Ramón Ruiz Alonso. La exclusión de García Valdecasas se debe, según *El Defensor de Granada*, a «sus manifestaciones de tipo fascista en el mitin del teatro de la Comedia de Madrid». O sea, a las manifestaciones suyas hechas durante el acto fundacional de Falange Española de las JONS, celebrado en dicho coliseo madrileño el domingo anterior, 29 de octubre de 1933.[34]

Según escribirá el propio Ruiz Alonso en *Corporativismo*, no estuvo ajeno a su designación como candidato de la coalición de derechas el director de *Ideal*, Pedro Gómez Aparicio, «mi amigo, mi hermano…, y el padrino de aquel angelote que Dios me dio y que Dios me quitó…[*] Seguramente por él llegué a ser diputado a Cortes. Por lo menos fue de los que más me ayudaron».[35] En un editorial del diario publicado el mismo 4 de noviembre se aprobaba calurosamente la candidatura del tipógrafo: «Su

labor propagandística en nuestra provincia, ardorosa y sincera, ha provocado en todas partes, aun entre los auditorios adversos, adhesiones y entusiasmos. Hombre de formación sólidamente cristiana, de verbo fácil y persuasivo, imbuido de un hondo sentido socialmente obrerista, moderno y culto, tenemos la evidencia de que ha de ostentar con toda dignidad la representación de Granada, en general, y la de nuestras clases modestas, en particular».[36]

El 6 de noviembre el candidato se dirigió con aquel «verbo fácil y persuasivo» a las mujeres del pueblo de Jeres del Marquesado. Les dijo que había llegado a Granada para defender la causa de Cristo (a quien en otra ocasión llamará «el Divino Obrero que murió crucificado por salvar a los pobres»). Y, si podemos fiarnos del reportaje de *Ideal*, declaró, cuando fue objeto de una ovación: «Pedisteis a Dios un hombre y demostráis con orgullo vuestra alegría al ver que os envía este obrero». Está claro que Ruiz Alonso se va viendo ya como redentor investido con la misión divina de salvar a los obreros españoles.[37]

Habló con tanto fervor en Jerez del Marquesado y otros pueblos cercanos que estuvo afónico hasta el 10 de noviembre, cuando reapareció en Santa Fe.[38] Dos días antes había solicitado la matrícula de su segundo curso en la Escuela Social de Granada. Como en 1932, consigue que se la concedan gratuitamente «por su calidad de obrero». Esta vez las asignaturas son Legislación del Trabajo (2º curso), Previsión y Seguros Sociales, Mutualidad y Cooperación, Historia Social de España, Tecnología y Organización Industrial.[39]

Durante los pocos días que quedan para los comicios, en los cuales van a votar por primera vez las mujeres, Ruiz Alonso hace uso de su «fuerte vozarrón» en numerosos mítines celebrados en la provincia. En Salobreña ataca con saña al ministro socialista Fernando de los Ríos, llamándolo

«hombre funesto para España» y «traidor» (en otras ocasiones le tildará de «nefasto» y «maléfico»). Declara que, si sale elegido, «os espera el obrero católico Ruiz Alonso, que ha sido como vosotros vilmente engañado y traicionado por los líderes socialistas». A lo largo de los siguientes días —y años— nunca dejará pasar la ocasión de recordar sus sufrimientos a manos de la Casa del Pueblo madrileño.[40]

Especialidad del hombre era invitar a los adversarios presentes en sus mítines a discutir con él. Otra era insistir, una y otra vez, en la calumnia de que los socialistas habían sido los responsables de los asesinatos de campesinos cometidos aquel enero en el pueblo gaditano de Casas Viejas. Se negaba a conceder que un dirigente socialista pudiera ser valiente y honrado. Todos eran serpientes y tiburones.[41]

Con tales modales se granjeó, naturalmente, la abierta hostilidad de muchos republicanos. El 14 de noviembre de 1933 leemos en *El Defensor de Granada*, que muy pronto se convierte en acérrimo adversario suyo:

Suspensión de un mitin derechista en Almuñécar

> En la noche del pasado sábado se presentaron en Almuñécar, con ánimo de celebrar un mitin, los candidatos derechistas La Chica Damas y Ruiz Alonso. Cuando hablaba éste se produjeron numerosos incidentes por interrumpir los obreros al orador.
>
> En vista del cariz que tomaba el acto, la autoridad local dispuso que fuera suspendido. Así se hizo, sin que ocurrieran más incidentes.[42]

Unas pocas horas después volvieron a producirse hechos similares en Lanjarón, donde también fue interrumpido el flamante candidato «obrero» de las derechas por unos trabajadores de verdad.[43]

Las elecciones se celebraron el domingo 19 de noviembre de 1933. Durante la jornada Ruiz Alonso, vistiendo gorra y mono de obrero, visitó el pueblo de Santa Fe en la Vega de Granada, acompañado, según el pie de

una foto publicada en *Ideal* cuatro días después, por «un grupo de correligionarios» suyos de Acción Popular (ilustración 3). Entre éstos, muy elegantemente trajeados, iba el abogado Juan Luis Trescastro Medina, rico terrateniente de Santa Fe casado con Amanda Rosales Rosales, prima lejana de Federico García Rodríguez, el padre del poeta. Célebre en Granada (donde naciera en 1883) por sus modales de señorito machista, Trescastro había ocupado varios cargos en el ayuntamiento de Santa Fe, y entre 1907 y 1922 fue diputado provincial por el partido conservador. Se jactaría de haber sido uno de los que mataron a Federico García Lorca.[44]

«LAS DERECHAS OBTIENEN EN TODA ESPAÑA UNA ARROLLADORA MAYORÍA» proclamaba *Ideal*, jubiloso, el 21 de noviembre. No fue Granada excepción a la regla. De la noche a la mañana Ruiz Alonso se encontró con la inmensa satisfacción de ser diputado de Acción Obrerista por la provincia. Su euforia no conocía límites. ¡A los treinta años había empezado a ganarle el pulso a la adversidad, pese a los esfuerzos de sus muchos enemigos que, enquistados en los sindicatos de izquierdas, habían tratado de hundirlo en el lodo! No tardaría en visitar su patria chica salmantina de Villaflores, donde, para celebrar el feliz acontecimiento, se organizó por todo lo alto un banquete y se dio su nombre a dos de las calles del pueblo, que aun lo siguen luciendo.[45]

Según escribirá después el ya ex diputado, Granada —la Granada de derechas, claro— estaba encantada con su éxito: «Pero yo no puedo olvidar […] que salí de un taller granadino para ir a un parlamento y que Granada me aplaudía con frenesí al ver que, gracias a ella, comencé a triunfar en la vida».[46]

Lo de frenesí no dejaba de ser una exageración, aunque era cierto que las derechas granadinas estaban muy satisfechas con su «obrero amaestrado», apodo despreciativo atribuido a José Antonio Primo de Rivera. Ello se notó

en el banquete celebrado aquel 4 de diciembre en el teatro Isabel la Católica. Allí un enfervorizado Ruiz Alonso prometió que, después de «los dos años de penitencia» de Manuel Azaña —que las derechas pronto denominarán con sorna «el bienio»—, los socialistas iban a ver ahora quiénes eran los auténticos hombres de España. Prometió que no haría nada sin encomendarse primero a la Virgen de las Angustias, patrona de Granada, y que, cuando Dios quisiera, él y sus correligionarios estarían en la calle para hacerle frente al enemigo. Aquel momento, añadió, no había llegado todavía.[47]

El diputado «obrero» de la CEDA

El 10 de diciembre de 1933 salieron en *Blanco y Negro* unas declaraciones de Ruiz Alonso que no dejaban lugar a dudas acerca de sus ideas políticas ni, en concreto, de su abogacía a favor de una futura España de corte mussoliniano. «Yo salí del taller para efectuar la campaña electoral —explicó, repitiendo lo de siempre—; me atrajo la cuestión política desde que observé la labor de los socialistas, que me indignó. Poco a poco se fue demostrando que únicamente dictaban leyes para beneficiar a las Casas del Pueblo, pero no para la redención del proletariado. Nosotros aspiramos a un régimen corporativo, y en Granada se ha despertado la esperanza en las masas populares al escuchar este afán nuestro. Yo vengo aquí a hacer labor obrera para todos los obreros, sean la C. N. T, de U. G. T. o de la F. A. I. No hay que preguntarle al obrero su filiación, sino únicamente si es explotado». El periodista, R. Ortega Lissón, le pidió a continuación qué leyes, en su opinión, merecían ser derogadas. Respuesta contundente: «Todas las dictadas por los socialistas: la de Términos municipales, revisar la de

Jurados mixtos, que hoy constituyen un arma en manos de las Casas del Pueblo; las presidencias de esos Jurados mixtos deberán ir a elementos de la Escuela Social; revisar también la ley de Arrendamientos».

Al lado de Ruiz Alonso durante la entrevista, celebrada en un salón de las Cortes, estaba otro «obrero», esta vez ferroviario, Ginés Martínez Rubio, diputado tradicionalista por Sevilla, que expresó opiniones parecidas. *Blanco y Negro* tenía una difusión masiva entre la clase media y alta, con lo cual el artículo, titulado «Los obreros auténticos, diputados», ayudó considerablemente a divulgar el nombre del Ruiz Alonso alrededor del país, así como sus pretensiones de «redimir» a la clase trabajadora.[48]

Por lo que tocaba a Granada, para principios de 1934 el vehemente diputado de la CEDA iba siendo ya un personaje muy conocido en la ciudad y su provincia.

Ruiz Alonso narra en su libro un episodio que por estas fechas le atrajo más enemistades políticas. A finales de febrero, cuando ya llevaba tres meses como diputado, el diario *ABC* admitió en sus talleres tipográficos madrileños, como suplente, a un obrero minervista no afiliado a un sindicato de izquierdas. Como se trataba de un coto cerrado, la Casa del Pueblo declaró la huelga. La situación le hizo recordar a Ruiz Alonso sus propios sufrimientos a manos de los socialistas unos años atrás. Y no dudó en acudir, siendo diputado y todo, a dichos talleres, así como a los de *El Debate*, para echar una mano («¡Yo fui esquirol!… ¡Yo fui rompehuelgas!»):

> Se planteó la lucha en la calle con violencia, algunas veces con extraordinaria violencia. En la Gran Vía nos arrojaron a un camión lleno de ejemplares de *ABC* y *El Debate* tres botellas de líquido inflamable, que fueron apagadas inmediatamente por nosotros.
>
> ¡De una casa particular habíamos cogido unos extintores y con ellos íbamos bien prevenidos!
>
> A los tres días la huelga estaba estrangulada. Resistió mucho la Casa del Pueblo. ¡¡Mucho!! Los «gráficos» tenían bien repleta la caja de resistencia… se vació por completo; ayudaron las cajas de

otros sindicatos, y el esfuerzo fue terrible. ¡Tan terrible como sobrehumano nuestro trabajo… el de los sindicatos antimarxistas!

¡Yo era uno de tantos! Lo mismo que yo y más que yo, hicieron otros muchos que permanecen en el anonimato. Ya por entonces se hablaba de barricadas, de sirenas, de pistolas y de asaltos. Todo iba muy bien con mi temperamento.[49]

Según su propia definición, pues, Ramón Ruiz Alonso, hace tan poco tiempo humilde tipógrafo desconocido, era ya no sólo diputado a Cortes y sindicalista antimarxista militante, sino que se encontraba muy a gusto en un ambiente en el cual ya se hablaba de «barricadas, de sirenas, de pistolas y de asaltos». Sus propias palabras le van definiendo como protofascista.

Fue decisiva para romper la huelga la intervención del nuevo Gobierno conservador, que desde el primer momento había dado su apoyo al propietario de *ABC*, Juan Ignacio Luca de Tena, quien, fracasada la aventura, se negó a readmitir a los trabajadores. No cabía duda: después del bienio de Azaña se estaba produciendo un viraje abrupto a la derecha.[50]

Ruiz Alonso relata en su libro que en aquellos momentos de euforia, animado por su aportación al fracaso de la huelga, se sintió con la confianza necesaria para interrumpir al socialista Julián Besteiro en las Cortes mientras, el 15 de marzo de 1934, discutía precisamente sobre el corporativismo. Y así fue. Cuando el célebre catedrático socialista dijo que no quería para España un sistema como el italiano —que no podía por menos que considerar muy perjudicial para los intereses de los obreros, toda vez que, de acuerdo con el mismo, el Estado siempre tenía la última palabra —, Ruiz Alonso, que ya no se podía contener más, le espetó: «Pues eso ocurre aquí en la Casa del Pueblo. No hace falta ir a Italia». Besteiro reaccionó con energía. «Su señoría tiene el monopolio de los disparates —contestó—. Además, yo quisiera que en esta Cámara fuera desapareciendo una costumbre. Vengo siendo Diputado desde 1918, y cada vez que me levanto en la Cámara tiemblo más, y encuentro que hay Sres. Diputados

recién llegados y que no han mostrado traer nada en la cabeza ni en el corazón, que tienen un atrevimiento verdaderamente intolerable». Ruiz Alonso pidió en este momento la palabra, pero tuvo que esperar media hora antes de que se la concediera la Presidencia. El *Diario de Sesiones* recogió sus palabras:

> Señores Diputados, prodúceme gran confusión tenerme que levantar en estos momentos, siendo yo un modesto obrero que no entiende estas cuestiones parlamentarias, para enfrentarme nada menos que con una inteligencia tan preclara como la del Sr. Besteiro, con un maestro, reconocido por mí, cuyas actuaciones he seguido muy de cerca, habiendo escuchado y leído muchísimos discursos por él pronunciados. Aunque me encuentro muy lejos y enfrente de las teorías marxistas, muy lejos y enfrente de la minoría socialista, reconozco que de quien estoy menos lejos, y quizá algo aproximado, en alguna actuación circunstancial, es única y exclusivamente del señor Besteiro.
>
> Ahora bien: yo, naturalmente, ignoro lo que en un Parlamento ha de decirse muchas veces, y ello se debe a que llevo aquí muy poco tiempo y no tengo todavía el corazón encallecido, Sr. Besteiro, como dice lo tiene S.S. Es muy probable —¡ojalá no llegue nunca!— que si yo llego a llevar en el Parlamento español (en un Parlamento como éste, que está agonizando, en un Parlamento que habéis prostituido los socialistas desde el Poder) los años que lleva S.S., es muy probable, digo, que quizá también yo dijera entonces que me había distanciado mucho de los míos, de los obreros; y si había adornado mi inteligencia, había encallecido mi corazón. De ninguna manera quiero que mi corazón encallezca, porque prefiero un corazón sano, un corazón pobre, humilde y honrado, a una inteligencia como la vuestra, que trata de llevar a los obreros, y que no la tenemos nosotros, a la hecatombe, a la ruina nuestra, a la de nuestros hogares y a la de nuestra Patria, aunque vosotros os llaméis patriotas.
>
> Por eso me limito a cumplir modestamente en este Parlamento el mandato que me han confiado muchos electores y también muchos obreros, incluso de los que están en vuestras organizaciones y de los que llevan carnet socialista, porque vosotros les obligáis, porque sin ese carnet no trabajan, porque sin ese carnet no pueden llevar un jornal a sus hogares. Y esto lo sabéis vosotros mucho mejor que yo, y lo dice muy claramente la intervención tan acertada, tan política, de tan poco corazón como la de S.S., al plantear un debate de tanta altura, de tanto fondo, cuando no hace veinticuatro horas que ha fracasado en Madrid una huelga de Artes Gráficas que constituye una vergüenza más para la Casa del Pueblo madrileña, que vio su suelo ayer noche —lo sabéis mejor que yo— sembrado de carnets rotos, y si las maldiciones no salieron de las bocas, se contenían en los corazones que no están encallecidos. Por eso yo, que no sé nada, que soy un obrero pobre, que todavía no tengo callos en el corazón, me levanto hoy y me levantaré hasta que caiga, para traer aquí el eco de los obreros granadinos que así me lo piden todos los días empujando como empujan las masas trabajadoras, según decía aquí, en el debate político, el Sr. Prieto; con ese empuje del

> que sólo sabemos nosotros y que vosotros explotáis. Por eso he de levantarme siempre aquí a interrumpiros cuando queráis hacer maniobras políticas a costa de los obreros, levantando santa bandera rebelde, de rebeldía indómita, indomada e indomable, para no permitiros hoy, ni nunca, jamás, pase lo que pase y cueste lo que cueste, una maniobra que perjudique a los obreros españoles.[51]

Nadie podía negar que Ramón Ruiz Alonso tenía una poderosa retórica *sui generis* y una personalidad recia. Según la evocación de aquel intercambio que esboza en *Corporativismo*, Besteiro no se dignó contestarle, se levantó de su escaño y abandonó el hemiciclo «con la cabeza baja».[52] Con ello da a entender que el ilustre tribuno salió avergonzado o humillado de la sala. Pero es difícil, si no imposible, creer que así fuera en realidad.

Relata a continuación que cogió el tren de Granada aquella noche con la conciencia tan tranquila que durmió «como un ceporro». ¡Una vez más había cumplido con su deber! ¡Y ello, para mayor satisfacción, con el visto bueno de su madre! De aquella madre que le habría dicho una vez: «¡¡No cambies nunca, aunque te maten!!».[53]

Ruiz Alonso, propagandista del corporativismo

El principal adversario de Ramón Ruiz Alonso en la ciudad de la Alhambra era *El Defensor de Granada*, ya mencionado de pasada, diario progresista de largo abolengo, férvido partidario de la República del primer bienio y ahora detractor implacable (dentro de los límites impuestos por la censura) de las derechas en el poder. Desde su elección como diputado en noviembre de 1933, el diputado de la CEDA tenía en contra, especialmente, al director del diario, Constantino Ruiz Carnero, íntimo amigo de Federico García Lorca, que manejaba una pluma satírica muy ágil y no aguantaba la

farsa del «obrerismo» del salmantino, de quien el diario ya decía sarcásticamente, en marzo de 1934, que era «el buen obrero, el único simpático a los capitalistas de España».[54]

A lo largo de los primeros meses de 1934 Ruiz Alonso divulgó sus ideas corporativistas con gran energía por la provincia de Granada. A veces las noticias de sus andanzas llegaban a la capital de la nación. El 11 de abril de 1934, por ejemplo, el *Heraldo de Madrid* recogía, con sarcasmo, la de un reciente mitin suyo:

PROPAGANDA FASCISTA EN GUADIX

Los socialistas les obsequian con una pita estrepitosa

Bajo el denominador Acción Obrerista se ha celebrado en Guadix un acto fascista, a cargo de Ruiz Alonso, quien recomendó a sus oyentes, damas catequistas y sacerdotes en su mayor parte, que el día 14 de abril, fecha de la proclamación de la República, sin temor a nada ni a nadie llevasen sus banderas y estandartes a la iglesia para su bendición.

Enumeró las concesiones arrancadas al Gobierno por Acción Popular en el corto tiempo que llevan las Cortes en funciones y anunció el próximo funcionamiento de la organización fascista en Guadix.

El acto fue presidido por un gran crucifijo.

Cuando Ruiz Alonso se disponía a tomar el tren se le tributó una estrepitosa pita y se dieron mueras al fascio y vivas al socialismo. La actitud, un poco airada, de Ruiz Alonso estuvo a punto de provocar un conflicto.[55]

La actividad propagandística del nuevo diputado de la CEDA no le impidió presentarse a los exámenes de la Escuela Social de Granada a finales de abril de 1934. Aprobó todas las asignaturas con notables.[56]

Ruiz Alonso había subrayado, en su entrevista con *Blanco y Negro*, citada antes, la necesidad de derogar la Ley de Términos Municipales, ley odiada por los terratenientes. Comenta Paul Preston:

Su derogación, el 23 de mayo [de 1934], poco antes de que empezase la recolección de la cosecha, permitía a los propietarios contratar mano de obra portuguesa y gallega con detrimento de los trabajadores locales. Las defensas del proletariado rural se desmoronaban rápidamente ante la embestida furiosa de la derecha.[57]

Ruiz Alonso había intervenido, con su vehemencia habitual, en el debate, aprovechando para referirse una vez más a los meses en que no le habían permitido trabajar como linotipista los socialistas por no tener carnet de la Casa del Pueblo.[58]

Acción Obrerista había fundado en Granada su propio órgano, ¡*Alerta*! (que no hemos encontrado en las hemerotecas). Allí Ruiz Alonso publicó un artículo extremadamente virulento que fue reproducido el 31 de julio de 1934 en la revista *C.E.D.A.* ¿Artículo? Diatriba maniquea más bien. Y ya no sólo contra los socialistas, para quienes el «obrero amaestrado» sigue sin encontrar una sola cualidad encomendable, sino contra los «intelectuales» de izquierdas en general:

¡*Embrutecimiento*!

¡Embrutecimiento! Ésa es la palabra que brota de mis labios si hubiera de definir de manera breve, clara y dura el estado psicológico de nuestra tan querida como desgraciada España.

¡Se ha cerrado el Parlamento! A él marché con toda la ilusión de mi alma, con la esperanza de poder llevar algún alivio a los hogares de los que sufren y de los que lloran.

¡Han pasado seis meses desde entonces! Os diré lo que allí he visto: Entré en el Parlamento, medroso, tímido, incierto; he observado, he estudiado, he aprendido muchas cosas de las que conviene sacar consecuencias prácticas y plasmar realidades.

Primera. ¡*El socialismo y la lealtad son incompatibles*! – A los socialistas, la razón, el bien de sus semejantes, la salvación de España les importa un bledo. Puede hundirse todo con tal que se salve el partido. Se habla para la galería, se vive de la galería. Y así un día y otro día vemos a Fernando de los Ríos, convertido en Padre Benito, cantar las excelencias del Cristianismo al mismo tiempo que Indalecio Prieto enronquece y clama por la revolución social… ¡Son grandes políticos, formidables parlamentarios!, dicen los que se llaman «entendidos».

¡Tienen embrutecida el alma!… Son hipócritas, engañan, viven de la traición, su arma es el navajeo político, decimos los que «no entendemos»… ¡pero somos los que acertamos!

Segunda. ¡*Sobran «intelectuales» en el Parlamento y en España*! – «Intelectuales» que no conocen los problemas obreros, que se acercaron a los obreros, ya irritados, para infiltrarles el suave veneno que bebieron muchos incautos a quienes jamás se había podido engañar de otra manera. «Intelectuales» que se llaman así porque tienen en su casa un título en marco de plata, peinan largos cabellos y usan botines en el invierno. «Intelectuales» que resultan en la práctica aduladores, serviles, incapaces de comprender y de llevar a la realidad las reivindicaciones sociales. Hombres, embrutecidos de espíritu, son también «intelectualmente» ¡unos miserables!… ¡Ellos lo ignoran!…

Tercera. ¡*Insensatos que se empeñan en vivir en dulce holganza*! – En mis viajes de Propaganda por España he visto gentes de las que «no quieren apearse del burro». Derechas que quieren seguir viviendo como «antes». Incautos o necios que no les cabe en la cabeza cómo haya sido posible engañar al pueblo sencillo hasta embrutecerlo con la explicación marxista… ¡Hombres ricos!, que no ven su embrutecimiento porque les ciega el brillo del dinero, el poder de su capital. ¡Capitalistas! ¡Gentes que viven en la abundancia sin preocuparse de la miseria ajena! ¡Que no saben qué es sufrir!

¡Socialistas que viven de la traición! «Intelectuales» que infiltran suave veneno. Capitalistas insensatos que se empeñan en vivir en dulce holganza… ¡Canalla que está condenada a morir por la misma razón que se mueren las plantas en la aridez inmensa del desierto! ¡Está escrito![59]

El mismo número de *C.E.D.A.* anunciaba para agosto una magna asamblea regional de la Juventud de Acción Popular (JAP), que, siguiendo el éxito de la organizada aquel mayo en El Escorial, iba a tener lugar, simbólicamente, en la cumbre más alta de la España peninsular: el Mulhacén. Según los organizadores, entre los cuales figuraba Ruiz Alonso, durante la excursión a Sierra Nevada se iba a poner a la JAP bajo la protección divina del Sagrado Corazón de Jesús. El diario *Ideal* comentaba así la decisión de ir organizando asambleas de la JAP por todo el país:

Estos Congresos no son sino repeticiones locales de la magna Asamblea de El Escorial. Como

> en aquella ocasión, buscamos los lugares de más altas evocaciones espirituales y patrióticas para fomentar en la juventud el culto a la Divinidad y a la Historia de España.[60]

¡El culto a la Divinidad y a la Historia de España! Culto, es decir, a la España de 1492, martillo de herejes, la España de Fernando e Isabel, la que expulsó a judíos y musulmanes, la que conquistó tierras en Ultramar, la que ahora, como nueva hazaña, se oponía a la ralea marxista y masónica que la quería hundir en la vergüenza, la violencia y el oprobio. Así era el culto de Ramón Ruiz Alonso.

Capítulo II
Revolución política, revolución teatral: Asturias, García Lorca

Octubre de 1934 y sus secuelas

A principios de octubre de 1934, al formar Alejandro Lerroux un Gobierno que incluye a tres ministros de la CEDA, se producen el levantamiento de los mineros asturianos, los disturbios de Madrid y la proclamación de la independencia de Cataluña. No cuesta trabajo alguno imaginar la reacción del furibundo antimarxista y españolista que es Ramón Ruiz Alonso. En enero de 1936 recordará con orgullo en un mitin: «Yo, con los muchachos de la J.A.P. de Madrid, afronté en octubre la revolución en la calle, y cuando me jugaba la vida en ella no me encontré con ningún jefe socialista».[1]

Los revisionistas de hoy se empeñan en situar en aquellos acontecimientos el inicio de la Guerra Civil. Lo cierto es que para mucha gente de la izquierda la presencia en el Gobierno de la CEDA significaba el primer paso hacia la toma del poder por el fascismo. En la mente de todos estaba el precedente de Hitler, primero, y luego, en Austria, de Dollfuss, tan admirado por José María Gil Robles. El líder de la CEDA nunca había expresado su apoyo a la República. Mucha gente creía, no sin razón, que en el fondo era monárquico. Y se sabía a ciencia cierta, porque él mismo lo decía, que abogaba por un nuevo Estado corporativista, de corte mussoliniano. La tentación revolucionaria era, pues, lógica en aquellos

momentos, aunque muchos socialistas estuviesen en contra. Como Prieto, por ejemplo, que sin embargo, echada la suerte, apoyó la iniciativa.

Reprimido el conato insurreccional, con un saldo de unos 30.000 encarcelados, la política nacional empezó a adquirir tintes absolutamente sombríos. Entre otras secuelas nefastas para la democracia fueron sustituidos los ayuntamientos y diputaciones de izquierdas por gestoras nombradas a dedo por el Gobierno, como fue el caso en Granada, donde, después de la dimisión del alcalde Ricardo Corro Moncho, se hicieron con el consistorio los elementos más reaccionarios de la ciudad, así como con la diputación. Pasó lo mismo con la diputación provincial. *Ideal*, naturalmente, se congratulaba del cambio.[2]

El 30 de octubre se celebraron en la catedral de Granada «solemnes funerales» por las víctimas de la revolución asturiana. Es decir, las víctimas de derechas. Asistieron todas las fuerzas vivas de la ciudad, empezando con el arzobispo. No faltó Ruiz Alonso, presente al lado de los demás diputados granadinos de la mayoría. *Ideal* calculaba la concurrencia en unas 10.000 personas. Se desprende del reportaje el odio que se respiró durante el acto hacia la «anti-España», acusada de querer romper la unidad nacional y vender el país a oscuros intereses extranjeros.[3]

El 11 de noviembre de 1934, Ruiz Alonso, que entonces vivía con su familia en la calle Capuchinas, número 16, al lado de la plaza de la Trinidad, procedió a solicitar la matrícula para su último curso en la Escuela Social de Granada. Se trataba de las asignaturas de Derecho Corporativo, Política Social Agraria, Higiene y Seguridad en el Trabajo, Problemas Sociales Contemporáneos e Historia de la Cultura.[4]

Una semana después, el 18 de noviembre, se publicaba en *El Debate* y *ABC* una carta abierta de Ruiz Alonso a Acción Obrerista, el partido que representaba en las Cortes dentro de la coalición cedista. El documento

rezumaba desprecio por la política. El «obrero» que tanto había pregonado las virtudes de Acción Obrerista, se daba de repente de baja:

> A todos vosotros, valientes y queridos trabajadores, que hasta este momento fuisteis mis correligionarios, dirijo hoy esta carta abierta con el pensamiento puesto en el cariño con que me honrasteis, pero también en la rectitud de conciencia, que, por encima de todo, es necesario poner en el cumplimiento de un deber cuando llega la hora. Para mí ha llegado hoy.
>
> Sería insensato mirar con indiferencia el pasado movimiento revolucionario, en el que el proletariado español, envenenado por la política, ha jugado tristemente muy interesante papel. Con mi lenguaje claro, duro, pleno de la sinceridad con que siempre os hablé, hoy me presento ante vosotros: La política envenena al obrero. Es cruel, no tiene entrañas, hay en ella zancadillas, navajeo, traición. ¡Pobres obreros los que en ella fíen su redención, los que con ella esperen ver satisfechas sus santas rebeldías de reivindicación social!
>
> Esta España por nosotros tanto más querida cuanto más desgarrada pide angustiosamente que ¡quienes debemos! retorzamos y trunquemos todos nuestros sentimientos e ilusiones. Lo piden España y los obreros; yo, como obrero y español, escucho hoy la voz de las masas desorientadas.
>
> El fomentar, amamantar, dar calor y abrigo a un partido político, nacional y obrero, aunque sea antimarxista, creo que es equivocado. Yo, desde luego, no quiero manchar mi conciencia con una maldición, que los obreros sanos y honrados pudieran lanzar el día de mañana sobre los dirigentes españoles que les arrastramos a la política en vez de llevarles a los sindicatos.
>
> Respeto el criterio —que yo no comparto y condeno con toda mi alma— de los que hasta hoy fueron correligionarios míos y a los que en el terreno particular tanto quiero. Yo dejo a Acción Obrerista, renuncio a todo, al cargo de presidente del Comité Ejecutivo Nacional con que recientemente me honraron, dejo de ser hasta afiliado. Supondréis la pena que produce dar este paso al que puso todas las energías y todo el corazón en levantar una bandera que dijimos no habría de ser arriada jamás. Yo rectifico públicamente: antes que verla, desde dentro, hecha jirones, prefiero guardar esa seda en el relicario de mi corazón para que, si alguna vez llega la hora, la vuelvan a levantar mis hijos o mis nietos, a quienes entregaré la llave.
>
> Considero una traición que durante muchos años, ¡muchos!, se hable de política a los obreros.
>
> ¡Sindicatos! ¡Sindicatos! ¡Sindicatos!
>
> El obrero que quiera política que la busque en el partido que más le plazca. Funesta es la lucha de clases para que, hasta en la política, la implantemos. No trato de arrastrar a nadie. Escisiones, jamás. Rectificación de conducta, sí.
>
> Me marcho solo. Un soldado de filas que templa su acero para comenzar la lucha con la cruz de la espada en alto para que la besen los arrepentidos y la hoja al frente para romperla en el pecho de los que, trepando sobre las espaldas del proletariado, quieran encaramarse a costa de los vencidos.
>
> Sin cargos, sin títulos pomposos, con mi modesto apellido, diputado hoy, obrero otra vez mañana, recorreré España entera llevando un abrazo de amor a todos.

Será mi labor de apostolado. Los dirigentes de los Sindicatos antimarxistas recojan, encaucen en el Frente Nacional del Trabajo los muchos o los pocos entusiastas que, con la ayuda de Dios, pueda levantar en nuestra Patria el que hasta hoy fue vuestro correligionario y se despide con estas palabras:

¡Adelante! ¡Ante todo, España, y sobre España, Dios!

Madrid, 16 de noviembre de 1934 –
Ramón Ruiz Alonso[5]

Acción Obrerista no tardó en reaccionar ante la intempestiva carta de su ahora ex presidente, ante la fanfarronería desorbitada de su hasta ayer correligionario. La respuesta firmada por el Comité Nacional del partido, que se publicó en *ABC* y *El Debate* dos días después, no demostraba, digamos, mucho respeto por la persona del hombre Ramón Ruiz Alonso:

Madrid, 18 de noviembre de 1934

Dura ha de ser la réplica a la insensata y jactanciosa carta abierta del diputado de Acción Obrerista señor Ruiz Alonso, al partido de quien se separa. Dura, sí; pero necesaria y ejemplar.

Hay que salir al paso valientemente, en estas horas difíciles para España y para la clase trabajadora, a todas las maniobras personalistas o que tiendan a sembrar la desorientación y el confusionismo. Hay que frustrar con energía y eficacia las aspiraciones insanas de los ambiciosos que sólo piensan en medrar, atropellando y arrollando todo cuanto encuentran a su paso, con tal de buscar un acomodo personal fácil.

La conducta seguida por el señor Ruiz Alonso sería disculpable y hasta cierto punto sincera, si dicho señor en vez de lanzar públicamente una catilinaria de efectos teatrales contra la política, se hubiera limitado a renunciar calladamente al acta que le dio el partido, cargo político por excelencia, y con la fe puesta en los nuevos ideales de que blasona, se hubiera dedicado a llevar a efecto la campaña que anuncia.

Lanzar a los cuatro vientos sus propósitos de redentor de los obreros oprimidos, paladín de la noble causa de las reivindicaciones obreras, al mismo tiempo que traiciona una causa eminentemente obrera, eficaz y nobilísima y en la cual él halló amparo y pedestal para destacar su figura, es un sarcasmo, una burla, que no le tolerarán los trabajadores.

Resumiendo:

El Comité Nacional de Acción Obrerista acepta complacido la renuncia que de su cargo como

directivo y baja como asociado ha presentado don Ramón Ruiz Alonso, esperando rectifique el pequeño olvido de renunciar al acta que ostenta como diputado a Cortes de Acción Obrerista por Granada.

Que, convencida nuestra Organización del gran bien que puede reportar a las clases trabajadoras, no influirá en su decidida marcha la maniobra que contra ella se viene forjando en la sombra, y de la que es ya público exponente la carta de don Ramón Ruiz Alonso.

Que este señor no tiene por qué guardar nuestra bandera y entregar la llave a sus descendientes. Cuando él llegó a su sombra, ya la mantenían en alto otros hombres, que, aun no habiendo sacado el provecho personal que él de la obra, la seguirán sosteniendo bravamente en el porvenir.

Nos explicamos que don Ramón Ruiz Alonso se decida a no querer hablar de política, aun cuando ésta sea obrerista, o sea defensora de las clases trabajadoras. Su nula actuación en el Parlamento, durante un año, lo viene poniendo de manifiesto.

Anuncia don Ramón Ruiz Alonso que con la cruz de la espada en alto, ante la cual, días pasados, voluntariamente, juraba fidelidad imperecedera al Comité Nacional de Acción Obrerista, va a comenzar una intensa propaganda por España. La Prensa reflejó varias veces el mismo propósito, que nunca llevó a la práctica el señor Ruiz. La hicieron y la harán los que no anuncian, dividen ni traicionan.

Habrá Acción Obrerista y habrá Sindicatos. Lo sabe el señor Ruiz, porque cuando él llegó ya estaban funcionando. Él intentó —nada más que intentó— crearlos. Si es así, de su carta queda sólo una acción, que las gentes calificarán como merece. - El Comité Nacional.[6]

La contundente réplica de Acción Obrerista demostraba que ya no se fiaban de Ruiz Alonso ni siquiera los trabajadores católicos que se habían creído representados por él en las Cortes.

Con una excepción. La revista de Acción Obrerista en Granada, ¡*Alerta*!, mencionada antes, no tardó en alinearse con la airada reacción del Comité Nacional ante lo ocurrido. Pero en Pinos Puente, donde Ruiz Alonso tenía amistades, los dirigentes del comité local del partido expresaron su más absoluta lealtad y admiración «por su magnífica campaña en pro de los intereses del obrero y de la causa de la religión católica y del orden», y mandaron una nota en este sentido a la prensa local, que la publicó el 27 de diciembre de 1934.[7]

Lo más llamativo del caso fue que Ruiz Alonso no se dignó exculparse ante su electorado granadino. *Ideal* no reprodujo aquel intercambio de

cartas abiertas y no mencionó para nada la polémica suscitada por la dimisión del diputado. Tal vez el diario consideró más prudente callarse.

El episodio coincidió con el bautismo de la segunda hija de Ruiz Alonso y Magdalena Penella, Elisa —la futura actriz Elisa Montés—, nacida el 15 de diciembre de 1934. El 30 de diciembre se podía leer en el «Carnet mundano» de *Ideal*:

> Anteayer se celebró en la Basílica de Nuestra Señora de las Angustias el acto de imponer las aguas bautismales a una preciosa niña, hija del diputado a Cortes por Granada don Ramón Ruiz Alonso y de su esposa doña Magdalena Penella Silva.
>
> Apadrinó a la neófita, a quien se impuso el nombre de Elisa, don Juan Luis Trescastro y doña Carmen Gómez de Fajardo.
>
> La nueva cristiana fue puesta bajo el manto de la Virgen, a cuya protección fue encomendada.
>
> Firmaron el acto como testigos don Manuel Trescastro, capitán de Artillería, don Miguel Fajardo y don José Alcaide.[*]
>
> El bautizo, por el reciente luto del padrino, se celebró en la más completa intimidad.[8]

La propia Elisa Montés confirmaría cincuenta y dos años después, muertos ya sus padres, la religiosidad de aquella casa. Preguntada por *ABC* si se consideraba mujer creyente, contestó: «Sí. De niña fui a un colegio de monjas, interna, y de ellas aprendí lo esencial de nuestra fe. He tenido una educación religiosa muy intensa. Además, mis padres también eran muy religiosos y su fe nos la contagiaron a mis hermanas y a mí».[9]

La nota de *Ideal* tiene el interés añadido de revelarnos que Ramón Ruiz Alonso no sólo es correligionario de Juan Luis Trescastro Medina, el vehemente militante de Acción Popular y terrateniente de Santa Fe con quien se había paseado por dicho pueblo el 22 de noviembre de 1933 (ilustración 3), sino amigo suyo ya suficientemente íntimo como para invitarlo a apadrinar a su hija.

YERMA Y LAS DERECHAS

¿Y Federico García Lorca, a estas alturas el joven poeta y dramaturgo español más conocido, cuyos éxitos recoge con orgullo *El Defensor de España* y que *Ideal* silencia rigurosamente, aplicando, hay que imaginarlo, el criterio de que «no hay mayor desprecio que no hacer aprecio»? A mediados de diciembre de 1934 la prensa difunde la noticia del próximo estreno, en el teatro Español de Madrid, de *Yerma*, la nueva y muy esperada tragedia del granadino, con la gran Margarita Xirgu en el papel estelar. En una entrevista con el periodista Alardo Prats publicada en el diario madrileño de gran difusión *El Sol*, el poeta, en plena ebullición creativa (está escribiendo *Doña Rosita la soltera*) expresa con nitidez su rechazo del arte por el arte, su compromiso rotundo con la sociedad:

> «Yo sé poco, yo apenas sé» —me acuerdo de estos versos de Pablo Neruda—, pero en este mundo yo siempre soy y seré partidario de los pobres. Yo siempre seré partidario de los que no tienen nada y hasta la tranquilidad de la nada se les niega. Nosotros —me refiero a los hombres de significación intelectual y educados en el ambiente medio de las clases que podemos llamar acomodadas— estamos llamados al sacrificio. Aceptémoslo. En el mundo ya no luchan fuerzas humanas, sino telúricas. A mí me ponen en una balanza el resultado de esta lucha: aquí, tu dolor y tu sacrificio, y aquí la justicia para todos, aun con la angustia del tránsito hacia un futuro que se presiente pero que se desconoce, y descargo el puño con toda mi fuerza en este último platillo.

Lorca se siente en estos momentos plenamente involucrado en la lucha por la renovación de la escena nacional, a su juicio pusilánime a la hora de afrontar «temas y problemas que la gente tiene miedo de abordar». «Aquí —sigue—, lo grave es que las gentes que van al teatro no quieren que se les haga pensar sobre ningún tema moral». Y, claro, hay millones de seres que por su desgracia no han visto nunca una representación teatral. Basándose en su experiencia con el teatro universitario La Barraca, del cual es director,

Lorca vuelve a expresar su convicción de que las obras dramáticas de calidad y bien montadas llegan siempre a las personas sencillas, aunque éstas no capten todas sus sutilezas. Al arremeter contra el teatro comercial, que sólo busca beneficios, el poeta no deja sombra de duda, en resumen, acerca de su compromiso social en una España donde, unos meses antes, ha sido brutalmente reprimida la rebelión asturiana y donde hay ahora decenas de miles de presos políticos.[10]

El 21 de diciembre parte de la entrevista fue reproducida en primera página por *El Defensor de Granada*, que se refiere a Lorca como «el genial autor de "Bodas de sangre"».[11]

El 30 de diciembre, otra vez en primera plana, *El Defensor* anuncia que se estrena *Yerma* aquella noche en Madrid ante una enorme expectación, y recoge la noticia de que el ensayo general, muy comentado en la prensa de la capital, cosechó un extraordinario éxito, con comentarios elogiosos de figuras tan señeras como Benavente y Unamuno.[12]

El estreno resulta tumultuoso —un grupo de falangistas interrumpe a los actores gritando que se trata de una obra inmoral y antiespañola—, y al día siguiente, si toda la prensa liberal y progresista elogia la obra, así como la acertada puesta en escena, los periódicos de derechas son unánimes en su condena. *El Debate* —portavoz, como sabemos, de la CEDA— protesta ante «la odiosidad de la obra», su «inmoralidad» y sus «blasfemias».[13] *Informaciones* —diario del financiero millonario Juan March, entre cuyos colaboradores se cuentan varios falangistas— despotrica: «La comedia es francamente mala. […] No cabe nada más soez, grosero y bajo que el lenguaje que el señor García Lorca emplea; se ha contaminado el poeta y ha enfangado su pluma». Refiriéndose a los alborotadores, el diario comenta, cínicamente, que «algunos espectadores sintieron sublevado su buen gusto y exteriorizaban su protesta».[14] *La Nación* —órgano de José Calvo Sotelo

— titula su reseña, en flagrante contradicción con la verdad, «El éxito de *Yerma*, de García Lorca, se circunscribió a un mínimo sector del público del Español». El diario había sido especialmente ofendido por los que califica de «asertos soeces» de la Vieja Pagana, «tipo monstruoso, negación personificada de todo principio ético e intento abominable de explicación metafísica». Y continúa la incoherente diatriba: «García Lorca se retuerce contra toda creencia, cuando paganiza la fuerza de la convicción hispana, que induce a rogativas a la divinidad y que acarrea funestas consecuencias terrenas».[15] *El Siglo Futuro*, portavoz de los carlistas, tampoco duda del carácter moralmente peligroso de la tragedia lorquiana: «Queremos insistir en la condena enérgica de alguna expresión que ofende creencias y sentimientos, para las cuales el autor no tiene el menor respeto, y consignar contra ese proceder insensato la protesta más rotunda y terminante».[16] En cuanto a *ABC*, habitualmente más moderado en su tono que los cuatro diarios citados, señala la presencia en la obra del «empleo de crudezas innecesarias y particularmente alguna irreverencia, que hiere el oído y subleva el alma». «Aunque el autor quiera estar al margen de sus personajes y ponga el dicho en boca de una *Vieja pagana* —agrega— no tiene justificación». El «dicho» aludido no podía ser sino: «A mí no me ha gustado nunca Dios». Además, el rotativo monárquico encuentra en *Yerma* «muchos momentos de una sensualidad franca y descarada».[17] Finalmente, para la también monárquica *La Época*, propiedad del marqués de Valdeiglesias, el autor «sólo ha conseguido ofrecer a la curiosidad de los espectadores un caso patológico de idea fija, de obsesión, de locura, al que nada aportan, por desdicha, ni el arte, ni la acción dramática, ni una inspiración poética de alto vuelo, ni la descripción científica del caso morboso, presente de continuo con monotonía fatigosa del principio al final de la pieza».[18]

La prensa satírica de la ultraderecha tampoco se para en barras, naturalmente. Y va más lejos. Para la revista *Gracia y Justicia*, que desde hace dos años la tiene tomada con Lorca (así como con Azaña y Fernando de los Ríos), el estreno de *Yerma* marca una fecha luctuosa en la historia del teatro español: «Han pasado al llamado género de versos todas las groserías, ordinarieces y barbaridades que hasta ahora adornaban el llamado género de revista. En esta *Yerma*, ¡se dice cada atrocidad!». *Gracia y Justicia* no se priva de aludir a los jóvenes que habitualmente acompañan (y jalean) a Lorca. Hay en *Yerma*, dice, «unas cuantas blasfemias, artísticas y de las otras, que los amigos de García Lorca aplaudieron a rabiar. Porque el señor Lorca —“antes fraile que de Lorca…”, dice también el pueblo— es de los escritores que tienen un corro de amigos». La implicación, claro está, es que tales amigos son, como el poeta, homosexuales.[19] En otra página, la misma revista se burla del «Discurso al alimón» de Neruda y Lorca en Buenos Aires, recientemente reproducido en la prensa madrileña: «La novedad acaso consista, nos dijimos, en que Neruda comienza: “Señoras” y García Lorca continúa: “y señores”, y que, luego, en el decurso del discurso, siempre es el primero quien dice; “Porque, ¡ah, señoras…!”, y es el segundo quien agrega: “¡y señores!”. Pero fijándose bien vimos que esto era lo más natural del mundo, mejor dicho, de García Lorca».[20]

Otra revista ultraderechista incidió con aún más visceralidad, si cabía, sobre el mismo asunto:

La cofradía del apio

En el último estreno del Español, y entre los espectadores de buena fe que acudieron por equivocación a dicho teatro, se había dado cita una cofradía extraña, de la que el autor de «Yerma» es hermano mayor.

En los pasillos, en el ‘foller’ [sic] en el ‘bar’, durante los entreactos, herían los oídos voces atipladas y gritos equívocos, subrayados por el recortado ademán del dedo en la mejilla.

—Estamos todos.

—¡Jesús! ¡Qué cosas!

—¡Ay, es que me troncho!

Era una escena repugnante. Tan repugnante como las frases y las escenas de la obra, repulsivas, soeces, contrarias a la dignidad humana y, por supuesto, al arte mismo.

Ninguna mujer decente puede presenciar la obra, que cae dentro del Código penal, porque con ella se comete un delito de escándalo público.

Hasta que el fiscal intervenga y prohíba su representación, que es un baldón oprobioso para la escena de nuestro teatro oficial y una afrenta para los sentimientos de las personas honradas y decentes.[21]

Ruiz Alonso, tan implicado ya en la vida política de Granada, no podía por menos que enterarse del extraordinario éxito de *Yerma* y de la reacción de la prensa de derechas. El triunfo fue recogido con júbilo por *El Defensor*, pero no lo menciona *Ideal*.

¿Sabía ya Lorca quién era Ramón Ruiz Alonso? Parece indudable que sí. Irónicamente, a veces coincidían ambos nombres en la misma página de *El Defensor*. Fue el caso el 21 de diciembre de 1934 cuando, al lado de los extractos de la entrevista del poeta con Alardo Prats, se menciona la intervención de Ruiz Alonso en un conflicto laboral surgido en el sector azucarero de Motril, en la costa granadina.[22]

Comentando unas semanas después el triunfo de *Yerma*, el crítico A. Bazán resaltaba el frescor que suponían para la escena nacional precisamente aquellas cualidades tan rechazadas por la prensa derechista. «En medio de la cucufrutería y el remilgo insoportables del teatro español —escribía en la revista madrileña *Tiempo presente*—, esta obra de sano realismo, de bella desnudez, de sinceridad y de revaloración de nobles funciones del cuerpo humano, representa un paso decisivo hacia nuestra liberación del atraso medieval que sigue oprimiéndonos».[23]

¡Atraso medieval! En las reseñas de *Yerma* tenemos ahí, ya netamente enfrentadas, a las dos Españas.

A raíz del estreno de la tragedia aquel diciembre de 1934 Lorca será considerado por las derechas como un adversario acérrimo de la España católica y tradicional. Opinión que, cabe deducirlo, compartía Ramón Ruiz Alonso, tan ardiente defensor de la misma como identificado con el pensamiento representado por *El Debate* e *Ideal*.

Capítulo III
Se acaba el «Bienio Negro»

Ruiz Alonso sigue en sus trece… y con su escaño

La campaña de propaganda anunciada por Ruiz Alonso consistía, como primer paso, en poner en marcha una nueva formación, el Bloque Sindical Granadino, que empezó su andadura en los pueblos de Tocón, Alomartes e Íllora a finales de diciembre de 1934. En este último pueblo Ruiz Alonso arremetió contra los responsables de la revolución asturiana, a su juicio siniestros «tiburones» cuyo único interés era engañar a los «pobrecillos obreros», quedarse con sus cuotas y luego irse a descansar en lujosas playas francesas. Instó a los socialistas presentes a convertir la Casa del Pueblo en Casa del Trabajo: «En Íllora hubo una Casa del Pueblo que está cerrada. Y esta Casa ¡hay que abrirla! Y a vosotros os lo digo con la firmeza y la crudeza que os gusta se os hable. Esa Casa del Pueblo os la pide el Bloque Sindical y os la pide para purificarla, para barrer todo lo malo, para llamarla, no Casa del Pueblo, porque ese nombre está prostituido, sino para llamarla Casa del Trabajo, que es lo que el obrero quiere». Tras afirmar que iba a dejar su escaño —cosa que nunca haría, pese a la invitación de Acción Obrerista—, insistió una vez más en que los verdaderos intereses de los trabajadores sólo serían atendidos por «sindicatos fuertes… sin política».[1]

En sus mítines Ruiz Alonso evitaba la palabra fascista al hablar del modelo sindical propuesto. Pero de sindicalismo fascista se trataba.

Ideal describió así la reacción de los izquierdistas de Íllora ante las

palabras del diputado: «Ha sido muy comentado en el pueblo el discurso de Ruiz Alonso, los socialistas y particularmente las juventudes que al principio observaban recelosos y terminaron aplaudiendo a veces con gran entusiasmo, decían esta mañana en la plaza: El caso es que ha dicho que nos quita la Casa del Pueblo… ¡¡Y nos la quita!! Y tendremos que darle las gracias, y si no, al tiempo».[2]

El Defensor de Granada daba una versión bien distinta de lo ocurrido. Según el diario republicano, el propagandista había logrado enfurecer a las gentes del campo que le escuchaban. Para demostrarlo, publicaba una carta de protesta redactada por representantes de los mismos que acababa de llegar a la redacción. Si no había que meterse en política, preguntaban, ¿qué diablos hacía Ruiz Alonso en el Parlamento? Además no se le veía nunca rodeado de obreros, sino «de personas cuyos intereses económicos han estado y estarán siempre en oposición con los de los trabajadores». Se trataba, a su juicio, de una farsa.[3]

El 2 de enero de 1935 se celebró en la catedral granadina, con renovado vigor —gracias a la insistencia de la Juventud de Acción Popular y de otras asociaciones católicas— el 443 aniversario de «la Toma», muy venida a menos desde los tiempos del bienio azañista. En una nota publicada por la JAP en *Ideal* se había instado a todos los granadinos a volver a festejar con la debida solemnidad, delante de las tumbas de los Reyes Católicos, «el glorioso aniversario de la unidad española», o sea, la rendición de la ciudad musulmana en 1492. «La Juventud de Acción Popular —empezaba—, fiel guardadora de las tradiciones patrias, no podía sufrir impasible que transcurriera un año más en Granada sin que las solemnidades religiosas se sumaran a la conmemoración del gran acontecimiento de nuestra historia…»[4]

Hay que suponer que Ruiz Alonso, tan adicto a las «tradiciones patrias»,

no faltó a la cita, como en años anteriores.

Unas semanas después, en la sesión de Cortes celebrada el 31 de enero de 1935, se distinguió intentando agredir físicamente al diputado comunista y médico Cayetano Bolívar Escribano, a quien calificó de «asesino incendiario». No pudo consumarse la agresión porque el propio Gil Robles le logró sujetar.[5]

El 24 de febrero se celebró un mitin de Acción Popular en el teatro Isabel la Católica de Granada. Ruiz Alonso recordó «las amarguras» de la minoría de derechas durante «el bienio» y el trabajo ingente llevado a cabo entonces por Gil Robles para iniciar la salvación de España. Recomendó a todos los partidos de derechas que se pusiesen de acuerdo. ¿No tenían un denominador común, el «ideal cristiano»? Pues a olvidar sus diferencias y a trabajar juntos para defender a la Patria contra sus enemigos. Más tarde habría tiempo para matices.[6]

El 19 de marzo Gil Robles dio un mitin multitudinario en el hipódromo de Armilla, en las afueras de Granada. Según *Ideal* acudieron 60.000 personas de toda la provincia. Antes del acto se celebró una misa campal y luego Ruiz Alonso dio lectura a los «19 puntos» de la Juventud de Acción Popular (JAP), organización con la cual tenía una vinculación cada vez más estrecha. Lo hizo con toda la energía que caracterizaba sus comparecencias públicas.

Vale la pena reproducir aquellos puntos, que sólo se diferenciaban de los de Falange Española en su énfasis sobre el catolicismo:

1. Espíritu español. —Pensar en España. —Trabajar por España. —Morir por España.
2. Disciplina. Los jefes no se equivocan.
3. Juventud. —Fe. —Arrojo. —Voluntad. —Espíritu joven en la política activa.
4. Derogación de la legislación sectaria, socializante y antiespañola.
5. Familia cristiana frente a modernismo pagano.
6. Fortaleza de la raza. —Educación premilitar. —Abolición del soldado de cuota.

7. Libertad de enseñanza. —Los hijos no son del Estado.
8. El amor a la región, base del amor a España.
9. Especialización. Más preparación y menos discursos. 10. Nuestra revolución es justicia social. —Ni capitalismo egoísta, ni marxismo destructor.
11. Más propietarios y más justa distribución de la riqueza.
12. Guerra al señoritismo decadente y a la vagancia profesional. —Reconocimiento de todas las actividades. —Trabajo para todos. —El que no trabaja que no coma.
13. Antiparlamentarismo. —Antidictadura. —El pueblo se incorpora al Gobierno de un modo orgánico y jerárquico, no por la democracia degenerada.
14. Reconstrucción de España. —Guerra a la lucha de clases. —La economía al servicio de la Nación.
15. España, fuerte, respetada en el mundo.
16. Primero, la razón. —Frente a la violencia, la razón y la fuerza.
17. Prestigio de la autoridad. —Poder ejecutivo fuerte. —Prevenir, mejor que reprimir.
18. Ante los mártires de nuestro ideal: ¡*Presente y adelante*!
19. Ante todo, España, y sobre todo, Dios.

Leídos los 19 puntos de la JAP, Ruiz Alonso y los dos diputados de la CEDA por Acción Popular, Julio Moreno Dávila y Carlos Morenilla, pronunciaron sendos discursos teloneros. El de Ruiz Alonso resultó, más que otra cosa, un apasionado y casi adulador homenaje al Jefe:

Jefe: Dios te guarde: esta es Granada. Juventudes de Acción Popular, pueblo granadino que tienes hoy al jefe, a pesar de haberlo dudado muchas veces, a pesar de haberlo anunciado muchas veces. Pueblo granadino, que tienes a tu lado al jefe: yo te saludo. Pueblo de Granada que has venido aquí ante el jefe, aquí le tenéis, va a hablaros el jefe.

Jefe: ¿no vas recorriendo toda España? ¿No has estado en Granada? ¿No has estado en Zaragoza, en Jaén, en Andalucía entera? ¿No has recorrido España? ¿Es que no ves, jefe, que no te equivocas, que el pueblo te llama, que el pueblo te quiere? ¿Es que no ves que hay muchos que te buscan, que esperan un poder para ti, porque lo quiere España, porque lo quiere Granada? ¿Qué esperas que no pides ya el Poder? (Formidable ovación.)

Disciplina, disciplina. No impulsos juveniles que nos pudieran llevar a donde nosotros no deseamos, a donde nosotros no queremos. Impulsos juveniles, no, jefe; vacilaciones, tampoco; pero sí necesitas una inyección; sí necesitas que te apuntalen, como esa torre blanca de San Nicolás, que es una vergüenza para Granada, porque no es granadino el que consienta que se derrumbe… (Los aplausos impiden oír las últimas palabras del orador.)[*]

Habla a continuación de la necesidad que tenemos de ayudar al sanatorio de la Alfaguara, para

que los tuberculosos granadinos, expuestos a que se les eche a la calle por falta de medios, puedan continuar en aquel establecimiento su humanitaria labor.

Jefe —continúa—, esta es Granada que aclama tus diez y nueve puntos. Marxismo, no; pero capitalismo egoísta, tampoco lo queremos. Una más justa distribución de la riqueza. Jefe: España respeta la propiedad; España respeta al capital. Jefe: España no transige, España no quiere, no consentirá que se abuse de la propiedad, ni del capital ni del obrero.

Jefe: una vez te oí decir; una vez te oyó decir España en el Parlamento: Paro obrero; hay que dar trabajo. Hace falta dinero, dijeron. «¡Que se saque el dinero de donde lo haya!», exclamaste. Jefe: España te recogió la frase; España guardó tu pensamiento en el relicario de su alma. Jefe: termino: esta es Granada; esta es España. Piensa en España y piensa en ti. Granada y España tienen fe en su jefe.

Con el ambiente debidamente caldeado por su máximo representante el Granada, y sin duda muy complacido, se dirigió Gil Robles a la multitud. Después, trasladado a la capital, rezó en la basílica de Nuestra Señora de las Angustias, patrona de Granada.[7]

Unos días después Ruiz Alonso y sus correligionarios Moreno Dávila y Morenilla están en Puebla de Don Fadrique y Galera, luego visitan Santa Fe.[8] A finales de abril se celebra en Pinos Puente la elección del comité directivo local de Acción Popular. Ruiz Alonso asiste con Morenilla y el presidente del partido en Granada, Francisco Rodríguez Gómez, luego visita las dependencias del Bloque Sindical en el mismo pueblo.[9]

Tanta actividad política no impidió que Ruiz Alonso prosiguiera sus estudios en la Escuela Social de Granada. En abril de 1935 aprobó las últimas asignaturas, cada una con un «notable», y aquel junio pidió que se le concediera el título de «Graduado Social». Se expediría aquel diciembre, con la indicación de que la «memoria» de fin de curso presentada por el alumno había recibido asimismo un «notable».[10]

Se trataba de un trabajo sobre el corporativismo preparado para uno de los profesores de la Escuela Social, el catedrático de la Universidad de Granada Enrique Mesa Moles, conocido por sus ideas extremadamente

reaccionarias y por quien Ruiz Alonso profesaba devoción. Dicha memoria —que por desgracia falta en su expediente de la Escuela Social, de donde, al parecer, ha sido hurtada— iba a formar la base del ya mencionado libro *Corporativismo*, publicado en 1937 con prólogo de José María Gil Robles.

Siguen los mítines. El 19 de mayo de 1935 Ruiz Alonso participa en un acto de la CEDA celebrado en Antequera, con multitudinaria misa de campaña.[11] El 26 está en Guadix, donde asegura a sus oyentes que Acción Popular, opuesta a la lucha de clases, trabaja a favor, igualmente, de los obreros y de la clase media. Lo importante es ser buenos cristianos y buenos españoles.[12]

El 1 de junio es el turno de la pequeña localidad de Baúl, donde llega acompañado de Carlos Morenilla. ¿Se sorprenden los vecinos ante su visita? ¿Por qué? ¿No iba a estar Acción Popular también con ellos? «Pero, ¿es que en los cortijos no viven hijos de Dios; no se defiende a España; no está la virtud que unos insensatos quisieron arrancar de vuestro corazón?» En cuanto al Gobierno, Ruiz Alonso les recuerda que Acción Popular tiene en ese momento cinco carteras. ¡Pero hacen falta más!: «Queremos el Poder íntegro para el Jefe y una vez conseguido, cueste lo que cueste, que vengan los traidores, los tiburones, los egoístas, los viejos de espíritu a arrojarnos de él.» Era lo que había dicho en Armilla. Todo el Poder, con mayúscula, para el Jefe. Y, claro, un Estado totalitario. Sus palabras finales son de agradecimiento para los jornaleros que le escuchan, «gentes humildes y campesinas que hacéis más, inmensamente más, por España con vuestra azada que muchos intelectuales que os traicionaron». ¡Siempre los intelectuales, de izquierdas por supuesto, entregados a la siniestra tarea de destrozar a España![13]

Después Ruiz Alonso se toma unas vacaciones. El 4 de julio de 1935 *El*

Defensor de Granada, que nunca pierde la oportunidad de tomarle el pelo, se pregunta dónde está el antes tan ubicuo «diputado semi-obrero»:

> El señor Ruiz Alonso se ha perdido de la actualidad. Mientras en Madrid duerme las siestas en un magnífico piso con portero de galones, enfundado en su pijama de seda auténtica como un jornalero cualquiera, aquí los granadinos nos pasamos la vida suspirando tiernamente en espera de que algún día se despierte don Ramón.
>
> Pero don Ramón, desde que ha echado pijama de seda azul, ya no nos hace caso. Y, además de ser un ingrato, vive completamente despistado. Porque aquí todos los obreros tienen sus pijamas de seda y habitan magníficos pisos en la Gran Vía, y todavía, que sepamos, no les ha dado por el orgullo. ¡Con lo bien que te veríamos, Ramón, paseando por la calle de Reyes Católicos con tu magnífico pijama, ahora que aprieta el calor! ¡Ven, hombre, vente a Granada! Pero no te traigas las alpargatas, que aquí te queremos con los zapatos de charol que luces por Alcalá arriba…[14]

Al día siguiente, 5 de julio de 1935, el domicilio de Constantino Ruiz Carnero, director de *El Defensor*, fue allanado por el presidente de Acción Popular en la ciudad, Francisco Rodríguez Gómez, que agredió al periodista. Al no aguantar más, se supone, los satíricos puyazos que semana tras semana propinaba el diario a su partido y a sus más destacados miembros locales, en primer lugar Ramón Ruiz Alonso.

García Lorca estaba en Granada en estos momentos con su familia en la Huerta de San Vicente. Coincidiendo con la agresión contra Ruiz Carnero recibió la visita de su amigo el escritor gallego Eduardo Blanco-Amor, que publicó en *El Defensor* unos días después una vigorosa protesta contra un incidente muy indicativo de la crispación que ya se vivía en la ciudad.[15]

Lorca no dejó de llevar a Blanco-Amor a conocer el Casino, búnker de los terratenientes de Acción Popular y sus afines, para que pudiera observar allí a la flor y nata de los «putrefactos» granadinos. Al gallego no le gustó nada el espectáculo. Tuvo la impresión de que muchos de los socios envidiaban al poeta por el dinero que había traído de Buenos Aires. Uno de

ellos les espetó: «¡Dicen que ustedes los poetas son maricones!». «¿Y qué es POETAS?», contestaría Lorca, riéndose.[16]

Aquel otoño Ruiz Alonso reapareció por Granada… y según su estilo, no tardó en hacerse notar.

El 22 y el 23 de octubre de 1935 *El Defensor de Granada* e *Ideal* revelaban que el día antes el diputado de la CEDA había acompañado en sus últimos momentos a un condenado a muerte, Manuel Vasco Vargas, acusado de haber asesinado a un arriero en Motril (ejecución posible porque las derechas, poco después de acceder al poder, se habían cuidado de reintroducir la pena de muerte, abolida por los republicanos del primer bienio). A Ruiz Alonso se le había franqueado la puerta de la cárcel, según *El Defensor*, «en su calidad de mayordomo de la Cofradía de la Alhambra».[17] Según un reportaje aparecido en el vespertino madrileño *La Voz*, el director de la cárcel le llevó a la capilla, donde esperaba el reo el terrible momento:

> El diputado señor Ruiz Alonso lo abrazó también, y entre ambos lo llevan hasta el patíbulo, situado a unos cuarenta pasos de la capilla, que anduvo el infeliz sin vacilaciones. Llevaba traje negro, alpargatas blancas sin calcetines, la camisa desabrochada y la barba muy crecida.
>
> Al llegar al patíbulo fue sujetado al palo donde estaba prendido el corbatín, que se comunicaba con una manivela.
>
> El diputado señor Ruiz Alonso le cogió una mano, y junto con el padre Payán le asistió en los últimos momentos.[18]

J.A.P., la revista de la Juventud de Acción Popular, encomió la actuación del «diputado obrero». Según ella pasó toda la noche con el reo (algo difícil de comprobar a estas alturas):

> Un hombre. Un corazón. Un cristiano. Un obrero de verdad. Formado en la lucha de la vida y robando horas al sueño, ya que las demás las aplicaba al trabajo con que sustentar a una familia.

> Del taller de tipografía pasó a representar a los obreros granadinos. El prestigio de falso santón de Fernando de los Ríos rodó por los suelos ante la palabra ardorosa y emocionante de Ruiz Alonso, que llega al corazón y fuerza a los hombres a apretar los dientes para no humedecer los ojos.
>
> Al entrar en capilla condenado a muerte el reo de Granada, un obrero como él, pobre desgraciado envenenado por doctrinas disolventes, Ruiz Alonso se presenta, le hace compañía y se trabaja por su indulto. El desgraciado, que un día apedreó al propagandista de Acción Popular, le acoge como a verdadero padre. Ruiz Alonso le asiste durante toda la noche, le conforta y prepara a bien morir, le sostiene en el trágico traslado al patíbulo, recibe su último suspiro y piadosamente recoge su cadáver.
>
> En las ventanas de la cárcel de Granada se agolpan los presos sociales, que no aciertan a comprender de lo que es capaz un obrero cristiano, diputado de Acción Popular, que acompaña en los últimos y trágicos momentos a un ajusticiado que le apedreó, en tanto que se ve abandonado de todos los responsables de un crimen que justamente mereció la última pena.[19]

A partir de este momento Ruiz Alonso adquirió en Granada otro apodo a añadir al del «diputado semi-obrero de la CEDA» u «obrero amaestrado» de Gil Robles: «el ayudante de verdugo».[20]

No habían mejorado los modales de Ruiz Alonso en el hemiciclo de las Cortes. Lo ocurrido allí el 13 de noviembre de 1935 mereció la atención de toda la prensa de Madrid y de provincias. Aquella noche los titulares del periódico madrileño *La Libertad* rezaban: «El "obrero" contratado y amaestrado de la CEDA quiere cumplir con su deber. Ruiz Alonso intenta pegar al señor Gordón Ordás, y éste le replica de manera tan contundente que el cedista queda malparado en el suelo». Según el mismo diario, el altercado había surgido al advertir Ruiz Alonso que el diputado Félix Gordón Ordás, en medio de un corrillo, estaba acusando a la CEDA de no haberse declarado nunca republicana, acusación de hecho ampliamente justificada (Gil Robles no hacía más que hablar del «accidentalismo» de los sistemas de gobierno):

> El diálogo, vivo y violento por la actitud retadora de Ruiz Alonso, que es un hombre corpulento y mucho más fuerte, desde luego, que Gordón Ordás, continuó. […] Gordón, indignado, hizo

> ademán de abalanzarse sobre Ruiz Alonso. Éste, que estaba preparado para el incidente que deliberadamente provocaba, le asestó un fuerte puñetazo en la frente.[21]

La descripción del episodio dado por *Ideal* casi reza como un elogio del matonismo:

> La discusión adquirió entonces tonos vivísimos y el señor Gordón Ordás se echó sobre el diputado granadino, pero éste le descargó un fuerte puñetazo en la cabeza que hizo retroceder a aquél. Como el señor Gordón Ordás insistiese en su intento de agredir a Ruiz Alonso, éste, sujetándole por las solapas, le dio hasta cuatro puñetazos más, hasta hacerle caer en tierra.
>
> Los numerosos diputados allí reunidos separaron a ambos contendientes; pero Ruiz Alonso ante la persistencia de las injurias que no cesaba de pronunciar Gordón Ordás, hizo esfuerzos para desasirse. En estas circunstancias resbaló y cayó al suelo, momento que fue aprovechado por Gordón Ordás para desasirse fácilmente de los diputados izquierdistas que le sujetaban, e intentar lanzarse sobre el diputado cedista. Pero éste, en el suelo, le dio un fuerte puntapié en el cuerpo y Gordón Ordás fue nuevamente sostenido por otros diputados.
>
> Ruiz Alonso se levantó rápidamente y, haciendo enormes esfuerzos, quiso lanzarse sobre su contrario, ya que éste repetía sin cesar sus ataques y palabrotas contra la CEDA. Los diputados allí presentes tuvieron que formar una verdadera barrera humana para que Ruiz Alonso no pudiera pasar…[22]

El Defensor de Granada no perdió tan magnífica oportunidad, servida en bandeja, de mofarse otra vez de Ruiz Alonso, cuyas «bofetadas cordiales» ya le habían suscitado alguna alusión anterior.[23] «A ver: ¿para qué dieron los granadinos sus votos al parlamentario cedista? —se preguntaba a la mañana siguiente—. ¿Para que hiciese carrera en el boxeo, o para que resolviese problemas de Granada?». Y remachaba: «Este percance de Ruiz Alonso nos ha puesto en una disyuntiva: ¿lo elegimos otra vez diputado, o lo enfrentamos con Joe Louis?».[24]

El diputado «obrero» y púgil apenas intervenía en los debates de las Cortes (ya lo habían dicho sus ex correligionarios de Acción Obrerista). Pero tenía otro recurso para hacerse notar. «La especialidad del señor Ruiz Alonso son las interrupciones», y utiliza para ello «su gran voz», señaló en

El Defensor unos días antes «Constancio» (Constantino Ruiz Carnero). Interrupciones en la línea de: «¡A ver! ¿Dónde estuvo su señoría el 6 de octubre?».[25]

A DOS PASOS DE LAS ELECCIONES

Ya se empieza a hablar de próximas elecciones, que tanto las derechas como las izquierdas presienten serán decisivas. *J.A.P.*, la mencionada revista de la Juventud de Acción Popular, lo tiene claro. El 26 de octubre de 1935 anuncia en titulares: «SE ACERCA EL MOMENTO DE LA BATALLA FINAL». Y, abajo: «Se impone un frente contrarrevolucionario, dirigido por el JEFE, para aplastar para siempre la revolución». ¿La revolución? Sí, sí, está a la vuelta de la esquina. «El frente revolucionario está prácticamente hecho —asegura la revista—, y si triunfase, el más feroz extremismo arrollaría cualquier posición intermedia precipitando velozmente a España en una dictadura roja». Había que ir, pues, a por la mayoría absoluta de las derechas en las Cortes. Ello «como medio de que todo el Poder sea para España, para su JEFE».[26]

«¡PREPARAD LAS ELECCIONES! —urge la revista el 16 de noviembre—. Después del discurso del JEFE, queda abierto para la JAP el periodo electoral. No habrá más golpes de Estado que el definitivo que el pueblo español ha de dar a la revolución».[27]

El 23 de noviembre de 1935 se reúne la asamblea de Acción Popular granadina. Ruiz Alonso es elegido uno de los tres secretarios políticos de la comisión ejecutiva y de la junta del gobierno de la misma. Entre sus correligionarios y amigos nombrados para otros puestos figuran el ingeniero Luis García-Alix Fernández (secretario de actas y régimen interior) y Juan

Luis Trescastro Medina (vocal). Ruiz Alonso da cuenta de la labor llevada a cabo por él y los otros diputados, tanto en el Parlamento como en Granada y su provincia, y se expresa satisfecho de su mediación en problemas relativos a la industria azucarera en Motril.[28]

Ya se empieza a hablar, en medio del escándalo del estraperlo, de un próximo reajuste del Gobierno y hasta de la disolución de las Cortes. «La crisis se considera ya virtualmente planteada», rezan los titulares de *Ideal* el 7 de diciembre. En vista de ello, *El Defensor de Granada* comienza a «preocuparse», piadosamente, por la suerte electoral que pueda correr muy pronto el «obrero amaestrado» de Gil Robles. Aquel mismo día, bajo el título «Un poco de filosofía», se pregunta el anónimo autor de «Retablillo»:

> Bueno, ¿y qué va a pasar aquí si se disuelven las Cortes y se ven obligados a descender de su categoría de diputados algunos señores que van muy a satisfacción en el machito?
>
> ¡Qué catástrofe! ¡Nosotros sufriremos mucho si el señor Ruiz Alonso, por ejemplo, tiene que volver a sus trabajos de obrero manual abandonando las tareas intelectuales! Pero la vida es cruel…[29]

«Antes de 15 días serán disueltas las Cortes», anunciaba *Ideal* en primera plana una semana después, a la par que informaba de que Gil Robles ya no estaba en el Gobierno, que se acababa de «reajustar».

Gil Robles ya no estaba en el Gobierno… pero le faltó tiempo para declarar que regresaría pronto. Y con más poder. Y con aún mayor dedicación a la causa de España.

El 18 de diciembre, desde *El Defensor*, «Constancio» vuelve a reírse de Ruiz Alonso en su «Silueta del día». De verdad, ¿qué será de él si pierde su escaño? Otros diputados de la CEDA, más acomodados, tienen adónde ir. Para ellos no todo es el sueldo parlamentario, las mil pesetas mensuales; pueden pensar en tomarse unas vacaciones. Pero ¿el «obrero amaestrado» de Gil Robles (a quien «Constancio» llama alternativamente Ramón,

Ramoncico o Ramoncete)? Antes de que ocurra la tragedia puede, eso sí, seguir envolviéndose en su mono de mecánico y lanzándose por esos pueblos de Dios «a sembrar el pánico entre los caciques y las gentes asustadizas con el anuncio de la hidra revolucionaria».[30]

Es exactamente lo que Ruiz Alonso va a hacer. El 24 de diciembre, él y sus compañeros diputados Julio Moreno Dávila y Carlos Morenilla envían a Gil Robles un telegrama en el cual se reafirman en su lealtad más absoluta y le prometen que, atentos a sus órdenes, empezarán muy pronto una intensísima campaña de propaganda.[31]

La iniciaron el 26 de diciembre en dos pueblos de la Vega de Granada donde, según *Ideal*, «el socialismo ha tenido más arraigo»: Chauchina y Fuente Vaqueros, lugar natal —como bien sabía Ruiz Alonso—, de García Lorca. Allí se mostró especialmente combativo:

> Todo el discurso del señor Ruiz Alonso fue un ataque durísimo a los desaprensivos dirigentes del socialismo español, a los que acusó de desleales y traidores a las clases obreras, a las que han abandonado a su suerte, unos huyendo al extranjero y otros negando, cobarde y descaradamente, su participación en la pasada revuelta. Hizo resaltar la visita de los diputados socialistas a Fuente Vaqueros días atrás, para asistir a la boda de unos socialistas. Yo recuerdo —dijo— a ese matrimonio que cuando Dios les envíe lo que más se quiere en este mundo, un hijo, fruto de sus entrañas, al tener a esa criaturita en sus brazos, que los camaradas de Asturias, compañeros de los que han sido testigos de su boda, no han desaprobado ni maldecido que metieran astillas de madera en los ojos de los hijos de la Guardia civil. Al llegar a este punto, el orador fue interrumpido por un grupo de socialistas. Dirigiéndose a ellos, el señor Ruiz Alonso les rogó que le permitieran hablar en la Casa del Pueblo de Fuente Vaqueros en controversia con Fernando de los Ríos.
>
> Al terminar, pidió que juraran todos ante Dios y prometieran al Jefe derramar la última gota de su sangre, si preciso fuera, para que no pasen ni la revolución ni sus cómplices.
>
> Los presentes, en medio de una indescriptible ovación, contestaron con un sí que fue ahogado con vivas y frases de aliento y de entusiasmo, ante la campaña que hoy comienza.[32]

¡Otra vez Fernando de los Ríos, una de las obsesiones de Ruiz Alonso! En cuanto a la «indescriptible ovación», parece difícil que en un pueblo tan

de izquierdas como Fuente Vaqueros, la reacción de los vecinos hubiera sido tan calurosa como dice *Ideal*. Es muy posible, por otro lado, que redactara el reportaje del acto el propio Ruiz Alonso.

Dos días después el diputado y sus compañeros actuaron en Santa Fe.[33] Luego fue el turno de Atarfe.[34]

El 2 de enero de 1936 la Juventud de Acción Popular se encarga, un año más, de organizar la fiesta de la Toma de Granada, que se celebró, como siempre, en la catedral. Según *Ideal*, «el acto revistió el máximo esplendor y no quedó extinguida la tradicional costumbre de conmemorar religiosamente la fundación de la unidad española». Asisten Ruiz Alonso, Julio Moreno Dávila y Carlos Morenilla, rodeados de políticos locales de derechas y de una muchedumbre de incondicionales de la España de los Reyes Católicos.[35]

Se suceden los mítines de Acción Popular, con el «obrero amaestrado», como siempre, de estrella. El 4 enero recibe a los oradores —Ruiz Alonso, Moreno Dávila, Morenilla y Luis García-Alix Fernández— el minúsculo pueblo de Pedro Martínez, situado en la Vega de Granada no lejos de Fuente Vaqueros. El acto se celebra en la antigua Casa del Pueblo (muchas Casas del Pueblo fueron clausuradas durante el bienio derechista). Ruiz Alonso recuerda que afrontó la revolución de octubre en las calles de Madrid con otros miembros de la JAP y añade: «Que se sepa, pues, que si ellos siguen siendo los de octubre, nosotros también lo somos, y abandonaremos nuestro hogar para hacer frente a la revolución donde ésta nos presente batalla, para que no se engañe más al pueblo con la farsa revolucionaria». Según *Ideal*, tal fue el fervor suscitado por las palabras de Ruiz Alonso que, al final del mitin, el público le rogó que volviera a hablar. Desistió, explicando que al día siguiente tenía que actuar en Almería, Gádor

y Adra, y el lunes en Villacarrillo y Mancha Real. No le era posible detenerse más tiempo.[36]

El 7 de enero de 1936 ocurre lo largamente previsto: el presidente de la República, Niceto Alcalá-Zamora, y el del Consejo de Ministros, Manuel Portela Valladares, firman el decreto de disolución de las Cortes. La prensa progresista está de enhorabuena. «HA MUERTO EL FANTASMA. LA ENÉRGICA Y CONCRETA ACTITUD DE LOS PARTIDOS REPUBLICANOS HA ASFIXIADO PARA SIEMPRE EL PERIODO DE BAJAS MANIOBRAS QUE VENÍAN DESARROLLANDO LAS DERECHAS», rezan los titulares del *Heraldo de Madrid*. Y, al día siguiente, los de *El Liberal*: «¡VIVE DIOS QUE PUDO SER! HAN QUEDADO DISUELTAS LAS CORTES MALDITAS DEL CONGLOMERADO BLOQUISTA. EL PUEBLO RECUPERARÁ SU REPÚBLICA Y NUNCA, ¡JAMÁS!, VOLVERÁ A PERDERLA».

Las nuevas elecciones han sido convocadas para el 16 de febrero y ya se está aireando, entre las fuerzas de progreso, la necesidad imperiosa de crear sin perder tiempo un gran bloque electoral de izquierdas, un Frente Popular. Hasta los más obcecados o intransigentes entienden que hace falta una coalición para que no se repita el error garrafal de 1933, que abrió las puertas a la victoria de la CEDA. Facilita tal iniciativa el hecho de que, desde el verano de 1935, la Internacional Comunista viene optando por una política de colaboración con los partidos democráticos europeos.

En cuanto a las derechas, se va concretando la idea de crear un Bloque Contrarrevolucionario para combatir a los de la «Anti-España», término cada vez más manoseado en su prensa.

El pacto del Frente Popular se sella una semana después, el 15 de enero. «¡LA REPÚBLICA, EN PIE! UN MAGNÍFICO PROGRAMA DE RECONSTRUCCIÓN NACIONAL», proclama el *Heraldo de Madrid* la mañana del 16. Se comprende su euforia, pues los republicanos progresistas, los comunistas, los socialistas e incluso los sindicalistas se han puesto de acuerdo para contestar con eficacia las elecciones, y ello sobre una serie de puntos

fundamentales: vuelta a la política religiosa, educativa y regional de los dos primeros años de la República; reforma agraria eficiente y rápida; y amnistía inmediata para los 30.000 prisioneros políticos que continúan en la cárcel a consecuencia de los graves disturbios de 1934.[37]

El fervor preelectoral se parece mucho al que se vivió en vísperas de los comicios municipales de abril de 1931, y los actos políticos de todo signo se multiplican alrededor del país.

Durante enero Ruiz Alonso, habitualmente acompañado de Carlos Morenilla y Julio Moreno Dávila, lleva a cabo una campaña electoral tan enérgica como agresiva. Torre Cardela, Guadalhorta, Huélago, Vélez Benaudalla, Rubite, Iznalloz, Jérez del Marquesado…, se suceden a un ritmo frenético los pueblos visitados. En cada uno Ruiz Alonso provoca intencionadamente a los socialistas que han acudido a escucharle, incluso les pide que le interrumpan y polemicen con él. Para rebatir sus argumentos incide siempre sobre lo mismo: sus líderes engañan a los trabajadores, sólo piensan en sí mismos y nunca, desde luego, en el bien de España. En cuanto a los capitalistas, los hay malos y buenos. Él está contra los malos, naturalmente, pero no contra el capitalismo en sí. En Rubite un obrero saca a colación el asunto de las mil pesetas mensuales que perciben los diputados. ¿Cómo las justifica en su caso? Según *Ideal*, le contesta Ruiz Alonso: «Las gano y las trabajo en las Cortes y en mis gestiones por la provincia. En cambio los diputados socialistas las ganan y hace un año que no van por el Congreso».[38]

La campaña de los candidatos de Acción Popular fue tan ampliamente cubierta y jaleada por *Ideal* como metódicamente satirizada por *El Defensor de Granada*.

El 16 de enero *El Defensor* publica en su primera plana un «Retablillo» muy divertido, titulado «Un mitin que quedó inédito», en el cual ridiculiza

la reciente visita del «obrero honorario» y Carlos Morenilla a un pueblo de Almería (tal vez Adra). Tampoco falta una referencia a la actuación de Gil Robles cuando era ministro de Alejandro Lerroux. Ruiz Alonso había empezado a hablar con su arrojo habitual:

> —¡A la paz de Dios! A los enemigos que me oyen, un abrazo. A los amigos que me escuchan, una guantada en las espaldas. Yo llamo al pan, pan, al vino, vino, y cuando oigo un pasodoble, yo digo: esto es un pasodoble…
>
> Los concurrentes, que eran muchos, digámoslo en honor de la verdad, se miraron estupefactos, llenos de admiración. El lenguaje llano del señor Ruiz Alonso no es de los que producen verdaderos terremotos en las masas; pero llega a gustar, con poco que se medite, cada vocablo del ex diputado obrero, o casi obrero. Si no agradar, en el pueblecito almeriense por lo menos causó admiración el léxico del señor Ruiz Alonso. Allí los obreros en paro estaban acostumbrados a pedir pan cuando Gil Robles tenía cinco carteras y a recibir una respuesta inverosímil: los metía en la cárcel. El jefe, por lo pronto, confundía el pan con los encarcelamientos gubernativos. Y el hecho de que el señor Ruiz Alonso declarase intangible el significado del pan, ya era motivo para que su auditorio se lanzara a pedirle explicaciones. Y surgió una voz exigente:
>
> —A ver, que explique eso mejor. Porque yo estoy dispuesto a que las cosas queden en su sitio.
>
> El ex diputado enpijamado [sic] se enfureció con cordialidad. Y aceptó una controversia. Don Ramón paró su discurso, y el espontáneo descendió de su localidad y empezó el suyo:
>
> —Este servidor de Gil Robles que veis ahí, que votó la pena de muerte, que amparó los desahucios de los arrendatarios, que protegió con sus votos a los terratenientes…
>
> El auditorio se volcó en aplausos:
>
> —¡Bien, bien, bien!…
>
> Y cuando terminó, entre vítores a la República, el orador espontáneo dijo sacudiéndose las manos:
>
> —Y ahora, amigos, ¡vámonos!
>
> Y tras él empezó a desfilar el auditorio, mientras don Ramón quedaba en el tinglado de la nueva farsa mirando al Sr. Morenilla.
>
> —¿Y para esto me has traído aquí, Carlos?

El 18 de enero Ruiz Alonso llegó con el mismo compañero al pueblo granadino de Güevéjar. Morenilla estuvo gracioso piropeando a las «bellezas» del pueblo. Y comenta *El Defensor:*

Hasta aquí todo marchaba sobre ruedas. Pero llegó el ex diputado obrero llamando al pan, pan; a los tinteros, tinteros; y a las camisetas de punto, camisetas de punto; etc. Y un obrero socialista, según dice el diario que publica las monsergas del equipo Morenilla, Ruiz Alonso y compañía [léase *Ideal*], se levantó humilde sobre los demás:

—Todo esto está muy bien. Pero yo sigo cobrando diez y siete reales de jornal.

Don Ramón se sonrió escéptico, como diciendo: «No, a mí tú no me das el baño como me lo dieron en Almería». Y contestó como un redentor:

—Pues a denunciar al patrono. Pero lo mismo que se reclama el jornal debido, se debe prestar el trabajo debido.

El obrero calló. Pero quedó reflexionando:

—Sí, claro. Este señor, que se llama obrero, lleva razón. Él, con las mil pesetas que ha cobrado hasta hace poco, mes a mes, puede rendir una jornada de discursos aceptables. Con mil pesetas puede alimentarse bien. Está fuerte. Y vocifera fuerte. Yo, con diez y siete reales, mujer y cinco hijos, no tengo margen más que para un panecillo. Y con un panecillo este señor, que se titula obrero, quiere que yo rinda una jornada de doce horas que me impone mi patrono, que es además cedista. Estoy tuberculoso. He llevado dos años de hambre y en estos dos años este señor no me ha dicho una sola vez que denuncie a mi patrono. Esto hay que rumiarlo más despacio.

Y el obrero socialista siguió meditando.[39]

Ideal, como era lógico, dio una versión del mitin absolutamente opuesta.[40]

Día tras día Ruiz Alonso y sus compañeros siguen recorriendo los pueblos de la provincia (Lanjarón, Baza, Íllora, Venta del Baúl, Gor, Deifontes, Maracena, Cúllar Baza, Vélez Rubio, Cijuela, Graena, La Calahorra, Huéneja, Cádiar, Alfacar, Tocón, Peligros…). La cobertura de *Ideal* es impresionante.41 Y día tras día *El Defensor* continúa con su particular campaña contra el «obrero honorario», siempre atento a las versiones de las mismas publicadas por el diario de Editorial Católica. ¿Será verdad, como dice el colega, que Ramón lleva botas rusas, tan anticomunista él? ¿Qué pensará el clero? «Estas botas son ahora mismo nuestra pesadilla. ¿Es que don Ramón se calza así para despistar por esos pueblos? ¿Serán esas botas el verdadero oro de Moscú? ¡Explícate, Ramón, si no quieres que se vuelvan locos todos los sacristanes que te siguen!»[42]

J.A.P., tan adicta a Ruiz Alonso, no lo ve de la misma manera, desde luego. Comentando, el 1 de febrero, la campaña en Granada, apunta: «Los ex diputados a Cortes, Carlos Morenilla, Julio Moreno Dávila y Ramón Ruiz Alonso, candidatos para la próxima contienda, recorren incansables toda la provincia celebrando gran número de actos. Ruiz Alonso, con su proverbial simpatía, admite polémicas con elementos marxistas, de las que no hay que decir que resulta siempre vencedor entre grandes aplausos».[43]

¡No hay que decir! ¡Siempre vencedor! El mismo 1 de febrero *El Defensor*, en un «Retablillo» especialmente afilado, dio su explicación del pretendido éxito de Ruiz Alonso en sus tan «polémicas» comparecencias mitineras:

El truco del obrero interruptor

Seguramente ustedes habrán observado que en todos los discursos que pronuncia don Ramón por esos pueblos sale siempre un obrero que interrumpe y que después, como por arte de magia, queda convencido al momento. Por ejemplo: el señor Ruiz Alonso dice, plagiando al señor Giménez Fernández,[*] aquel ex ministro sevillano de las encíclicas:

—Yo no acuso a nadie. Pero hay quien va a las nueve a misa y a las cinco da jornales de hambre.

Enseguida surge el obrero interruptor:

—Esos son los vuestros.

Y don Ramón, aceptando la controversia, replica:

—No son los nuestros. A ésos no les queremos ni en misa ni en el cortijo a la hora de pagar los jornales. ¡Fuera esa gente depravada!

El auditorio mira repentinamente al interruptor para asistir con los ojos al argumento siguiente. Pero el auditorio se queda maravillado cuando oye al orador espontáneo:

—¡Bien, bien! ¡Así me gustan a mí los hombres!

Y, naturalmente, alrededor de don Ramón se ha hecho por las gentes sencillas una aureola de «recordman» del proselitismo. Pero nosotros, que para descubrir trucos nos valemos como nadie, hemos visto en el truco que se trae don Ramón una experiencia que pusieron muy en boga los

charlatanes que venden hojas de afeitar y relojes de «dublé» en las plazas públicas. Ustedes se habrán fijado que cualquiera de estos charlatanes a las primeras palabras que pronuncian tienen cinco o seis compradores fervorosos, que les arrebatan las cuchillas de afeitar con entusiasmo incontenible. Esto origina que las gentes que hacen el corro al charlatán se tiren como un solo hombre sobre todas las mercancías, que suelen ser, por descontado, productos de saldos detestables. Y he aquí el truco de don Ramón. Don Ramón se ha comprado a un pobre hombre, con facha de obrero, que por dos duros diarios le interrumpe y se convence en todos los pueblos, en todos los locales, con todos los argumentos y a todas las horas del día. Este jornalero de don Ramón —¡cómo subimos, Ramoncete! ¡Dentro de nada latifundista, palabra!— es su «gancho». Don Ramón dice:

—Vosotros, los obreros, debéis estar con nosotros…

Y el «gancho» de don Ramón grita como un energúmeno:

—¡Mentira, nos engañas!

Repentinamente don Ramón mira, con el gesto del héroe que acepta todos los peligros, a su interruptor y le invita a la controversia:

—No es mentira. Quienes os engañan son los directivos de vuestras Casas del Pueblo, que os estrujan como a las uvas.

Y el «gancho», ante la emoción del público, rectifica:

—Es verdad. ¡Eso, eso! ¡Nos estrujan!

Claro, suele ocurrirle a don Ramón, a diferencia del charlatán, que mientras éste vende todas sus mercancías con el truquito del «gancho», don Ramón se va de todos los pueblos sin vender una escoba.[44]

No conocemos la opinión que le merecían a Ruiz Alonso los ataques constantes que le dirigían día tras día desde la primera plana de *El Defensor de Granada*. Pero se puede imaginar.

El Defensor se ha quedado alucinado ante la noticia de que uno de los candidatos de Acción Popular por Granada va a ser Francisco Herrera Oria, hermano del «cerebro gris» de *El Debate*. El mismo 1 de febrero comenta en primera página, refiriéndose a la celebración anual de la «Toma»:

¡Granada por *El Debate*! Este es el grito que será preciso dar desde ahora en adelante en la tradicional ceremonia de la Toma de Granada.

En la candidatura de Acción Popular hay tres nombres que proceden directamente del citado periódico: el señor Herrera Oria, gerente de «El Debate», el señor Moreno Dávila y el señor Ruiz Alonso.

> ¡Adelante, señores! ¡Granada por *El Debate*![45]

Ya lo sabemos: Ruiz Alonso no puede ver a Fernando de los Ríos, cuya amistad con Federico García Lorca era notoria. El domingo 2 de febrero de 1936 el ex ministro arremetió contra la CEDA en un mitin celebrado en Fuente Vaqueros, ya visitado, como hemos visto, por el «obrero amaestrado».[46] Allí se volvió a presentar Ruiz Alonso unos días después. Aprovechó no sólo para atacar a De los Ríos sino para llamar a Lorca «el poeta de la cabeza gorda». Con ello provocó la ira de los vecinos, orgullosos de su famoso paisano y del afecto que el ex ministro socialista les había demostrado en distintas ocasiones.[47]

Era evidente ya que a Ruiz Alonso no le inspiraba Lorca ninguna simpatía.

Siguen a un ritmo vertiginoso los mítines de Acción Popular en la provincia.[48]

El 7 de febrero Ruiz Alonso está otra vez en Alfacar, ahora para ayudar, como peón de albañil, a un obrero cuya casa se ha hundido a consecuencia de unas lluvias torrenciales. Llevó consigo un fotógrafo de *Ideal*, que publicó una instantánea suya en plena actuación y llevando su habitual mono de obrero (ilustración 8). Decía el comentario:

> Durante su estancia en el pintoresco pueblo de Alfacar, con motivo del último mitin de derechas que allí se celebró, el ex diputado señor Ruiz Alonso tuvo noticias de que los temporales de lluvia habían hundido la vivienda de un modesto obrero que, por esta causa, se encontraba sin hogar y sin recursos para reconstruirla. El señor Ruiz Alonso requirió a los albañiles de Alfacar para que prestasen su trabajo, a título gratuito, en las obras necesarias, prometiendo que él personalmente cooperaría con una jornada legal de trabajo como un humilde peón más, para elevar de nuevo la casa sobre sus ruinas. Se aceptó el trato, y anteayer mismo acudió el candidato derechista a cumplir su compromiso.
>
> El señor Ruiz Alonso hubo de hacer a pie parte del recorrido de Granada a Alfacar, por haberse pinchado una de las ruedas del auto. No obstante este contratiempo, a las nueve de la mañana se encontraba en la barriada de Las Canteras, lugar donde había ocurrido el hundimiento, trabajando

con los demás obreros y ante un público que pasaba del millar de personas. El candidato de la coalición derechista actuó como peón en las obras, amasando yeso y dando ladrillos y tejas hasta las doce y media de la mañana, en que el gentío se opuso a que continuara en la faena para hacerle objeto de un caluroso y espontáneo homenaje popular.

Fue invitado a un refresco por el teniente coronel de la Guardia civil, retirado, don Isidoro Torres Soto, residente en Alfacar, que, en nombre de todos los habitantes de la barriada de Las Canteras, le pidió que, cuando fuese diputado, influyera para que en aquel sitio se instalase una fuente de agua potable, ya que el caudal de que disfrutaba el vecindario se perdió al advenimiento de la República.

Más tarde se celebró un almuerzo en la fuente de «El Morquí», bello lugar de los alrededores de Alfacar. Asistieron numerosos amigos del ex diputado y, en virtud de expresa invitación del señor Ruiz Alonso, el conocido socialista de aquel pueblo, Juan Torices Vélez, que había acudido a Las Canteras a presenciar el trabajo del candidato derechista. Allí le fue presentado por don José Tovar [*sic*, por Jover] Tripaldi y, después de una curiosa conversación con Ruiz Alonso, epilogada con un fuerte abrazo, terminó diciendo que había estado engañado mucho tiempo y que de ahora en adelante estaba dispuesto a luchar a favor de la política de derechas.

Durante la estancia del señor Ruiz Alonso en Alfacar, llegaron los señores Torres López y Abril para recogerlo con objeto de que interviniera en un mitin en Piñar, teniendo que desistir ante la oposición del vecindario. Los señores Torres López y Abril visitaron a una vecina de la casa hundida, que se encuentra gravemente enferma, entregándole un donativo.[*]

A la caída de la tarde, Ruiz Alonso fue despedido de Alfacar por el pueblo en masa y en medio del mayor entusiasmo.[49]

No sabemos si el ex diputado cedista había echado una ojeada a *El Defensor de Granada* aquella mañana, antes de trasladarse a Alfacar. El diario reproducía en primera plana, bajo el título «Ruiz Alonso, en el espejo de Acción Popular», la carta abierta dirigida por éste a Acción Obrerista en 1934 en la cual anunciaba su baja en el partido, así como la airada contestación de la organización. *El Defensor* subrayó que ambas cartas se habían publicado en *El Debate*, el 18 y el 20 de noviembre de 1934 respectivamente. No las comentó, dejando que reflejasen por sí mismas la personalidad intempestiva, vanidosa y desmesuradamente enfática de su autor.

El Defensor no dejó pasar sin sorna el episodio de Alfacar. «Hipocresía y

escarnio» encabezó su comentario al respecto, con subtítulo: «Ruiz Alonso gana en Alfacar el mejor salario que han dado las derechas en cinco siglos». El anónimo autor del artículo —hay que suponer que se trataba otra vez de Constantino Ruiz Carnero, director del diario— tenía a la vista el reportaje de *Ideal*, y no se paró en barras:

> La farsa que el señor Ruiz Alonso representa dentro del marco de las derechas no había producido, hasta ahora, más que una excitación del sentido de la indiferencia. Ruiz Alonso es el verbo de la hipocresía reaccionaria, o, si se prefiere, el triste altavoz de unos sentimientos eternamente odiados por la reacción. Pero el obrero «honoris causa» ha llegado a encarnar el matiz más grotesco de su «role». A la vista tenemos una fotografía del candidato cedista, donde aparece, con su golpe de pala, trabajando —según reza el texto del fotograbado— «de peón de albañil en la reconstrucción de una casa hundida de un obrero de Alfacar». La fotografía no lleva el título de «Lo nunca visto», ni aquel otro, fácil de comprender, que podría decir: «El primer golpe que da en su vida». El título, pomposo y vano como todo lo insincero, es éste: «Trabaja para ayudar a un obrero de quien es la casa y que no tenía medios para hacerlo».
>
> El esfuerzo, generoso —veamos la cosa, en principio, por aquí—, es tan inútil y llama tanto a la vergüenza, a poco que se piense, como la misma estampa social de Ruiz Alonso en la Ceda. Los dineros que financian la candidatura del proletario honorario bastarían para reconstruir el hogar de ese obrero y de otros muchos condenados por las derechas a perecer de humillaciones y hambre, sin que Ruiz Alonso corriera el riesgo de encallecerse por primera vez las manos.
>
> Los hechos jocosos siguen en la información: «El candidato de la coalición derechista estuvo hasta las doce y media de la mañana amasando yeso, y dando tejas, hora en que el gentío se opuso a que continuara la faena para hacerle objeto de un caluroso homenaje». Y Ruiz Alonso comió en un banquete, y bebió con esplendidez vinos generosos. En cinco siglos, Ruiz Alonso alcanzó el mejor jornal que han dado las derechas. Y mientras el banquete transcurrió, los obreros en paro esperaban en la plaza del pueblo al héroe que había conseguido trabajar antes que ellos y con un salario tan abundante. Realmente el escarnio llega aquí a su colmo. El escarnio y la miseria espiritual de quienes organizan y representan esta triste farsa como propaganda de elecciones.[50]

Es lógico pensar que, para esas fechas, Ruiz Alonso estaba ya harto de los ataques burlescos de *El Defensor de Granada*.

Ya tiene preparadas las maletas para un mitin en Madrid, pero participa todavía en algunos actos de la provincia.[51]

La mañana del domingo 9 de febrero —último domingo antes de las elecciones— hay actos políticos para todos los gustos en la capital de la nación. «¡LA DERECHA EN PIE POR DIOS Y POR ESPAÑA!», exclama el titular de la primera plana de *El Debate*. Gil Robles, que encabeza la lista de la «Candidatura Contrarrevolucionaria por Madrid», con José Calvo Sotelo en el segundo puesto y el teórico del fascismo español, Ernesto Giménez Caballero, en el último,[52] pronuncia en el Monumental Cinema un vehemente discurso transmitido por radio a veintiséis ciudades alrededor del país, entre ellas Granada (teatros Isabel la Católica y Cervantes).[53] En diez locales madrileños actúan de teloneros del discurso del Jefe destacadas personalidades de la coalición, entre ellas Ruiz Alonso, que protagoniza el mitin celebrado en el cine Goya. Según *El Debate*, el local se llenó hasta tal punto que mucha gente «quedó en el vestíbulo y en los pasillos sin lograr asiento». Militantes de la JAP cuidaban del orden y, al llegar el ex diputado por Granada, fue calurosamente ovacionado. Sigue *El Debate*:

> Comenzó fustigando a los patronos egoístas, causa principal de que el proletariado se haya separado de la Iglesia, ya que las masas socialistas y anarquistas están formadas por hombres en su mayoría de alma buena que viven engañados por unos dirigentes falsos, por unos dirigentes traidores. (Gran ovación.) Pero no toda la culpa es de ellos. Es de aquellos que gritan: «¡Abajo el marxismo!» y son los primeros que han contribuido a fomentarlo con su conducta; los que se llaman católicos y no lo son; los que llevan a Dios constantemente en sus labios y no lo llevan en su corazón.

Era uno de sus temas predilectos. A continuación afrontó el problema del capital, de la propiedad privada:

> Es una locura pedir la desaparición del capital. Éste debe subsistir, pero cumpliendo su misión. A aquellos que habéis venido aquí creyendo que Acción Popular es un partido de ricos, yo he de decirles que los ricos que hay en Acción Popular saben cumplir con sus deberes de españoles y sus obligaciones cristianas.

Terminaba el reportaje de *El Debate*:

> Recoge varias alusiones del público y contesta a ellas en medio de grandes ovaciones.
>
> ¡Españoles! Ahora os va a hablar el jefe. Él tiene un programa para salvar del caos a esta España que se nos resquebraja y se nos hunde.
>
> ¡Obreros españoles! Hombres de fondo bueno que vivís engañados, con la conciencia envenenada por unas predicaciones insensatas. Obreros socialistas, anarquistas y comunistas: Elevad vuestros ojos a las alturas y contemplan [sic] imparcialmente el espectáculo que os dan vuestros dirigentes. (Las últimas palabras del señor Ruiz Alonso fueron acogidas con una enorme ovación que duró largo rato. Desde el Monumental comenzó a oírse al señor Laborda,[*] que anunciaba la llegada del jefe. El público prorrumpió en vivas a España y a Gil Robles.)[54]

Vale la pena tener en cuenta también la versión publicada en el moderado *El Sol*:

> Atacó el orador a los dirigentes socialistas y anarquistas, de los que dijo que han engañado a las masas. Desde el punto de vista católico, tuvo censuras para aquellas clases patronales que, a su juicio, son también responsables por no cumplir con su deber.
>
> «Al pueblo hay que hablarle con el alma, que es lenguaje con el que no se habla al proletariado por sus líderes. A vosotros, los que habéis venido sin conocer el lenguaje de Acción Popular, vosotros, los que creéis que Acción Popular es un partido de ricos, os decimos que los ricos de Acción Popular saben cumplir sus deberes de patronos y cumplir con sus obligaciones de cristianos.»
>
> Terminó refiriéndose al señor Gil Robles con grandes elogios para el jefe de la CEDA.[55]

La tarde de aquel mismo 9 de febrero de 1936 se celebró en el café Nacional, castizo establecimiento de la calle de Toledo, un acto muy diferente. Se trataba de una comida en honor de Rafael Alberti y María Teresa León, que acababan de regresar de un viaje a Rusia. Antonio Machado había sido el primer firmante de la convocatoria, que congregó a la flor y nata de los jóvenes escritores y artistas del momento.[56] El autor de *Campos de Castilla* no acudió al acto —no era hombre de banquetes—, durante el cual Federico García Lorca leyó a los asistentes, para su

aprobación, el borrador de un manifiesto titulado «Los intelectuales con el Bloque Popular». El documento apelaba al sentido común del electorado, y expresaba el convencimiento de que sólo con la cooperación decidida de todas las fuerzas progresistas sería posible recuperar el dinamismo y el idealismo de los primeros años de la República. Era imprescindible, decía, apoyar a los candidatos del Frente Popular.

El manifiesto se dio a conocer en el diario comunista más leído de España, *Mundo Obrero*, el día antes de los comicios, es decir, el 15 de febrero de 1936. La firma de Lorca encabezaba una lista de más de trescientos nombres, y una fotografía publicada por el mismo periódico recogía un momento de la lectura del documento por el poeta granadino (ilustración 10).[57]

A nadie se le podía ocurrir entonces —como después se alegaría con tanta torpeza— que el autor de *Yerma* fuera apolítico. En realidad, el apoliticismo era imposible en las circunstancias que entonces vivía España, sobre todo entre la juventud intelectual.

Madrid estaba empapelado de los pies a la cabeza de propaganda electoral, empezando con la Puerta del Sol, una de cuyas fachadas —la que se extiende entre las calles Mayor y Arenal— cubría un inmenso cartelón de Gil Robles (185 metros cuadrados, según *Ideal*).[58] Profusamente iluminado por la noche, reproducía la cabeza del Jefe con ademán serio y displicente, mucho más enérgico del que tenía en realidad. En la esquina superior izquierda rezaba la leyenda ÉSTOS SON MIS PODERES, con una flecha que indicaba una vasta muchedumbre encabezada por nueve militantes, con banderas en ristre, de la JAP. Otra leyenda aseguraba: DADME LA MAYORÍA ABSOLUTA Y OS DARÉ UNA ESPAÑA GRANDE. El pueblo madrileño, según el periodista argentino Pablo Suero, que había llegado desde Buenos Aires para cubrir las elecciones, tomaba el cartelón como un agravio cuando no se

reía de la prepotencia de quien, al parecer, tenía la desmesurada ambición de ser el Mussolini español.[59]

El 14 de febrero, dos días antes de las elecciones, Suero se las ingenia para intercambiar unas palabras con Gil Robles en la sede de Acción Popular. Encuentra el edificio atestado de gentes que van y vienen, con predominio de mujeres «de buen porte», jóvenes «enseñoritados», curas y monjas. El jefe de la CEDA es «un hombre lampiño, pálido, nervioso, de mandíbula huidiza», de «una fría cordialidad». Se niega a hacer declaraciones, ante el empeño de Suero, sobre sus intenciones políticas. Se expresa convencido de que la coalición de derechas va a ganar rotundamente los comicios. Y se solaza «describiendo la organización electoral poderosísima de Acción Popular, que ha lanzado al país cuarenta millones de pasquines y organiza actos como el que esa noche tendrá lugar, en que su discurso será retransmitido a doscientos teatros de España, fusionando para tal efecto todas las líneas telefónicas del país. Me dice que solamente Hitler ha podido movilizar un tren de propaganda de esta magnitud». Suero decide que la *cautela* es el signo más destacado del líder de la coalición derechista, de este hombre cuyo lema es «Por Dios y por España». Sale del despacho confirmado en su idea de que Gil Robles, más que nada, es un agitador de multitudes, «con acusados síntomas de mesianismo». Un agitador apoyado por una organización apabullante, con dinero a manos llenas, «dinero de la Iglesia y de los patronos, para invertirlo en el triunfo de su partido, detrás del cual el belfo del Borbón expulsado acecha ansioso». Suero asegura a sus lectores que entre bambalinas, controlando todo, está Ángel Herrera Oria, director de *El Debate*. El personaje tiene una presencia pública mínima, ciertamente. Apenas nadie le conoce de vista. Pero es el cerebro que maquina en la sombra la caída de la España democrática.[60]

Después de su mitin en Madrid, Ruiz Alonso volvió inmediatamente a Granada donde, el 11 de febrero, habla en Loja, Salar y Huétor Taja,[61] el 12 en Íllora y Moclín,[62] el 13 en Benalúa de Guadix y La Herradura,[63] y, el 14, en Padul y Dúrcal. En esta última localidad, según *Ideal*, terminó su intervención así:

> Entre estruendosas ovaciones y un verdadero diluvio, el orador arenga al pueblo de Dúrcal para que el día 16 queden aplastados los asesinos, los traidores, los que están vendidos a Rusia, que son los enemigos de España. (Enorme ovación acoge las últimas palabras del orador.) El público cogió al señor Ruiz Alonso en hombros, llevándolo hasta el coche que había de conducirlo a Granada.[64]

La mañana del 15 de febrero *El Debate* anuncia que aquella noche se podrá escuchar en más de cuatrocientas poblaciones del país a Gil Robles. «Nadie duda de que mañana será una jornada triunfal para las derechas», declara confiado el diario. Pero para garantizarlo será necesario que cada elector católico vote. Si lo hacen se conseguirá que «la revolución» se aplaste definitivamente. «¡A votar temprano, la candidatura contrarrevolucionaria íntegra!», exhorta a la mañana siguiente. La Patria lo exige. No hacerlo sería una «deserción».[65]

El mismo día Ruiz Alonso y sus compañeros coronan, en la plaza de Guadix, su campaña electoral. «Millares de personas aclamaron a los candidatos y propagandistas del bloque contrarrevolucionario», aseguraba *Ideal* a la mañana siguiente. Cada página de la edición instaba, como había hecho Ruiz Alonso en Guadix, a no abstenerse en los comicios. Hacerlo sería «una prueba de vileza y de cobardía» en momentos en que se trataba de evitar que España se hundiera en la ciénaga del marxismo ateo. «¡Votad por España! ¡Votad contra la revolución!», insistía el diario. «¡Votad por España, una, fuerte, inmortal, generosa y progresiva!» *Ideal* se decía seguro

de la victoria. «HOY, EL DÍA DEL GRAN TRIUNFO DE ESPAÑA», aseguraba el titular de la primera plana.[66]

RUIZ ALONSO GANA… Y PIERDE

El domingo 16 de febrero de 1936 acude a las urnas el 70 por ciento del censo, cifra de participación altísima. «HASTA AHORA, IZQUIERDAS Y DERECHAS VAN NIVELADAS», reza el titular de la primera plana de *Ideal* la mañana del lunes 17. Por la tarde se va sabiendo que las pretensiones de Gil Robles, pese a su masiva campaña de propaganda, han fracasado. El titular de *Ideal* de la mañana siguiente arroja un cubo de agua fría sobre el entusiasmo de las derechas granadinas: «AVENTURAR LA MAYORÍA DEFINITIVA RESULTA MUY DIFÍCIL». Y, en su tercera página, el desánimo se concreta más: «No hay lugar a pesimismos desprovistos de razón, dice Gil Robles».

Terminado el recuento, la ventaja numérica del Frente Popular será estrecha pero más que suficiente, ya que, gracias a las provisiones de la Ley Electoral de 1932, que otorga a los ganadores una representación parlamentaria proporcionalmente superior, recibe 257 escaños de un total de 453, es decir, la mayoría absoluta. Gil Robles, que había pedido 300 escaños, sólo consigue 88, e incluso no recupera el suyo.[67]

Cuando los madrileños que han dado su voto al Frente Popular se enteran del triunfo se echan masivamente a la calle para expresar su alegría. Al principio hay un riesgo de graves enfrentamientos con las fuerzas de orden público, pero al poco tiempo los guardias confraternizan con los manifestantes. Detalle pintoresco: en la Puerta del Sol los bomberos desmantelan presurosamente el ingente cartelón de Gil Robles para evitar

que la muchedumbre intente quemarlo y provoque un peligroso incendio.[68]

Al difundirse la noticia del triunfo del Frente Popular se apodera de la CEDA un profundo desencanto. En Granada, no obstante, el Bloque Antirrevolucionario, encabezado por Ruiz Alonso, ha ganado a contracorriente. «En Granada el triunfo derechista es rotundo», proclamaba *Ideal* el 17 de febrero.[69]

La euforia de la derecha granadina iba a durar poco. Nada más conocerse los resultados se empezó a cuestionar su legitimidad. «Han sido tantas las inmoralidades electorales en Granada, que se pide la anulación de las elecciones», rezaba el titular de un reportaje publicado el 18 de febrero en el vespertino madrileño *La Voz*, que puntualizaba: «Aunque los resultados que se conocen de la provincia son aún muy incompletos, pues faltan los de 71 pueblos, puede descontarse que las izquierdas están derrotadas, pues las actas que no han llegado son de pueblecitos pequeños, en donde las elecciones se hacen a fuerza de pucherazos y toda clase de atropellos contra las izquierdas… Gracias a la previsión de los partidos republicanos, que distribuyeron por todos los colegios gran cantidad de notarios que le levantaron actas de todas las coacciones, pucherazos y persecuciones realizadas, se tiene casi la seguridad de que habrá que anular estas elecciones».[70]

El fracaso de Gil Robles en las urnas complació enormemente, como era natural, a *El Defensor*. ¿Conque trescientos escaños, eh? Sin embargo las derechas habían triunfado en Granada, y el diario se consoló publicando a costo del reelegido Ramón Ruiz Alonso (y su famoso apego a los pijamas de seda) uno de sus textos satíricos más divertidos:

Ruiz Alonso, el proletario «honoris causa», huésped de gran hotel y plañidero en un taxi.

¡*A por los trescientos… a por los trescientos kilómetros por hora hacia Madrid*!

Don Ramón era un ferviente trescientista. Era y lo es. Y ahora veremos esta adoración por la cifra a través del tiempo. Don Ramón, además de este fervor, tenía otros entusiasmos. Sentía la caricia del pijama de seda en los soliloquios del hogar y amaba el traje de mahón para lucir el de obrero cuando entraba en funciones oratorias. Y lo mismo que se dejaba abrazar por estos cariños se abandonaba al temor de los descalabros. Ejemplo de canto: don Ramón tuvo necesidad un día de acomodarse entre el terciopelo de un taxi de magnífica carrocería para marchar a Algeciras con unos discursos preconcebidos. Don Ramón realizó el viaje de ida y vuelta sin novedad. La novedad la tuvo el chófer. No le pagó. Y bastó que un día se lo recordásemos a los tres meses del viaje, para que el temor a los cuchicheos le convenciera de que debía dar lo suyo al proletario que le trasladó a Algeciras. Pagó tarde, pero, en fin, pagó. Somos justos y lo declaramos así.

Hoy hemos sabido otra cosa. Don Ramón, el mismo domingo electoral —él sabrá por qué—, se trasladó a un elegante hotel de la Alhambra. El «maitre» le recibió en el «hall» con galantería estudiada para turistas:

—Caballero, el cuarto número… Hay baño, calefacción. Todo. ¿Quiere que le preparemos el baño? Un botones se le cuadró con amabilidad de gran hotel:

—Señorito, por aquí…

En fin, el obrero, el proletario o el jornalero de la Ceda, como ustedes quieran llamarle, era aquel día todo un caballero, todo un señorito. Cena espléndida, lecho tierno y acogedor. El hotel elegante de la Alhambra no era exactamente una posada como esas donde van a dormir los «pardillos» que le han votado —porque algunos le han votado— cuando vienen a la ciudad a que les pegue guantadas en las espaldas don Ramón.

El día del lunes amaneció esplendoroso para el Frente Popular. Don Ramón paseaba con su pijama azul por los pasillos del gran hotel. Entraba a su habitación, todo confort, marcaba un número de teléfono, recibía una noticia alarmante y sus chinelas zapateaban de indignación por el brillo de los baldosines.

Llegó un taxi a la puerta del hotel de lujo.

Quince minutos después don Ramón salía acompañado de unos señores. Y ya con el pie en el estribo del coche, un diálogo breve y tierno. Puños cerrados, miradas feroces. Y al fin lo conmovedor. Los señores desconocidos abrazan a don Ramón y todos lloran. Un pañuelo de despedida. Don Ramón ordena al chófer:

—¡Vamos a por los trescientos…; a por los trescientos kilómetros por hora hacia Madrid!

Y el taxi se perdió en unos minutos.[71]

El Defensor no tardó en volver a atacar a Ruiz Alonso. Fue el 5 de

marzo. Se trataba de una «Silueta del día», firmada, como siempre, por «Constancio» y, como siempre también, publicada en primera plana:

Bueno está lo bueno

El señor Ruiz Alonso —obrero honorario, es decir, de los que no trabajan— había inventado un procedimiento para evadirse de la modesta categoría de proletario. Los proletarios son gentes de miserable condición. Han de ganarse la vida con el sudor de su frente. Son ciudadanos de segunda clase, que viajan a pie —generalmente, en conducción ordinaria— y se acuestan la mayoría de las noches sin cenar, con el espíritu atormentado por la tragedia de sus hijos. El señor Ruiz Alonso comprendió que el «mono» de mecánico podía servir para algo más que para encallecerse las manos con trabajos vulgares impropios de un hombre que aspira a desenvolverse en sociedad y entre gentes distinguidas. Y ni corto ni perezoso se hizo parlamentario con los votos y los dineros de los ricos. Los ricos suelen ser poco generosos en el pago de los jornales. Que se acostumbren los obreros a vivir con dos pesetas de jornal. Ya tienen bastante con no morirse de una vez. Pero un obrero metido a parlamentario y al servicio de los patronos es un lujo que no admite regateos ni cicaterías. El señor Ruiz Alonso fue diputado a Cortes. Hizo unos discursos de falso estilo proletario. Dio estentóreos vivas a España y se alegrará de haber encontrado un buen oficio en un país donde los obreros viven de milagro. ¡Arriba los ricos del mundo!

El señor Ruiz Alonso comprendió que había descubierto la verdadera teoría de la emancipación proletaria. Los pobres serán siempre pobres, aunque los patronos de la Ceda tengan que dar jornales altos. En cambio, la investidura parlamentaria representa un salario de doce mil pesetas mensuales [lapsus por «anuales»], es decir, lo suficiente para adquirir un tono distinguido. Y el señor Ruiz Alonso, obrero eventual, descubrió el procedimiento de convertirse en diputado de plantilla por Granada. La vida es alegre, aunque los trabajadores sean un poco tristes. Pero el oficio de parlamentario tiene sus quiebras como todas las profesiones. Tiene su censo de parados, porque la opinión pública irrumpe de pronto en los feudos políticos más inaccesibles y los destruye en veinticuatro horas. ¿Y qué hará el señor Ruiz Alonso si al fin pierde el acta y lo dan de baja en la plantilla de parlamentarios? Se comprende la dramática inquietud del señor Ruiz Alonso ante el incierto porvenir. Descubra usted un buen oficio para esto. Emancípese usted del trabajo manual para que después le vengan con legalismos y purezas electorales. Grite usted con un vozarrón de mil demonios: «jefe, jefe, jefe», para que luego no le dejen a uno salvar a España… Sin embargo, bueno está lo bueno, señor Ruiz Alonso. Vamos a dejarnos de alegres fantasías y a trabajar un poquito, como Dios manda. Que el trabajo no es tan malo como parece…

Constantino Ruiz Carnero tenía una de las plumas satíricas más afiladas

del país. Pagaría con su vida audacias como la que acabamos de leer.

Aumentaban las protestas de la izquierda por los desmanes electorales cometidos en la provincia de Granada. El domingo 8 de marzo de 1936 se celebró un mitin multitudinario en el estadio de los Cármenes. Según *El Defensor de Granada*, acaso exagerando, acudieron unas cien mil personas. Durante el acto hablaron Fernando de los Ríos; el dirigente de la UGT Ramón González Peña, uno de los adalides de la revolución de Asturias y persona despreciada por Ruiz Alonso; el abogado granadino José Villoslada, militante de Unión Republicana, el partido de Diego Martínez Barrio; y el sindicalista granadino José Alcántara García. Terminado el acto se formó una imponente manifestación que, transitando por las principales calles de la ciudad —Avenida de la República, Gran Vía, Reyes Católicos, Puerta Real—, se dirigió al Gobierno Civil, donde se entregó una petición en la que, entre otras cosas, se reclamaba la anulación de las elecciones granadinas. Luego los manifestantes se disolvieron.[72]

Fue la mayor demostración de fuerza izquierdista que se había visto nunca en Granada, y no es difícil figurarse la impresión que produjo en la clase media católica de la ciudad.

Al día siguiente, lunes 9 de marzo, hubo varios choques entre falangistas y frentepopulistas. Al anochecer unos pistoleros abrieron fuego contra una concurrida reunión de trabajadores y sus familias que se celebraba en la plaza del Campillo. Varios niños y mujeres resultaron heridos. Los sindicatos decidieron actuar sin pérdida de tiempo, y fue declarada una huelga general de veinticuatro horas en Granada a partir de aquella misma medianoche.[73]

Cuando apareció *El Defensor* a la mañana siguiente, 10 de marzo, traía un llamamiento dirigido a los obreros de Granada por los jefes locales de la CNT (15.000 miembros), de la UGT (10.000 miembros), del Partido

Comunista (1.500 miembros) y del Partido Sindicalista. El documento explicaba por qué se había declarado la huelga, y pedía la disolución de las organizaciones ultraderechistas y la destitución de todos los elementos militares «subversivos».

La huelga exacerbó una situación ya de por sí muy peligrosa, y dio lugar a disturbios sin precedentes en la historia reciente de la ciudad.

Según *El Defensor* del 11 de marzo, que publicó una amplísima información sobre los acontecimientos del día anterior, la primera acción de los trabajadores fue quemar el local de Falange Española de las JONS, situado en la Cuesta del Progreso, número 3, al lado de la plaza de Mariana Pineda.

Eran las nueve y media de la mañana. Poco después otro grupo incendiaba el teatro Isabel la Católica, que durante muchos años había desempeñado un papel importante en la vida cultural granadina. A las diez y cuarto se saqueó el «burgués» Café Colón. Otro café, el Royal, sufrió igual suerte, sin duda por la misma razón. En este momento parece ser que elementos derechistas aprovecharon el desorden para disparar desde azoteas y balcones sobre los manifestantes y la policía. Según *El Defensor*, tanto ésta como los trabajadores fueron tiroteados durante todo el día.

Luego la muchedumbre atacó *Ideal*, tan odiado por los partidarios granadinos del Frente Popular. Las máquinas fueron destrozadas, se roció el local de gasolina y, ante la pasividad de veinte guardias de Asalto al mando de un sargento, le prendieron fuego. No sabemos si Ramón Ruiz Alonso, tan vinculado al diario, presenció personalmente aquel acto de vandalismo o trató de intervenir.

Mientras ardía *Ideal* —que no reaparecería hasta el 1 de julio— otros edificios sufrían la cólera de la multitud. Pronto fueron pasto de las llamas los locales de Acción Popular y los de Acción Obrerista; la fábrica de

chocolates de San Antonio, propiedad de Francisco Rodríguez Gómez, presidente de Acción Popular en Granada (el que agrediera unos meses antes a Constantino Ruiz Carnero, director de *El Defensor*); y varias tiendas. No se libró tampoco el pabellón del Tennis Club de Granada (con las dos enes de «tennis» en inglés), símbolo de la burguesía adinerada de la ciudad.

Al final de la jornada se incendiaron también dos iglesias del Albaicín: el convento de San Gregorio el Bajo y la iglesia de El Salvador, de la cual sólo quedaron los muros.[74]

Al ver la destrucción de sus propiedades y de sus iglesias, así como constatar la desaparición de su periódico, se comprende que hubiera entre la clase media católica de Granada una reacción visceral contra los «rojos».

El triunfo electoral del Frente Popular ya había dado lugar, en Granada como en otros sitios, a la radicalización de las derechas. Si los métodos violentos de los falangistas no les habían gustado antes, ahora empezaban a percibirlos como más necesarios. Herbert R. Southworth ha visto con claridad la nueva situación:

> El gran momento de los fascistas españoles había llegado. Por primera vez en España la coyuntura favorecía el desarrollo fascista. Los elementos conservadores estaban aterrorizados por el triunfo del Frente Popular y, en cuarenta y ocho horas, perdieron su fe en la eficacia de los grupos políticos que antes habían defendido sus intereses. Jóvenes católicos que, unos pocos días antes, gritaban «¡Jefe! ¡Jefe! ¡Jefe!» cada vez que aparecía en público Gil Robles, abandonaban ahora en masa la organización católica de juventudes, la JAP, y, por primera vez, miraban con interés y asombro la solución fascista de «la dialéctica de los puños y las pistolas», porque su «justicia» y su «Patria» habían sido insultadas por la victoria de la izquierda.[75]

Otro historiador norteamericano, Stanley G. Payne, ha citado al respecto el interesante testimonio retrospectivo de quien fue jefe local de la Falange en Sevilla, Patricio González de Canales:

> Después de las elecciones de febrero yo tenía fe ciega en el triunfo de la Falange porque estimábamos a las derechas, nuestro enemigo más difícil, arruinadas y eliminadas. Su derrota constituyó para nosotros una fabulosa ventaja, y heredamos a sus mejores jóvenes. Además estábamos absolutamente convencidos de que el Frente Popular fracasaría, por su desorganización interna y por su posición francamente antinacional, claramente opuesta ésta a los sentimientos de una gran masa de españoles.[76]

Granada no estuvo ajena al deslizamiento hacia la Falange de elementos católicos antes reacios a emprender el camino de la acción directa. La proscripción de la organización este mismo marzo de 1936 y el encarcelamiento de sus líderes, entre ellos José Antonio Primo de Rivera, favoreció la tendencia.[77]

Entretanto *El Defensor de Granada* seguía con su campaña contra «el famosísimo Ruiz Alonso, el obrero "honoris causa" a quien ya tuvimos el disgusto los granadinos de soportar en la pasada legislatura», como lo califica el 20 de marzo, añadiendo que tiene sobre sí «el desprecio de todo el proletariado granadino».[78]

Una semana después «Constancio» dedicó una «Silueta del día» al «naufragio» de los diputados cedistas por Granada, quienes, así lo esperaba el diario, pronto perderían, con la anulación de los resultados de febrero, sus actas parlamentarias. No era envidiable la situación de Julio Moreno Dávila y Carlos Morenilla, ciertamente:

> Pero el caso más impresionante es el del señor Ruiz Alonso. El proletariado universal está pendiente de este dramático enigma. ¿Se pondrá el señor Ruiz Alonso la toga del legislador para forjar leyes a fuerza de puños? ¿Tendrá que ponerse el traje de mecánico para ganarse la vida como Dios manda? Los obreros de todas las Internacionales habidas y por haber, los parias de todos los países de la tierra y los infelices campesinos que en España han tenido que vivir con jornales de seis reales, tienen puestos sus ojos en la robusta figura del señor Ruiz Alonso.[79]

El 31 de marzo las Cortes anularon, como se esperaba, los resultados de las elecciones en Granada y Cuenca, y convocaron para el 3 de mayo una

nueva consulta parcial. El 1 de abril *El Defensor* publicó un amplio reportaje sobre el apasionado debate que había tenido lugar en la Cámara, destacando las intervenciones de Fernando de los Ríos y la rabia de los diputados de la oposición, muchos de los cuales abandonaron la sesión sin votar.[80]

De repente el «obrero amaestrado» se encontraba sin su escaño, como había previsto *El Defensor*. El diario no se resistió a imaginar su indignación en estos momentos, y el 5 de abril publicó, en primera plana, unos versos burlescos (no especialmente graciosos) donde se aludía a su sonada visita al pueblo de Alfacar unos meses antes:

> El obrero «honoris causa» en busca va de trabajo,
> triste, con mono, sin acta,
> ni en Alfacar ya lo quieren porque ya hicieron la casa.[81]

A finales de abril, el Frente Nacional —así se llama la coalición derechista amañada para afrontar la nueva consulta— presenta en Granada su lista de candidatos: un «nacionalista independiente» (el general José Enrique Varela), cinco miembros de la CEDA (José María Pérez de Laborda, Avelino Parrondo Parrondo, Francisco Herrera Oria —hermano, como sabemos, del «cerebro gris» de *El Debate*—, Julio Moreno Dávila y Ramón Ruiz Alonso) y cuatro falangistas (Julio Ruiz de Alda —el famoso aviador—, Manuel Valdés Larrañaga, Augusto Barrado Herrero y Raimundo Fernández Cuesta). Los cuatro últimos se encuentran en estos momentos en la cárcel —la Falange está ya ilegalizada—, de donde, en caso de elección, los sacará la inmunidad parlamentaria.[82]

Como era de prever, la campaña electoral del Frente Nacional topa con constantes obstáculos. Sus candidatos reciben amenazas. En ocasiones hasta son objeto de agresiones físicas. Las autoridades del Frente Popular

censuran su propaganda. Según escribirá años después Gil Robles, el gobernador civil hizo presión sobre los candidatos para que se retirasen de la campaña electoral, alegando que su presencia en ella no tardaría en provocar graves disturbios.[83]

El domingo 26 de abril, en vísperas de la nueva consulta, *El Defensor de Granada* volvió a ocuparse de Ramón Ruiz Alonso y sus compañeros en un «Retablillo» de primera página. ¿Qué se creían? ¿Que esta vez iban a poder repetir su «triunfo» en Granada?:

Ayuda para los buenos obreros

> Y lo deslumbrante es que aspiran a los puestos de las mayorías. Sí, señor. O todo o nada. Todavía hay clases, y como la crisis de trabajo es insoportable… ¿qué mejor que un acta para don Ramón? Los tajos están desiertos, las fábricas aletargadas, los talleres inabordables. ¿Es que a un obrero se le puede condenar a morirse de hambre? ¿Es que el Frente Popular ha triunfado para que el señor Ruiz Alonso llegue a morderse los codos? ¿No habíamos quedado, señores socialistas, azañistas y comunistas, en que los obreros tenían derecho ¡así, derecho! a ganarse el pan fuese como fuese? ¿Se puede cruzar el mundo de brazos mientras el señor Ruiz Alonso se pasea por ahí sin tener siquiera mil pesetas mensuales? En Granada es que todavía no nos hemos dado cuenta, pero si ese Ayuntamiento republicano tuviese una chispa así de sensibilidad, en vez de desempeñar máquinas de coser, hubiera dado sus buenos dineros para desempeñar pijamas de seda. Porque —pongamos un ejemplo de víctima despijamado— al señor Ruiz Alonso es que no le queda en casa ni siquiera uno de sus famosos pijamas azules que contribuyeron a catalogarlo entre los buenos obreros y a alejarse de esos malos proletarios que tienen la plebeyez, la indelicadeza de morirse de hambre en un indecente zaquizamí.
>
> ¿Llegar a este estado don Ramón? Pero hombre, ¡habiendo unas elecciones y unos señores tan ricos, tan generosos, que saben ayudar a los buenos obreros en momentos de crisis!…

Sólo hubo tiempo para dos o tres puyazos más. El 1 de mayo, fiesta del trabajo, los lectores de *El Defensor* pudieron regodearse con las referencias del diario a «los brazos generosos y robustos del señor Ruiz Alonso» y tomar nota de la cáustica alusión a la proclividad del ex diputado a la pena capital: «Al señor Ruiz Alonso se le podían observar, desde cualquier

esquina, sus propósitos de restablecer la pena de muerte». Tampoco escamoteó *El Defensor* sarcasmos dirigidos a los otros candidatos de la ultraderecha.[84]

El Frente Nacional ya sabía que no tenía ninguna posibilidad de ganar la nueva elección del 3 de mayo. Y así fue. Cuando se hicieron públicos los resultados en Granada era evidente que se había producido una abstención casi absoluta por parte de los votantes de derechas. Ningún candidato del llamado Frente Nacional obtuvo 700 votos, con lo cual el Frente Popular se hizo no sólo con las diez actas de la mayoría sino también con las tres de la minoría, situación apenas concebible. A favor de Ruiz Alonso, según las cifras publicadas por *El Defensor*, se habían depositado en la ciudad… ¡diez votos![85]

La euforia de *El Defensor* era, lógicamente, intensa. «Bueno; ya tenemos diputados a Cortes», comentaba el 6 de mayo el anónimo articulista del «Retablillo»:

> Un surtido a todo color de parlamentarios. Trece diputados, trece. Y en la cola, el comunista señor Pretel.[*] El señor Pretel no podrá presumir precisamente de antorcha roja, por muy sovietizado que se sienta; pero nadie le discutirá su expresión de farolillo indicador de todos los límites. Algo es algo. Muchos quisieran levantar aunque sólo fuese una linterna sobre las masas enardecidas. ¿Cuánto daría el señor Ruiz Alonso por tener en sus manos una modesta cerilla de a cinco para iluminar a los diez señores anónimos que le han votado? Se asombrarán ustedes seguramente de este número de sufragios conseguidos por don Ramón. En la misma situación de perplejidad estamos nosotros. Pero, ¿será posible que sólo sean diez? ¿No habrá habido alguna trampa, ni siquiera error involuntario? Bueno; olvidábamos que los andaluces ¡somos tan exagerados!…[86]

El último texto satírico dirigido por *El Defensor* contra el ex diputado se publicó en la primera plana de su edición del 8 de mayo de 1936. Se trataba de una «Silueta del día» de «Constancio», con título «La teoría de las masas»:

> Convendría abrir una encuesta para averiguar el origen y la significación de los diez sufragios que ha logrado en las elecciones el señor Ruiz Alonso. Diez votos son efectivamente una miseria. Con esos votos el señor Ruiz Alonso conserva íntegra y pura su condición de obrero parado. No sale de pobre. Pero, ¿no serán excesivos esos diez sufragios en relación con el volumen de opinión pública que arrastra el señor Ruiz Alonso? Este es el primer punto de la cuestión a dilucidar. El segundo, puede plantearse en los siguientes términos: Esos votos, ¿son diez humoristas, diez rezagados o diez electores despistados? ¿Se trata de una despedida burlesca o del último y desgarrado grito de las sacristías rurales? De todos modos, esos diez sufragios colgados en el aire le crean al señor Ruiz Alonso una situación verdaderamente embarazosa, que llega en cierto modo a lo patético. Pudo salir totalmente limpio de sufragios, y se hubiera marchado, con la melancolía de un cesante, en busca de otros horizontes más propicios. Pero hay diez votos, como lamentos en la sombra, que le atraen con la fuerza de diez cadenas invisibles. Esta es la tragedia íntima del señor Ruiz Alonso en el momento de la catástrofe. De buena gana se echaría a correr por esos caminos para descubrir el enigma de los diez votos.
>
> No obstante, el derrumbamiento es definitivo. Aún no hace muchos días el señor Ruiz Alonso se mostraba ilusionado con la teoría de una movilización de masas. Eran los últimos resplandores de un castillo de fuegos artificiales que se extinguía. El intrépido representante del atletismo parlamentario andaba por ahí diluyendo en vayas [errata por «vagas»] sonrisas los restos de una cordialidad en bancarrota. Mil pesetas mensuales no es una cantidad excesiva para la gran obra de salvar a España. Los vítores estentóreos del señor Ruiz Alonso suponían un desgaste físico mucho mayor. Pero mil pesetas bien administradas son más que suficientes para levantar el espíritu obrerista de un proletario «amateur». Quedaban algunas posibilidades en perspectiva, y a ellas se agarró desesperadamente el señor Ruiz Alonso con la secreta esperanza de arrebatar a las multitudes. ¿Quién sabe? Tal vez volvería a entrar una buena mañana por el puente del Genil con aires de gladiador victorioso para lanzar unos vítores ante la estatua de Isabel la Católica. Error, grave error. A la hora de la verdad, el parlamentario vociferante se convertía en obscuro parado, sin clasificación posible en las estadísticas nacionales. ¿Dónde estaba aquel ejército de caciques rurales que había reñido tan duras batallas para abrirle al señor Ruiz Alonso las escaleras de servicio de la alta burguesía? La catástrofe era irremediable. La teoría de las masas se desvanecía entre los dedos del obrero honorario y el espectáculo impresionante de una movilización general quedaba reducido al desfile pintoresco de diez votos en fila india.

Fue la última vez que *El Defensor de Granada* aludió a Ruiz Alonso. La campaña del diario contra el «obrero honorario» de Gil Robles, iniciada en 1933, había sido implacable y había cobrado, a partir de la disolución de las Cortes a principios de 1936, una virulencia considerable. Tanto el diario como su director y otros redactores pagarían su temeridad con la vida.

El odio que al ex diputado le inspiraba la República, en la cual nunca había creído, se hizo feroz a partir de la pérdida definitiva de su escaño. En *Corporativismo* se ufana de haber empezado entonces a conspirar activamente contra la democracia:

> El Parlamento era todo mentira, era todo engaño. Aquello había que destruirlo, conmover hasta sus cimientos, no dejar piedra sobre piedra, para volver a edificar, a construir, a conservar.
>
> Y un Parlamento que no quería morir me echó de su seno, avergonzado, para que no fuese testigo de su derrota ni leyera en la cara la sentencia de su muerte. Antes había propuesto la anulación de mi acta y dejar pasar las de Granada…
>
> ¡Qué asco…, qué asco…, qué asco!
>
> ¡Y qué orgullo para mí!
>
> Por aquel entonces, de revolución hablaban ya las gentes.
>
> Volví al pueblo, me confundí con el pueblo, y volví a ser lo que antes fui: ¡Pueblo!
>
> Respiré a pleno pulmón; supe lo que era conspirar, porque conspiré…[87]

No sabemos nada acerca de tales actividades conspiratorias, pero parece ser que por estas fechas Ruiz Alonso barajó la posibilidad de afiliarse a la Falange, como hacían tantos militantes de la CEDA. En abril de 1936 —no sabemos la fecha exacta— acompañó al «camisa vieja» granadino José Rosales Camacho en una visita a José Antonio Primo de Rivera, detenido en la Cárcel Modelo de Madrid desde el 14 de marzo.[88] Según José Rosales, el ex diputado le planteó a Primo de Rivera la posibilidad de entrar en el partido a cambio de percibir un sueldo mensual de 1.000 pesetas, el que acababa de perder con la anulación de su acta. Primo de Rivera, siempre según Rosales, manifestó que sólo aceptaría su incorporación sin condiciones.[89]

Ruiz Alonso reconoció en 1975 haber acompañado a Madrid a José Rosales, añadiendo que le había conseguido el permiso para entrar en la Cárcel Modelo debido a su calidad de diputado. Pero negó con vehemencia haber pedido un sueldo de 1.000 pesetas, toda vez que, como tal diputado,

ya lo disfrutaba.[90] Parece evidente, sin embargo, que la visita tuvo lugar cuando ya había sido anulada su acta de parlamentario. Cabe deducir, de todas maneras, que la desavenencia con José Antonio Primo de Rivera le dejaría en la boca un sabor muy amargo.

Nos aseguró en 1967 que en los meses anteriores a la sublevación de julio de 1936 ocupaba los cargos de jefe nacional de reclutamiento y subjefe nacional de milicias de la JAP, y que los siguió ejerciendo hasta la disolución de las milicias durante la guerra.[91]

Capítulo IV
García Lorca: vísperas de la tragedia

MALOS PRESAGIOS

Después de la victoria electoral del Frente Popular, el compromiso político, social y antifascista de Federico García Lorca, pletórico en estos momentos de proyectos literarios y teatrales, quedó manifiesto en múltiples ocasiones.

El 5 de abril de 1936 el gran vespertino madrileño *La Voz* publicó una larga y enjundiosa entrevista suya con el periodista Felipe Morales. En ella rechazó rotundamente la noción del arte por el arte:

> Ahora estoy trabajando en una nueva comedia. Ya no será como las anteriores. Ahora es una obra en la que no puedo escribir nada, ni una línea, porque se han desatado y andan por los aires la verdad y la mentira, el hambre y la poesía. Se me han escapado de las páginas. La verdad de la comedia es un problema religioso y económico-social. El Mundo está detenido ante el hambre que asuela a los pueblos. Mientras haya desequilibrio económico, el Mundo no piensa. Yo lo tengo visto. Van dos hombres por la orilla de un río. Uno es rico, otro es pobre. Uno lleva la barriga llena, y el otro pone sucio el aire con sus bostezos. Y el rico dice: «¡Oh qué barca más linda se ve por el agua! Mire, mire usted, el lirio que florece en la orilla». Y el pobre reza: «Tengo hambre, no veo nada. Tengo hambre, mucha hambre». Natural. El día en que el hambre desaparezca, va a producirse en el Mundo la explosión espiritual más grande que jamás conoció la Humanidad. Nunca jamás se podrán figurar los hombres la alegría que estallará el día de la Gran Revolución. ¿Verdad que te estoy hablando en socialista puro?[1]

Por las mismas fechas la prensa recoge la noticia de que Lorca acaba de participar en la fundación del Grupo de Amigos de América Latina, cuya finalidad es llevar «generosa solidaridad a los hombres y mujeres de

aquellas Repúblicas hermanas que, luchando contra los imperialismos y por las conquistas de las libertades democráticas, son presos, torturados y perseguidos». El primer caso que ocupa al Grupo es el del líder obrero brasileño Luis Carlos Prestes, en gravísimo peligro de ser ejecutado por el dictador Getulio Vargas.[2]

Muchos de los amigos de Lorca pertenecen a Socorro Rojo Internacional, organización comunista dedicada a la defensa de los trabajadores. María Teresa León dirige la revista de la misma, ¡*Ayuda*!, que el 1 de mayo lleva sendos mensajes de Rafael Alberti, Eduardo Ortega y Gasset, Julio Álvarez del Vayo, José Díaz. El del granadino reza: «Saludo con gran cariño y entusiasmo a todos los trabajadores de España, unidos el Primero de Mayo por el ansia de una sociedad más justa y más unida».[3]

Dada su preocupación por la represión de los obreros que se lleva a cabo en varios países de América, Lorca no puede permanecer indiferente ante el caso del vecino Portugal y su régimen fascista. El 6 de mayo *El Socialista* anuncia la formación del Comité de Amigos de Portugal, que se propone dar a conocer en España «los métodos brutales de represión de la dictadura fascista de Salazar» y organizar «una campaña de protestas entre las masas populares españolas, así como la ayuda en todas sus formas a las víctimas del fascismo portugués». Entre los firmantes están Lorca y su admirado Antonio Machado.[4]

Poco después llegan a España la madre y hermana de Luis Prestes, y el poeta no duda en firmar más declaraciones y manifiestos en relación con el encarcelamiento del líder brasileño y sus compañeros.[5]

La violencia crece en todo el país. El 3 de mayo, como sabemos, las derechas habían perdido las elecciones parciales de Granada, así como las de Cuenca, lo cual radicaliza aún más la situación. El 7, los fascistas asesinan en Madrid a un oficial republicano, el capitán Faraudo, conocido

instructor de las milicias socialistas.[6] El día siguiente el ex ministro José María Álvarez Mendizábal, que ha criticado el ejército, casi pierde la vida en un atentado.[7] El entierro de Faraudo, el 10 de mayo, se convierte en una ruidosa manifestación en la que se pide venganza y hay insultos y puños cerrados.[8]

El mismo día se celebran elecciones para la presidencia de la República. Son necesarias porque las Cortes del Frente Popular acaban de destituir a Niceto Alcalá-Zamora —acusado de haber favorecido políticas derechistas durante el «bienio negro»—, con la coartada de que ha disuelto dos veces el Parlamento, proceder que según la Constitución conlleva la destitución automática. Se elige sucesor a Manuel Azaña, quien pide al moderado y carismático líder socialista Indalecio Prieto que forme nuevo Gobierno. Prieto está dispuesto a aceptar el reto, pero el PSOE, dividido entre los partidarios suyos y los de Largo Caballero, se niega. Error político gravísimo porque Prieto, como el avispado hombre de prensa que es, está muy al tanto de lo que pasa en el estamento militar. Se trata, probablemente, del único político progresista capaz de hacerse cargo con éxito de una situación que exige firmeza, tacto y pragmatismo. Con su negativa, el PSOE casi garantiza de antemano la inviabilidad del próximo Gobierno, tenga el color que tenga.

Viendo frustrados sus planes, Azaña nombra primer ministro a Santiago Casares Quiroga, que pertenece a su propio partido, Izquierda Republicana. Casares no es ni mucho menos el hombre idóneo para capear estos momentos tan sumamente peligrosos: enfermo, testarudo, arrogante y agresivo a la hora de debatir en el hemiciclo, se niega metódicamente a escuchar lo que le dicen y a tomar en serio la información que recibe a diario sobre la conspiración militar.[9]

El 21 de mayo el *Heraldo de Madrid* publica otro texto de los Amigos de

América Latina en el cual éstos expresan su rechazo del fascismo y su apoyo incondicional a la República, «reconquistada por el sacrificio popular». El primer firmante es García Lorca.[10]

En este momento, mientras los periódicos siguen comentando a diario los atropellos cometidos por las tropas de Mussolini en Abisinia, la persecución de los judíos alemanes por los nazis y la expansión del fascismo español, llegan a Madrid, en representación del Frente Popular francés, tres conocidos escritores del país vecino: André Malraux, el dramaturgo Henri-René Lenormand y el hispanista Jean Cassou. Se desarrolla una semana de intensa actividad política e intelectual en la capital (conferencias de Malraux y Cassou en el Ateneo, representación del drama *Asia* de Lenormand en el Español, entrevistas con la prensa). La semana termina con un impresionante banquete celebrado el 22 de mayo. Otra vez, Lorca y Antonio Machado están entre los convocantes.

El granadino no falta al multitudinario acto, al que acuden más de doscientas personas. Durante el mismo el historiador Américo Castro lee unas cuartillas en francés para explicar por qué muchos intelectuales que no pertenecen a ningún partido político concurren al homenaje: para expresar su compromiso con la democracia europea amenazada por Hitler y Mussolini. Jean Cassou declara durante su discurso que «España y Francia son las dos civilizaciones occidentales que han de oponerse al paso del bárbaro fascismo». Al principio y al final del banquete se tocan *La Marsellesa*, el *Himno de Riego* y *La Internacional* y, durante la ejecución de ésta, la mayoría de los comensales saludan con el puño en alto.[11]

Unos días después, en Buenos Aires, José María Gil Robles, antes tan poderoso y ahora sin escaño, expresa la opinión de que el catolicismo y el fascismo no son incompatibles. Por fin se ve la faz verdadera de quien fue

jefe de la CEDA, ahora conspirador como su «obrero amaestrado» contra la legalidad republicana.[12]

El 10 de junio se publica en *El Sol* una entrevista de García Lorca con el genial caricaturista Luis Bagaría. El poeta, que ha tomado la precaución de contestar las preguntas por escrito, dada la encrespada situación política del país, insiste una vez más sobre la misión social del teatro en la sociedad contemporánea, y rechaza de plano, como ha hecho antes, el concepto del arte por el arte. «En este momento dramático del mundo —enfatiza—, el artista debe llorar y reír con su pueblo. Hay que dejar el ramo de azucenas y meterse en el fango hasta la cintura para buscar las azucenas. Particularmente, yo tengo un ansia verdadera por comunicarme con los demás. Por eso llamé a las puertas del teatro y al teatro consagro toda mi sensibilidad.»

Bagaría le pregunta luego por su opinión sobre la llamada «Toma» de Granada en 1492 por los Reyes Católicos, la «Toma» que las fuerzas vivas de la ciudad celebran cada 2 de enero. La respuesta no puede ser más contundente: «Fue un momento malísimo, aunque digan lo contrario en las escuelas. Se perdieron una civilización admirable, una poesía, una astronomía, una arquitectura y una delicadeza únicas en el mundo, para dar paso a una ciudad pobre, acobardada; a una “tierra del chavico” donde se agita actualmente la peor burguesía de España». Al expresarse así, el poeta se enfrentaba no sólo con uno de los mitos primordiales de la España tradicionalista, sino con la clase social granadina que iba a apoyar la sublevación. *El Sol* se leía, desde luego, en Granada, y las despectivas palabras del autor de *Yerma* acerca de la burguesía local fueron comentadas muy negativamente por la burguesía aludida, según nos aseguró Miguel Rosales Camacho en 1966.

Bagaría le hizo luego una pregunta muy del gusto, seguramente, del

poeta:

> —¿No crees, Federico, que la patria no es nada, que las fronteras están llamadas a desaparecer? ¿Por qué un español malo tiene que ser más hermano nuestro que un chino bueno?

Y Lorca contesta:

> Yo soy español integral, y me sería imposible vivir fuera de mis límites geográficos; pero odio al que es español por ser español nada más. Yo soy hermano de todos y execro al hombre que se sacrifica por una idea nacionalista abstracta por el solo hecho de que ama a su patria con una venda en los ojos. El chino bueno está más cerca de mí que el español malo. Canto a España y la siento hasta la médula; pero antes que esto soy hombre del mundo y hermano de todos. Desde luego no creo en la frontera política.[13]

No podía haberlo dicho con más rotundidad. Nadie más lejos que Federico García Lorca de los que pregonan y preconizan en España un nacionalismo cerril y excluyente. Además, ¿no había dicho el poeta, cinco años atrás, que el hecho de ser granadino le inclinaba a una «simpática comprensión» de los perseguidos? ¿«Del negro, del gitano, del judío…, del morisco, que todos llevamos dentro.»?[14]

La casa de Bernarda Alba

A finales de mayo de 1936 el popular *Heraldo de Madrid* había difundido el «rumor» de que, entre otras obras que llevaba entre manos en estos momentos, Federico García Lorca esperaba terminar en ocho días *La casa de Bernarda Alba*, «drama de la sexualidad andaluza».[15] Consiguió hacerlo, exactamente, aquel 19 de junio. Leyó la obra a numerosas personas. «Cada uno de los que llegaban y le rogaba que le leyese el nuevo

drama, lo escuchaba de sus labios, en acentos que no hubiese superado el mejor trágico», escribió su amigo Adolfo Salazar dos años después, ya muerto el poeta.[16]

El manuscrito de la obra indicaba, al pie de la lista de *dramatis personae*, que los tres actos tenían «la intención de un documental fotográfico».[17]

La casa de Bernarda Alba remite al segundo pueblo de la familia del poeta en la Vega de Granada, Asquerosa (rebautizado Valderrubio después de la Guerra Civil). Y, empezando con la protagonista, el drama contiene alusiones a varias personas reales.

El nombre de Bernarda Alba estaba tomado del de una rica terrateniente del pueblo, Francisca («Frasquita») Alba Sierra, muerta en 1924, que vivía con su familia frente a la primera casa del padre de Lorca en Asquerosa y que tuvo numerosas hijas con sus dos maridos.[18]

Al poeta le había fascinado, cuando era joven, el chismorreo que le transmitía su prima Mercedes Delgado García, cuya casa lindaba con la de los Alba. Las familias compartían un pozo medianero dividido por una tapia, circunstancia que permitía oír claramente lo que se decía al otro lado. Por ello Mercedes y sus hermanos estaban siempre al tanto de lo que comentaban y hacían los vecinos. Sin duda Lorca adquiriría más información acerca de la familia durante sus vacaciones posteriores en el pueblo.[19]

Una de las hijas de Francisca, Amelia Rodríguez Alba, estaba casada con José Benavides Peña, vecino del pueblo de Romilla o Roma la Chica, situado no lejos de Asquerosa al otro lado del río Genil, cuyos habitantes se han conocido tradicionalmente como «romanos». Ocho años después de la muerte de Amelia, en 1920, Benavides Peña, llamado popularmente «Pepico el de Roma», se casó con su hermana Consuelo. Tenía entonces 26

años. Aquí se sitúa el origen de Pepe el Romano, el «macho» que enardece a las enclaustradas hijas de Bernarda Alba.[20]

Como suele ocurrir en toda la obra de Lorca, en *La casa de Bernarda Alba* los «hechos» reales aprovechados por el autor no proporcionan más que el punto de arranque de la historia. Bernarda es una grotesca magnificación de Francisca Alba, que de dictatorial no tenía por lo visto nada, y no es de extrañar que, a juicio de la madre y del hermano del poeta, hubiera sido correcto cambiar el apellido para no ofender a una familia con quien los García siempre habían tenido buenas relaciones. Es posible, incluso probable, que el poeta lo hubiera hecho antes de estrenar la otra.

Acaso habría cambiado también, por el mismo motivo, el apellido del segundo marido de Bernarda, Antonio María Benavides, que acaba de fallecer cuando empieza la obra, y que, según una de las criadas de la casa, era muy proclive a levantarle las faldas detrás de la puerta del corral (el segundo marido de Francisca Alba, Alejandro Rodríguez Capilla, había muerto en 1925).[21]

No fue casualidad, por otro lado, que Lorca concibiera una obra sobre la tiranía en momentos en que se cernía sobre España la amenaza de un inminente golpe de Estado fascista. Bernarda, con su hipocresía, su catolicismo inquisitorial y el rechazo que le provocan los que no poseen tierras propias, expresa una mentalidad que conocía muy bien el poeta: la de los terratenientes de la Vega de Granada. Además, al definir la obra como «documental fotográfico», quería indicar, sin duda, que se trataba de una especie de crónica verídica, con ilustraciones en blanco y negro, de la España intolerante, represiva y autoritaria que en el fondo desprecia al pueblo llano («Los pobres son como los animales —sentencia Bernarda—. Parece como si estuvieran hechos con otras sustancias»).

Es casi seguro que Lorca tuvo presente a su padre al escribir *La casa de*

Bernarda Alba. Federico García Rodríguez había sido elegido concejal de Granada por el Partido Liberal a finales de 1916, incluso ejerció en alguna ocasión de teniente alcalde, y no le faltaban acérrimos adversarios políticos en la ciudad y en Asquerosa.[22] A diferencia de los otros caciques locales, gozaba de fama de generoso. Incluso había construido casas en Asquerosa para sus jornaleros. Se trataba de una actitud tal vez sin precedentes en la comarca, lo que explica que en el pueblo hubiera —y haya todavía— una calle con su nombre.

Federico García Rodríguez, en suma, era el buen cacique del pueblo, mientras Bernarda Alba es exactamente lo contrario. Además el padre del poeta había tenido roces y litigios con otros ricos terratenientes locales. Sobre todo —por conflictos de lindes, servidumbres de paso y aguas, y por enfrentados intereses azucareros— con la familia Roldán, uno de los cuales, José Roldán Benavides, se había casado con su hermana, Isabel García Rodríguez, en 1914. Aquel enlace no le había hecho, al parecer, gracia alguna.[23]

Los Roldán, por su parte, no podían ver al padre del poeta, no sólo por los litigios aludidos, sino por su conocida amistad con el socialista Fernando de los Ríos y porque envidiaban «el ambiente de naturalidad, de elevación, de sencillez y de cultura que se respiraba en su casa, los éxitos artísticos y sociales de sus hijos, y el relieve y el constante aumento del prestigio y de la fama nacional e internacional que iba adquiriendo su hijo mayor». Había por parte de ellos, según distintos testimonios, un deseo de saldar cuentas con Federico García Rodríguez y los suyos, y una intensa rivalidad.[24]

Se daba la circunstancia de que había también parentesco entre los Roldán y los Alba, pues era primo hermano de Francisca Alba Sierra otro terrateniente de Asquerosa, Manuel Roldán Sierra, fallecido en 1886.[25]

El hijo de éste, Alejandro Roldán Benavides, que se había mudado con su familia a Granada en 1909, como Federico García Rodríguez, militó en el Partido Agrario en los tiempos en que el padre del poeta ejercía de concejal del Partido Liberal en la capital. Era conocido por su temperamento agresivo y tuvo varios roces con la justicia.[26] Llegada ya la República ingresó en Acción Popular, como incumbía a un terrateniente arquetípico de la Vega de Granada y entró en *Ideal* como accionista. Tuvo seis hijos con su mujer, Antonia Quesada Tejera. La primogénita, María, se casó con el capitán de Artillería Antonio Fernández Sánchez, uno de los principales conspiradores granadinos contra la República. Horacio, el segundo, nacido en 1900, y su hermano Miguel, en 1904, eran militantes de Acción Popular, como su padre y su tío José Benavides Peña («Pepe el Romano»), marido sucesivamente, como queda dicho, de dos hijas de Francisca Alba. Horacio Roldán fue elegido vocal del partido en Pinos Puente. Él y su hermano Miguel no sólo conocían, lógicamente, a Ramón Ruiz Alonso, sino que se convirtieron en íntimos suyos. Gracias a tal relación el diputado frecuentó con cierta asiduidad Pinos Puente y sus alrededores inmediatos. Finalmente señalaremos que Gabriela Roldán Quesada, la hermana de Horacio y Miguel, se casó con Alejandro Rodríguez Alba, hijo de Francisca Alba.[27]

Como se puede apreciar, entre los Roldán, los Benavides, los Alba y los García Rodríguez había estrechos vínculos familiares.

Vale la pena añadir que Horacio Roldán Quesada estudió Derecho en la Universidad de Granada, donde se licenció en 1922, siendo compañero de Francisco García Lorca, el hermano del poeta, alumno predilecto de Fernando de los Ríos y ahora, en 1936, diplomático. Parece ser que entre ellos hubo rivalidad.[28] Si podemos dar fiabilidad a lo que se nos ha contado en Fuente Vaqueros, Horacio fue rechazado como pretendiente por

Concha García Lorca, hermana del poeta, que luego se casó con el doctor Manuel Fernández Montesinos, militante socialista.[29]

Hemos consignado todo lo anterior porque apenas cabe duda de que tanto los Roldán como los Alba y los Benavides, ya predispuestos contra sus «rivales», los García, se ofendieron profundamente al enterarse de que el poeta había terminado una nueva obra titulada *La casa de Bernarda Alba*, según el *Heraldo de Madrid*, para más inri «drama de la sexualidad andaluza». Todo ello pudo influir en los trágicos acontecimientos que se avecinaban.

Los últimos días madrileños del poeta

Por estas fechas apenas se podía abrir un periódico madrileño sin tropezar con una noticia relativa a Federico García Lorca en alguna de sus múltiples facetas artísticas. Era sin la menor duda el joven escritor más conocido del país, y era tal su fama que apenas podía salir a la calle sin que la gente se le acercara. Es más: ya se le estudiaba en los institutos. En *Lengua española*, manual de Segundo Grado publicado en Madrid ese mismo 1936, Juan Tamayo y Rubio incluía el poema «Baladilla de los tres ríos» y presentaba así a su autor: «Federico García Lorca (Fuentevaqueros, Granada) ha situado su personalidad en el primer plano de nuestro mundo literario como poeta lírico y dramático. Temperamento vibrante a toda manifestación artística, es un andaluz universal que ha sabido interpretar de maravilloso modo el folklore y el paisaje de su tierra a través de su propia sensibilidad».[30]

¿Podía alguien medianamente culto en Granada ignorar a estas alturas quién era Federico García Lorca? Imposible.

El poeta llevaba meses diciendo que se iba a reunir pronto con Margarita Xirgu en México, donde daría una conferencia sobre Quevedo y vería sus obras puestas en escena por la gran actriz. La noticia de su llegada ya se estaba comentando con entusiasmo en la prensa mexicana.[31]

Hacia finales de junio confía al diplomático chileno Carlos Morla Lynch que el estreno de *La casa de Bernarda Alba* se prevé para octubre, aunque no se puede estar seguro de nada «con esta vida que llevamos en España sobre un volcán en ebullición perpetua».[32] Ello encajaba con lo anunciado unos días antes en *La Voz*, o sea que Margarita Xirgu había decidido renunciar a la tercera etapa de su gira por América y volver a España, antes de lo previsto, en septiembre.[33] *Heraldo de Madrid* confirmaba la noticia el 1 de julio, añadiendo que el primer estreno de la temporada de la actriz catalana en el teatro Español sería el de *Doña Rosita la soltera*, obra ya conocida en Barcelona pero todavía sin montar en Madrid. Lorca —que según su hermano Francisco ya ha sacado el billete para México— sabe, pues, que, como máximo, estaría fuera un par de meses.[34]

Entretanto sigue firmando declaraciones antifascistas. Una de ellas es una «enérgica protesta» dirigida al dictador Salazar por el Comité de Amigos de Portugal, que se publica el 4 de julio.[35] También sigue leyendo *La casa de Bernarda Alba* a todo aquel que se le pone por delante, cada vez más entusiasmado con lo que ha conseguido, y va pensando en posibles decorados.[36]

Una noche, tal vez el 9 de julio, cena en casa de Morla Lynch. Asiste Fernando de los Ríos, «visiblemente inquieto». «El Frente Popular se disgrega y el fascismo toma cuerpo —manifiesta el ex ministro socialista—. No hay que engañarse. El momento actual es de gravedad extrema e impone ingentes sacrificios». Como diputado, si no ya ministro, De los Ríos está

muy al tanto de los últimos rumores sobre un golpe militar inmediato, y cabe deducir su poca confianza en el presidente del Consejo, Santiago Casares Quiroga. Lorca llega tarde, se muestra deprimido y apenas habla en toda la velada, algo rarísimo en él. Declara, según Morla, que él es «del partido de los pobres… *pero de los pobres buenos*».[37]

Una de las razones del sombrío estado de ánimo del poeta aquella noche pudo ser su angustia ante la violencia y el caos que dan la impresión de irse apoderando progresivamente de la vida de la capital. En las Cortes la crispación es intensa, con un constante cruce de insultos. El miedo sobrecoge los ánimos. Los tiroteos son cada vez más frecuentes, y un día, en el piso familiar de la calle de Alcalá, Lorca muestra a un joven amigo y colaborador suyo, el pintor onubense José Caballero, el impacto de una bala incrustada en el dintel de una puerta. «Poco ha faltado para que me encontraras muerto», le asegura.[38]

El 11 de julio por la tarde un comando falangista, adelantándose a los acontecimientos, toma Radio Valencia y anuncia por sus micrófonos la inminencia de la Revolución Fascista.[39] Lorca cena en casa de Pablo Neruda. Allí hay un diputado socialista, Fulgencio Díez Pastor, quien, al igual que Fernando de los Ríos, se muestra extremadamente preocupado por la situación. El poeta le hace preguntas ansiosas. ¿Qué ocurrirá? ¿Va a haber un golpe militar? ¿Qué debería hacer él? Según Díez Pastor, exclama finalmente: «¡Me voy a Granada!». El diputado le contesta que ni pensarlo, que estará más seguro en Madrid.[40]

Otros amigos o conocidos de Lorca le dijeron, o dirían que le dijeron, lo mismo. Entre ellos, Luis Buñuel. Según un sobrino del cineasta, éste le contó años después que en aquellos momentos el poeta se expresó horrorizado por lo que se avecinaba. Consideraba que se trataba del final, «de una matanza entre hermanos».[41]

La noche del domingo 12 de julio la situación en la capital se hace explosiva cuando cae asesinado el teniente José Castillo, de la Guardia de Asalto. Desde hace meses Castillo, antifascista militante, había sido objeto de amenazas de muerte y sabía que, tarde o temprano, irían a por él. La revancha, como se sabe, fue terrible. En las primeras horas de la madrugada los compañeros del guardia matan al parlamentario José Calvo Sotelo y abandonan su cadáver en el cementerio municipal, donde no será identificado hasta la mañana siguiente. Calvo Sotelo se convierte enseguida en mártir de la causa fascista, y aún más en vista de que han participado en el asesinato —como se comprueba enseguida— hombres uniformados, lo cual permite a las derechas presentar la monstruosidad como crimen de Estado. A partir de este momento numerosos militares que todavía dudaban deciden unirse a los conspiradores. El asesinato de Calvo Sotelo se utilizará más adelante para justificar la sublevación, aunque de hecho los planes ya estaban perfectamente a punto antes de que se consumara aquella barbaridad.[42]

El doble asesinato de Castillo y de Calvo Sotelo sume a Lorca en un estado de profunda angustia. «Cuando le vi por última vez, en Madrid, estaba, literalmente, espantado —dirá el escritor alicantino Juan Gil-Albert —. El asesinato de Calvo Sotelo pareció indicarle que el fin se acercaba. “¿Qué va a pasar?”, me dijo, como quien, conocedor intuitivo de los suyos, espera lo peor.»[43]

Federico García Rodríguez y Vicenta Lorca habían vuelto unos días antes a Granada, siendo anunciada su llegada el 10 de julio en *El Defensor*, y el poeta había prometido reunirse con ellos y la familia de su hermana Concha para celebrar el día de San Federico, 18 de julio, en la Huerta de San Vicente.[44] Su instinto ahora, en un Madrid que acaba de enterarse del asesinato de Calvo Sotelo, es emprender el viaje inmediatamente. Según el

pintor granadino Ángel Carretero, que lo frecuentaba estos días, Lorca creía que, de haber un golpe militar, las consecuencias serían mucho más cruentas en Madrid que en provincias. Razón de más para alejarse de la ciudad cuanto antes.[45]

Aquel mismo día 13 come en casa de su gran amigo Rafael Martínez Nadal, que acaba de llegar de Estocolmo. Después cogen un taxi y van a Puerta de Hierro para tomarse un coñac y seguir comentando la situación. Lorca está extremadamente agitado y no para un momento de preguntar qué debe hacer. «Rafael, estos campos se van a llenar de muertos —diría finalmente, aplastando su cigarrillo y levantándose—. Está decidido. Me voy a Granada y sea lo que Dios quiera.» Siempre según Martínez Nadal, van luego en taxi a la Gran Vía, donde el poeta compra algunos ejemplares de sus libros para amigos escandinavos. Después se dirigen a la agencia Thomas Cook, donde Lorca reserva una *couchette* para el tren de aquella noche.[46]

Antes de ir a la estación de Atocha con Martínez Nadal, el poeta se despide de la familia de su amigo, que vive cerca. Y, aunque no lo recoge Nadal, también ve a su hermana Isabel y a la gran amiga de ésta, Laura de los Ríos —hija de don Fernando—, internas en la Residencia de Señoritas (ubicada en la calle de Miguel Ángel, número 8).[47]

En Atocha, Martínez Nadal instala a Lorca en el tren. Luego ocurre algo inesperado:

> Alguien pasó por el pasillo del coche cama. Federico, volviéndose rápidamente de espaldas, agitaba en el aire sus dos manos con los índices y meñiques extendidos:
>
> —¡Lagarto, lagarto, lagarto!
>
> Le pregunté quién era.
>
> —Un diputado por Granada. Un gafe y una mala persona.
>
> Claramente nervioso y disgustado, Federico se puso en pie.
>
> —Mira, Rafael, vete y no te quedes en el andén. Voy a echar las cortinillas y me voy a meter en

cama para que no me vea ni me hable ese bicho.

Nos dimos un rápido abrazo y por primera vez dejaba yo a Federico en un tren sin esperar la partida, sin reír ni bromear hasta el último instante.[48]

No sabemos quién fue el siniestro diputado, «gafe y mala persona», cuya presencia en el tren, según Martínez Nadal, tanto perturbó al poeta. De todos modos, es probable que fuera un ex diputado, toda vez que, como sabemos, Granada ya no tenía ni un solo representante de derechas. ¿O pudo tratarse de un diputado del Frente Popular? No habría que descartar tal posibilidad, obviamente, aunque parece menos probable.

Gabriel Pozo aventura dos nombres: Manuel Torres López y José Fernández Arroyo y Caro, ambos ex diputados de la CEDA. El primero conocía a la familia García Lorca, como hemos visto, y no consta que el poeta tuviera mala opinión de él. Torres López no nos dijo nada acerca del tren. Quizás se trataba, pues, de Fernández Arroyo y Caro.[49]

La evocación que hace Martínez Nadal de las últimas horas de Lorca en Madrid, de todas maneras, publicada veintisiete años después de ocurridos los hechos y sin su diario a la vista, no puede considerarse fidedigna en cada aspecto.[50]

El poeta no sólo vio en el tren a aquel político sin identificar. Según su íntimo amigo granadino José María García Carrillo, que desconocía el testimonio de Martínez Nadal, Federico le contó que había coincidido en él con un poeta granadino que le era muy antipático. ¿De quién podía tratarse? Hay pocos candidatos. ¿Manuel de Góngora? ¿El joven abogado y periodista José Gómez Sánchez-Reina, colaborador del conservador *Noticiero Granadino*, autor de una obra de teatro, *Mi musa gitana*, y de malísimos versos patrióticos y religiosos? Tampoco lo sabemos.[51]

La mañana siguiente, 14 de julio de 1936, Lorca se instala con los suyos en la Huerta de San Vicente. El 15 su llegada se anuncia en la primera

página de *El Defensor,* que informa que pasará en la ciudad «una breve temporada con su familia» (ilustración 13). El mismo día Vicenta Lorca, escribe a su hija en Madrid, Isabel, y le dice lo contentos que están de tener a Federico entre ellos.[52]

Ideal, destrozado por los «rojos» en marzo, había reaparecido el 1 de julio, después de tres meses y medio de forzosa ausencia del escenario granadino. Dentro de los límites impuestos a la vez por la censura y la prudencia, el diario expresó con bastante claridad sus sentimientos. Había sido silenciado «cuando acudir al terreno de la lucha era más urgente y necesario». La «opinión granadina» sabía quiénes eran los responsables de «los tintes rojos de ciertas llamaradas». Pero no han podido con el diario, no han podido silenciar «la voz de un ideal vivo y perenne a través de los siglos y de los más recios avatares de la fortuna». Así que:

> No llegamos tarde para incorporarnos a las huestes de los que han emprendido la meritoria tarea de sacar al país de las actuales horas dramáticas. Todavía es tiempo de unirnos a quienes luchan para salvar los principios tradicionales de España y volver a una organización donde el espíritu ocupe el cénit de la Jerarquía.[53]

Como es evidente, los dirigentes de *Ideal*, portavoz de Acción Popular, sabían que la conspiración contra la República estaba ya muy avanzada y que de un día a otro se produciría la sublevación. ¿Cómo no lo iban a saber cuando varios de ellos participaban activamente en ella, con Ruiz Alonso a la cabeza?

En su edición del 16 de julio el diario recogía la noticia de la llegada a la ciudad del autor del *Romancero gitano*, pero no en primera plana, como *El Defensor,* sino en la columna «Carnet mundano», en la sexta página, bajo el subtítulo «Viajeros», donde figura en tercer lugar: «Se encuentra en Granada el poeta Federico García Lorca». Llama la atención la falta de

importancia acordada a la presencia en la ciudad del poeta granadino y español más famoso de la actualidad. En realidad desde su fundación en 1932 el diario apenas le ha mencionado. En cuanto al *Noticiero Granadino*, la noticia sí se publicó en primera página, el día 17, y con mayor generosidad («Pasa una temporada en Granada con sus familiares el ilustre poeta, nuestro querido paisano, Federico García Lorca»).[54]

Era del general conocimiento, de todas maneras, que Lorca había vuelto a Granada. Además mucha gente le vio en la calle.

Unos días antes, probablemente el 10 de julio, Ramón Ruiz Alonso también había salido de Madrid rumbo a Granada, pero en coche. Como conspirador antirrepublicano estaba al tanto, ¿cómo dudarlo?, de que pronto estallaría la sublevación militar, y es de suponer que se había acordado su presencia en la ciudad para participar de manera muy activa en los acontecimientos. También es de suponer que, dado su indudable prestigio entre las derechas granadinas —ningún otro diputado le había superado en popularidad—, consideraba que dicha participación iba a ser de primera fila.

Casi dio al traste con sus planes un contratiempo ocurrido en las inmediaciones de Madridejos, en la provincia de Toledo. Lo sabemos por un reportaje publicado en el *Noticiero Granadino* el 12 de julio y no recogido en los demás diarios de la ciudad:

En un accidente automovilista el exdiputado señor Ruiz Alonso resulta con fuertes magullamientos

Cuando regresaba de Madrid en automóvil que conducía el exdiputado cedista por Granada, señor Ruiz Alonso, próximo a Madridejos, y cuando iba a gran velocidad, se le atravesó un camión en el camino, y para salvar el obstáculo viró fuertemente yendo a parar el vehículo hacia la cuneta tras dar cuatro o cinco vueltas de campana.

El coche resultó destrozado y el señor Ruiz Alonso con fuertes magullamientos en todo el cuerpo.

> En el mismo camión causante del accidente se trasladó el señor Ruiz Alonso a Madridejos, donde amigos políticos y particulares le atendieron.
>
> Acción Popular de Granada, noticiosa de lo ocurrido a su correligionario, le envió un automóvil para que lo trasladara a Granada, y el señor Ruiz Alonso se encuentra ya en su domicilio perfectamente asistido por el doctor Guirao, el cual, como medida de precaución, ha aconsejado se reduzcan las visitas que recibe el accidentado.
>
> Éste, ayer, se encontraba algo más aliviado, dentro de la reserva de su estado general, aun cuando se quejaba de fuertes dolores.
>
> Los familiares del señor Ruiz Alonso nos ruegan hagamos llegar su agradecimiento a cuantos se interesan por su estado de salud y por las atenciones que les han dispensado.[55]

Los «fuertes magullamientos» sufridos por el ex diputado y ahora conspirador no serían lo suficientemente graves, ni mucho menos, para impedir su participación en los terribles acontecimientos que habían de desencadenarse en Granada dentro de muy pocos días.

Capítulo V
El crimen fue en Granada

ANTESALA DEL HORROR

Al volver a Granada, Lorca se encuentra con una situación enormemente tensa. Ya en la Huerta de San Vicente con su familia el poeta se da cuenta enseguida de la gravedad de la situación en la ciudad. Tiene, para conocerla en profundidad, un testigo de excepción, su cuñado Manuel Fernández-Montesinos Lustau, marido de Concha García Lorca, que desde el 10 de julio es alcalde socialista de la ciudad. También cabe pensar que habló sin perder tiempo con su amigo Constantino Ruiz Carnero, director de *El Defensor de Granada*, que anuncia su llegada en primera plana. El nuevo gobernador civil de Granada, el joven abogado César Torres Martínez, de Izquierda Republicana, ha logrado solucionar la huelga de tranvías que desde hace semanas dificulta la vida de los ciudadanos, pero para ello ha necesitado utilizar a fondo sus reconocidas aptitudes conciliadoras. También es nuevo el gobernador militar, Miguel Campins Aura, republicano fiel que, en medio de constantes rumores golpistas, comete el error de fiarse ciegamente de los oficiales de la guarnición que se le acaba de encomendar.[1]

Lorca no se encierra en la Huerta de San Vicente y, como hombre sociable que es, sube al centro de la ciudad para ver a algunos de sus viejos amigos. Uno de ellos, Miguel Cerón Rubio, recordaba años después que, estando con el poeta en la plaza del Campillo, se les habían acercado unas

muchachas que hacían una colecta para Socorro Rojo Internacional (que tenía sede en la cercana calle de las Navas, número 1). Les dio algo y le propuso, bromeando, a Cerón: «¿Por qué no pasamos pronto una temporada en Rusia, Miguel?».[2]

Un conocido del poeta nos dijo en Granada, en 1965, que, poco después de empezada la guerra, llegó una orden desde Sevilla para proceder contra todos los que hubiesen hecho una contribución, o se hubiesen suscrito, a Socorro Rojo. Desde el punto de vista de los fascistas se trataba de una organización nefasta y radicalmente «antiespañola». Es posible que Lorca fuera socio de la misma y que ello tuviera que ver con su muerte. También, como ya hemos adelantado, su pertenencia a la Asociación de Amigos de la Unión Soviética.[3]

El poeta había llevado consigo a Granada *La casa de Bernarda Alba*, que lee ante un grupo reunido en el albaicinero Carmen de Alonso Cano, frente a la Alhambra. Lo sabemos gracias al testimonio de uno de los presentes, el entonces escritor bisoño José Fernández Castro, que trabajaba en el Gobierno Civil. ¿Se haría aquella noche algún comentario sobre la entrevista del poeta con Luis Bagaría, publicada en *El Sol* unas semanas antes y tan comentada en la ciudad? Es difícil creer que no se refiriera nadie a su mordaz comentario sobre la clase media granadina, «la peor burguesía de España», empezando con el dueño del carmen, su viejo amigo Fernando Vílchez.[4]

Según declaraciones de un hijo de Alejandro Rodríguez Alba, segundo marido de Francisca Alba, en 2006, Lorca mostró *La casa de Bernarda Alba* a su padre, y le prometió que la obra nunca vería la luz.[5] No sabemos si se trata de un relato apócrifo. ¿Cómo iba el poeta a suprimir la obra, cuya puesta en escena se preveía para aquel otoño? Tal vez, si

realmente se la mostró al hijo de Frasquita Alba, le prometería introducir los cambios necesarios.

Granada era una ciudad pequeña donde la gente se conocía. Cabe la posibilidad de que, a raíz de la lectura en el Albaicín y de los comentarios de los presentes, difundidos a continuación entre sus amigos y conocidos, Horacio y Miguel Roldán Quesada, ya ofendidos por el título de la nueva obra de Lorca, se enterasen ahora también de su contenido. Si fue así, probablemente se convencerían de que, como ya sospechaban, el poeta había escrito una obra crítica con ellos y con sus familiares los Alba y los Benavides.

* * *

España estaba ya en vísperas de la tragedia.

La tarde del 17 de julio se inicia en Marruecos el temido golpe de Estado antirrepublicano, y la mañana del 18 el general Franco anuncia el Movimiento Nacional y pide la colaboración de todos los «españoles patriotas».[6]

Cada 18 de julio, San Federico, la familia solía celebrar en la Huerta de San Vicente el día del padre y del poeta. Llegaban por decenas los amigos y parientes desde la ciudad, Fuente Vaqueros y Asquerosa cargados de regalos, y el jolgorio se prolongaba hasta la madrugada. Pero este año, ante las confusas y tremebundas noticias que iban circulando, la fiesta se viene abajo.

En Madrid el débil Santiago Casares Quiroga parece incapaz de reaccionar con energía, y, mientras los boletines gubernamentales siguen insistiendo en que la situación está bajo control, el general Gonzalo Queipo de Llano, unos pocos años atrás niño mimado de la República, se apodera

en Sevilla, esa misma tarde del 18 de julio, de la Capitanía General de Andalucía. Al caer la noche las fuerzas rebeldes han ocupado el centro de la ciudad y se está preparando el asalto a los barrios obreros.[7]

Radio Sevilla es una de las más potentes de España, y el carismático Queipo de Llano decide sacar el máximo partido de tal circunstancia. Sus alocuciones nocturnas —alucinante mezcla de mentiras, violentas y sádicas amenazas, humor negro y sed de venganza— se harán pronto celebérrimas en ambas zonas. Es la primera vez que la radio adquiere en tiempos de guerra tal fuerza propagandística y tal vesania, y los nazis se aprenderán bien la lección.[8]

En Granada, el gobernador civil, César Torres Martínez, obedeciendo órdenes tajantes de Casares Quiroga, se niega en redondo a acceder a las demandas de las organizaciones granadinas de izquierdas para que se les dé armas. Convencido por el ingenuo general Campins de que los oficiales permanecen fieles al Gobierno, Torres no está dispuesto a cejar. Durante la noche del 18 al 19 de julio dimite Casares Quiroga y, mientras el republicano moderado Diego Martínez Barrio trata desesperadamente de formar un nuevo gabinete para negociar una tregua con los rebeldes, se sigue manteniendo la orden de no repartir armas entre la población civil. Primero hay que hacer todo lo posible por llegar a una solución negociada con los sublevados. Pero éstos, empeñados en salirse con la suya como sea, se niegan rotundamente.[9]

Ante la negativa de los socialistas a cooperar, los esfuerzos de Martínez Barrio por formar un Gobierno de coalición se hunden y el que se anuncia a las cinco de la madrugada del 19 de julio nace ya cadáver (no hay representación comunista ni anarquista). El pánico, el miedo y la rabia, alentados por la noticia de que otras guarniciones se han sumado a los rebeldes, se apoderan ahora de la clase obrera madrileña, que rechaza

unánimemente el nuevo Ejecutivo, que además sigue con la política de no distribuir armas. Unas horas más tarde Martínez Barrio dimite y toma el relevo José Giral Pereira, amigo de Azaña, que encabeza un nuevo Gobierno con plena representación de los partidos de izquierdas y con el compromiso explícito de armar al pueblo.[10]

La orden de hacer efectivo dicho compromiso no se transmite enseguida a Granada, donde reina una enorme confusión. Campins y Torres Martínez siguen creyendo que la guarnición se mantendrá leal, y, a pesar de las constantes demandas por parte de las delegaciones de izquierdas, no se facilita ni una sola pistola a los republicanos. Cuando se conoce la noticia del cambio de política gubernamental será demasiado tarde.[11]

Los rebeldes granadinos inician su acción durante las horas de la siesta del 20 de julio. El general Campins, incrédulo, es detenido a punta de pistola por los oficiales en quienes tan ciegamente ha confiado, y forzado a firmar el estado de guerra (unos días después será fusilado por Queipo de Llano en Sevilla). A las cinco de la tarde la guarnición sale a la calle y, sin encontrar resistencia alguna, ocupa los principales edificios oficiales de la ciudad, secundada por unos sesenta falangistas, que llevan semanas esperando este momento. Los guardias de Asalto, reacios al principio, se suman —con la excepción de algunos oficiales— a los rebeldes. Se detiene a Torres Martínez, tan sorprendido como Campins, en su despacho del Gobierno Civil, situado provisionalmente en un ala de la Universidad en la calle Duquesa, al lado del Jardín Botánico. Lo mismo ocurre con el alcalde de diez días, el socialista Manuel Fernández-Montesinos, marido de Concha García Lorca, así como con los demás concejales de izquierdas.[12]

Unas horas después los rebeldes controlan todo el centro de la ciudad, y la mayoría de las autoridades republicanas están encarceladas. Tan sólo se ha producido un poco de resistencia en el escarpado barrio del Albaicín,

donde se han levantado barricadas y se ha hecho todo lo posible por impedir que el enemigo pueda subir por el acceso principal al barrio, la Carrera del Darro, y, luego, por la empinada Cuesta del Chapiz.[13]

Uno de los primeros objetos de los sublevados es *El Defensor de Granada*, acérrimo enemigo de las derechas en general, como sabemos, y de Ramón Ruiz Alonso en particular. Aquella tarde, poco antes de la ocupación del edificio, un joven amigo de Lorca, Manuel López Banús, visita allí a Constantino Ruiz Carnero, que además es desde el 9 de julio teniente alcalde de la ciudad.[14] «Constantino tenía un aspecto de pánico —recordaba López Banús en 1979—. Estaba verde, solo, no había nadie en la redacción». Fue detenido por los facciosos el 25 de julio y fusilado pocos días después en condiciones atroces. *El Defensor*, claro, ya había desaparecido de la escena.[15]

Los rebeldes tardan tres días en reducir el Albaicín, pese a no tener armas los «rojos», menos algunas pistolas o escopetas. En cuanto a los sublevados, disponen de morteros, ametralladoras, fusiles, granadas de mano y cañones (instalados en el «cubo» de la Alhambra) e, incluso, de tres o cuatro aviones de caza procedentes del cercano aeropuerto militar de Armilla, que participan en la acción arrojando granadas sobre los resistentes.[16]

El 23 de julio toda la ciudad está en manos de los insurgentes. Saben, sin embargo, que su situación está lejos de ser segura. Ha fracasado el golpe en gran parte del país, la ciudad está rodeada de territorio republicano, y, en teoría, de un momento a otro puede producirse una contraofensiva. Con el propósito de eliminar cualquier resistencia desde el interior, no dudan en establecer un régimen de terror que en los próximos meses —y años— llevará a la muerte a miles de inocentes. No sólo habrá ejecuciones diarias, a veces masivas, contra las tapias del cementerio, detrás de la Alhambra,

sino que actuarán con impunidad escuadrones de la muerte —las siniestras Escuadras Negras—, asesinando, torturando y produciendo en la población un estado de miedo visceral.[17]

Entre los represores hay que destacar al comandante José Valdés Guzmán, que asumió el mando del Gobierno Civil de Granada el 20 de julio de 1936.

Valdés había nacido en Logroño en 1891, hijo de un general de la Guardia Civil. Entre 1918 y 1923 participó en la guerra de Marruecos y, gravemente herido, tuvo que pasar siete meses en un hospital de Sevilla. A la llegada de la República fue destinado a Granada en calidad de comandante comisario de Guerra —es decir, como jefe de la administración de la guarnición—, y conservó este puesto hasta el estallido de la sublevación. Mientras gobernadores civiles y militares se sucedieron en Granada con monótona regularidad entre 1931 y 1936, Valdés no se movió de la ciudad en cinco años, lo cual le permitió conocer bien no sólo a los demás oficiales de la guarnición sino a mucha gente de derechas.[18]

Además de militar, Valdés Guzmán era «camisa vieja» de Falange Española y fue nombrado, en vísperas de la sublevación, jefe de milicias de la organización en Granada.[19] El hecho de ser a la vez falangista y oficial del ejército especializado en administración explica en gran parte su importancia durante la preparación del levantamiento y el puesto muy relevante que asumió a partir del 20 de julio.

Hay indicios de que, pese a ser falangista, Valdés estaba ideológicamente más cerca de Acción Popular. Y se da la circunstancia de que vivía en la misma casa, en la calle de San Antón, número 81, que Horacio Roldán Quesada, el amigo y correligionario de Ramón Ruiz Alonso y Juan Luis Trescastro. Parece incuestionable que Roldán Quesada estaba muy al tanto de los preparativos de la sublevación en Granada.[20]

El papel desempeñado por Valdés en la conspiración había adquirido aún más importancia al ser destituido por el Gobierno, el 10 de julio de 1936, el comandante militar de la plaza, general Llanos Medina —desde su llegada a la ciudad en marzo, activo conspirador contra la República—, y reemplazado por el general Campins, leal al régimen.[21]

Rencoroso, enfermo, agrio y violentamente antirrepublicano: del comandante José Valdés Guzmán no podían esperar la menor piedad los «rojos» granadinos.

Angustia en la Huerta de San Vicente

Algo de todo ello ya lo va sabiendo y padeciendo en sus propias carnes la familia García Lorca, angustiada por la suerte de Manuel Fernández-Montesinos, detenido en el Ayuntamiento con otros concejales la tarde del fatídico 20 de julio. Según una vecina de la familia, el poeta fue a la cárcel con una cesta de comida para su cuñado. Volvió a casa llorando y se metió en la cama. No sólo no había podido entregar la cesta, sino que probablemente fue testigo de escenas desgarradoras.[22]

Un amigo íntimo suyo, Eduardo Rodríguez Valdivieso, logró visitar la Huerta varias veces durante esos días. Lorca solía hablar poco con él de lo que ocurría, o de lo que podría ocurrir. Pero una tarde, al parecer ya en agosto, cuando la represión adquiría proporciones brutales, se abrió:

> Me acompañó por el carril de entrada y salida de la huerta. Nos detuvimos. Él meditó y, mirando al cielo, paseó después sus ojos por los arbustos y las flores. Me dijo: «¿Tú crees que yo podría escapar de aquí y ponerme a salvo con los republicanos?». La impresión que me produjo su pregunta me anonadó. Imposible olvidar una mirada como la que Federico me dirigió, acompañando sus palabras. Vi tal desamparo, tan acerba duda, inocencia tanta, que quedé desconcertado. Mi respuesta, tras considerar las dificultades con que pudiera tropezar («Oh mis

torpes andares», como él confesó a Estrella la gitana), fue dolorosamente negativa. Pero estaba claro, la resistencia de Federico tocaba su fin.[23]

A veces, sobre todo por la noche, aparecen aviones republicanos que atacan con bombas de poca potencia edificios considerados como focos de la rebelión. La puntería no siempre es buena y mueren algunos civiles. Cuando se oye el zumbido de los motores el poeta suele cobijarse, temblando, debajo del piano de cola. Allí están también su hermana Concha con sus niños y Angelina Cordobilla González, la niñera. «Debajo del piano nos metíamos cuando sentíamos los aparatos —nos contaba Angelina en 1966—. Y él, pues, pobrecito, bajaba con el albornoz y decía: "Angelina, me da mucho miedo, yo me meto con vosotras, que me da mucho miedo", y se metía allí con nosotras». También les solía decir: «Si me mataran a mí, ¿lloraríais vosotros mucho?».[24]

En represalia por —o con la excusa de— tales bombardeos los rebeldes pronto empezaron a sacar de la cárcel a grupos de prisioneros republicanos para fusilarlos contra las tapias del cementerio. También lo hacían por «rebelión militar». A veces ello constaba en *Ideal*. «Fusilamiento en represalia por los bombardeos», informaba el diario el 8 de agosto (se trataba de veinte presos).[25] «30 ejecuciones entre ayer y hoy», recogía, lacónicamente, el 11 de agosto de 1936.

No nos puede caber la menor duda de que el poeta y su familia leían ávidamente *Ideal* cada día y estaban muy al tanto de la terrible situación que existía en la ciudad. Manuel Fernández-Montesinos, además, estaba ya seriamente preocupado por su vida y el mismo 11 de agosto escribió a su hermano, médico como él pero de ideas conservadoras y militante de Acción Popular. La carta es desoladora:

Queridísimo Gregorio: Hoy te escribo impresionadísimo por lo que está ocurriendo aquí desde

hace varios [días] y que esta noche ha continuado: El fusilamiento de presos como represalia por las víctimas de los bombardeos. Con los de esta noche van ya sesenta, escogidos no sé cómo, pero de entre los presos gubernativos, es decir, aquellos que no sufren proceso. Hay imposibilidad de comunicación, y por eso te escribo por conducto seguro, para que llegue a ti esta llamada angustiosa. Las primeras ejecuciones fueron algo tan monstruoso que no creíamos nunca que se repitiera, pero esta noche se ha repetido a pesar de todo. No sé lo que pedirte que hagas. Sólo te anuncio que de seguir así todos iremos cayendo más o menos rápidamente, y no se sabe qué desear, pues si es terrible acabar de una vez es más angustiosa esta espera trágica sin saber a quién le tocará esta noche. Es necesario que hagáis algo para ver si termina este suplicio. Ponte de acuerdo con Diego[*] y busca a tío Frasquito[*] para ver si hablan con Rosales que es uno de los dirigentes de F. E.[*] A Del Campo[*] le hablas de esto sin decirle que yo he escrito. Éste no es un caso en el que influya el grado de peligrosidad del detenido, pues hasta ahora a los que les ha tocado ninguno se distinguió de manera precisa. El último ha sido Luis Fajardo.[*] Con esto te lo digo todo. A mamá y a Conchita no les digas estas cosas. No quisiera que se enteraran de esta situación angustiosa por la que pasamos. Yo ya estoy resignado a no volveros a ver más y desearía que su sufrimiento fuera el más llevadero posible.

Adiós. Un fuerte abrazo de tu hermano

Manolo[26]

Parece ser que Lorca, con razón tan preocupado por su cuñado, ya sabe que los sublevados le buscan a él, siendo avisado al respecto por su amigo José María García Carrillo, que le llama sigilosamente por teléfono para ponerle al tanto.[27]

El 6 de agosto un escuadrón falangista llega a la Huerta de San Vicente para practicar un registro. No lo podía dirigir una persona más peligrosa: el capitán Manuel Rojas Feigespán, responsable de la matanza de doce anarquistas en el pueblo gaditano de Casas Viejas en enero de 1933 y condenado por ello a veintiún años de reclusión mayor.[28] Amnistiado por las derechas poco después del triunfo electoral de la CEDA, Rojas, que había nacido en Segovia en 1899, fue destinado a Granada y ahora es jefe de milicias de la Falange, nada menos (el puesto antes ocupado por el nuevo gobernador civil, José Valdés Guzmán). Gracias a las investigaciones de Pilar Góngora y Miguel Caballero sabemos que el padre de Rojas era un

rico terrateniente granadino, Manuel Rojas Cortes, a quien casi seguramente conocía Federico García Rodríguez, padre del poeta.[29]

¿Qué busca Rojas? Circula el rumor persistente, propagado por los enemigos del autor de *Yerma*, de que éste tiene en la Huerta una radio clandestina con la cual está en contacto nada menos que con… ¡«los rusos»![30] Es una locura, pero son momentos de auténtica paranoia y cualquier bulo se cree y puede tener consecuencias mortales. ¿Quizá Rojas espera localizar tan improbable transmisor? No lo encuentra, naturalmente. Pero sí, cabe deducirlo, constata la presencia allí del famoso poeta «rojo».[31]

Al día siguiente, 7 de agosto, Alfredo Rodríguez Orgaz, amigo de Lorca y hasta hace poco tiempo arquitecto municipal de Granada, se presenta en la Huerta. Ha permanecido oculto desde el 20 de julio, pero ahora, enterado de que corre gran peligro, ha decidido tratar de escaparse del Terror. El padre del poeta le promete que esa misma noche unos amigos suyos, campesinos, le llevarán a campo traviesa a la zona republicana, situada hacia el pueblo de Santa Fe, a tan sólo unos kilómetros. Federico le dice que ha estado escuchando por la radio los boletines del Gobierno y que está convencido de que la situación actual no puede durar. Se niega, pues, a acompañarle en su huida. Justo en aquel momento alguien da la voz de alarma. ¡Se acerca un coche! Rodríguez Orgaz se despide precipitadamente y corre a esconderse detrás de la casa. Los del vehículo le buscan, en efecto. Pero como no encuentran rastro suyo y la familia niega haberle visto, se marchan. Por la noche el joven llega sano y salvo a territorio leal.[32]

Cabe inferir que el 8 de agosto por la mañana la familia se enteraría por *Ideal* de la carta en que Manuel Fernández-Montesinos, el marido de Concha, y otros presos de la cárcel protestaban (con la esperanza de

salvarse del paredón) por los bombardeos republicanos, carta leída además el día antes por la radio.[33]

El día siguiente, el 9 de agosto, las cosas cambian a peor para el poeta cuando se presentan en la Huerta diez o doce hombres armados que buscan a los tres hermanos del casero de la finca, Gabriel Perea Ruiz, acusados —falsamente— de haber matado en Asquerosa a dos tratantes, Daniel y José Linares, el 20 de julio.

Perea Ruiz y su mujer, que llevan diez años cuidando la Huerta, son vecinos de Asquerosa y conocen, por ello, a la mayoría de los individuos que ahora los amenazan, oriundos del mismo pueblo o de la cercana localidad de Pinos Puente, de la cual Asquerosa es anejo. Entre ellos están Enrique García Puertas, guarda jurado de la Azucarera de San Pascual, apodado «el Marranero» —tipo violento, cuñado de los hermanos Linares y después alcalde de Pinos—, y los hermanos Miguel y Horacio Roldán Quesada, parientes, como sabemos, de los García Lorca, militantes de Acción Popular y amigos y correligionarios de Ramón Ruiz Alonso y Juan Luis Trescastro.[34]

El 20 de julio Horacio Roldán había «tomado» para los rebeldes el pueblo de Pinos Puente, después de un breve intercambio de disparos con la Casa del Pueblo.[35] Según Carmen, la hermana de Gabriel Perea —que recordaría hasta su muerte la llegada de «aquel tropel de gente» a la Huerta—, Miguel Roldán (conocido en Asquerosa y Pinos Puente como «el Marquesito») iba vestido aquella tarde de militar.[36]

Los intrusos rodean la Huerta y registran la casa de Gabriel Perea. Luego empujan escaleras abajo a la madre de éste, Isabel, y a sus dos hijas, Carmen y Ana. Quieren saber dónde están los otros hijos, «los asesinos». Viendo que la madre insiste en que no lo sabe, la llevan a rastras, y también al resto de la familia, a la amplia terraza que hay delante de la Huerta.

Treinta años después la niñera de Concha García Lorca, Angelina Cordobilla, recordaba así la escena:

> Ellos eran de Pinos. A la Isabel, la madre de Gabriel, y a él, les pegaron con la culata. Hechos polvo estaban, de rodillas. Entonces fueron a la casa de la señorita Concha, al lado. ¿No ha visto usted que allí hay una gran terraza? Pues allí había un poyo, con muchas macetas y *tó*. Allí cenaban y comían y *tó*. Y entonces fueron éstos y azotaron a Gabriel. Y a Isabel, la madre de ellos, la pegaron y la tiraron por la escalera; y a mí. Y luego nos pusieron en la placeta aquella en fila, para matarnos allí. Y, entonces, la Isabel, la madre de ellos, le dice: «Hombre, siquiera mira por la teta que te he dado, que a usted le he criado con mis pechos». Y dice él: «Si me ha criado usted con sus pechos, con tus pechos, ha sido con mi dinero. Vas a tener martirio, porque voy a matar a todos». Al señorito Federico le dijeron allí dentro «maricón», le dijeron de *tó*. Y lo tiraron también por la escalera y le pegaron. Yo estaba dentro y *tó*, y le dijeron de maricón. Al viejo, al padre, no le hicieron *ná*. Fue al hijo.[37]

Según Carmen Perea, hermana de Gabriel, no cabía duda de que los agresores sabían perfectamente quién era Lorca. ¡Cómo no lo iban a saber tratándose de Horacio y Miguel Roldán! Recordaba que uno de los esbirros se mofó, al salir el poeta en defensa de Gabriel: «¡Ah, mira, el maricón amigo de Fernando de los Ríos!». Lorca contestaría que no sólo era amigo del catedrático socialista, sino de muchas personas de convicciones diversas.[38]

El poeta, que acababa de reflejar en *La casa de Bernarda Alba* la mentalidad caciquil de los terratenientes de Asquerosa, ¿intuiría, ante la presencia en la Huerta de los hermanos Roldán, al fin y al cabo parientes suyos así como de la familia Alba, que aquella misma mentalidad podía ser ahora mortal para él? Es muy posible. ¿Le increparon por haber escrito una obra con aquel título? ¿Le preguntaron por su contenido? No lo sabemos, pero quizás.[39]

Mientras ocurría esa escena tremenda llegó otro grupo a la Huerta de San

Vicente, con un sargento retirado de la Guardia Civil a la cabeza, e impidió que se cometiesen más atropellos.[40]

Parece ser que antes de irse dicho tricornio, llevando consigo detenido a Gabriel Perea, le advirtió al poeta que se encontraba a partir de entonces bajo arresto domiciliario y que por ningún concepto podía abandonar la casa.[41]

Lorca está ya aterrado. Intuye que la próxima vez vendrán a por él. ¿Dónde buscar refugio? ¿A quién dirigirse? ¿Qué hacer? Piensa entonces en su amigo el poeta Luis Rosales Camacho que, como él, había regresado a la ciudad desde Madrid justo antes de la sublevación, y dos de cuyos hermanos, José y Antonio, se cuentan entre los falangistas granadinos más destacados. Luis Rosales, doce años más joven que Federico, se considera hasta cierto punto discípulo suyo y admira profundamente su poesía. Además, ¿no ha publicado un largo artículo sobre el *Romancero gitano* en *Cruz y Raya*, la revista de José Bergamín? ¡Por supuesto que Luis ayudará! Lorca le llama inmediatamente. Le explica lo ocurrido y Rosales promete ir enseguida a la Huerta. Cumple su palabra.[42]

Luis Rosales no es «camisa vieja» de Falange y sólo lleva en el partido desde el 20 de julio, tras considerar que no le quedaba más remedio que hacerlo. Ha impresionado favorablemente a sus superiores y en el momento de recibir la llamada de Federico es «jefe de sector» de Motril. No es un jerarca de Falange pero tampoco un cualquiera dentro de la organización, sobre todo por los hermanos que tiene.[43]

En la Huerta se plantean distintas medidas para poner a salvo al poeta. Luis está dispuesto a pasarle a la zona republicana, cosa para él facilísima (aunque muy comprometida), pero Lorca se opone, quizás porque teme que, si se da a la fuga, los energúmenos podrán llevarse a su padre. Tampoco quiere refugiarse en el carmen de Manuel de Falla, una de las posibilidades

que se barajan. Finalmente se decide que lo mejor será que se instale con la familia Rosales en su casa de la calle de Angulo, número 1. ¿Dónde puede estar más seguro? Todo el mundo está de acuerdo.[44]

Aquella misma noche se traslada allí en el taxi de Francisco Murillo, chófer de Federico García Rodríguez.[45]

¡Ruiz Alonso!

La casa de los Rosales se encuentra a sólo unos trescientos metros del Gobierno Civil, en la calle Duquesa, donde el comandante Valdés Guzmán se ocupa afanosamente en estos momentos, ayudado por un grupo abigarrado de colaboradores, entre ellos Ramón Ruiz Alonso, de limpiar Granada de «rojos».

Se va creando deliberada y metódicamente un régimen de terror en la ciudad.

Los Rosales viven en un inmueble noble y espacioso de tres plantas. Tiene un patio, con esbeltas columnas y una fuente, que se cubre con un toldo en verano. Allí, y en las estancias que rodean el espacio, se desenvuelve la vida de la familia durante los meses de calor.

Se accede a la primera planta por una elegante escalera de mármol. En la segunda vive la tía Luisa Camacho, hermana de la madre. Su piso está completamente independiente del resto de la casa (aunque conectado por una puerta), con salida propia a la calle. Aquí se instala al poeta.[46]

Es importante subrayar el hecho de que José, Antonio y Luis Rosales apenas están en casa esos días, por las ocupaciones que les impone la guerra, y que solo suelen volver a ella por la noche.

Miguel, el hermano, tiene piso propio donde vive con su mujer. Gerardo,

el menor, de constitución delicada, sí acostumbra estar y es con quien más hablará el poeta. En cuanto al padre, Miguel Rosales Vallecillo, sale cada mañana y cada tarde a ocuparse de su tienda de pasamanería, situada al lado de la cercana plaza de BibRambla.

Sube a menudo al piso de la tía Luisa, para acompañar a Lorca, la hermana de los cinco varones, Esperanza, a quien el poeta no tarda en poner el apodo de «Mi divina carcelera».[47]

¿Se entera Federico de que los Rosales han cobijado a otros perseguidos? Seguramente. Hay que subrayar el gran riesgo que todo ello suponía para la familia en momentos en que proteger a un «rojo» significaba correr el riesgo de ser pasado por las armas. De hecho, según el hijo de Gerardo Rosales, el hermano menor de la familia, Antonio, el falangista más fanático de ellos, estaba muy en contra de que el poeta estuviera allí, con el riesgo que ello suponía para sus padres, mientras Miguel, a partir de entonces, iría allí con menos frecuencia que antes.[48]

Sabemos por Esperanza que Lorca leyó asiduamente *Ideal* durante su breve estancia entre ellos, y que estuvo con el oído siempre pegado a la radio de ambos bandos. «¿Qué bulos has escuchado tú hoy? —le decía—. ¿Cuántos bulos traes tú? Pues yo he oído éste».[49] Por ello es casi seguro que, el 10 de agosto, viera en *Ideal* la referencia a la visita del día anterior a la Huerta por quienes buscaban a los hermanos del casero Gabriel Perea Ruiz:

Detenido por supuesta ocultación

Por sospecharse pudiera ocultar el paradero de sus hermanos José, Andrés y Antonio, acusados de haber dado muerte a José y Daniel Linares, hecho ocurrido en un pueblo de la provincia el día 20 del pasado, un sargento de la Benemérita, retirado, detuvo ayer a Gabriel Ruiz Perea, en su domicilio, callejones de Gracia, huerta de don Federico García. Después de interrogado fue puesto en libertad.[50]

El 11 de agosto *Ideal* recogía que los salvadores de la Patria seguían fusilando a los presos granadinos («30 EJECUCIONES ENTRE AYER Y HOY. Quince por juicios sumarísimos y otros quince en represalia de los bombardeos»).[51] Cabe imaginar que Lorca les rogaría encarecidamente a los Rosales que hiciesen todo lo posible por intervenir a favor de su cuñado Manuel Fernández-Montesinos, ahora en peligro inminente de ser fusilado.

Sus enemigos ya le están pisando los talones. El 15 de agosto se presenta en la Huerta de San Vicente un tercer grupo, provisto esta vez de una orden para su detención. Al ser informados de que ya no está allí, los individuos lo revuelven todo e incluso desmontan el piano de cola, buscando papeles comprometedores… ¡o quizás la famosa radio fantasma! Al final quien encabeza el grupo, el falangista Francisco Díaz Esteve, amenaza con llevarse al padre si no le dicen dónde está el poeta. Luis Rosales, antes de abandonar la Huerta, había insistido en que, pasara lo que pasara, nadie revelara el paradero de Federico. Pero ahora no hay más remedio que hacerlo. Concha García Lorca, aterrada, contesta que su hermano no ha huido y que está en casa de un amigo falangista, poeta como él. Es probable que incluso nombrara a Luis Rosales. Parece lógico deducir que, nada más desaparecido el grupo de matones, llamaron a Federico para avisarle del nuevo peligro que se cernía sobre él.[52]

Sin saberlo, con toda probabilidad, Lorca tenía muy cerca un peligroso enemigo. Se llamaba Jesús Casas Fernández. Abogado, militante fanático de Acción Popular y amigo de Ramón Ruiz Alonso, fue vicepresidente de la Diputación Provincial de Granada durante el «bienio negro» y vivía justo al lado de los Rosales. Según el testimonio de un ex guardia de Asalto entonces adscrito al Gobierno Civil, un día llegó Casas Fernández al despacho del comandante Valdés Guzmán, indignado porque acababa de

enterarse de que sus vecinos protegían al peligroso «rojo» García Lorca. Puso en el acto una denuncia.[53]

No hay prueba documental de ello. Lo que sí sabemos es que fue en la redacción provisional de *Ideal* —situada a dos pasos del Gobierno Civil en la pequeña calle Tendillas de Santa Paula, número seis— donde se preparó la denuncia definitiva, la contundente, la que dio lugar inmediatamente a la detención del poeta. Y que quien la compuso a máquina no fue otro que Ramón Ruiz Alonso.[54]

El ex diputado y sus compañeros de *Ideal* se habrían enterado enseguida de la llegada de Lorca a Granada —anunciada primero en *El Defensor de Granada*, luego tanto en su propio periódico como en *El Noticiero Granadino*— y de que estaba con su familia en la Huerta de San Vicente. ¿Estuvo Ruiz Alonso entre quienes se presentaron en la finca? Luis Rosales llegó a creer que sí, la última vez, pero no hay pruebas.[55] Lo casi seguro, de todas maneras, por su amistad con los Roldán, y quizás por otros conductos, es que se enteraría enseguida de lo ocurrido allí y de la huida de Lorca a la casa de los Rosales.

Al final de su vida, y antes de embarcar para Estados Unidos, quiso quitarse de encima el peso de su actuación durante aquellos días y se confesó ante su hija Emma Penella. Reconoció que había participado con otros compañeros de *Ideal* en la redacción de la denuncia responsable de la muerte del poeta, pero mantuvo que su intención solo había sido darle un escarmiento por su amistad con Fernando de los Ríos y otros motivos.[56]

La mañana del 16 de agosto llega la terrible noticia del fusilamiento aquella madrugada, en el cementerio, de Manuel Fernández-Montesinos. Con él han caído otras treinta víctimas. El poeta es informado enseguida por su familia, según el testimonio de Esperanza, y cabe deducir que a partir de

este momento, deshecho, intuye que a él también le queda ya poco tiempo. [57]

Para estas fechas se había fusilado a centenares de «rojos» contra las tapias del cementerio, sin contar los innumerables «paseos» que se llevaban a cabo día y noche en los pueblos de los alrededores. El odio, el terror y el revanchismo se habían adueñado de la ciudad. Nadie que hubiera tenido cualquier vinculación con el Frente Popular, por tenue que fuera, podía sentirse seguro.

La tarde de aquel mismo 16 de agosto de 1936 salió libre de la Cárcel Provincial un detenido, más afortunado que Fernández-Montesinos. Se llamaba José Rodríguez Contreras. Médico forense, algo artista, y militante de Izquierda Republicana —el partido de Azaña—, había sido compañero de Lorca durante el bachillerato. Vivía en la calle Horno de Haza, esquina con la de Duquesa, a dos pasos del Gobierno Civil. Unos días antes había hablado con Fernández-Montesinos en la prisión y le había recordado las palabras que le dirigiera el 18 de julio, cuando ambos se encontraban en el local de Izquierda Republicana: que el teniente de la Guardia Civil Mariano Pelayo —pariente suyo—, el capitán José Nestares Cuéllar y otros conspiradores conocidos por todos debían ser arrestados inmediatamente. Y no se había hecho nada.

Al llegar en coche delante del Gobierno Civil un amigo de Rodríguez Contreras, guardia de Asalto y falangista, le explicó que no podía seguir porque las fuerzas estaban deteniendo «a ese poeta García Lorca» en casa de los hermanos Rosales y el sector estaba acordonado.[58]

Otro testigo de lo que ocurría fue el joven escultor granadino Eduardo Carretero, marido de Isabel Roldán García, una de las primas favoritas de Lorca, que, al pasar por allí, vio «una cantidad de gente, de guardias con fusiles». Incluso los había en los tejados. «Me quedé asustado —recordó en

1978— porque pensaba que iba a haber un tiroteo, que iba a haber algo. Yo no corrí por miedo, no corrí por miedo porque, claro, el miedo hace que te vayas despacio, como si no ocurriera nada. Tenía 16 años. Entonces era un episodio más de las cosas que se veían en la calle. Yo no lo atribuía a nada, pero después supe. Había mucha gente, muchos guardias. Y el recuerdo de la luz que yo tengo es de la tarde».[59]

Existen otros testimonios en el mismo sentido, entre ellos el del luego famoso pintor granadino Manuel Maldonado, que trabajaba entonces en la tienda del padre de los Rosales,[60] y los muy importantes de los hijos de éste, Miguel y Esperanza.[61] No puede caber la menor duda, por lo tanto, de que la detención del poeta, practicada la tarde del 16 de agosto de 1936, constituyó una operación de gran envergadura montada por el Gobierno Civil. La calle de Angulo no solamente se rodeó, sino que hombres armados fueron apostados en los tejados de las casas vecinas para impedir una posible fuga del poeta por aquel inverosímil camino. Está claro que el gobernador civil usurpador, comandante Valdés Guzmán, había tomado la determinación tajante de que Federico García Lorca no se le escapara.

Hay un hecho sobre el cual todos están de acuerdo, incluido el propio interesado: la persona que llegó aquella tarde a la puerta de la casa de los Rosales en Angulo, 1, con una orden para la detención de Lorca, fue Ramón Ruiz Alonso, quien estaba adscrito en aquellos momentos, según nos declaró en 1967, al Gobierno Civil.[62]

El ex diputado de la CEDA, como sabemos, había vuelto a Granada en vísperas de la sublevación, sin duda convencido de que, como el diputado de derechas más conocido de la provincia, aunque ahora no diputados y además destacado dirigente de la Juventud de Acción Popular, iba a desempeñar un papel muy relevante en los acontecimientos que se avecinaban.

A juicio de Gabriel Pozo, la llegada del Alzamiento, para el cual había trabajado, supuso para Ruiz Alonso «el culmen» de su vida hasta entonces.[63]

En los primeros momentos de la sublevación en Granada había tenido lugar, quizás el 21 de julio, un incidente que vino a intensificar la inquina de Ruiz Alonso hacia la Falange. Varios testigos presenciales del mismo lo recordarían en términos muy parecidos. Se trataba del intento del ex diputado de la CEDA de protagonizar, en una arenga dirigida desde un balcón del Gobierno Civil, la organización de las milicias al servicio del flamante Movimiento. La escritora francesa Marcelle Auclair publicó en su libro sobre Lorca (1968) el testimonio al respecto de un médico con las iniciales «S.L.». Se trataba de José Sánchez López. Según éste, Ruiz Alonso gritaría a la multitud congregada en la estrecha calle más o menos lo siguiente: «¡Que los tradicionalistas de agrupen delante de mí; a mi derecha, los de la JAP; a mi izquierda, los de Falange!». Sánchez López recordaba que la gran mayoría de los jóvenes allí reunidos se juntaron con los falangistas, no con los de la JAP y menos con los tradicionalistas, y ovacionaron al falangista que apareció bruscamente en el balcón al lado del «obrero amaestrado».[64]

El médico le contó a Eduardo Molina Fajardo la misma escena, con más detalles.[65]

Según una declaración en 1969 del destacado falangista Narciso Perales, también recogida por Molina Fajardo, Ruiz Alonso fue retirado violentamente del balcón por el sevillano Patricio González de Canales, falangista de primera línea, que le increpó delante de todos diciendo que allí no había más milicias que las de Falange de las JONS. Incluso le arrancaría a Ruiz Alonso la camisa azul que éste tenía puesta.[66]

El propio González de Canales confirmó, también en 1969, lo esencial de

lo contado por Sánchez López y Narciso Perales.[67]

Cabe inferir que tal fracaso, tal humillación, tendría el efecto seguro de exasperar aun más la relación del ex diputado, ya de por sí tensa, con los falangistas granadinos.

Ello no impidió, sin embargo, que siguiera llevando la camisa de la organización, quizás esporádicamente, durante por lo menos unas semanas después, resultado, cabe pensarlo, de alguna solución de compromiso acordada en interés de todos.

Esperanza Rosales aseguraba recordar, en 1978, que, al presentarse en la calle de Angulo, Ruiz Alonso vestía un mono azul con el emblema falangista.[68] También su hermano Miguel.[69]

Otros testimonios lo confirman.[70] Entre ellos los de dos compañeros de Ruiz Alonso en Acción Popular, el ya mencionado Manuel Torres López (elegido diputado de la CEDA en las elecciones de febrero de 1936) y Luis García-Alix Fernández.

Torres López nos dijo en 1966 que se había quedado consternado al ver a Ruiz Alonso un día en la puerta del Gobierno Civil con camisa azul y rodeado de los asesinos de la siniestra Escuadra Negra.[71]

El testimonio más importante al respecto, con todo, quizás sea el del mencionado García-Alix Fernández, que le contó a Molina Fajardo, hablando de los primeros días del Alzamiento en Granada: «La desorganización dentro del Comité de Acción Popular fue completa. Ruiz Alonso se puso enseguida la camisa azul. Por lo que a mí personalmente me afecta, me negué completamente a vestirla, por entender que no figurando como afiliado a esa organización, no era digno de hacerlo».[72]

El 15 de agosto de 1956 Ruiz Alonso le dijo al investigador Agustín Penón que, obedeciendo órdenes del Gobierno Civil, fue solo a la casa de los Rosales en la calle Angulo.[73] En 1967 nos declaró a nosotros casi lo

mismo, añadiendo que, al ofrecerle protección armada el teniente coronel Velasco Simarro de la Guardia Civil —que en aquellos momentos hacía las veces de Valdés— se negó tajantemente, diciendo: «A mí me basta con mi apellido».[74]

En ambos casos mentía o… se olvidaba convenientemente de lo realmente ocurrido. Porque el hecho es que le acompañaron aquella tarde, según varios testimonios fehacientes, sus dos compinches de Acción Popular, Luis García-Alix Fernández y Juan Luis Trescastro Medina, padrino de una de sus hijas (Elisa Ruiz Penella), y el falangista Federico Martín Lagos, vecino, como Jesús Casas Fernández, de los Rosales. Quizás estuvieron también otros dos estrechos colaboradores de Valdés: el rico terrateniente Antonio Godoy Abellán, «camisa vieja» de Falange, conocido familiarmente como «el Jorobeta», y el doctor Andrés Sánchez Rubio, jefe de sector de la organización.[75]

A Luis García-Alix Fernández ya le hemos mencionado varias veces. Vale la pena añadir que era hijo del ministro conservador Antonio García-Alix, correligionario de Francisco Silvela, y que desde joven le había fascinado la política. «Monárquico en tiempos de la República», según él mismo, y gran admirador de Gil Robles, había ingresado en Acción Popular en 1933 y participó activamente en la campaña electoral granadina de aquel otoño.[76] A partir de entonces su nombre aparecía con cierta frecuencia en las páginas de *Ideal* y de *El Defensor de Granada*. A principios de mayo de 1935 le encontramos en Guadix, con la misión de organizar allí la sección local de Acción Popular.[77] Un año después, durante la campaña para las elecciones parciales de mayo de 1936 (cuando *Ideal* ya había sido saqueado) se barajó su nombre como posible candidato del casi nonato Bloque Nacional, pero luego se eliminó.[78] Según una declaración oficial suya fechada 21 de enero de 1937, formó parte «al iniciarse el glorioso

Movimiento… de las escuadras encargadas de la vigilancia del Gobierno Civil de Granada».[79] Y, de acuerdo con un informe de 1939, «en los primeros días del Movimiento se dedicó por su cuenta y riesgo a la persecución y encarcelamiento de individuos que él creía peligrosos».[80] Dijera lo que dijera después al investigador Eduardo Molina Fajardo, negando contra toda evidencia haber participado en la detención del poeta, fue sin lugar a dudas uno de los represores de Granada más activos en los momentos iniciales de la sublevación.[81]

Cuando llegó Ruiz Alonso con sus secuaces al domicilio de los Rosales aquella tarde, no se encontraba allí ninguno de los hombres de la familia: ni el padre, ni Antonio, ni José, Miguel, Gerardo o Luis. La señora Rosales, consternada por la aparición del ex diputado, a quien forzosamente conocía de nombre si no de vista (algo que no sabemos), y temiendo que matasen a Federico allí mismo en la calle, insistió en que no dejaría salir de su casa al poeta sin la presencia de su marido o de uno de sus hijos. Ruiz Alonso asintió y durante un buen rato ella trató de localizar por teléfono a alguno de ellos. Dio por fin con Miguel, que estaba de servicio en el cuartel de la Falange, ubicado en el cercano monasterio de San Jerónimo, y le explicó lo que estaba sucediendo. También habló con su marido. Se acordó que Ruiz Alonso fuera en seguido para entrevistarse con Miguel.[82]

Este le contó en 1955 a Agustín Penón que el día de la detención de Lorca había comido con el poeta en Angulo, 1, y que luego se fue al cuartel de Falange. Le aseguró que Ruiz Alonso, cuando llegó al cuartel, llevaba el yugo y las flechas de Falange:

> Me saludó marcialmente, como estaba obligado a hacer, pues yo era jefe de una falange; es decir, de una escuadra de catorce hombres, y él era mi inferior dentro del partido. Después de saludarme, me comunicó que tenía una orden de arresto para Federico. Me dijo: «Estáis escondiendo a un rojo en vuestra casa». «¡Tonterías! —respondí—. Nosotros no estamos escondiendo a nadie. Federico vive en mi casa como podrías vivir tú. Está pasando unos días con

> nosotros». Ruiz Alonso repitió que Lorca era un rojo y recalcó lo peligroso que era. Me recordó cómo había insultado a la Guardia Civil en su *Romancero gitano*. «Ha hecho más daño con su pluma que otros con sus pistolas», dijo, insistiendo en que Federico era un enlace ruso y que había estado espiando para los soviéticos. ¡Federico un espía! […] Luego manifestó que era muy violento para él detener a un hombre en una casa tan respetable y leal como la nuestra. ¿Me importaba acompañarle? No tuve más remedio.[83]

Miguel Rosales le contó a Penón que, durante el breve trayecto en coche a la calle de Angulo, Ruiz Alonso «no dejaba de repetir lo peligroso que era Federico». Unos minutos después Rosales se encontró con la desagradable sorpresa de que su casa estaba completamente rodeada de fuerzas de seguridad y se dio cuenta de que, en vista de la orden que llevaba el ex diputado, no iba a poder hacer nada para impedir la detención. Entró en la casa con él. Los acompañantes armados del mismo se quedaron fuera, en la puerta.[84]

Miguel Rosales nos declaró en 1966 que la orden que Ruiz Alonso le mostró en el cuartel de Falange tenía un sello del Gobierno Civil, y que también iban en el coche Luis García-Alix, Juan Luis Trescastro (propietario del vehículo, un Oakland descapotable) y dos hombres más a quienes no conocía. Repitió más o menos lo que ya le había dicho a Agustín Penón diez años antes: que en el coche preguntó a Ruiz Alonso por las acusaciones que había contra Lorca, y recibió la contestación de que «era un enlace con Rusia» y que había hecho «más daño con la pluma que otros con la pistola».[85]

Miguel Rosales también nos dijo, refiriéndose al despliegue de milicianos y policías que le esperaba en la calle de Angulo, atestada de gente: «Esto lo puedes poner en tu libro: que no tuve cojones para enfrentarme con ellos. Con todos aquellos fusiles y tal, nos hubieran podido matar a todos».[86]

Cuando Lorca bajó del piso de la tía Luisa ya preparado para lo peor,

Ruiz Alonso le aseguró, según Miguel Rosales, que sólo se trataba de hacerle unas preguntas en el Gobierno Civil, y que no le pasaría nada.[87]

El coche estaba aparcado a dos pasos en la plaza de la Trinidad. A él subieron Miguel Rosales, Lorca, Ruiz Alonso y sus acompañantes. «¡Busca a Pepe!», el poeta le imploraba a Miguel sin parar. Cuando llegaron unos minutos después al Gobierno Civil, casi se derrumbaba. «¡Busca a Pepe!», seguía repitiendo. «Yo sabía que no era una persona valiente —le contó Miguel Rosales a Penón— y lo veía anonadado, como un barco a la deriva, sin ánimo incluso para defenderse. Ni siquiera se atrevía a hablarme con franqueza, porque había testigos. Yo tenía que adivinar lo que me quería transmitir.»[88]

Ramón Ruiz Alonso nos contó en 1966 que, cuando llegaron al Gobierno Civil, alguien en la puerta del edificio trató de darle a Lorca con la culata de su mosquetón. «¡Qué! ¡Estando yo!», le gritaría el fornido ex diputado, apartándolo bruscamente.[89]

El comandante Valdés no estaba en el edificio en aquellos momentos. Había salido de Granada temprano por la mañana para visitar algunos pueblos del Valle de Lecrín y luego Lanjarón, de donde, según *Ideal* al día siguiente, regresó a las diez menos cuarto de la noche.[90] Le hacía las veces, como en otras ocasiones, un teniente coronel de la Guardia Civil jubilado, Nicolás Velasco Simarro, que se hizo cargo del poeta y dijo que no se podría hacer nada hasta el regreso de su superior.[91]

Miguel Rosales se quedó poco tiempo en el Gobierno Civil, sólo el necesario para recibir garantías de que no maltratarían al preso, a quien, después de cacheado, se le encerró en una habitación cerca de la del ausente Valdés. Rosales, muy preocupado, se daba cuenta de que cada minuto contaba. Volvió corriendo al cuartel de Falange y trató de hablar por teléfono con José, al fin y al cabo el falangista más importante de los

hermanos. Imposible: su hermano estaba inspeccionando unas avanzadillas en la Vega y no volvería hasta la noche. Tampoco pudo localizar a Luis o a Antonio. No sabemos si habló con su padre.[92]

En cuanto a Ruiz Alonso, nos aseguró en 1966 que, tras entregar a Lorca, abandonó el edificio y no volvió allí hasta la mañana siguiente. Pero no fue así.[93]

Agustín Penón llegó a la conclusión de que lo que le había contado Miguel Rosales de la detención del poeta, y de la intervención de Ruiz Alonso en la misma, era fundamentalmente verídico. Así también lo creemos nosotros.

Aquella noche en el Gobierno Civil

Cuando Luis Rosales vuelve a casa aquella noche y se entera de lo ocurrido, va enseguida al Gobierno Civil con sus hermanos Miguel y José y unos diez amigos falangistas. Penón resume así lo que le dijo veinte años después:

> En el Gobierno Civil trataron de ver al comandante Valdés, pero les dijeron que no era posible, que dormía. Hablaron con un teniente coronel de la Guardia Civil, Velasco, que estaba haciendo las veces de Valdés aquella noche. La sala del Gobierno Civil donde se desarrolló la entrevista estaba atestada. Había allí, según insiste Luis, unas sesenta o setenta personas.
>
> Al principio se armó un lío porque Miguel y Pepiniqui [José] quisieron hablar primero. Finalmente fue Luis quien explicó el motivo de su visita. Durante su declaración, Luis se refirió a «un tal Ruiz Alonso». El aludido, que estaba en la sala, dijo en voz alta: «Yo soy Ramón Ruiz Alonso». Y Luis: «Entonces, dime, ¿con qué derecho te has presentado en casa de un superior sin orden escrita alguna para prender a Federico García Lorca?». Ruiz Alonso contestó: «¡Bajo mi propia responsabilidad!». Luis repitió la pregunta tres veces y recibió la misma respuesta de Ruiz Alonso: «¡Bajo mi propia responsabilidad!». Luego, uno del grupo, Cecilio Cirre, le dijo a Ruiz Alonso con rabia: «¡Cuádrate y vete!». Ruiz Alonso abandonó la sala sin cuadrarse.
>
> Luis y sus amigos se retiraron con la idea de volver a la mañana siguiente.[94]

¿A la mañana siguiente, con Lorca en peligro? No tiene sentido. Además, como veremos, José por lo menos volvió al Gobierno Civil aquella noche. Quizás Penón apuntó erróneamente lo que le había dicho Luis Rosales.

Diez años después, sin saber lo que le había contado a Agustín Penón, le preguntamos a Luis Rosales por lo ocurrido aquella noche en el Gobierno Civil. Su respuesta, grabada en magnetófono, fue la siguiente:

> La noche que yo fui a reclamar a Federico, había cien personas en el Gobierno Civil, en una sala inmensa que había allí. ¡Cien personas! Era muy tarde ya, y me dijeron que no podía ver a Valdés. Me dijeron que prestara declaración, y la presté ante un teniente coronel de la Guardia Civil, cuyo nombre no recuerdo. Allí, en medio de aquella sala inmensa, presté declaración. Estuvieron conmigo mi hermano Pepe, Cecilio Cirre y alguien más, creo. Íbamos armados. Allí yo no conocía a nadie. En mi declaración dije que un tal Ruiz Alonso, al que yo no conocía, había ido aquella tarde a nuestra casa, a una casa falangista, y había retirado a nuestro huésped, sin una orden escrita ni oral. Después de que yo presté declaración, dije, en fin, con fuerza y despectivamente:
>
> —¿Por qué ha ido un tal Ruiz Alonso a nuestra casa, a casa de hombres de Falange, y se ha presentado allí sin orden escrita ni oral y ha retirado a nuestro huésped?
>
> Yo lo dije un par de veces, «un tal Ruiz Alonso». Entonces —y claro, yo hablaba alto, con pasión, despectivamente—, entonces, pues, éste, que estaba allí, pasó adelante y dijo:
>
> —Ese tal Ruiz Alonso soy yo.
>
> Entonces le dije:
>
> —Bueno, ¿has oído?, ¿has oído? ¿Por qué te has presentado en casa de un superior sin una orden y has retirado a mi amigo?
>
> Entonces él dijo:
>
> —Bajo mi única responsabilidad.
>
> Yo le dije, tres veces:
>
> —No sabes lo que estás diciendo. Repítelo.
>
> Porque, claro, éste era un inconsciente, éste creía que se estaba llenando de gloria ante la historia. Lo repitió tres veces, por tres veces lo repitió y cuando terminó, pues, yo le dije:
>
> —Cuádrate y vete.
>
> Entonces estuvo muy bien Cecilio Cirre. Cecilio Cirre incluso lo zarandeó, y para evitar, claro, algo más grave, que el que lo zarandeara fuera yo, entonces, pues, Cecilio Cirre le dijo:
>
> —Estás tratando con un superior. Cuádrate y vete. Entonces, pues, como las otras personas que estaban allí no intervenían, entonces, pues, ya se fue…[95]

Como se aprecia, sendas declaraciones de Luis Rosales a Agustín Penón

y a nosotros concuerdan en lo esencial.

En nuestra entrevista Ruiz Alonso negó con vehemencia haber estado en el Gobierno Civil de Granada aquella noche. «¡Mentira, mentira, mentira, yo me marché a casa y se acabó», exclamó el ex diputado de la CEDA cuando le preguntamos al respecto.[96] Hay que señalar, sin embargo, que Cecilio Cirre nos confirmó en lo esencial la versión de Luis Rosales sin que nada ni nadie le forzara a mentir al respecto.[97]

También existe un documento anónimo repelente, remitido a Luis Rosales después de unas declaraciones suyas en televisión en 1976, procedente de quien decía haber estado entre las «cien personas» presentes durante aquella violenta escena. Lo incluimos en apéndice.

¿Dijo realmente Ruiz Alonso aquella noche en el Gobierno Civil de Granada que había detenido a Lorca «bajo su única responsabilidad»? Si fue así —y es muy posible conociendo la personalidad jactanciosa del personaje—, hay que deducir que sería por simple vanidad y tal vez herido en su amor propio por el desprecio con el cual le había tratado Luis Rosales, dando a entender que no le conocía, ¡a él, Ramón Ruiz Alonso, el ex diputado de derechas más célebre de Granada!

Al pedirle a Luis Rosales que nos describiera más pormenorizadamente el contenido de su declaración ante el teniente coronel de la Guardia Civil (Velasco), nos precisó lo siguiente:

> En mi declaración dije que Federico había sido amenazado en su casa, en las afueras de Granada, que había buscado mi ayuda, que era políticamente inocuo, y que, como poeta y como hombre, yo no podía negar mi ayuda a una persona a la que perseguían injustamente. Dije que volvería a hacer lo mismo.[98]

En 1955 José Rosales le dijo a Agustín Penón, refiriéndose a aquella noche: «A Ruiz Alonso le importaba muy poco Lorca. Lo que él quería era

arruinar a los Rosales. Creía que, si lograba destruirme a mí, quedaría muy dañada la Falange. Así razonaba él. Era un tipo tan ambicioso y de una soberbia tan rabiosa que estaba convencido de que él, sin ayuda de nadie, podía desprestigiar al partido».[99]

Más tarde aquella noche José Rosales volvió al Gobierno Civil y tuvo un duro enfrentamiento con Valdés. En 1971 le contó con pelos y señales lo ocurrido al abogado granadino Antonio Jiménez Blanco, que apuntó su declaración. Entró en el despacho de Valdés, dijo, dando una patada porque no le dejaban pasar. Lo encontró acompañado del policía Julio Romero Funes, del abogado José Díaz Pla —jefe local de Falange—, y de «los Jiménez de Parga» —hermanos militantes de la CEDA, íntimos amigos de Valdés y asesores suyos a la hora de preparar las listas de quienes iban a ser «paseados». Valdés le explicó que Lorca estaba detenido, pero que no le pasaría nada. Sigue el relato de Jiménez Blanco: «Los acompañantes del gobernador le dijeron que la denuncia era muy grave, que G. L. *era socialista y agente de Moscú*, etc. Pero se fue tranquilo de que, al menos, de momento, no había problema».[100]

¿Se fue tranquilo, convencido de que, por ahora, «no había problema»? Lo había de sobra. La camarilla de Valdés, de neta tendencia cedista, la tenía tomada con Lorca, por múltiples razones. A Eduardo Molina Fajardo le dijo José Rosales en 1969: «Yo creo que tras la detención y denuncia por elementos de la CEDA, los Jiménez de Parga, que rodeaban a Valdés, como "cerebros grises", tuvieron mucho que ver con la muerte del poeta. Ellos me dijeron personalmente: "No defiendas a un maricón"».[101]

De los hermanos Jiménez de Parga Mancebo hablan todos los que han investigado la detención de Lorca. Eran tres —José, Antonio y Manuel— y amigos y colaboradores estrechos, cada uno, de Valdés. Según el hijo de Manuel, su padre «fue, a lo largo de la República, uno de los dirigentes más

destacados de la derecha granadina».[102] Quien más información reúne sobre ellos es Eduardo Molina Fajardo, recogida sobre todo de labios del capitán Nestares y de su hijo. José era abogado y secretario judicial. Antonio, juez municipal del distrito del Sagrario, actuó, con el policía Julio Romero Funes, como delegado de Orden Público. Manuel tenía un despacho en la planta baja del Gobierno Civil. Según Nestares, era de los hermanos «el que influía más».[103]

El 26 de agosto de 1978, dos días antes de su muerte, José Rosales nos hizo en Granada una declaración importantísima, grabada en magnetófono en presencia de testigos, acerca de lo ocurrido aquella noche en el despacho de Valdés. Y amplió lo que nos había dicho anteriormente en relación con la denuncia. Tal vez lo hizo sabiendo que le quedaba poco tiempo y con el deseo de dejar las cosas claras. Afirmó que no sólo tuvo la denuncia en sus manos, sino que estaba firmada por Ramón Ruiz Alonso. Transcribimos la grabación (algo defectuosa):

> *José Rosales*. Sin la denuncia, sin la denuncia no puede llevarse al hombre. […] Estábamos todos en la guerra, en el frente. Él nos pone si el otro [Federico] era el «speaker» de Radio Moscú, que si en mi casa había unos rusos, que si había sido [Federico] secretario de Fernando de los Ríos. Mi hermano Luis te dirá bastantes más cosas que yo, que se acordará mejor que yo de esta denuncia.
>
> *Nosotros*. ¿De modo que tú viste la denuncia escrita y firmada?
>
> *José*. Escrita y firmada, y mi hermano Luis también.
>
> *Nosotros*. ¿Por Ramón Ruiz Alonso?
>
> *José*. Sí, sí, claro.
>
> *Nosotros*. ¡Esto es increíble!
>
> *José*. No, ¿cómo va a ser increíble? Él, si no nos denuncia, ¿cómo se lo va a llevar? Él quiere hacer daño, creo yo, a nosotros, ¿no? Él va diciendo que el otro era un perro judío y pone esa denuncia. Denuncia que he buscado yo, que no he podido conseguir nunca recogerla, todos esos papeles se han perdido allí, allí no había manera de…
>
> *Nosotros*. Pero ¿era una denuncia pasada a máquina?
>
> *José*. Claro, claro. El coronel Velasco. Él es el que tomó la denuncia.[*] Luego al rato vino el gobernador y me dice: «Si no fuera por esta denuncia, Pepe, yo te dejaría que te lo llevaras».

Nosotros. ¿Dijo esto Valdés?

José. Claro, «pero que no puede ser porque mira todo lo que dice». Ahí ya decía todo lo que… todo lo que tú quieras poner además de lo que ellos te digan, pero que puedes poner que lo ponían de… dos o tres folios.

Nosotros. ¿Dos o tres folios?

José. Hablando mal de los hermanos estos. Y yo, a mi juicio, él es el único culpable de la muerte de Federico, el señor Ruiz Alonso.

Nosotros. Y aquella noche, en el Gobierno Civil, cuando fuiste con Luis y me parece que con Cirre, ¿qué, cómo fue, porque había una sala grande con mucha gente, no?

José. Una sala grande que a mí no me querían ver, pasar por las cosas que… y yo entré, achuché la puerta, me veo con Valdés, digo: «Mi casa no se rodea, mucho menos por la CEDA», vamos por pegarle un tiro al que hubiera sido, y Valdés me dijo a mí que me llevara a Ruiz Alonso y lo matara en la carretera. Y no quise matarlo. «Tú das las órdenes y lo matas; yo no.» Vamos, a Ruiz Alonso y a los que habían ido con él, porque a Valdés le importaba la vida de un cristiano poquísimo.[104]

¿Pura fantasía de José Rosales? No lo creemos. Rosales no tenía por qué irse al otro mundo mintiendo.

Además, hay otros testimonios a favor del origen de la denuncia. En 1966 el doctor José Rodríguez Contreras, que había tratado mucho a Juan Luis Trescastro, nos hizo una interesante declaración. Nos dijo que Trescastro le había manifestado, poco después de la detención de Lorca, que Ruiz Alonso denunció al poeta ante Valdés como «enlace directo con Rusia». Contreras creía, sin conocer la opinión de los hermanos Rosales al respecto, que Ruiz Alonso actuó como lo hizo para hacerles daño a éstos más que para ocasionar la muerte de Lorca. Y ello por su resentimiento al no haber sido aceptado como un falangista más en aquellos críticos momentos, él, que había sido el político de la ultraderecha más prestigioso de la provincia y que además se había arriesgado, bajo la República, en la lucha contra los «rojos».[105]

Luis Rosales nos dijo en 1978, cuando le pusimos al tanto de nuestra reciente y última conversación con su hermano José, que él no vio con sus propios ojos la denuncia puesta por Ruiz Alonso, pese a lo afirmado por

José, pero que se acordaba perfectamente de la descripción de la misma que éste le había hecho inmediatamente después de su enfrentamiento con Valdés.[106]

Insistimos, ¿hay razones para dudar de la veracidad de lo que nos contó José Rosales sobre la denuncia? El documento, por desgracia, nunca ha aparecido, pero nos cuesta trabajo creer que todo fuera producto de la imaginación o de la malevolencia de Rosales. La participación de Ruiz Alonso en la misma, que tal vez llevaba también otras firmas —por ejemplo, la de su correligionario de Acción Popular Jesús Casas Fernández —, parece fuera de duda. Además, como hemos visto, el mismo Ruiz Alonso le confesaría a su hija Emma, poco antes de fallecer, haber participado directamente en la persecución del poeta. Cabe deducir, además, que Valdés le encargó de la detención del mismo precisamente por haber sido el principal denunciante.

Al salir del despacho de Valdés, José Rosales vio brevemente al poeta y le prometió que a la mañana siguiente le sacaría del Gobierno Civil.[107]

En cuanto a Luis, nunca volvería a ver a Federico. El 17 de agosto de 1936 José Díaz Pla, que había presenciado la escena del Gobierno Civil, le ayudó a redactar una nueva declaración en la que explicaba sus razones por haber albergado y protegido a García Lorca. Porque era evidente que Valdés ahora iba a ir a por él. Luis Rosales mandó copias de este documento a distintas autoridades granadinas: gobernador civil (Valdés), el gobernador militar (Antonio González Espinosa), el alcalde (Miguel del Campo), el jefe provincial de Falange (Antonio Robles Jiménez) y el jefe local (el mismo Díaz Pla). Por suerte, el periodista falangista granadino Eduardo Molina Fajardo encontró años después una copia del documento y la publicó en su libro sobre la muerte del poeta. Documento de inmensa importancia

histórica que nos ayuda a fechar con exactitud las distintas fases de la persecución que acabó con la muerte del poeta.[108]

Muy temprano el 17 de agosto José Rosales consiguió del gobernador militar de Granada, coronel Antonio González Espinosa, una orden de libertad para Lorca, que llevó enseguida al Gobierno Civil. Allí le dijo Valdés que era demasiado tarde, que ya habían llevado al poeta a Víznar para fusilarlo. Rosales le creyó.[109]

Pero no era cierto. Aquella misma mañana la criada Angelina Cordobilla González, enviada por Vicenta Lorca, llevó una cesta con café y comida para «el señorico Federico» y le vio brevemente en su celda. Estaba abatido.[110]

Lorca pasó todo el resto del día 17 y parte de la noche en el Gobierno Civil. ¿Alguien con peso entre los sublevados trató de salvarlo? Si fue así, no consta.

¿Por qué le mintió José Valdés Guzmán a José Rosales, asegurándole que Lorca ya no estaba en el edificio? Hay indicaciones de que, perfectamente al tanto de la fama del poeta, dudó antes de dar la orden de fusilamiento. Fanático perseguidor de «rojos», no solía andar con contemplaciones a la hora de condenar a muerte. Pero Lorca era diferente. Podría haber consecuencias negativas. Por ello decidió consultar el caso con el general Queipo de Llano, máxima autoridad rebelde en Andalucía.

Aquella mañana *Ideal* anunció en su primera plana que, según Radio Sevilla, ya quedaban reestablecidas las comunicaciones telefónicas entre Cádiz, Córdoba, Granada, Huelva y la capital andaluza[111]. Por ello no había ningún problema para que Valdés hablara enseguida con su superior. Y, aunque no hubiera sido así, la Comandancia Militar tenía una emisora y casi seguramente, también, la Casa-Cuartel de la Guardia Civil, amén de varios particulares adheridos a la sublevación, entre ellos el médico militar

Eduardo López Font, estrecho colaborador de Valdés, que poseía en su casa una de onda extracorta[112].

Según varios testimonios la respuesta del general fue fulminante. Al poeta había que darle «café, mucho café». Era la fórmula que gustaba de utilizar al exigir una ejecución[113].

Parece ser que, para tener la seguridad de que había sido cumplida la orden, el «virrey de Andalucía» llamó al Gobierno Civil de Granada unas horas después. Estuvo en el despacho con Valdés en aquel momento su amigo el comandante médico Antonio Mesa del Castillo. Según contaba éste después, Queipo, al constatar que el poeta estaba todavía allí, su puso furioso y gritó: «¡¡Fuera!!»[114].

Con o sin la implicación de Queipo de Llano debe considerarse a José Valdés Guzmán como máximo responsable del asesinato del poeta. Pese a las acusaciones mortíferas de Ramón Ruiz Alonso y probablemente de otros, pese a la presunta orden de Sevilla, Valdés habría podido evitar sin dificultad el trágico suceso. Pero no quiso. Cabe pensar que, para él, Lorca era un rojo asqueroso más, su obra, subversiva; su vida privada, repugnante. Había atacado a la «burguesía» granadina, llamándola la peor de España. Había arremetido contra la Guardia Civil en su famoso romance. ¿Por qué perdonarlo? Además, es probable que tomara en consideración otra cosa. ¿Qué mayor escarmiento, en momentos en que había que aterrorizar a la población civil granadina, que matar a un célebre poeta antifascista? Si ellos eran capaces de liquidar a un ser así, ¿qué no harían con gente desconocida, con un obrero, con un albañil, con un conductor de tranvía?

La noche del 17 al 18 de agosto, probablemente hacia las dos de la madrugada, Lorca fue trasladado en coche al pueblo de Víznar, baluarte falangista distante unos nueve kilómetros al noreste de la capital al pie de la sierra del mismo nombre. Unas horas después fue asesinado en las afueras

del pueblo colindante de Alfacar con otras tres víctimas: un maestro de escuela republicano, Dióscoro Galindo González, y los célebres banderilleros Francisco Galadí Melgar («el Colores») y Joaquín Arcollas Cabezas («Magarza»), militantes de la CNT.[115]

Capítulo VI
Se difunde la noticia

¡Han matado a García Lorca!

Unas horas después, aquella misma mañana del 18 de agosto de 1936, ya corría por Granada la noticia estremecedora del asesinato del poeta. La noticia, no el rumor. La prueba contundente de la fecha sólo llegó en 2005 al editarse el libro de Manuel Titos Martínez, *Verano del 36 en Granada. Un testimonio inédito sobre el comienzo de la guerra civil y la muerte de García Lorca*, que contenía un valiosísimo testimonio al respecto encontrado en el archivo de la familia Rodríguez-Acosta, los célebres banqueros de la ciudad.

Titos descubrió que el encargado de los negocios de dicha familia, José María Bérriz Madrigal, mantenía entonces informados del curso de los acontecimientos en Granada a dos miembros de la familia que pasaban sus vacaciones en Estoril cuando estalló la sublevación: los hermanos Miguel y José María Rodríguez-Acosta González de la Cámara. El 18 de agosto les cuenta que otro hermano suyo, Manuel, y el suyo propio, Bernabé Bérriz Madrigal, inscritos ambos en las milicias de los «Españoles Patriotas» (formadas a los pocos días de empezar la guerra), acaban de llegar a casa —sería alrededor de las dos de la tarde— y «me dicen que han matado anoche las fuerzas de Falange a Federico García Lorca».[1]

También estaba ya al tanto una gran amiga del poeta, Emilia Llanos, a quien cinco personas, nada menos, dos de ellas pertenecientes como Bérriz

a los «Españoles Patriotas», le dirían la mañana del 18 de agosto que Lorca había sido matado aquella madrugada en Víznar. Los informantes incluían a Ramón Pérez Roda, Enrique Gómez Arboleya y Antonio Gallego Burín, íntimos del poeta.[2]

La misma mañana uno de los pocos concejales republicanos granadinos no fusilados en el cementerio, Ángel Saldaña, se encontraba en el bar Pasaje (más conocido como «La Pajarera»). De repente entró Juan Luis Trescastro y anunció en voz alta, para que todos los presentes le oyesen: «Acabamos de matar a Federico García Lorca. Yo le metí dos tiros en el culo por maricón».[3]

Trescastro estaba eufórico. En otro café, el Royal (uno de los atacados por la muchedumbre airada en marzo), se aproximó al célebre pintor granadino Gabriel Morcillo y le dijo: «Don Gabriel, esta madrugada hemos matado a su amigo, el poeta de la cabeza gorda».[4]

«Poeta de la cabeza gorda»: era la expresión despreciativa que utilizara Ramón Ruiz Alonso al referirse a Lorca en el mitin de Acción Popular celebrado en Fuente Vaqueros aquel febrero.

El talante brutal y machista de Trescastro era muy conocido en Granada. La carta de José María Bérriz Madrigal que hemos comentado, redactada pocas horas después del crimen, lo confirma. Había llegado a la ciudad el rumor de barbaridades cometidas por los «rojos» en Alhama. «Han matado a todos los que eran de derechas, mujeres y niños —relata Bérriz—. Dicen que ha sido respetado Arturo Martos. Juan Luis Trescastro está dado de voluntario para cuando la fuerza vaya a Alhama y dice que está dispuesto a degollar hasta a los niños de pecho». Y, como para disculpar dicha monstruosidad, y brindándonos al mismo tiempo la confirmación de la manera de pensar entonces de «la peor burguesía de España», así denominada por Lorca, añade Bérriz: «Estamos en guerra civil y no se da

cuartel, y cuando la piedad y misericordia habla [sic] en nuestra alma la calla el recuerdo de tantos crímenes y de tanto mal hecho por esa innoble y ruin idea que de hermanos nos ha convertido en enemigos». Toda la culpa, o sea, es de quienes se han opuesto a la sublevación militar y fascista. La derecha no tiene responsabilidad de nada.[5]

Parece no caber duda acerca de la participación física de Juan Luis Trescastro en el asesinato del poeta. Siguió durante años jactándose de ella. Un día, ante la sorpresa de su practicante, Rafael Rodríguez Contreras, exclamó: «Yo he sido uno de los que hemos sacado a García Lorca de la casa de los Rosales. Es que estábamos hartos ya de maricones en Granada. A él por maricón, y a “La Zapatera” por puta» (se trataba de la estrafalaria fundadora del partido El Entero Humanista, Amelia Agustina González Blanco, admirada por el Lorca adolescente y asesinada por los sublevados granadinos en las mismas fechas).[6]

Antes de morir, en 1954, ya no se ufanaba tanto Juan Luis Trescastro Medina de sus fechorías durante la represión. Es más, según nos contó en 1966 Miguel Cerón, gran amigo de Lorca, falleció atormentado pensando en ellas. Sus restos yacen en una tumba familiar del cementerio de Santa Fe, sin inscripción alguna que le recuerde.[7]

Ramón Ruiz Alonso, en lo que tocaba a modales violentos, no andaba muy a la zaga, aquellos terribles días, de su compañero de Acción Popular. En la noche del 19 de agosto de 1936 —cuando Lorca ya llevaba unas cuarenta horas asesinado— el ex diputado de la CEDA pronunció por Radio Granada una arenga enfervorizada que se publicó al día siguiente en *Ideal* bajo el título «Proletario español, escucha». Es la primera referencia al ex diputado cedista que hemos encontrado en el diario desde el inicio de la guerra. El mensaje es el de siempre, el mensaje maniqueo tantas veces

lanzado por el mismo en sus mítines alrededor de la provincia. Pero ahora más explícitamente sanguinario:

> Tú, que guardas desde niño un ideal en el fondo de tu alma y estás dispuesto a morir por él…
>
> Tú, que, viejo luchador, conoces de sobra las crueles amarguras de la vida y has pasado con honda tristeza los mejores días de tus años mozos…
>
> Tú, que siempre gustaste se te hablara en lenguaje desnudo y crudo…
>
> Tú, que has sufrido hambre y persecuciones porque te empeñaste en seguir a «leaders» charlatanes y traidores, que se ocultan siempre en la sombra y acechan el momento propicio para asaltar los Bancos y huir después, dejándote abandonado, mientras desgarran tus carnes las balas en los frentes de combate…
>
> Escucha: los canallas dirigentes marxistas te han sumido en la tiranía y te han condenado a la esclavitud. Hombres hipócritas y mentirosos se llaman redentores tuyos, trepan sobre tus espaldas, y viven y medran a costa de tu sudor y a costa de tu trabajo honrado. A costa tuya, y cubriéndose cobardemente en la capa de un compañerismo y camaradería prostituidos, te impusieron en las Casas del Pueblo cuotas que eran robadas a tu jornal, y se refocilaban y ejercían sobre ti un despotismo abyecto, aborrecible y criminal. Mientras tanto, tus hijos se morían de hambre con huelgas sistemáticas de carácter político… Tenebrosos comités rojos, formados por los hampones y matones de oficio, te obligaron a sindicarte si no querías que el llanto y la miseria se adueñaran de tu hogar.
>
> España se ha puesto en pie para que la alta prerrogativa de la Libertad Humana no fuera mancillada por la boca del primer chulo con pistola o la amenaza del primer bravo de callejón.
>
> Indalecio Prieto, Largo Caballero, Fernando de los Ríos, Manuel Azaña, Casares Quiroga, Alejandro Otero… Yo os acuso ante todo el mundo.
>
> Es más: Hasta ante las generaciones que en la nueva España han de levantar los altares en donde la Justicia ha de obtener culto sincero.
>
> Proletario español, proletario amigo, proletario hermano que me escuchas, quizá más allá de nuestras Alpujarras, quizá más allá de los murallones de nuestra Alhambra, más allá de nuestros mares quizá… grita, grita conmigo hasta enronquecer:
>
> Yo os acuso.
>
> Yo os acuso de haber mancillado la bandera gloriosa del proletariado español y de haber envenenado —¡culebras!— las almas de los trabajadores.
>
> Yo os acuso de haber envilecido los ideales altísimos de redención con la sangre de compañeros explotados, con las vidas de compañeros irredentos, pero con el orgullo de su hombría por encima de todo.
>
> ¡Proletario rebelde!
>
> ¡De rebeldía indómita, de rebeldía indomada, de rebeldía indomable!

¡*Álzate contra ellos*!

Tus «leaders»… son hipócritas, porque te engañaron.

Tus «leaders»… son farsantes, porque siempre vivieron sobre el tinglado de la farsa, mientras tú, ciego, dejabas jirones de tu vida en la lucha por el pan que tú ganabas con el sudor de tu frente y ellos se comían a placer.

Tus «leaders»… son un aborto de la Humanidad.

No hay. No puede haber madre española que sea capaz de parir esos monstruos que han hecho del crimen un sistema de lucha y del asesinato un sistema de vida.

¡*No atacan más que por la espalda*!

La declaración de guerra fue un asesinato por la espalda. Un tiro en la nuca del glorioso Calvo Sotelo. La pelea continúa con la misma pérfida táctica: Cae Dimas Madariaga asesinado por la espalda y a traición.

¡José Calvo Sotelo, Dimas Madariaga!

Por encima de las estrellas está vuestro trono.

Proletariado español: ¡En pie!

Obrerito soñador incauto, creyente aún en una utopía irrealizable: Estás a tiempo. Mañana será quizá un poco tarde.

Despierta y medita:

La Patria que te vio nacer…

Tu madre santa…

Tu mujer honrada y buena…

Tus hijos inocentes, candorosos y buenos…

Tú, que siempre gustaste se te hablara en lenguaje desnudo y crudo: ¡Escucha!

El acero de las espadas es duro y está reciamente templado.

Las gargantas de los traidores serán ahogadas en su misma sangre.

¡¡¡Pide paso la nueva España!!![8]

La penúltima frase no es precisamente la que uno esperaría escuchar de labios de quien lleva dos años y medio proclamándose, en público, católico hecho y derecho. Pero allí está, conservada para siempre entre las páginas de *Ideal*. Además, vuelve a aparecer un año después en *Corporativismo*, donde el autor, al aludir con sarcasmo al «paraíso ruso», dice que allí

«ahogan en sangre las gargantas del que clama o suplica». Le gustaba, por lo visto, la expresión.[9]

Luis García-Alix, ya mencionado, no dudaba en declarar, años después, que Ruiz Alonso había participado en las actividades de la siniestra Escuadra Negra. «Desde los primeros días del Movimiento —le dijo a Molina Fajardo— se organizó un grupo de elementos muy diversos entre los cuales figuraban [sic] Ramón Ruiz Alonso, para que, unas veces con conocimiento del gobernador civil y otras sin él, sacasen de sus casas, o de los lugares en donde estuviesen escondidos, a aquellas personas que consideraban peligrosas. De este grupo formaban parte muy destacada Ramón Ruiz Alonso y Juan Luis Trescastro. Y se reunían, para completar las listas de las ejecuciones que se iban a efectuar cada noche, en el café "La Granja", que hacía esquina con la calle del Príncipe; estas reuniones estaban presididas por un teniente coronel de Infantería, Ruiz Pozo, destinado en el aeródromo y a las que me negué en redondo a asistir, por estar ello en pugna con mis sentimientos y mi manera de pensar». García-Alix no lo dudaba: sus correligionarios Ruiz Alonso y Trescastro participaron «en la llamada "escuadra de la muerte"».[10]

El testimonio es tremendo, viniendo de quien viene y toda vez que, en un documento oficial de 1939, consta que el propio García-Alix «en los primeros días del Movimiento se dedicó por su cuenta y riesgo a la persecución y encarcelamiento de individuos que él creía peligrosos». Acusar a otros de los pecados de uno mismo es un comportamiento no por muy conocido menos ruin. El propio Ruiz Alonso, en sus comentarios a Molina Fajardo acerca de Trescastro, hizo exactamente lo mismo.[11]

No parece, en efecto, que Ramón Ruiz Alonso se limitara a lanzar amenazas mortales desde Radio Granada contra los «rojos» sin actuar en consecuencia. El testimonio más escalofriante que tenemos al respecto se

encuentra en una carta manuscrita enviada desde París (hotel Tronchet, rue Tronchet) el 9 de mayo de 1939 por un tal Manuel Luna, vecino de Antequera, a quien había sido muy amigo de Lorca, el periodista y escritor granadino Melchor Fernández Almagro. Éste acababa de publicar en *La Vanguardia* de Barcelona un artículo grotescamente maniqueo titulado «Los crímenes de los rojos», que había gustado mucho a Gregorio Marañón, residente en la capital francesa (reproducimos el artículo en el Apéndice 2). El famoso médico se lo había mostrado a Luna quien, igualmente «entusiasmado», le escribió a su amigo y «paisano» Fernández Almagro para darle la enhorabuena. Toda la carta rezuma un odio feroz hacia las izquierdas, hacia todas las izquierdas sin excepción, «siempre unos criminales sedientos de sangre y no otra cosa». Y corta el aliento la afirmación de que el autor de la misiva participó personalmente en la muerte del poeta:

> V. quizá no se acuerde de mí. Soy Manuel Luna, de los Luna de Antequera. Yo le conocí en Granada, cuando era V. de las Juventudes Católicas. He vivido todo el glorioso movimiento, primero en Granada, luego en Zaragoza y algún tiempo en Oviedo, después de la llegada de la columna de socorro gallega.
>
> En Granada me he distinguido bastante. Fui de los que asistieron, en una mañana de agosto, al fusilamiento, en el cementerio, ante las fosas abiertas, de setenta rojos, todos ellos bandidos, asesinos, criminales, violadores, incendiarios… Y gocé mucho, muchísimo, porque se lo merecían. Entre ellos estaban el presidente de la Diputación roja Virgilio Castilla, el exgobernador rojo de Alicante Vicente Almagro, el alcalde rojo de Granada Montesinos —un médico—, el ingeniero de caminos y exdiputado constituyente Santacruz,[*] el ex alcalde de Granada Fajardo,[*] el diputado Corro[*] y otros más, médicos, catedráticos, abogados, ingenieros, procuradores, etc. Hicimos una buena limpia. Algunos días después cogimos al gran canalla de García Lorca —el peor de todos— y lo fusilamos en la Vega, junto a una acequia. ¡Qué cara ponía! Alzaba los brazos al cielo. Pedía clemencia. ¡Cómo nos reíamos viendo sus gestos y sus muecas!…
>
> Pertenecí a la ronda depuradora de Ruiz Alonso. Pero como le digo, tuve que irme por asuntos particulares a Zaragoza y después a Oviedo. En ambas poblaciones ayudé también a la depuración. En Oviedo pasé un rato muy agradable viendo fusilar al miserable de Leopoldo Alas Argüelles, el hijo del repugnante *Clarín*.

> Ahora estoy en París y me río mucho viendo el miedo que tiene esta canalla francesa a los alemanes e italianos. ¡Qué diferencia entre nuestra gloriosa España nacionalista y esta Francia corrompida, podrida hasta los tuétanos! Por algo dice Marañón que aquí se ahoga y que está deseando verse en Madrid lo más cerca posible del Caudillo…[12]

La misiva, que tiene todos los visos de ser genuina, dista poco del «tono» de la de José María Bérriz Madrigal, citada antes. Puede contener alguna exageración, pero la profusión de datos concretos procede, indudablemente, de un conocimiento personal de los hechos.

Otra indicación del talante violento de Ruiz Alonso procede de José Rosales Camacho, que nos aseguró que se había jactado delante de él de haber matado de un disparo a un «rojo» que venía en coche desde Málaga y al que acusaban, con o sin razón, de haber violado a una muchacha. «He comulgado después de levantarle la oreja y darle un tiro —diría—. No he tenido que hacer acto de contrición, nada».[13]

La información que hoy tenemos acerca de la actuación de Ruiz Alonso durante la represión granadina en general y de la muerte de García Lorca en particular es considerable. Que tuviera participación en la denuncia responsable de aquella muerte es indudable, al margen de la nefasta intervención posterior del comandante José Valdés Guzmán y luego del general Queipo de Llano.

El eclipse inevitable de Ruiz Alonso

Para principios de septiembre de 1936 se sabe en Madrid —y muy pronto en el mundo entero— que los fascistas acababan de asesinar al poeta más famoso de España. Y ello en Granada, «su Granada», como dijo Antonio Machado en su elegía.[14]

Poco más de un mes después también se sabía que el ex diputado de la CEDA Ramón Ruiz Alonso había tenido una importante implicación en el crimen.

Todo empezó con un reportaje publicado el 15 de octubre de 1936 en *El Sol*, el mismo diario donde cuatro meses antes Lorca dijera —¡y con cuánta razón!— que en Granada actuaba entonces «la peor burguesía de España». Resultaba que el célebre autor H. G. Wells, en nombre del PEN Club de Londres, había enviado un telegrama al gobernador militar de Granada, el coronel Antonio González Espinosa, expresando su gran inquietud por el poeta. El militar había contestado: «Ignoro lugar hállase don Federico García Lorca». Era cierto, pues, el asesinato, ya que, a salvo el autor del *Romancero gitano*, los rebeldes habrían tenido el máximo interés en poder demostrarlo ante la opinión mundial. Y comenta *El Sol*: «El excoronel Espinosa seguramente se ha enterado ahora, al recibir el telegrama de Wells, de que existía un poeta llamado Federico García Lorca y de que fue asesinado por las hordas que acaudilla Ruiz Alonso, el conocido sicario al servicio de Gil Robles, por el simple hecho de haber puesto su pluma al servicio del pueblo».[15]

En Madrid se recordaban, claro, las agresivas actuaciones de Ruiz Alonso en las Cortes. Agresivas verbal y físicamente. Y ahora se daba el caso de que no sólo participaba en la brutal represión fascista de Granada, conocida por los relatos de varios evadidos de aquel infierno, sino que había participado en la muerte del poeta más famoso de España.

Entretanto, fracasada la idea de encabezar las milicias de la JAP en Granada, Ruiz Alonso se había estado dedicando a otra tarea: la organización del llamado batallón «Pérez del Pulgar».

Durante el sitio de Granada por Fernando e Isabel, un noble de nombre Hernán Pérez del Pulgar había cobrado fama al saltar una noche las

murallas de la ciudad y colocar en la puerta principal de la Gran Mezquita un cartel que rezaba «Ave María». El batallón nombrado en su recuerdo y honor nació a finales de agosto de 1936. «Fue formado para dar a los prisioneros políticos, que de otro modo hubieran sido fusilados, una oportunidad de redimirse en el campo de batalla o de morir con honor bajo el fuego enemigo —nos explicó el propio Ruiz Alonso en 1967—. De este modo sus hijos no llevarían el estigma de haber tenido como padre a un rojo».[16]

El 8 de septiembre de 1936 *Ideal* publicó una fotografía del «batallón» en su campo de entrenamiento. Llevaba el pie: «Como puede apreciarse en la fotografía que reproducimos, los componentes de este cuerpo son en su mayoría obreros que así demuestran su entusiasmo nacionalista y su fervor por la causa de España».[17]

El batallón entró en acción por vez primera el 20 de septiembre, ayudando a los militares y otras fuerzas a tomar el pueblo de Montefrío.[18]

En 1966 Ruiz Alonso nos mostró una fotografía en la que se le veía desfilar con aquellos hombres por el centro de Granada, camino del frente de Alcalá la Real, en la provincia de Jaén. La ciudad cayó a principios de octubre de 1936, con participación de los «pulgarcitos», como se conocían familiarmente, pero *Ideal* no nombra al ex diputado de la CEDA.[19]

El comportamiento de aquellos hombres resultó, previsiblemente, poco entusiasta, y una noche —en imitación quizá de la hazaña del pintoresco caballero de quien tomaba el batallón su nombre— buena parte de ellos cruzaron las líneas y se unieron con sus hermanos republicanos.[20]

Cuando el batallón fue disuelto poco después Ruiz Alonso abandonó Granada y volvió a Salamanca —su Salamanca natal—, donde colaboró con Vicente Gay en la Comisión de Prensa y Propaganda y participó en actos celebrados en los frentes de combate. «En unos camiones engalanados con

las banderas de todas las milicias —leemos en el *ABC* de Sevilla el 2 de abril de 1937—, dando guardia de honor a la bandera nacional, salieron el Viernes Santo, de Salamanca, el señor delegado del Estado para Prensa y Propaganda, don Vicente Gay, y sus colaboradores, el ex diputado señor Ruiz Alonso y el escritor señor Bonmatí de Codecido, camino del frente de Soria…»[21]

No era extraño que Gay y Ruiz Alonso se entendiesen bien, pues el primero era católico tan fanático, tan antisemita y tan acérrimo enemigo de Fernando de los Ríos como el segundo, como se puede comprobar al consultar su libro *Estampas rojas y caballeros blancos*, editado en Burgos en 1937.

Al mismo tiempo Ruiz Alonso seguía actuando como jefe de reclutamiento de la Juventud de Acción Popular, como se aprecia en un reportaje publicado en el *Faro de Vigo* el 20 de abril del mismo 1937:

La estancia de Ruiz Alonso en Santiago

Procedente de Vigo llegó ayer domingo a nuestra ciudad el exdiputado obrero de Acción Popular y miembro de la Comisión de Prensa y Propaganda, don Ramón Ruiz Alonso. En la Jefatura Provincial fue recibido por las Juntas de Mando de la J.A.P. Femenina y Masculina, y significadas personas de esta ciudad.

Después de asistir a la misa dominical de la J.A.P., que se celebra a las doce en la iglesia conventual de San Francisco, presenció el desfile de las fuerzas japistas desde el balcón de la J.A.P. femenina. El público estacionado en la calle, al darse cuenta de la presencia del líder del obrerismo católico español, le hizo objeto de grandes muestras de simpatía, a las que contestó Ruiz Alonso con vivas a España y al General Franco.

A la una de la tarde, en el patio del cuartel de San Martín, le esperaban los «Cruces Negras», en donde, después de hacer resaltar la personalidad del Sr. Ruiz Alonso, el jefe provincial de las Milicias de la J.A.P. en el Consejo Nacional, don Ramón de Soto Lemus, pronunció una magnífica arenga patriótica, excitando a los japistas a obedecer ciegamente al mando militar.

A las dos de la tarde fue obsequiado en el Hotel Compostela con una comida íntima, a la que asistieron la Junta de Mando de la J.A.P. y significadas personas de esta ciudad. A las tres y media pronunció por Radio un magistral discurso, siendo unánimemente elogiado por todas las personas

que cooperan al movimiento salvador de España. A su terminación se dirigió a la Basílica, en donde el Sr. Deán le enseñó todo cuanto de notable encierra.

A las cinco y media de la tarde se trasladó al local de la J.A.P. femenina, donde después de visitar los Comedores de Asistencia social se vio obligado a dirigir la palabra a las centenares de japistas allí reunidas.

A pesar de la lluvia torrencial y de no estar anunciada la hora de salida para La Coruña, se congregaron ante el Compostela centenares de personas, las que, al salir el señor Ruiz Alonso, le hicieron objeto de una cariñosísima despedida, dando vivas a España, al General Franco y al obrero honrado, Ruiz Alonso. La Junta de Mando de la J.A.P. y varias personalidades de esta ciudad acompañaron al Jefe Nacional de Reclutamiento de los «Cruces Negras» hasta La Coruña, en donde le esperaban los jefes de la J.A.P. y significadas personas de la ciudad hermana. En el libro de la Capilla de las Reliquias, Ruiz Alonso estampó su firma y las siguientes frases: «En Oriente amanece otro sol. ¡Adelante con fe en la victoria!»[22]

Era la misma vacua retórica de siempre. Y el reportaje nos lleva a pensar que Ruiz Alonso, el «obrero honrado», el «líder del obrerismo español», ya estaría empezando a vislumbrar la posibilidad de tener una considerable relevancia pública dentro del nuevo Estado una vez ganada la guerra.

Pero le quedaba poco tiempo en Prensa y Propaganda. Encontró la horma de su zapato unos meses después cuando Dionisio Ridruejo sustituyó a Vicente Gay y, según su propio testimonio, publicado póstumamente en *Casi unas memorias*, no tardó en tener un desagradable enfrentamiento con el vehemente ex diputado de la CEDA. Ridruejo sabía mucho de Ruiz Alonso gracias a su amigo Luis Rosales. Estaba al tanto de su actuación en la detención de Lorca. Y no dudó en echarlo.[23]

Por las mismas fechas Ruiz Alonso editó en Salamanca su libro *Corporativismo*, con prólogo de Gil Robles y llamativa cubierta antimarxista (ilustraciones 15 y 16). Según una indicación al principio, lo publicaban «Ediciones Ramón Ruiz Alonso, Arandas, 5, Granada, y San Julián, 2, Salamanca».

Nos hemos referido al libro varias veces en el curso de esta narración. Ruidoso, agresivo y enfático como su autor —¿no dijo Buffon que «el estilo

es el hombre mismo»?— sus 288 páginas están plagadas de signos de exclamación a menudo dobles y triples. El autor, que dice experimentar «el orgullo de ser artesano», pero nunca haber querido ser «proletario», se dirige, con marcado paternalismo, a otro «artesano que siente el orgullo de ser español», aunque todavía no comprende muy bien de qué va el corporativismo. A lo largo del libro Ruiz Alonso tendrá como finalidad el explicárselo:

> Todo consiste en saber extirpar hasta el más insignificante asomo de la vieja mentalidad clasista que en España han tenido todos: tanto los que pagaban como los que recibían el jornal.
>
> Y todo esto dicho y hecho con devoción; cruz en la frente que ahuyenta el pensamiento malo.
>
> Colocando en plan de igualdad a todos entre sí, dejándoles que se traten de *tú* en el resolver de sus cuestiones…[24]

El desdén que a Ruiz Alonso le suscita la democracia, que ya le conocemos, rezuma en cada página del libro, pero ahora, en plena guerra, con aún más virulencia. «En régimen de democracias —despotrica— ¡malditas democracias!, tanto valía el voto de un pobre desgraciado analfabeto y muchas, muchísimas veces, mal trabajador además, como el voto de un Menéndez Pelayo, por ejemplo. Pero en Régimen Corporativo. ¡No!».[25]

No, en Régimen Corporativo por supuesto que no. Y resulta claro que, desde el comienzo de su actuación parlamentaria, Ruiz Alonso esperaba que a la República española le sucediera lo mismo que a la de Weimar:

Y me dicen quienes lo vieron:

> ¡Que el incendio fue horroroso y que las llamas del Reichstag subían tan altas, que parecían llegar al cielo!
>
> Se me antoja que aquellas luminarias iban a un tiempo desgarrando tinieblas y anunciando por camino franco el paso de la juventud.

¡Y atrás quedaba un Parlamento avergonzado y vencido![26]

El autor no puede negarse el placer de volver al tópico de los Reyes Católicos, los preclaros conquistadores de la ciudad de la Alhambra a quienes había rendido pleitesía en la celebración anual de «La Toma de Granada» («¡Menos mal que Fernando e Isabel enarbolaron bandera de unificación que no habría de ser arriada ya bajo ningún concepto!»).[27] Tampoco, consciente de los actuales proyectos expansionistas de Alemania e Italia, no traer a colación la deseable recuperación por parte de España de algo de su perdida grandeza imperial: «Los sindicalistas sinceros pasearemos por todos los rincones de España la bandera de nuestros anhelos. La bandera del Estado nuevo, encarnado en una patria grande que se nos revela con esplendideces de Imperio». La terminología, en realidad, es idéntica al de Falange Española.[28]

En ocasiones el hombre desmiente su blasonado cristianismo al caer en el ataque personal de la peor especie. Durante el «bienio», por ejemplo, el Estado español «tenía de caudillo a un pedazo de carne amorfa, coronado por capitel desdentado y verrugoso». Es decir, Manuel Azaña. El adjetivo «amorfa», aplicado a la carne del político, hay que leerlo, en el contexto del vocabulario habitual de Ruiz Alonso, como sinónimo de «homosexual».[29]

En otra página el autor se refiere a las elecciones granadinas parciales de mayo de 1936 en las cuales perdió definitivamente su escaño. No puede olvidar que, entre los nuevos diputados granadinos elegidos, figuraban el odiado Fernando de los Ríos y Ramón Lamoneda, su viejo adversario del sindicato de Artes Gráficas:

¡¡Yo era obrero tipógrafo y diputado a Cortes por Granada!!

Y también:

¡¡Ramón Lamoneda era diputado a Cortes por Granada y obrero tipógrafo!!

Él, socialista; presidente de la Federación Nacional de Artes Gráficas. Su nombre fue en la candidatura al lado de un judío: Fernando de los Ríos; era el conductor de los obreros gráficos de España. El mío, fue en otra candidatura al lado de un genio, al lado de un valiente: el general Varela; yo era un obrero de tantos ¡¡que no querían ser borregos!![30]

Es decir, para el tan católico Ramón Ruiz Alonso un judío no puede pretender ser ni un genio ni un valiente. Sabía perfectamente, por otro lado, que Fernando de los Ríos no era judío aunque, como muchos españoles, tenía un aspecto indudablemente «oriental» *(Ideal* lo llamó en un momento «el rey de los Sefardíes»). Al utilizar el término «judío» de manera tan groseramente despectiva y racista, el ex obrero católico demostraba una vez más cómo pensaba realmente.

Menos una documentación corporativista farragosa, de procedencia italiana, portuguesa y alemana, había poco en *Corporativismo* que el autor no hubiera esbozado o gritado ya en sus múltiples mítines a lo largo y a lo ancho de la provincia de Granada. Sólo que, donde antes había dicho Gil Robles, ahora decía Francisco Franco.

Poco después, al fusionar el Caudillo las milicias de JAP con las de Falange y otras formaciones afines, el ex diputado desapareció públicamente. No se sabría nada más de él hasta unos diez años después.

Corporativismo, el libro de que tanto se ufanaba, cayó muy pronto en el profundo pozo del olvido… hasta que, décadas después, los investigadores se dieron cuenta de que su autor era quien había detenido a Federico García Lorca. Y entonces cobró una relevancia que su autor jamás hubiera podido soñar.

UN DILEMA PARA EL RÉGIMEN

La fama de Lorca, así como el interés por conocer las verdaderas circunstancias de su muerte, ya crecían vertiginosamente por todo el mundo y constituían para el régimen franquista un problema cada vez más acuciante. Hasta tal punto que los asesores del Caudillo le convencieron de que era imprescindible que él mismo tomara cartas en el asunto.

El 26 de noviembre de 1937 el diario mexicano *La Prensa* publicó una entrevista con Franco en el curso de la cual el periodista Ricardo Sáenz Hayes le preguntó por la muerte del poeta. Obviamente el tema se había planteado de antemano y no le cogió al Caudillo con el pie cambiado:

> —¿Han fusilado ustedes a escritores de fama universal?
>
> —Se ha hablado mucho en el extranjero de un escritor granadino, el vuelo de cuya fama no puedo yo medir hasta qué fronteras hubiera llegado; se ha hablado mucho porque los rojos han agitado ese nombre como un señuelo de propaganda. Lo cierto es que en los momentos primeros de la revolución en Granada, ese escritor murió mezclado con los revoltosos. Son los accidentes naturales de la guerra. Granada estuvo sitiada durante muchos días y la locura de las autoridades republicanas, repartiendo armas a la gente, dio lugar a chispazos en el interior, en alguno de los cuales perdió la vida el poeta granadino.[*] Como poeta su pérdida ha sido lamentable y la propaganda roja ha hecho pendón de este accidente, explotando la sensibilidad del mundo intelectual. En cambio, esa gente no habla de cómo fueron asesinados fríamente, con saña que pone espanto en el ánimo más templado, don José Calvo Sotelo, don Víctor Pradera, don José Polo Benito, el duque de Canalejas, don Honorio Maura, don Francisco Valdés, don Rufino Blanco, don Manuel Bueno, don José María Albiñana, don Ramiro de Maeztu, don Pedro Muñoz Seca, don Pedro Mourlane Michelena, don Antonio Bermúdez Cañete, don Rafael Salazar Alonso, don Alfonso Rodríguez Santamaría, presidente de la Asociación de la prensa; don Melquíades Álvarez, don Enrique Estévez Ortega, don Federico Salmón, padre Zacarías G. Villadas, don Fernando de la Quadra, don Gregorio de Balparda y tantos otros cuya lista haría interminable estas contestaciones. Queda dicho que no hemos fusilado a ningún poeta.

El 6 de enero de 1938 la entrevista fue reproducida en parte por un plumífero seudónimo del *ABC* de Sevilla («El Bachiller Alcañices») en un artículo —notable por sus mentiras, su agrio sarcasmo y su caradura— que tuvo una enorme repercusión en la España franquista. No hace falta mucho

esfuerzo para imaginar la reacción de Ramón Ruiz Alonso —y de los hermanos Rosales— ante su lectura, ellos que sí sabían cómo había sido la muerte del poeta:

ABC en Chile.— Destrucción de la mentira

Joaquín Calvo Sotelo, charlando conmigo en Valparaíso, me había dicho que el fusilamiento de García Lorca, en Granada, afirmación propalada desvergonzadamente por Margarita Xirgu y su adlátere Rivas Cherif, era una simple invención de la comedianta catalana tan «íntimamente unida» al poeta andaluz. La campaña difamatoria de la Xirgu logró sus prosélitos en la Argentina y Chile. En la zona argentina se escribieron furibundos articulazos por las publicaciones incorporadas al azañismo, que pagaba liberalmente tales sandeces. En esta zona chilena unos cuantos sujetos, pegados también a la vaca que ordeña Rodrigo Soriano[*] —conste que yo lamento verle militar en el bando del héroe de Casas Viejas,[*] en lugar de haber seguido al arrepentido y magdalénico Lerroux—, procuraron difundir la novela en algunas conferencias que fueron un Sahara perfecto, y en varias hojas que esparcen las doctrinas del Frente Popular. Felizmente el éxito no pasó a mayores, porque la emoción chilena por el fin trágico del vate de las gitanías se redujo a algunos excesos verbales simultaneados con arrogantes ingestiones de *guachucho*, vulgo aguardiente, o de dulce chicha vínica, o sea mosto fermentado y cocido. Pero el estrago calumnioso se hizo pendón literario y oratorio entre las gentes que, con una audacia sorprendente, tuvieron la desfachatez de denominarse «amigos de España».

No había manera racional de hacerles apear del asno que montaban los tales «amigos de España», hombres de extrema izquierda, capitaneados por media docena de abogados sin pleitos, médicos sin enfermos, poetas sin empresa editorial que les pague sus concepciones, etc., cuando he ahí que en *La Prensa*, de Buenos Aires, y *El Mercurio*, de Santiago de Chile, que lo reprodujo, se publicó la notable entrevista del prestigioso periodista Sáenz Hayes, escritor de alta reputación, con el Generalísimo Franco, y entre los diversos puntos de que en ella se trató figura el relativo al famoso supuesto fusilamiento.

En la Argentina y Chile, por tanto, el estandarte «García Lorca» ya no puede ser usado como medio de propaganda sino por gentuza acanallada, puesto que el Generalísimo Franco ha destruido la patraña con el ariete formidable de sus declaraciones.

Y para que esas declaraciones circulen más, no limitándose al terruño sudamericano argentino chileno, voy a reproducir el texto que por estas zonas ha propagado la verdad. Es como sigue…

A continuación, omitiendo la pregunta de Sáenz Hayes «¿Han fusilado

ustedes a escritores de fama universal?», se reprodujo la contestación de Franco, seguida de un comentario final:

> El lector tiene la obligación de mantener inmodificable la destrucción de la mentira que ha efectuado la palabra verdadera del insigne Caudillo.
>
> El Bachiller Alcañices Valparaíso,
> 26 de noviembre de 1937

Los consejeros de Franco debieron de advertir que esta grotesca explicación de la muerte del poeta había pecado de muy imprudente. Cuando, algunos años después, la entrevista se incluyó en la edición oficial de las declaraciones del Caudillo a la prensa, la última frase había desaparecido.[31]

Durante nueve años después de terminada la guerra no parece que ni en España ni fuera se mencionara públicamente el nombre de Ramón Ruiz Alonso en relación con la muerte de Lorca. Todo cambió el 2 de enero de 1948 cuando salió en *El Universal Gráfico* de México una entrevista con el cuñado de Franco, Ramón Serrano Súñer, firmada por Armando Chávez Camacho. El periodista había aprovechado el encuentro para suscitar un asunto que interesaba sobremanera a los admiradores mexicanos del poeta granadino:

> Algo sabíamos sobre la muerte de García Lorca. Queriendo saber más, inquirimos. Serrano Suñer nos declaró:
>
> —Le completaré sus informes. El jefe del grupo que sacó a Lorca de su casa y lo mató fue el diputado derechista y antiguo tipógrafo Ramón Ruiz Alonso. Por allí anda, sin que nadie lo haya molestado nunca, a pesar de que el crimen fue idiota e injusto, y de que nos hizo mucho mal. Porque Lorca era un gran poeta.[32]

A Serrano Suñer no le agradó en absoluto ver impresas estas frases. Sabía

muy bien que Lorca había sido fusilado por orden de las autoridades rebeldes de Granada, y se exponía a que Ruiz Alonso así lo proclamara al verse acusado no sólo de la detención del poeta sino de su muerte. Por eso se apresuró a escribir a Chávez Camacho para «aclarar» lo que le había dicho en su conversación «privada». Chávez publicó la parte más importante de esta carta en *El Universal Gráfico* el 3 de mayo de 1948, bajo el título «Sobre la muerte del poeta García Lorca». Se trata de un documento de enorme interés, pues no se trata ya de una entrevista, siempre abierta a malentendidos, sino de un texto escrito y, por más señas, muy cuidadosamente redactado:

> Mi distinguido amigo: Lamentábamos los dos, usted y yo, en nuestra conversación privada, el error trágico que la España Nacional cometiera en la muerte del gran poeta granadino. Argumenté yo que ese crimen había sido deplorado por muchos que fuimos (y algunos que todavía son) jefes de la Causa Nacional que ninguna parte tuvo de él, siendo el tal crimen obra de unos «incontrolados», de los que actúan casi siempre en toda revuelta sin poderlo evitar. Tuve interés en puntualizar, y esto con perfecto conocimiento de causa, que ni un solo falangista había participado en este crimen.
>
> Y aún le añadiré, si no lo dije entonces, que eran precisamente los pocos falangistas que había en Granada amigos y protectores del poeta cuya incorporación a la Causa preveían. Causaron su muerte quienes menos entendían la generosa ambición española del Movimiento, elementos poseídos por un rencor provinciano y difícil de definir, desde luego antifalangista.
>
> Y como prueba de ello, le expliqué a usted cómo la opinión había relacionado a los agentes del crimen de Granada con un diputado de la minoría citada [la CEDA], en quien presumían una natural relación con las milicias de Acción Popular, que detuvieron a García Lorca, aunque seguramente sin el propósito de conducirlo a su trágico destino. La detención tuvo lugar en el domicilio del poeta falangista Rosales, que le protegía. Por consiguiente lo de que aquellas milicias y aquel diputado fueron autores de la muerte del poeta no pasaba de ser un rumor que yo aducía como prueba del carácter antifalangista que al crimen dio la opinión desde el primer momento.
>
> Esto para quien conozca la España Nacional de entonces es muy claro. La Falange representaba entonces el extremismo político frente a «las derechas», pero representaba también el propósito de conversión y conquista, de asimilación del elemento rojo enemigo. Hacer propios todos los valores —sobre todo los intelectuales— de España, era la consigna principal de entonces. Esta tendencia tuvo centenares de expresiones. En el caso de García Lorca la cosa era así en grado máximo. En primer lugar porque Lorca no era propiamente del «campo enemigo». Como reconoció el gran

Antonio Machado, en un documento de propaganda roja, el pueblo al que cantaba García Lorca no era el pueblo-masa, subvertido por las consignas de la Internacional, sino el pueblo tradicional y religioso, el pueblo en el que la misma Falange quería apoyarse.[*] Por otra parte, muchos amigos de Lorca eran falangistas y, en realidad, su muerte fue para la Falange doblemente trágica: porque venía a convertir a Lorca en bandera del enemigo, ¡y con qué impiedad lo usó éste como bandera!, y porque ella misma perdía un cantor, el mejor dotado, seguramente, para cantar aquella ocasión —única— de regeneración española revolucionaria que la Falange soñaba.

Ésta es la verdad. García Lorca era un gran poeta, el lírico de mayor fuerza que España alumbrara en los últimos años; un poeta de la tierra y la sangre de España: popular, castizo. Ayer y hoy nosotros lo hemos considerado como un valor y una gloria de España y su muerte —que sirvió a los enemigos para infamarnos— era ya, por sí misma, una pérdida sensible para nosotros.

Respecto a la dirección que la opinión señaló al origen del crimen, le recordé yo cuando usted, que venía de Portugal, me comunicó que había oído allí a un político español acusaciones de crímenes y atropellos contra la España Nacional, que yo tenía el deber de rechazar por inexactas, fuera de casos lamentables como el que nos ocupa que, por desgracia, pueden ser inevitables en esa cosa terrible que es la guerra. Tenía yo el deber de defender el honor de una política y de un Estado que eran inocentes de aquel crimen y también el buen nombre de quienes no sólo fueron inocentes de él, sino que lo condenaron con indignación. Eso sólo es lo que yo quería dar a entender a usted y lo mantengo ahora a los efectos de la significación moral del hecho que en último término fue una mera brutalidad que salpicó el merecido prestigio de nuestra Causa, pero que a ningún sector ni ideología puede ser imputado verdaderamente y menos, sin pruebas, a una persona concreta. Precisamente, y de una manera general en relación con lo acaecido en zona nacional en los primeros meses de la guerra civil, le dije a usted que yo no tenía información positiva y directa por encontrarme entonces prisionero de los rojos en la Cárcel Modelo de Madrid. Por eso yo deseo que el nombre de aquel diputado de la CEDA quede indemne de semejante mancha, mientras nadie pueda demostrar que el rumor fuera justo. Hace doce años que no he visto ni hablado al diputado aludido, pero por el rigor que me debo a mí mismo y por respeto a mi conciencia de cristiano, no he de formular acusación contra nadie que no sea probablemente culpable…[33]

Ante el daño hecho, Serrano Súñer había tenido que recurrir a sus mejores artes de abogado avezado para dejar sentado y bien sentado que él no había formulado la acusación que, en aquella «conversación privada», le atribuyera Chávez Camacho. Pero hay que suponer que su desmentido no convenció a nadie, empezando con el ex diputado de la CEDA.

Además de su «aclaración», no reproducida en la prensa española,

Serrano Súñer se puso en contacto con el propio Ruiz Alonso. En 1966 nos mostró éste la carta que el «cuñadísimo» le remitiera en marzo de 1948, y en la cual repetía más o menos las precisiones enviadas a *El Universal Gráfico*. Después de negar que le hubiera acusado de la muerte del poeta, Serrano Súñer tuvo a bien decirle, ¡a Ruiz Alonso!, lo que había pasado con el poeta: «La muerte de Federico García Lorca fue obra de unos incontrolados en la situación confusa de los primeros momentos de la guerra civil, pero no, como la gente ha dicho por el mundo, de unos incontrolados falangistas». Luego añadió (y tampoco era cierto): «Federico García Lorca no estaba en el campo contrario sino que venía hacia nosotros cuando la estupidez y el rencor le salieron al camino».[34]

Era, otra vez, el bulo de un Federico García Lorca aspirante a falangista sin saberlo, y ello a pesar de sus numerosas declaraciones antifascistas y su conocido y repetido rechazo de las premisas nacionalcatólicas.

Leyó las declaraciones de Serrano Súñer a *El Universal Gráfico*, con profundo interés, el gran hispanista inglés Gerald Brenan. Y las tuvo en cuenta cuando, en 1949, tras una ausencia de trece años, volvió a España y llevó a cabo en Granada una breve pero eficaz investigación sobre la muerte del poeta. Su versión de los hechos se publicó en el libro *The Face of Spain (La faz de España)*, editado en Londres en 1950. Fue la primera vez que en el mundo anglosajón se mencionaba el nombre de Ruiz Alonso como posible culpable de la muerte del poeta. Escribió Brenan (traducimos del inglés):

> Lo que normalmente se dice es lo siguiente. Uno o dos días después del inicio de la sublevación llegó a Granada un rumor según el cual el dramaturgo Benavente —que vive todavía y escribe tan prolíficamente como siempre—, había sido fusilado en Madrid por los rojos. El diputado católico, Ruiz Alonso, estaba en un café con unos amigos. «Bueno, si ellos han matado a Benavente —exclamó—, nosotros tenemos aquí a García Lorca. ¿Por qué no le da alguien el paseo? Y así, como

> Fitz Urse al cumplir la orden de Enrique II de matar a Becket, dos hombres se levantaron y salieron.[35]

Un año después otro hispanista, esta vez francés, Claude Couffon, que había pasado una temporada en Granada investigando la muerte de Lorca, nombró a Ruiz Alonso como directo responsable de la misma. Se trataba de un largo reportaje publicado el 18 de agosto de 1951 en *Le Figaro Littéraire*. Siguiendo a Brenan, Couffon describió así lo ocurrido en la calle de Angulo, número 1 (traducimos del francés):

> El hombre que se presenta y que reclama al señor García Lorca no es un teniente de la Guardia Civil, tan a menudo y tan cruelmente ridiculizada por el poeta. No, se llama Ramón Ruiz Alonso y durante un tiempo fue el encargado de representar al conservador partido católico en las Cortes. Desde el inicio de la sublevación dirige en Granada el grupo de terroristas afiliados a la Falange, la llamada *Escuadra Negra*, de la cual hablan aquí sólo en voz baja y persignándose. Unos días antes, cuando se encontraba en un café de la ciudad con unos amigos, y alguien acababa de decirle —y no era verdad— que el dramaturgo católico Benavente había sido detenido y fusilado en Madrid, le oyeron decir: «Bueno, pues aquí tenemos a Federico García Lorca».[36]

La situación del ex diputado de la CEDA empezaba a ser bastante incómoda en una España donde ya no gozaba de ningún predicamento, ni tampoco de protección oficial.

Capítulo VII
Ruiz Alonso y los investigadores

Agustín Penón: la primera entrevista (1956)

En febrero de 1955 llegó a Granada un joven apasionado de García Lorca. Se llamaba Agustín Penón Ferrer. Nacido en Barcelona en 1920, Penón había emigrado con su familia a Santo Domingo en 1937 y después se había nacionalizado norteamericano. Le atenazaba la obsesión de descubrir la verdad acerca de la muerte de Federico García Lorca, su héroe, y había vuelto a España con tal propósito. Su intención inicial era pasar sólo unas semanas en Granada, pero se quedó dieciocho meses. Meses febriles durante los cuales visitó todos los sitios relacionados con Lorca en la ciudad y sus alrededores, trabó amistad con algunos amigos del poeta, compartió borracheras con quienes le podían ayudar a conseguir datos y puso especial empeño en sonsacar a los hermanos José, Miguel y Gerardo Rosales Camacho (sólo habló una vez con Antonio, muerto en 1957). Penón se desesperaba a menudo ante la acumulación de versiones contradictorias que iba recogiendo, la casi imposibilidad de conseguir documentación, las mentiras, los bulos y las tergiversaciones. A veces temió, con razón, por su salud mental.[1]

Entre los testigos de la detención de Lorca a quienes frecuentó Penón, ninguno tan cerca de los acontecimientos como Miguel Rosales. Couffon había hablado con él en 1950, sin mencionarlo, en su famoso artículo, como fuente de su información sobre la detención del poeta. Penón le frecuentó

con asiduidad y recibió, el 19 de marzo de 1955, su detallada versión de la detención, que transcribió inmediatamente aquella noche (no utilizaba grabadora). Ya la hemos citado.

En Granada la gente le hablaba constantemente de Ramón Ruiz Alonso. Al enterarse de que el ex diputado de la CEDA vivía en Madrid, decidió con razón que era imprescindible para su investigación entrevistarle. Cosa por supuesto nada fácil.

El primer encuentro tuvo lugar el 26 de febrero de 1956 cuando un pintor granadino («Álvaro») le llevó con él a la imprenta, Gráficas Voluntas, que entonces tenía Ruiz Alonso cerca de la Gran Vía, en la calle de Muñoz Torrero, número 6 (a la vuelta de la esquina de la calle del Barco, donde en los malos tiempos viviera con los suyos). El relato de Penón empieza así:

> Ramón Ruiz Alonso saluda a Álvaro con la máscara de efusividad que se encuentra tan a menudo en las personas acostumbradas a ejercer cargos públicos. Adquirió la suya durante los días gloriosos, cuando era diputado y besaba a los niños, ayudaba a los obreros a reparar los techos de sus casas hundidas (acompañado de una multitud de reporteros gráficos, naturalmente), y se las daba de ser ejemplo y espejo de obrero católico, para atraer hacia la CEDA a los trabajadores incautos.
>
> Ruiz Alonso tiene ahora unos cincuenta años,[*] es alto (debe de medir un metro ochenta) y muy gordo, con pequeñísimos y agudos ojos. Los pliegues ampulosos de su barbilla casi ocultan el nudo de su corbata. Me da la impresión de que es un tipo frío debajo de sus untuosos modales bien entrenados.

Mientras charlan Ruiz Alonso y el pintor, Penón toma buena nota del despacho donde se encuentran. Entre los objetos colocados sobre la mesa, le llama la atención una fotografía grande:

> Allí está Ruiz Alonso con una alegre camisa estilo Florida, rodeado de una mujer de la misma edad que él y cuatro niñas extraordinariamente guapas. Su esposa y sus hijas, sin duda. Pero el aspecto más insólito de la fotografía es que se le ha añadido una Virgen, cuidadosamente recortada y pegada encima de las cabezas del grupo. Los brazos extendidos de la Virgen dejan caer un manto

que envuelve dulcemente a las seis personas. También hay sobre la mesa un pequeño catecismo, muy ajado, sin duda debido al continuo uso. Por todo el despacho, los montones de panfletos religiosos y literatura católica, sin duda impresos en esta casa, dan fe de que «Gráficas Voluntas» se halla patrocinada por la Iglesia estatal.

La mirada de Penón se concentra luego en las estanterías que cubren enteramente una de las paredes. ¿Cuáles son las preferencias lectoras de quien fue «obrero amaestrado» de Gil Robles, ahora un ventripotente hombre de negocios? «Muchos libros sobre el catolicismo, desde luego, también sobre España, la filosofía… Y allí al fondo, ¡pero no es posible! ¡No lo puedo creer! Pero sí, la encuadernación color parda, el tamaño, las letras en oro… ¡El tomo es inconfundible!»

Se trata de las *Obras completas* de Federico García Lorca, nada menos, editadas en 1954 por Aguilar en un solo y lujoso tomo, con el beneplácito del propio régimen, que ya no podía seguir ignorando el interés mundial que iba suscitando el poeta.

Penón se levanta, dejando hablar a Ruiz Alonso y Álvaro, y poco a poco, mientras baja otros libros para no infundir sospechas, se va aproximando al que le imanta. «Me inunda una mezcla de odio y furia contra este hombre que tiene en su biblioteca privada los frutos poéticos de un árbol que él ayudó a cortar —escribe—. Y aunque sé que la presencia de este libro en sus estanterías sólo demuestra su cinismo y su insensibilidad, no puedo dejar de sentir un tenue impulso de piedad hacia semejante individuo, eternamente condenado a que le persiga la magia de su víctima». Tratando de enmascarar su intenso nerviosismo, vuelve con el grueso tomo a la mesa:

Como una bestia en la jungla que huele el peligro sin saber exactamente dónde está, Ruiz Alonso se mueve incómodamente en su asiento. Está mirando fijamente el libro.

—¡Qué selección tan exquisita de libros tiene usted! —comento.

—Sí, me gustan los libros —contesta en tono seco. Por un segundo, deja caer su máscara de

político. De repente, la cara se le ha puesto tensa y pálida. Pero enseguida se repone, levantándose rápidamente, según el método clásico, para despedirnos.

—¡Exquisito! —repito—. ¡Una elección magnífica!

Diciendo esto, extiendo el libro de Lorca y digo con énfasis:

—¡La elección de un hombre muy culto!

La bestia ha visto ya moverse el matorral, pero no ve todavía claramente al cazador. Su cara grasienta da la impresión de haber envejecido de repente. Sus ojos se clavan en los míos con una mezcla de crueldad y de miedo mientras continúo:

—Es una pena que sea la primera edición. Está llena de erratas, sabe usted. Me imagino que debe molestar mucho a un impresor como usted.

—Sí, me he dado cuenta de que tiene muchas erratas.

—La mayoría están corregidas en la segunda edición, podría usted comprarla.

Mientras repongo cuidadosamente el libro en la estantería, Ruiz Alonso, detrás de su mesa, es un bloque de hielo. Álvaro se está impacientando, y me hace señales para que nos vayamos.

La despedida es de una cortesía muy tensa. Me vuelvo para lanzar una última mirada antes de cerrar la puerta. Alto y corpulento, Ramón Ruiz Alonso está de pie detrás de la mesa. Sus minúsculos ojos se cruzan con los míos un instante, interrogándome fijamente.[2]

Pasaron cinco meses antes de que Penón se atreviera a volver a hablar con Ruiz Alonso. Se comprende fácilmente que así fuera, dada la posibilidad de que el ex diputado le denunciara ante las autoridades franquistas y con ello estropeara sus investigaciones. Dejó la entrevista crucial hasta sus últimos momentos en Madrid. Tuvo lugar el 14 de agosto de 1956, o sea, casi exactamente veinte años después de la detención de Lorca en casa de los Rosales. Y esta vez Penón fue directamente al grano.

Ruiz Alonso —que al parecer no recordaba haberle visto antes— accedió a darle su versión de los hechos. Empezó recordando, durante media hora, el prestigio del cual había gozado entre los sublevados granadinos por su actuación política desde las elecciones de 1933. Luego se embarcó en un largo y enfático relato de lo según él ocurrido aquella tarde de agosto de 1936. La entrevista fue recopilada por el investigador inmediatamente después. O bien Penón tenía una memoria excelente o hay que deducir que usó una grabadora oculta. Lo decimos porque la declaración de Ruiz

Alonso corresponde casi palabra por palabra con la que nosotros le grabamos diez años después.

—Le voy a decir a usted lo que ocurrió exactamente —empieza—. Le voy a hablar a usted como si usted fuera mi confesor. Yo soy católico, espero que buen católico. Me dieron una sólida formación católica. Recuerde que va a oír la confesión de un católico.

Retengo la respiración, temiendo que cualquier palabra mía pueda provocar otra divagación. Empieza a hablar, esta vez sin dramatizaciones (algo que no me interesa). Son palabras sencillas, concisas, que no dan la impresión de haber sido seleccionadas para surtir efecto.

—Como participante activo en nuestra guerra de liberación, era mi deber ir a diario al Gobierno Civil de Granada. Un día me llamaron al despacho del gobernador, Valdés. Aquel día Valdés visitaba uno de los frentes granadinos y le sustituía un teniente coronel de la Guardia Civil, Velasco, el cual me dijo: «Tengo una orden de arresto para la detención de un hombre, y he pensado en usted porque necesito una persona de prestigio para detenerlo, una persona con el prestigio suficiente en Granada para que la detención se pueda llevar a cabo totalmente de acuerdo con la orden de arresto, que insiste en que se traiga a esta persona aquí sin que le ocurra nada. No puede haber la más mínima posibilidad de que le maltraten en el camino, y tiene que venir directamente aquí sin pasar por ningún otro sitio. Ésa es la razón de que haya pensado en usted, porque sé que si me da su palabra, el hombre llegará aquí sano y salvo. Por eso le he elegido a usted.» Yo, naturalmente, acepté la misión.

—¿Le entregó una orden de arresto? —le pregunto.

—No. Me la leyó.

—¿Quién la había firmado?

Ruiz Alonso vacila.

—No lo sé.

—Claro, han pasado tantos años. Sería imposible recordarlo.

—No, no es eso. Recuerdo la escena vívidamente. Es que no me dijo el nombre de quién había firmado la orden de arresto.

—Cuando le leyó el nombre de la persona a quien había que detener, ¿lo reconoció usted?

—Por supuesto, reconocí al poeta por el nombre. Pero nunca le había conocido personalmente. Yo salí para la casa que me habían dicho, sin tener la menor idea de que fuera la de la familia Rosales. Mientras iba por la calle Duquesa, tuve que pasar delante de la Comisaría de Policía. Allí, uno de los oficiales, que era amigo mío, estaba en la calle y me paró para charlar un rato conmigo. Me preguntó a dónde iba y se lo expliqué. «¿Cómo? —se asombró—, ¿vas a detener a un hombre en casa de los hermanos Rosales?». Me sorprendió muchísimo esto, pues no tenía idea de que en la casa a la que me habían ordenado ir viviera un falangista tan importante, Jefe Provincial de Falange. Me era muy violento sacar a un prisionero de la casa de un jefe de la Falange. Al descubrir la identidad de la casa, entendí que no podía ir allí. Lo único sensato era ir directamente

a ver al propio Rosales, al Jefe Provincial de Falange, para informarle de mi misión. Fui allí con todo el respeto que me merecía su autoridad, dispuesto a decirle más o menos lo siguiente: «Mire usted, si este hombre está en su casa es deber de usted, no mío, que soy inferior suyo, entregarlo en el Gobierno Civil. Ahora bien, si usted me dice que este hombre no está allí, vuelvo al Gobierno Civil y les informo de su respuesta». De modo que fui allí, al cuartel de San Jerónimo, y hablé con Rosales.

—¿Con José Rosales?

—No.

—¿Con Luis, el poeta?

—No.

—De modo que debió ser Miguel.

—Sí, tal vez con Miguel. Cuando yo le expliqué mi misión, se puso tan pálido como la camisa que lleva usted. Agradeció muchísimo la delicadeza mía. Me abrazó. La noticia le había sobresaltado e inquietado. Me pidió que le esperara en el cuartel mientras él volvía a casa y hablaba del asunto con su familia. Alrededor de media hora después, me llamó por teléfono desde su casa y me pidió que fuera allí. Lorca estaba ya informado de la situación…

Tomo buena nota mientras habla Ruiz Alonso de las muchas discrepancias entre su versión de los hechos hasta aquí y la de Miguel Rosales.

—¿Usted tiene la seguridad de que Lorca le esperaba ya y que comprendía la naturaleza de la misión de usted?

—Estoy seguro. Miguel había hablado de todo ello con él y con la familia, y el señor García Lorca estaba dispuesto a ir al Gobierno Civil conmigo. Me presentaron al señor García Lorca, que me estrechó la mano efusivamente. Estaba un poco nervioso y me preguntó: «¿Cree usted que me pasará algo?». Yo le contesté que me habían elegido especialmente para garantizar que llegara sano y salvo al Gobierno Civil y que allí tendría con él a su mejor amigo, Rosales, para atenderlo. No había mejor garantía. Luego, le pedí a Rosales que nos acompañara al Gobierno Civil y que entregara él a Lorca.

—¿A qué hora llegaron allí?

—Entre las seis y las siete de la tarde. Recuerdo perfectamente que todavía había luz. Fuimos a pie al Gobierno Civil. El poeta entró en el edificio con uno de nosotros a cada lado. Nadie se habría atrevido a tocarlo estando nosotros dos. Si no hubiéramos estado con él, a lo mejor le habrían dado una paliza terrible al entrar en el Gobierno Civil, dada la histeria que imperaba en aquellos días. Lo llevamos al despacho del Gobernador Civil y lo entregué al teniente coronel de la Guardia Civil, Velasco. El señor García Lorca se mostraba nervioso durante el camino, eso sí. Apenas dijo nada. Mi misión estaba cumplida; me abrazó y me dio las gracias por haberlo protegido. También me abrazó Rosales, y luego abandoné el Gobierno Civil.

—¿Se quedó Rosales con él?

—Sí. No se podía haber dejado a García Lorca mejor acompañado en el Gobierno Civil: una alta

autoridad de Falange y amigo suyo. Vamos, si Miguel coge las escaleras y lo lleva abajo, no hubiera pasado nada.

Pese a lo que está diciendo Ruiz Alonso, Miguel ni fue falangista importante ni amigo íntimo de Federico. De ello no cabe la menor duda.

—Recapitulando —le digo a Ruiz Alonso—, ¿usted cree que le es fiel su memoria cuando dice que Rosales fue a su casa desde el cuartel de San Jerónimo después de explicarle usted su misión, y que le llamó a usted luego desde allí?

—Sin duda alguna. A mí me podían haber detenido en el cuartel, lo único que hubiera tenido que hacer Rosales era llamar desde su casa y ordenar mi arresto. En cuyo caso yo no habría podido abandonar el cuartel.

—Pero, don Ramón, me consta que Miguel Rosales no tenía el poder de su hermano José, ni muchísimo menos. Además, ninguno de ellos era Jefe Provincial de Falange…

—Poder suficiente tenía… Además, su prestigio como uno de los hermanos Rosales bastaba. Él volvió a casa para tener un consejo de familia en torno a lo que había que hacer en aquella situación. Él habría podido decir que no, y nadie hubiera sacado a García Lorca de allí.

—Ahora bien —le digo a Ruiz Alonso—, le ruego que me explique lo del pelotón que le acompañó, con todos aquellos hombres armados apostados en la entrada de la calle Angulo, y las ametralladoras emplazadas en la azotea de la casa de los Rosales…

Por primera vez Ruiz Alonso pierde su compostura.

—¡Mentira! ¡Mentira! —exclama—. ¡Como católico yo le juro a usted delante de Cristo que es mentira!

Diciendo esto, Ruiz Alonso señala un crucifijo blanco que pende en la pared.

—Yo fui solo, absolutamente solo, y además fui sin armas. La única persona armada allí era Rosales.

Imposible, pienso para mis adentros. Con la insistencia de Velasco en que Lorca llegara sano y salvo al Gobierno Civil, no es verosímil que Ruiz Alonso pudiera haber ido solo a la calle de Angulo en aquellos tiempos. Además, sabemos por muchos testigos, empezando por Esperanza Rosales, que hubo numerosos hombres armados en la calle.

—¿Cuándo conoció usted la noticia de que habían matado a Lorca?

—A la mañana siguiente. Yo fui al Gobierno Civil, como hacía todos los días, y me dijeron que fuera inmediatamente a ver a Valdés. Entré, me cuadré. Valdés se levantó y se llevó las manos a la cabeza. Como seguí cuadrado, me dijo, desesperado, «basta, basta, descansa» y luego gritó: «¡La que nos hemos echado encima! ¡Lo han matado!». Yo me di cuenta enseguida de que hablaba del señor García Lorca. Valdés estaba desesperado.

Ahora Ruiz Alonso dice que preferiría no hablar de esto; pero luego sigue, como queriendo dar a entender que, si habla, es gracias a mi pericia como entrevistador. Es decir, como si yo le hubiera sacado algo que hubiera preferido callar:

—Le dije a Valdés que yo sólo había cumplido una orden, y él me gritó: «¡Pues no fui yo quien ordenó aquello! ¡Yo no soy el responsable!» Durante la visita, casi le di un puñetazo a Valdés, su

actitud me enfureció. Pero usted me disculpará si no hablo ya más de esto. Lo que le quiero decir es que Valdés no esperaba que el asunto Lorca tuviera tal desenlace. Nos produjo una conmoción a todos, a Valdés, a Cecilio Cirre, a Rosales, a mí mismo. Todos nos llevamos las manos a la cabeza. Si hubiésemos sabido que aquello iba a terminar así, ninguno de nosotros habría intervenido.

—Entonces, ¿tenemos que deducir que Valdés no estaba al tanto de una orden de arresto de Lorca que había salido el día antes de su propia oficina?

—Eso no lo sé. Como ya le dije, a mí Velasco sólo me leyó la orden de arresto, no me dijo el nombre del firmante. Pero le puedo asegurar que Valdés no fue el responsable de la muerte de García Lorca.

—Entonces, ¿hay que llegar a la conclusión de que el caso Lorca tuvo dos fases?

—Tres tal vez: denuncia, arresto y fusilamiento.

—¿Y usted cree que los responsables de cada fase actuaron por separado?

—No sé nada de las dos primeras, la denuncia y el arresto. Ahora bien —y aquí Ruiz Alonso se pone misterioso y dramático—, sí sé bien quién fue responsable del rápido fusilamiento del poeta. Aunque, perdóneme, no diré jamás su nombre.

—Pero, don Ramón, ¡esto es fundamental! Respeto su deseo de no decir el nombre, pero no le puedo ocultar mi enorme interés en saberlo.

—Lo siento, pero el nombre irá a la tumba conmigo. Podrían torturarme hasta la muerte y jamás, jamás revelaría el secreto. Después de todo soy español, y tengo que pensar en el honor de España.

—Pero, si Valdés no tenía intención de fusilar a Lorca, ¿por qué, según usted, lo detuvieron y lo llevaron al Gobierno Civil?

—Se decía que era un enlace rojo. Y puesto que todo el mundo sabía que el señor García Lorca no era un hombre valiente, tal vez esperaban sacarle información al respecto.

—Entonces, el personaje que usted no quiere nombrar a lo mejor no tenía nada que ver con la detención.

—Probablemente, no. Él debió enterarse por casualidad de la presencia del señor García Lorca en el Gobierno Civil y decidió aprovecharse de ello.

—¿Y cuáles podrían haber sido sus motivos?

—No tengo la menor idea. Cabe suponer cualquier cosa. Desde luego los tiempos no estaban a favor del señor García Lorca, en ningún aspecto. Tal vez lo envidiaba. La rivalidad literaria, ya sabe usted.

La frase «rivalidad literaria» me cae como un mazazo sobre la cabeza.

—Ahora bien, usted acaba de declarar que Valdés le dijo que Lorca había sido fusilado aquella misma noche. Pero yo tengo una información considerable que da a entender que pasó por lo menos dos noches en el Gobierno Civil.

—Eso yo no lo sé. Es lo que me dijo Valdés.

—¿A usted le mentiría Valdés en relación con una cosa así?

—No lo sé. No creo.

> No vale la pena que yo insista más sobre la identidad del misterioso hombre que, según Ruiz Alonso, fue el único responsable de la muerte de Lorca. El ex diputado ha jurado que ni bajo tortura soltaría ese nombre. Si le hiciera más preguntas, por muy sutiles que fuesen, le podrían irritar. Con todo, le pregunto si el personaje vive todavía. Se niega a decírmelo. Le pregunto si otras personas conocen su identidad. Ruiz Alonso esboza una sonrisa evasiva.
>
> —Es muy probable.[3]

No consta, entre los papeles de Agustín Penón, que volviera a ver nunca a Ramón Ruiz Alonso, con quien cenó aquella noche después de la entrevista. El ex diputado había prometido reunirse con él al día siguiente en el café Gijón, para repasar juntos la transcripción de la entrevista. No sabemos si respetó el compromiso. Unos días después el norteamericano salió de España.[4]

Después de numerosos intentos encaminados a publicar en Estados Unidos los resultados de su investigación sobre la muerte de Lorca, murió sin conseguirlo en 1976. Fue una auténtica desgracia.[5]

Las declaraciones que le había hecho el ex diputado contenían notables inexactitudes, por decirlo piadosamente.

No cabe la menor duda, para empezar, que la detención de Lorca fue una operación de envergadura montada desde el Gobierno Civil y que la calle se rodeó de numerosas fuerzas. Hemos visto los diversos testimonios que lo atestiguan. Ruiz Alonso no fue solo a la casa de los Rosales. Le acompañaban dos correligionarios de Acción Popular, Juan Trescastro Medina y Luis García-Alix Fernández y alguna persona más. García-Alix, por su propia admisión, como sabemos, estaba adscrito en aquellos momentos al Gobierno Civil y colaboraba en la persecución de «rojos» (aunque después negaría haber participado en la detención del poeta).

Tampoco es cierto que Ruiz Alonso fuera primero al cuartel de Falange en el monasterio de San Jerónimo, al ser informado por un amigo policía de que la casa a la cual se dirigía pertenecía a la familia Rosales. Es

absolutamente inverosímil. Los testimonios de los tres hermanos Rosales consultados —el de Miguel en primer lugar— concuerdan en este punto. ¿Se habían puesto todos los Rosales de acuerdo en mentir sobre lo ocurrido? Parece ilógico pensarlo. ¿Qué provecho habrían sacado de hacerlo?

¿Y la persona en último extremo responsable de la muerte del poeta, según Ruiz Alonso relacionada con el mundo literario y cuyo nombre dice que llevará a la tumba? Recordará el lector que Lorca había coincidido en el tren de Granada con un poeta que le era muy antipático. Nos preguntamos entonces si podría tratarse del joven abogado José Gómez Sánchez-Reina, colaborador del conservador *Noticiero Granadino*, autor de una obra de teatro, *Mi musa gitana*, y de poemas de inspiración muy nacionalista e hiperreligiosa. Nos hacemos ahora la misma pregunta, sin poder contestarla. [6]

Iban a pasar diez años antes de que Ramón Ruiz Alonso volviera a hablar de su participación en aquellos hechos. Entretanto no dejó de crecer la fama de Lorca, en España y fuera, y el interés por conocer las circunstancias de su muerte.

MIS ENTREVISTAS CON RAMÓN RUIZ ALONSO (1967)

En noviembre de 1964 la conocida escritora católica francesa Marcelle Auclair, que preparaba una biografía de Lorca, logró hablar con Ruiz Alonso por teléfono y que el ex diputado le diera cita para una entrevista. Luego empezaron las evasivas, una tras otra, y el encuentro no tuvo lugar. En marzo de 1965, de nuevo en Madrid, Auclair le escribió y le volvió a pedir que la recibiera. Dos o tres días después le llamó a las once menos

cuarto de la noche. Una voz femenina le dijo, después de una consulta, que los señores ya estaban en la cama. Que volviera a llamar mañana o al día siguiente. Pero fue Ruiz Alonso quien llamó. Estaría encantado si Madame se dignaba visitarle en su casa de Chamartín (calle Maestro Chapí, número 7). Se concertó la fecha. Luego, en ausencia de Auclair, una llamada telefónica: lo sentía, pero tenía que salir inesperadamente para Barcelona. Le podía llamar hasta las diez. Pero a las diez, cuando lo hizo la francesa, ya no estaba…

Antes de salir para París, Auclair le escribió una carta indignada reproducida en su libro. Le recordaba que a él le interesaba tanto como a ella, si realmente era inocente de la muerte de Lorca, que se supiera la verdad de los hechos. Y le recordó también lo que, según Luis Rosales, le había dicho a Dionisio Ridruejo en plena guerra: «No quiero más que una cosa, tener la posibilidad de explicar la verdad de los hechos, para salvar mi honor y el de mis hijos».

Auclair no recibió contestación a su carta.[7]

Cuando me enteré, a principios de 1967, de que Ramón Ruiz Alonso tenía entonces un despacho en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, detrás del madrileño hotel Palace, no olvidé lo que me había dicho Marcelle Auclair acerca de sus tentativas infructuosas para hablar con él. Decidí presentarme sin previo aviso.

El autor de *Corporativismo* trabajaba en aquellas fechas como secretario de un Curso Extraordinario de Relaciones Humanas, convocado por el Seminario Permanente de Sociología Industrial y Relaciones Humanas del Instituto Balmes, entidad que dependía del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Dirigía el seminario un tal Ricardo Riccardi.

Una voz recia me invitó a pasar. ¡El «fuerte vozarrón» del cual tanto se había preciado Ruiz Alonso en sus mítines por tierras de Granada! Me

encontré con un hombre corpulento sentado detrás de una mesa. Hablaba enérgicamente por teléfono con una mujer que pedía información sobre el seminario. Al colgar me preguntó amablemente en qué podía ayudarme. Cuando se lo expliqué no se inmutó. Me dijo que sólo dos personas habían tenido la entereza de preguntarle cara a cara por su participación en la detención de Federico García Lorca. La primera, hacía unos diez años, era un norteamericano (se trataba de Agustín Penón). La segunda era yo. Me dijo que me iba a contar toda la verdad del caso. Lo que no sabía era que llevaba conmigo una grabadora oculta, procedimiento que consideraba esencial para tener la constancia exacta de sus palabras. Era un riesgo para mí, evidentemente. Tenía la grabadora en la carpeta que coloqué en el suelo. No era un aparato como los de hoy, minúsculo. Y además chirriaba ligeramente. Si se diera cuenta, ¿qué pasaría? ¿Llamaría a la policía?

Quiero insistir en que, cuando tuvo lugar aquella entrevista en el despacho de Ruiz Alonso, yo no conocía los papeles de Agustín Penón, ni sabía qué había sido de él. Sólo, por mis amigos en Granada, que había logrado ver al ex diputado.

Ruiz Alonso me dijo lo siguiente (los corchetes indican frases o palabras cuya grabación resultó defectuosa):

> Yo le voy a hablar a usted con toda sinceridad, como si me fuera a morir. Ahora, llegará un momento en que yo ya no pueda hablar, no por ocultar nada sino porque de verdad no sé. Yo le voy a hablar a usted honradamente, ya digo, como si me fuera a morir, como si estuviera delante de Dios. Yo soy católico, apostólico y romano. Entonces yo, como si me fuera a juzgar ante Dios Nuestro Señor, le voy a hablar a usted con esta confianza.
>
> Lo ocurrido fue lo siguiente. No me pregunte usted fechas exactamente, ni horas exactamente, porque honradamente no las recuerdo —si es el 16, el 17, no lo sé exactamente—. Entonces mire usted, un buen día… yo, entre otras misiones que tenía en Granada, estaba adscrito al Gobierno Civil. Entonces iba todos los días allí y me comunicaban sus gestiones. Yo había sido diputado a Cortes, y en la guerra tengo un historial de guerra, pero como Dios manda, encuadrado en mandos militares obedeciendo órdenes. Entonces un buen día fui al Gobierno Civil y el gobernador no estaba en el Gobierno Civil. El gobernador estaba exactamente visitando las trincheras del frente

de Jaén.[*] Bueno. Hacía las veces de gobernador cuando el gobernador se ausentaba un teniente coronel de la Guardia Civil que se apellidaba Velasco. Bueno. Entonces este señor me dice:

—Mire usted, Ruiz Alonso, hay una misión delicada que cumplir. Resulta que en la calle tal número tal se encuentra el señor García Lorca.

Entonces en Granada, por aquella época, en aquellas circunstancias, en aquellos momentos, había contra este poeta —¡que esté en gloria!, ¡que esté en gloria!— pues, cierta repulsión, porque claro, pues, en fin, se aprovechaban de sus obras en la Casa del Pueblo para […].[*] Bueno. Entonces me dijo:

—Mire usted, este señor tiene que venir aquí al Gobierno Civil. El gobernador ha dicho que, cuando él venga, quiere que se encuentre aquí. Pero hay un interés enorme, grandísimo, en que este señor venga aquí sin que nadie le toque, sin que nadie le roce, y entonces, pues, el gobernador me ha dicho que tiene que venir acompañado de una persona de prestigio que es usted.

Evidentemente (aunque esto, ¡no lo interprete usted como orgullo, como soberbia, como inmodestia! No, yo soy muy sencillo, «al pan pan y al vino vino», las cosas como son), sí, efectivamente, yo gozaba en Granada de bastante prestigio, por mi moralidad, por mi trabajo, por lo que había yo trabajado en general, en toda la provincia, era diputado a Cortes…, yo era obrero linotipista en el periódico *Ideal*. Entonces, pues claro, pues tenía, sí, cierto prestigio. Cuando yo marchaba a casa de… me dice:

—Puede usted tomar, pues, en fin, la protección que necesite.

Contesté:

—Yo, ninguna. A mí me basta con mi apellido.

Al ir por la calle Duquesa (porque entonces el Gobierno Civil no estaba donde está ahora, estaba en la calle Duquesa) tenía que pasar forzosamente por delante de la Comisaría. Entonces un señor, policía, estaba en el balcón de arriba, y al pasar me dice:

—¿Dónde vas, Ramón?

Le dije:

—A la calle de tal, número tal.

Dice:

—Ah, sí, a la casa de…

Bueno, yo me quedé un poco sorprendido, porque, pues, claro, la casa «de…» era, sencillamente, la casa del jefe provincial de Falange…, de Rosales, el Jefe Provincial de Falange. Yo me quedé sorprendido, porque en mi cabeza, en aquellos momentos, no cabía que dentro de la casa del jefe provincial de Falange estuviera este señor […] y digo [para mí] que no voy a casa de… y entonces me voy al cuartel de Falange.

—¿Dónde está el jefe provincial?

Y le llamo y le digo:

—Yo tengo esta misión que cumplir […] que está en tu casa. Tú me dirás si está o no está. Tú

me dices que no está y yo me voy y digo: «Resulta que la casa que ustedes me han dicho, pues, es la casa de… Yo he ido a este señor —cosa lógica entre nosotros que vaya allí— y me ha dicho que allí no está». Y se acabó. Y ahora usted toma las medidas que sean.

Entonces me dice:

—Mira, Ramón, no te voy a engañar. Pues… ¡sí está! ¿Qué hacemos?

—No lo sé.

—¿Tú crees —me dice— que le van a hacer algo?

—Pues, hijo, yo creo que no.

—Porque, claro, si a mí me dicen que basta una persona de prestigio que lo acompañe para garantizar… pues entonces no hay inconveniente alguno.

Le digo:

—De todas formas, a mí se me ocurre una cosa.

Vete tú a tu casa. Allí, en consejo de familia, os re- unís, tanteáis lo que sea; yo espero aquí y tú me llamas y me dices lo que sea.

—Muy bien.

Al cabo de equis tiempo viene:

—Pues, mira, Ramón, pues, hemos acordado, pues, pues que sí, pues que la familia dice, pues, en fin, pues que sí […]. ¿Pero cómo se han enterado de que estaba allí?

—No lo sé. No sé. Bueno, pues vámonos.

Allí estaban terminando de merendar, con chocolate. Yo personalmente al señor García Lorca —que en paz descanse— no le conocía, él a mí tampoco me conocía, pero me conocía a mí mucho de oídas, como yo a él […]. Nos presentaron.

—¿Cómo está usted? ¿Qué tal?

[Le dije:]

—Bueno, mire usted, ¿qué le parece?

—Pues aquí la familia dice que lo mejor es que sí, que vaya. [¿Pero qué me quieren?] —No lo sé. Lo único que sé es que a mí me han dicho que garantizan a este personal, usted, que usted llegará allí, pues, sano y salvo, y que no… de modo que yo no tengo otra misión […]. ¿Quiere usted acordar?

—Pues mire usted, pues sí, pues sí.

—Muy bien, muy bien, pues vámonos.

De allí vamos al Gobierno Civil. Subiendo las escaleras no pude evitar que alguien, alguien, con un mosquetón […] le intentara dar con la culata, pero yo me puse [a gritar «¡Qué! ¿Estando yo?»] … Es una anécdota [que demuestra] cómo en todo momento se cumplió la misión; le hablo de mí, lo que sobre mi conciencia yo tenía ordenado. Lo llevé a su despacho; me acompañaba el jefe provincial, fuimos los tres: Rosales, el señor este García Lorca —que en paz descanse— y yo, los tres al Gobierno, y —y además es lógico como él había sido tan amable, había sido amigo íntimo de él—; bueno, y entonces, cuando estaban en el Gobierno Civil, yo fui al gobernador, vamos, al teniente coronel Velasco que hacía las veces del gobernador civil:

—Mire usted, mi teniente coronel, este señor que ustedes me han encomendado y me han avisado que hay que encontrar y tal, pues mi misión está cumplida. Este señor está allí con el señor Rosales; donde estaba él era en casa del señor Rosales.

—Sí, sí, ya lo sabía.

—¿Quiere usted algo más de mí?

—No, nada más que felicitarle por lo bien que ha terminado usted la misión.

—Pues muchas gracias. Adiós.

Entonces me voy al despacho donde estaban los otros señores.

[Les digo:]

—Le he dicho al gobernador interino, en fin, que están ustedes aquí. Me ha dicho que esperen, que ya no hay nada que hacer hasta que no venga el coronel [sic] Valdés, el gobernador, que está en el frente… Doy mi misión por terminada. ¿Necesitan algo de mí?

El señor García Lorca me ofreció, pues, unos pitillos.

—¿Quiere usted?

—No, yo no fumo.

Pero, en fin, llamé a un ordenanza y le digo que necesitaba un *caldo de gallina*.[*]

—¿En algo más le puedo ser útil?

[Me dijo el señor García Lorca:]

—No señor, nada más que darle a usted las gracias y me permite usted que le abrace por lo bien que me ha atendido y me ha traído aquí de la casa de Rosales. Nunca le agradeceré bastante su comportamiento ni cómo ha…

—Bueno, pues, si no les puedo ser útil […].

Volví al teniente coronel.

—Yo me marcho. ¿Desea usted…?

—No, no, no, nada. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

¿Qué hora sería? No lo sé. Las 5 de la tarde, las 6 de la tarde, las 7 de la tarde. No lo sé. Aproximadamente. Yo fui a mi casa.

Volví a la mañana siguiente. Yo fui al Gobierno Civil, como todas las mañanas y como todas las tardes —era mi misión— y entonces allí me informaron de que ese señor allí ya no estaba.

Yo le juro a usted delante de Dios que ya no sé más. He oído…, me dijeron…, supongo…, parece ser que…; con la mano puesta sobre los Evangelios no puedo decir otra cosa, porque no la sé. Eso es todo, y le juro a usted como si ahora mismo [me viera] delante de un crucifijo, que ésta es toda, toda, toda la verdad, como si yo, como le dije a usted antes, me fuese a presentar ahora delante de Dios.

Yo le dejé en manos del jefe provincial de Falange, señor Rosales, en el despacho: esto es toda mi actuación desde el principio hasta el final. Ahora, me preguntará usted —y aunque no me lo pregunte me adelanto yo—: «¿Usted aprueba o condena?», y le digo esto: «Como católico, como ser humano, tengo que condenar y reprobar lo que con este hombre se hizo. Por católico y por

humano, reprobarlo con toda mi alma, porque para mí no hay ni blancos ni rojos en este aspecto moral. La vida de un hombre, para mí, vale tanto la de un rojo, como la de un amarillo, o como la de un verde, o como la de un azul. Todos somos seres humanos hechos a imagen y semejanza de Dios, y el alma del señor García Lorca, por lo menos, en el peor de los casos, puede valer exactamente lo que la mía, en el peor de los casos, puede valer exactamente lo que la mía, en el peor de los casos. Posiblemente, a lo mejor, puede valer más.

Esto es hablarle a usted con toda sinceridad, con toda nobleza, y puede usted tener la seguridad de que ahora, por lo que respecta a mí, conoce usted absolutamente todo.[8]

Fue una *performance* magnífica, que jamás me hubiera podido esperar. Ruiz Alonso no me conocía, yo no había publicado casi nada todavía y era un perfecto desconocido para él y para los demás. Me había plantado en su puerta sin presentación de nadie. No estaba obligado a hacerme declaración alguna. Y me hizo la que he transcrito. No podía creer mi suerte.

Cuando William Layton me entregó los papeles de Agustín Penón, en 1978, para que me encargara de su publicación, me quedé fascinado al leer la entrevista del malogrado investigador con Ruiz Alonso, celebrada casi exactamente diez años antes de la mía. Resultaba que lo que le había contado el ex diputado en 1956 concordaba casi palabra por palabra con lo que me dijo a mí en 1967. Era evidente que desde hacía años Ruiz Alonso sabía de memoria su guión.

En días sucesivos, le vi dos veces más. En nuestro último encuentro me atreví a sacar a colación la tesis de JeanLouis Schonberg (seudónimo del barón Louis Stinglhamber), publicada en 1956 en *Le Figaro Littéraire*. Según dicho autor, Lorca murió víctima de un «ajuste de cuentas entre homosexuales», siendo uno de sus enemigos el pintor granadino Gabriel Morcillo, y otro ¡Ramón Ruiz Alonso!, «sobre quien dos testimonios dejan pesar la sospecha de inversión sexual». El lector no tendrá dificultades en imaginar la reacción del autor de *Corporativismo* al informarle de tal alegato, que hasta entonces desconocía. Se puso lívido, luego frío, y nos

dijo, midiendo cada palabra: «Le aseguro a usted que yo soy, y siempre he sido, muy viril, muy viril. ¡De modo que dicen que soy maricón! Si el señor Schonberg quiere tener la prueba de que me gustan las mujeres, ¡a ver si me manda su esposa e hijas para quince días! Tendrá así una documentación completísima sobre mis preferencias sexuales».[9]

No podía haberlo dicho con más contundencia, con más jactancia. El «obrero amaestrado» y catoliquísimo de Gil Robles, el hombre que unas semanas antes me había hablado de la hermandad de todos los seres humanos, era en el fondo un machista redomado.

La larga entrevista con Ruiz Alonso se publicó en mi libro *La represión nacionalista de Granada en 1936 y la muerte de Federico García Lorca*, editado por Ruedo Ibérico en París, en 1971. Prohibido inmediatamente por el régimen, cruzó masivamente la frontera y fue bastante comentado en la prensa, sobre todo después de ganar, en 1972, el Premio Internacional de la Prensa en Niza.

Eduardo Molina Fajardo (1975)

A partir de mediados de junio de 1970 el periodista Eduardo Molina Fajardo, director del diario granadino *Patria*, de orientación falangista, trató numerosas veces de entrevistar a Ramón Ruiz Alonso cara a cara. No tuvo más éxito que Marcelle Auclair. En 1973 el ex diputado de la CEDA le dijo por teléfono que ya tenía escrita su propia versión de los hechos, titulada *Así se escribe la Historia*, y que pensaba publicarla en el extranjero, no sabía si en vida «o cuando Dios me haya llevado». Parece seguro, por otro lado, que ya para entonces conocía mi libro.

En marzo de 1975 Molina Fajardo, casi desesperado, le llamó otra vez.

Ruiz Alonso había enviudado el año anterior y seguía viviendo en su chalet de la frondosa calle de Maestro Chapí, 7, en el barrio de Chamartín. Iba a salir muy pronto el libro de José Luis Vila-San-Juan, *García Lorca, asesinado: toda la verdad*, editado a bombo y platillo por Planeta en su colección «Espejo de España». Ruiz Alonso se subía por las paredes. Había leído en la prensa un adelanto del libro y estaba en total desacuerdo con muchas cosas que allí se decían de él. Le iba a poner una querella al autor. Y, en estos momentos, después de haberle dado largas durante cinco años, concede por fin una entrevista a Molina Fajardo. El periodista lleva consigo una grabadora pero Ruiz Alonso se niega a que la utilice, «pues le molestaban esos aparatos». Tal vez recordaba la libertad que nosotros nos habíamos tomado con él.

En contestación a la primera pregunta de Molina Fajardo, «¿quién denunció a Federico García Lorca?», Ruiz Alonso contestó: «Queipo de Llano llamó al comandante Valdés desde Sevilla, dando el domicilio donde estaba Federico García Lorca, pero sin saber que era la casa de los falangistas Rosales».

En mis entrevistas con Ruiz Alonso, éste nunca había aludido a una intervención de Queipo de Llano. Tal vez lo hacía ahora porque había leído mi libro, pero mal, porque no se trataba de una llamada de Queipo de Llano a Valdés sino al revés. Es muy improbable que en aquellos momentos Queipo de Llano estuviera pensando en Federico García Lorca o supiera que estaba en Granada, y mucho menos en casa de los hermanos Rosales. Una vez avisado del caso, eso sí, se entiende que tomara cartas en el asunto.

¿Y la escena en el Gobierno Civil aquella noche? Pero ¿qué escena? Ruiz Alonso la sigue negando tajantemente. ¿Cómo iba a zarandearle a él Cecilio Cirre? «¡Nada de eso! ¿Usted comprende que con mi cuerpo pudiera efectuar tal acción él, que era de baja estatura?»

Molina Fajardo quiere saber cuándo se enteró Ruiz Alonso de que habían matado a Lorca. Le contesta, como a Agustín Penón y a nosotros, que a la mañana siguiente, informado por el propio Valdés: «Estaba ese día malhumorado. Me dijo: “Ese pájaro… ¡García Lorca del diablo!”. Me contó que había sido fusilado durante la noche, que le habían dado la orden desde Sevilla, y estaba con notable disgusto».

En casi todo lo demás, las respuestas eran las mismas que nos había dado a Agustín Penón en 1956, y a nosotros en 1967, aunque, esto sí, Ruiz Alonso reconocía ahora que no fueron al Gobierno Civil desde la casa de los Rosales a pie, sino en coche: en el coche de Juan Luis Trescastro.[10]

No consta que Molina Fajardo, cuyo libro se publicó ocho años después, póstumamente, en 1983, volviera a hablar con Ruiz Alonso. Tampoco logró hacerlo ningún otro investigador.

Capítulo VIII
Última escena: Ruiz Alonso abandona España

La publicación por la editorial Planeta, en marzo de 1975, de la monografía de José Luis Vila-San-Juan, *García Lorca, asesinado: toda la verdad*, con la ingente publicidad generada por el premio «Espejo de España», supuso para el ex diputado de la CEDA un duro golpe. Era una indicación clarísima de lo que iba a ocurrir dentro de nada: llamadas de periodistas nacionales e internacionales, invitaciones para participar en programas de radio y televisión, tal vez amenazas, acaso escenas desagradables en la calle.

Con la muerte de Franco unos meses después, el 20 de noviembre de 1975, se produjo, casi de la noche a la mañana, un alud —contenido hasta entonces— de libros y artículos sobre la Guerra Civil, la mayoría enfocados, esta vez, después de tantas décadas de dictadura, desde el punto de vista de los perdedores. La situación del autor de *Corporativismo* era ya, de hecho, imposible. «A poco de morirse Franco —le dijo Emma Penella a Gabriel Pozo—, le entró un pánico terrible. Empezó a temer que le hicieran algo. Fue entonces cuando me contó más cosas de su juventud y se empeñó en irse a California, con mi hermana».[1]

El 5 de diciembre de 1975, efectivamente, Ramón Ruiz Alonso, viudo, con documento nacional de identidad número 50.012.507, rellenó, en un formulario de la Organización Sindical (Servicio Provincial de Encuadramiento y Colocación de Madrid), una Solicitud para Emigrar a Estados Unidos. Otra quincena después dicha Embajada le facilitaba un visado de inmigrante, firmado por el vicecónsul en Madrid, Roger Campos,

y válido hasta el 14 de abril de 1976. Como «dirección final» *(final address)* en los EE UU figuraba: «3576 Llear [sic, por Clear] Lake, N, Las Vegas Nev. 89030».[2]

En dicha dirección vivía entonces con su marido norteamericano —dueño del nombre inusual, según una revista española, de Word Messing— la cuarta hija de Ruiz Alonso, María Julia, la única que no había resultado tener vocación de actriz.[3]

Hizo bien el ex diputado de Gil Robles en escaparse de España porque, como seguramente había previsto, la muerte de Franco significó el final de su casi inmunidad ante los periodistas.

El 23 de octubre de 1977 Luis Rosales, entrevistado en RTVE por Joaquín Soler Serrano para su popular programa *A fondo,* dio públicamente su versión de la detención y muerte del poeta y pidió una mesa redonda para aclarar los hechos, «un libro blanco antes de que el tiempo se lo lleve todo». No hubo tal mesa, entre otras razones porque Ruiz Alonso ya había abandonado el país.

Preguntado por Soler Serrano acerca de lo ocurrido aquella noche en el Gobierno Civil de Granada, Rosales repitió que había hecho su declaración delante de «un centenar» de personas y evocó una vez más su violento altercado con el «obrero amaestrado» de la CEDA. Dijo que el asesinato de Lorca («el hombre más importante de España»), provocado por «la ambición política de una persona que ni representaba, ni representó ni representaría nada», le había cambiado radicalmente y para siempre la vida.

Pero Ruiz Alonso, como se ha demostrado en este libro, representaba mucho en aquella Granada de agosto de 1936. Nada más y nada menos que a «la peor burguesía de España» denunciada por el poeta.

Acerca de la vida en Estados Unidos de Ramón Ruiz Alonso no sabemos casi nada. No se conoce ninguna declaración al respecto de la hija en cuya

casa californiana se refugiara. Falleció dos años después de llegar a Las Vegas sin volver a poner los pies en España, donde ni hubo esquelas mortuorias ni se comentó en ningún medio de comunicación el hecho.

Hice todo lo que pude, antes de dar a la imprenta la primera edición de este libro, para que sus hijas Emma Penella y Terele Pávez colaborasen conmigo. No hubo manera. Les pedí bien poco. Sobre todo quería saber si alguna vez existió, si existía todavía, la versión de lo acaecido con Lorca escrita por el propio Ruiz Alonso, según su declaración al periodista Eduardo Molina Fajardo, y que se titularía *Así se escribe la Historia*.[4]

A Gabriel Pozo también le interesaba saber si existían «los apuntes del libro». Emma Penella le aseguró que no, que, con su «memoria prodigiosa», su padre «los apuntes los tenía en la cabeza».[5]

Jesús Quintero tuvo más suerte que yo con Terele Pávez, que le contestó unas preguntas sobre su padre formuladas el 22 de febrero de 1993 en el programa *La boca del lobo*, de Antena 3.Fue la primera vez, creo, que la actriz habló del asunto en público. Expresó con honda emoción el dolor que durante veinticinco años le había causado ser hija del hombre a quien acusaban, según ella injustamente, de ser el responsable de la muerte de Federico García Lorca. Defendió noblemente a su padre, padre «estupendo» que había querido comerse el mundo pero que, claro, tenía sus defectos como cualquiera. Repitió la versión que había recibido del mismo: que, al detener a García Lorca y llevarlo al Gobierno Civil, no había hecho más que obedecer órdenes; que lo dejó allí; que volvió a casa enseguida con su familia; que no tuvo nada que ver con lo que pasó después… La inolvidable actriz de *Los santos inocentes* no parecía tener una idea muy clara de la significación de su padre en aquella Granada ensangrentada: «No era nadie más que un diputadito, de pueblo, un diputado de esos […] era un diputadito y digo diputadito porque era un diputado obrero de esa época,

con sus ideas y nada más, nada más». ¿Por qué no fue al Gobierno Civil el padre del poeta para sacarlo de allí? ¿Por qué no intervinieron los Rosales? Nadie hizo nada. ¡Y luego resulta que Ruiz Alonso tuvo la culpa de todo! ¡Era un abuso!

Repasando la grabación de la entrevista es imposible no sentir compasión por ella. Pero los hechos son los hechos, y en una sociedad libre nadie puede impedir que se investiguen. Ni Ruiz Alonso fue el «diputadito» pueblerino que cree su hija, sin importancia ninguna, ni el hombre que «no representaba nada» de Luis Rosales. No fueron inocentes sus actuaciones y sus palabras durante aquellos terribles días en que una denuncia solía ser una sentencia de muerte.

La denuncia. Hemos llegado a la conclusión de que la que inició la persecución de Lorca, y luego su muerte, partió del seno de Acción Popular, del núcleo duro del partido al cual pertenecían, al lado de Ruiz Alonso, Luis García-Alix Fernández, Juan Luis Trescastro Medina, los hermanos Jiménez de Parga, Jesús Casas Fernández y los hermanos Horacio y Miguel Roldán, lejanos primos del poeta. ¿Querían con ella dañar sobre todo a los falangistas hermanos Rosales? Es posible, aunque hay que repetir y subrayar que la persecución empezó en la Huerta de San Vicente, con las visitas vejatorias de los Roldán, del capitán Rojas y de otros, antes de que Lorca se refugiara en la calle Angulo. Si el poeta se hubiera quedado en la Huerta es muy posible que lo hubieran matado de todas maneras. Al refugiarse con los Rosales, sus enemigos de Acción Popular pudieron lograr, eso sí, dos objetivos a la vez: deshacerse del poeta y dañar a la Falange.

Queda en la memoria la frase atribuida por Miguel Rosales a Ruiz Alonso, cuando le preguntó a éste por las razones de la detención del poeta: «Hizo más daño con la pluma que otros con la pistola». La frase, tan

contundente, nos recuerda unas palabras publicadas en Londres, en mayo de 1937, por el marqués de Merry del Val, en respuesta a una declaración de la Embajada de España sobre los asesinatos cometidos en la zona nacional. El marqués no tuvo el menor empacho en declarar que Lorca se merecía su muerte:

> Los abogados «socialistas» (léase mejor «comunistas») J. A. Manso, Rufilanchas[*] y Landovre,[*] así como el poeta García Lorca, cuyo mérito literario quedaba muy por debajo de su celo político, eran peligrosos agitadores que abusaban de su talento y educación para conducir a las masas ignorantes por malos caminos, exclusivamente en su propio beneficio. Como las demás personas citadas, todos ellos fueron ejecutados después de ser condenados por un tribunal militar.[6]

¿Tribunal militar? En absoluto, ¡y aunque hubiera habido! Así era la mentalidad que justificaba acabar con la vida del «peligroso agitador» llamado Federico García Lorca. Mentalidad que compartían Ramón Ruiz Alonso —ahí están sus palabras escritas y publicadas y emitidas por la radio— y sus correligionarios. ¿No había dicho Ruiz Alonso, además, siendo «diputadito» de la CEDA, que sobraban intelectuales en España, intelectuales como el «judío» Fernando de los Ríos, que envenenaban el alma del proletariado? Lorca era uno más, incompatible con la España que querían imponer los fascistas.

El comandante José Valdés Guzmán dejó de ser gobernador civil de Granada en abril 1937, fue herido en una acción de guerra y murió el 5 de marzo de 1939.[7] Según las declaraciones de su hijo Francisco Valdés Escobar, hechas en 1976 al periodista granadino Eduardo Molina Fajardo —declaraciones en muchos momentos esperpénticas—, su padre dejó perfectamente ordenada su documentación de la guerra. La carpeta número 8, empero, marcada «Asunto García Lorca», estaba vacía.

Valdés Escobar llegó a la conclusión de que el autor de sus días, ya

víctima de las secuelas de aquel «asunto», había entregado el contenido de la carpeta a las autoridades franquistas en Valladolid. Pero nunca más se ha sabido de aquellos papeles, si es que realmente existieron. Y es doloroso.[8]

En 2009 se buscaron infructuosamente, en Alfacar, los restos de Lorca y sus tres compañeros de infortunio. Otro intento en un paraje cercano está actualmente parado. El poeta había aventurado en unos versos compuestos en Nueva York, quizás intuyendo el fin que le esperaba, que no aparecería nunca su cuerpo:

Cuando se hundieron las formas puras
bajo el cri cri de las margaritas
comprendí que me habían asesinado.
Recorrieron los cafés y los cementerios y las iglesias.
Abrieron los toneles y los armarios.
Destrozaron tres esqueletos para arrancar sus dientes de oro.
Ya no me encontraron.
¿*No me encontraron*?
No. No me encontraron...[9]

En cuanto a los despojos de Ramón Ruiz Alonso, la familia trajo la urna con sus cenizas a Madrid. Hoy yacen, sin que figure el nombre, en la tumba de la familia Ruiz Penella en el sacramental de San Justo, donde ingresaron el 17 de octubre de 1982.[10] «Tuve miedo a que alguien viera su nombre y la profanara», le explicó Emma Penella, en 2003, a Gabriel Pozo.[11]

Agradecimientos (2007)

Si tuviera que dar las gracias a todas las personas que de alguna manera han contribuido a este libro desde los lejanos tiempos en que empecé a investigar el asesinato de Federico García Lorca, la relación contendría centenares de nombres. Puesto que la mayoría de éstos figuran en listas de agradecimiento anteriores, no los voy a repetir aquí (que me perdonen desde este mundo o el otro). En cuanto a quienes me han ayudado últimamente, quiero agradecer en primer lugar a Amanda Martínez, la excelente documentalista del diario granadino *Ideal*, así como al director del mismo, Eduardo Peralta, y a los otros amigos de la redacción que hicieron tan placenteras las horas pasadas entre ellos. También agradezco a la bibliotecaria Isabel Fajardo, que me ayudó en mis pesquisas sobre los estudios de Ruiz Alonso en la Escuela Social del Trabajo de Granada y dio con el expediente suyo conservado en el Archivo de la Facultad de Ciencias del Trabajo (que tuvo la amabilidad de mostrarme D. Gerardo Benavides López, administrador de dicha Facultad). Desde Salamanca, el secretario del colegio salesiano de María Auxiliadora, D. Casimiro Díez, me mandó documentación sobre el currículo escolar en aquel establecimiento de Ruiz Alonso y sus hermanos; para él también mi reconocimiento. Estoy en deuda con mi amigo Juanjo Ibáñez, por pertinentes orientaciones en su momento; con Juan de Loxa, ex director de la Casa-Museo de Lorca en Fuente Vaqueros, por documentación relevante y frecuentes intercambios lorquianos; con Inmaculada Hernández, de la misma Casa-Museo, que me envió amablemente numerosas fotocopias; con Víctor Fernández por su

pericia investigadora y su generosidad a la hora de compartir sus descubrimientos; con Rosario Moreno Galiano, de la Biblioteca Hispánica de la Agencia Española de Cooperación Internacional en Madrid (AECI); con Rafael Inglada, otro ratón de hemeroteca; con Emilio Ruiz Barrachina, autor del documental sobre la muerte de Lorca, *El mar dejó de moverse*, con quien tuve frecuentes y útiles conversaciones sobre la muerte del poeta; con Mercedes Herrero, que en la muy hermosa biblioteca del Congreso de los Diputados me buscó amablemente la escasa documentación que allí se conserva sobre Ruiz Alonso; y, cómo no, con Miguel Caballero y Pilar Góngora, no sólo por las muchas horas pasadas con ellos departiendo sobre el trasfondo familiar y *veguero* del poeta sino por permitirme leer el borrador de su magno estudio, fruto de años de trabajo, *Negocios y política de Federico García Rodríguez y el asesinato de Federico García Lorca*, que pronto verá la luz.

Principales fuentes citadas en el texto

Auclair, Marcelle, *Enfances et mort de Garcia Lorca*, París, Seuil, 1968.

Brenan, Gerald, «Granada», capítulo 6 de *The Face of Spain*, Londres, The Turnstile Press, 1950, pp. 122-148.

—, *El laberinto español*, París, Ruedo Ibérico, 1962.

Caballero, Miguel y Pilar Góngora Ayala, *La verdad sobre el asesinato de García Lorca*. *Historia de una familia*. Prólogo de Ian Gibson. Madrid, Ibersaf, 2007. Incluye un DVD del documental de Emilio Ruiz Barrachina (véase abajo), *El mar deja de moverse*.

Caballero Pérez, Miguel, *Las trece últimas horas en la vida de Federico García Lorca*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2011.

Couffon, Claude, «Ce que fut la mort de Federico García Lorca», *Le Figaro Littéraire*, París, núm. 278, 18 de agosto de 1951, p. 5.

Chávez Camacho, Armando, «La verdad sobre España. Ramón Serrano Súñer, el hombre más discutido de España. “Nuestra guerra fue más feroz que la revolución rusa”. Absurda mixtura de consejero y pariente», *El Universal Gráfico*, México, 2 de enero de 1948, pp. 1 y 13.

Fernández Castro, José, «Hojas de unas memorias. ¿Pudo perderse “La casa de Bernarda Alba”?», *Ideal*, Granada, 2 de enero de 1985, p. 3.

Fernández Puertas, Víctor, «La carta que cuenta el asesinato de Lorca», *La Razón*, Barcelona, 4 de junio de 2007, p. 49.

—, «El hombre que se llevó a la tumba el secreto de Lorca», *ibid*., 20 de diciembre de 2009, pp. 70-71.

Franco, Francisco, *Palabras del Caudillo. 19 de Abril de 1937-7 de Diciembre de 1947*, Madrid, Editora Nacional, 1943.

García Buñuel, Pedro Christian, *Recordando a Luis Buñuel*, Zaragoza, Diputación Provincial y Ayuntamiento, 1985.

García Lorca, Federico, *Obras completas*, edición de Miguel García-Posada, Barcelona, Galaxia Gutenberg/ Círculo de Lectores, 4 tomos, 1996.

García Lorca, Francisco, *Federico y su mundo*, edición y prólogo de Mario Hernández, Madrid, Alianza, 2ª ed., 1981.

Gibson, Ian, *Queipo de Llano. Sevilla, verano de 1936 (con las charlas radiofónicas completas)*, Barcelona, Grijalbo, 1986.

—, *La noche en que mataron a Calvo Sotelo*, Barcelona, Argos Vergara, 1986.

—, *Federico García Lorca*. II. *De Nueva York a Fuente Grande*, Barcelona, Grijalbo, 1986.

—, «Agustín Penón en Granada», prólogo a Agustín Penón, *Diario de una búsqueda lorquiana* (véase abajo), pp. 11-15.

—, *El asesinato de García Lorca*, Madrid, Punto de Lectura, 2005.

—, *Vida, pasión y muerte de Federico García Lorca*, Barcelona, DeBolsillo, 2006.

Gil-Albert, Juan, *Memorabilia (1934-1939)*, en Gil-Albert, Juan, *Obras completas en prosa*, Institución Alfonso el Magnánimo, Diputación Provincial de Valencia, tomo 2, 1982.

Gil Robles, José María, *No fue posible la paz*, Barcelona, Planeta, 1968.

Gollonet y Megías, Ángel y José, Morales López, *Rojo y azul en Granada*, Granada, Prieto, 1971.

Higuera Rojas, Eulalia-Dolores de la, «Habla el chófer de García Lorca», *Gentes*, Madrid, núm. 37 (24 de abril de 1977), pp. 30-33.

—, *Mujeres en la vida de García Lorca*, Editora Nacional/ Diputación de Granada, 1980.

Jackson, Gabriel, *La República española y la Guerra Civil 1931-1939*, Barcelona, Crítica [1967]; citamos de la 3ª reimpresión, 1981, de la 2ª edición de 1976.

Lanzas, Roberto [seudónimo de Ramiro Ledesma Ramos], *¿Fascismo en España? (Sus orígenes, su desarrollo, sus hombres)*, Madrid, Ediciones de La Conquista del Estado, Talleres gráficos de Ernesto Giménez, 1935.

Martínez Barrio, Diego, *Memorias*, Barcelona, Planeta («Espejo de España»), 1983.

Martínez Nadal, Rafael, «El último día de Federico García Lorca en Madrid», en *Residencia. Revista de la Residencia de Estudiantes*, México, número conmemorativo, 1963, pp. 58-61.

Molina Fajardo, Eduardo, *Los últimos días de García Lorca*, Barcelona, Plaza y Janés, 1983.

Molina Fajardo, Federico, *García Lorca y Víznar. Memorias del general Nestares*, Granada, Ultramarina, 2012.

Morla Lynch, Carlos, *En España con Federico García Lorca (Páginas de un diario íntimo, 1928-1936)*, Madrid, Aguilar, 1958. Payne, Stanley G., *Falange. A History of Spanish Fascism*, Londres, Oxford University Press, 1961.

Penón, Agustín, *Diario de una búsqueda lorquiana*, edición de Ian Gibson, Barcelona, Plaza y Janés, 1990.

—, *Miedo, olvido y fantasía. Crónica de su investigación sobre Federico García Lorca (1955-1956)*, edición de Marta Osorio, Granada, Editorial Comares, 2001.

Pozo Felguera, Gabriel, *Lorca, el último paseo. Claves para entender el asesinato del poeta*, Granada, Ultramarina, 2009.

Preston, Paul, *La destrucción de la democracia en España*, Madrid, Turner, 1978.

Ramos Espejo, Antonio, «En Valderrubio, Granada. La casa de Bernarda Alba», *Triunfo*, Madrid, 6ª serie, núm. 4 (febrero de 1981), pp. 58-63.

—, «El capitán Rojas en la muerte de Federico García Lorca», *Diario de Granada*, 16 de febrero de 1984, pp. 16-17.

—, *El 5 a las cinco con Federico*, Sevilla, Editoriales Andaluzas, 1986.

Ridruejo, Dionisio, *Casi unas memorias*, Barcelona, Planeta («Espejo de España»), 1976.

Rodríguez Valdivieso, Eduardo, «Horas en la Huerta de San Vicente. Una dolorosa mirada a los

últimos días de Federico García Lorca», *El País*, Madrid («Babelia»), 26 de agosto de 1995, p. 8.
Rosales, Gerardo, *El silencio de los Rosales*, Barcelona, Planeta, 2002.
Ruiz Alonso, Ramón, *Corporativismo*, prólogo de Gil Robles, Salamanca, 1937.
Seco de Lucena, Luis, *Anuario de Granada*, Granada, Tip. *El Defensor de Granada*, 1917.
Southworth, Herbert R., «The Falange: An Analysis of Spain's Fascist Heritage», en *Spain in Crisis*, edición de Paul Preston, Hassocks (Inglaterra), The Harvester Press, 1976, pp. 1-22.
Suero, Pablo, *España levanta el puño*, Buenos Aires, 1936.
Thomas, Hugh, *La guerra civil española*, 2 tomos, Barcelona, Grijalbo, 1978.
Titos Martínez, Manuel, *Verano del 36 en Granada. Un testimonio inédito sobre el comienzo de la guerra civil y la muerte de García Lorca*, Granada, Editorial Atrio, 2005.
Vaquero Cid, Benigno, «¿Por qué mataron a García Lorca?», artículo inédito, fechado 17 de septiembre de 1998 (copia regalada por el autor a Ian Gibson). Vila-San-Juan, José Luis, *García Lorca, asesinado: toda la verdad*, Barcelona, Planeta, 1975.

Apéndice 1

Carta sin fecha de un granadino anónimo recibida por Luis Rosales a raíz, según parece, de la entrevista que le hiciera en 1976, en el programa *A Fondo* de RTVE, Joaquín Soler Serrano. En el curso de la misma Rosales dijo que, cuando hizo su declaración en el Gobierno Civil de Granada la noche del 16 de agosto de 1936, hubo «cien personas» en la sala, algunas de las cuales seguramente vivían todavía y podrían dar fe de lo ocurrido. Fue lo que provocó la repelente misiva que sigue, fotocopia de la cual nos regaló amistosamente el poeta. Hemos corregido ligeramente su malísima ortografía y falta de puntuación.

Sr. Don Luis Rosales Camacho, Madrid.

Muy Sr. mío: He oído sus palabras televisadas sobre la denuncia del POETA GRAN POETA POR SU TRÁGICA MUERTE, la que yo como todo Español lamentamos, y sentimos, si en lugar de caer García Lorca hubiera muerto Vd. y vivido su tragedia, que repito sentimos enormemente, hoy, el GRAN POETA, el hombre bueno y excepcional, sería Vd. comentado por él, pero ha caído Lorca, y Vd. como hombre como español y como poeta, es Vd. una puñetera MIERDA, y quiere explotar la muerte de García Lorca, ya que la suya es hasta ridícula y pobretona. Hablemos Sr. Rosales claro, repitiendo nuestro pesar por Lorca. Este Poeta, hoy Gran Poeta gracias a su trágica muerte, ya bastante movida mundialmente, fue, creo que Vd. lo sabe mejor que yo, por ser por lo menos entonces de la misma calaña, un maricón, que a través de su homosexualidad, tuvo la desgracia, no como político, pues él no lo era, al principio, de hacer amistad con el asqueroso en todos los conceptos de Ruiz Carnero, entonces Director del DEFENSOR DE GRANADA, por añadidura comunista, también se unió en estrecha amistad, por mariconería, con los hermanos García Carrillo, Pepe y Paco, todos maricas, estas reuniones de tipo homosexual fueron la perdición de García Lorca, si este poeta, en vez de hacerse amigo buscando la mariconería, a la que creo estaba Vd. incluido, hubiera entablado amistad con homosexuales de derechas la cosa hubiera variado. García Lorca, Poeta, GRAN POETA POR SU TRÁGICA MUERTE, no era político, sí amigo, por maricón,

con todas estas gentes de izquierdas y maricones, que es lo que él buscaba, y le gustaba. Lamentamos su muerte, como lamentamos la de José Antonio, Calvo Sotelo, Víctor Pradera, y tanto y tanto que valían muchísimo más que el tan llorado Poeta granadino, dejemos descansar a los muertos y Vd. siga haciendo el payaso como poeta, pues de poesía, yo que soy un profano en esa materia, estoy por encima de Vd. Fue una lástima que Vd. no fuera fusilado, hoy si así hubiera ocurrido sería Vd. uno de los primeros poetas de España, y todos cantarían, y romperían sus plumas en alabanza a su gran poesía. Es Vd. una mierda puesta al sol y deje en su tumba quietecito a García Lorca.

Yo, yo Sr. Rosales, estoy bien enterado de todo lo pasado, pudo evitarse su muerte, el primero en alegrarse sería yo, pero tenga la seguridad, que todo fue lamentable, era una guerra marxista, y como en todas las guerras no se puede matizar mucho a la hora de la Verdad, el comandante Valdés salvó a Granada del comunismo, como Queipo de Llano a toda Andalucía, y Franco a toda España. Veremos ahora que la historia se repite, Dios quiera se salve nuevamente España, como en aquella época, quien resulta ese GRAN POETA, Mártir del culo, como Vd., pero Vd. mucho más hijo de puta que los que le rodean, consiga, ya es tarde, hacerse un poeta, pero con su pluma, no a través de una muerte, lamentable, pero casi lógica en una revolución. Que conste que nunca fui amigo, personal, ni político, de este mucho menos, ni de Ruiz Alonso, al cual repudio, ni de los otros Srs. que Vd. indica. Paz a los muertos, y gane, si es capaz, un puesto que hasta hoy no ha conseguido en la poesía española.

Uno de esos CIEN GRANADINO[S] QUE
VD/PIDE/

En su familia sólo hubo un buen Falangista, que sigue siéndolo PEPINIQUE [sic]. García Lorca murió, por su mariconería, al lado de los enemigos de España. Nuevamente lamentable, pero inevitable (D.C.E.P.), como tantos miles cayeron al servicio de Dios y de su Patria, España, Sr. Rosales cuántas mesas redondas tendríamos que reunir. Hoy se pasean por España, entre otros, el mayor criminal, el que fusiló a tanto y a tanto GARCÍA LORCA, y a tanto y a tanto muchísimos mejores miles de veces que Lorca.[*] PAZ A LOS MUERTOS.

Apéndice 2

El artículo publicado por Melchor Fernández Almagro en *La Vanguardia*, Barcelona, el 6 de mayo de 1939, p. 3, gustó a Gregorio Marañón, entonces todavía en París, e inspiró la carta dirigida desde la capital francesa a Fernández Almagro por Manuel Luna, en la cual éste se jactaba de haber pertenecido a la «ronda depuradora» de Ramón Ruiz Alonso y de haber participado en el asesinato de Federico García Lorca.

En su emocionante libro *Recuerdos míos* (Barcelona, Tusquets, 2002), dictado poco antes de su muerte, Isabel García Lorca narra cómo, al recriminar su hermana Concha aquel mismo 1939 a Fernández Almagro este alocado y ruin artículo, su autor —tan amigo en los felices tiempos de Federico— se cayó al suelo, desmayado, y tuvieron que llamar a un médico.

GENEALOGÍA DE LOS ROJOS

Extranjera tenía que ser —dado su alejamiento de nuestras realidades— la persona que acaba de preguntarnos:

—Pero, ¿es que, entre los rojos, no había más que criminales…?

Quien así expresaba cierto asombro, no se decidía a creer que en las redadas hechas por la Policía, de traidores a España, no figurasen hombres de pensamiento más o menos peligroso o envenenado, que, por alguna circunstancia de su vida o de su carácter, pudiesen merecer, siquiera en grado mínimo, una presunción de buena fe; sino criminales natos y netos, responsables de delitos comunes, con todas sus consecuencias, sin nada que justificase, ni muchísimo menos, ninguna interpretación benigna de ideas y conductas. Criminales todos, en efecto…

Con veracidad irrecusable, afirmó Menéndez Pelayo que ningún heterodoxo español se levantó jamás tres palmos sobre el suelo. Pero si no contamos, por ejemplo, con un protestante de talla digna de especial consideración, tampoco la ha alcanzado, ya en lo contemporáneo, afiliado alguno al socialismo o al anarquismo, herejías de nuestra edad. Unos y otros se han limitado a seguir, sin

matices propios, desprovistos de personalidad intelectualmente estimable, las doctrinas aprendidas en los libros… —si en los libros las aprendieron—, o en las conversaciones de los «clubs», cafés y tabernas. El marxismo, al cabo, es una teoría, venenosa en grado máximo, pero teoría que requiere estudio. Y es típico de los marxistas españoles, que llegaron a profesarla, sin pretensiones ideológicas de ninguna especie, como las manifestadas por sus correligionarios de los países escandinavos, de Bélgica o de Inglaterra, donde se infiltran por sinuosos caminos de proselitismo intelectual. Por lo que hace a España, las llamadas Casas del Pueblo no tenían otras puertas francas que la del odio a todo lo existente, y la del crimen, encubierto o palmario.

De suerte, que ninguno de los fementidos sujetos que han ganado, por salpicaduras de la sangre vertida, el título de «rojos», puede contar con antecedentes, de cierta índole, en la historia del pensamiento español, porque el capítulo que pudiera afectarles está por escribir, y la materia por ser producida… El pensamiento español nunca ha sido rojo. Y si, entre otros fenómenos de menor cuantía se ha dado el krausismo, es evidente que ni éste trascendió a la masa, quedando confinado a unas cuantas tertulias de salas universitarias, ni directamente influyó en la desmoralización de la conciencia popular. Los krausistas cometieron pecados y yerros a los que no es ajeno el muy grave de sembrar las horrendas negaciones que han dado frutos de sangre, harto conocidos. Pero ellos, personalmente, no practicaron el crimen, y aun se mostraron opuestos, con remilgos no sabemos hasta qué punto sinceros, a la efusión de sangre.

Más que los hombres del 73, promotores de una República, antes contraria al sentimiento nacional por sus principios que criminal por sus procedimientos, quienes marcan el abolengo de los rojos de hoy son las turbas que, en cualquier momento de nuestra azarosa historia contemporánea, se lanzaron al pillaje en toda su escala, al crimen en todas sus formas, al franco asesinato…

Plantado, en una de las encrucijadas que, de vez en cuando, solían presentar la opción alternativa a la ley o a la anarquía, don Francisco Martínez de la Rosa, en 1821, escapó por la fácil línea de la literatura al uso, diciendo unas palabras que bien pueden definir el equívoco propio del liberalismo democrático de la Monarquía constitucional y de la República burguesa. A saber: «No veo la imagen de la libertad en una furiosa bacante, recorriendo las calles con hachas y alaridos; la veo, la respeto, la adoro, en la figura de una grave matrona que no se humilla ante el poder, que no se mancha con el desorden…». La invencible fuerza suasoria de la realidad en torno, hizo saber al buen Martínez de la Rosa que la matrona de su símil no sólo se manchaba con el desorden, sino con las violencias de mayor infamia, y que, pese a todos los distingos, se comportaba exactamente igual que la «furiosa bacante» por él apostrofada. Con una u otra retórica, han sido muchos los políticos que han creído, por modo análogo, que la libertad, paradójicamente, es una prudente y dócil pupila, capaz de plegarse al gusto de sus tutores. Los republicanos de 1931 no recogieron lección alguna del pasado, y sin prever —porque unos no podían y otros no querían— la degradación del pueblo en plebe, se lanzaron al ensayo de un régimen sin principios, frenos, ni contrapesos. Las premisas de aquellos juristas con gorro frigio prejuzgaron la conclusión que los descamisados de siempre no tardaron en deducir.

En semejante proceso debieron reparar cuantos guardasen memoria de Francisco Ferrer Guardia, verdadero progenitor del republicanismo que puso a España en trance de muerte. Éste sí que quiso todo lo que las turbas ensayaron en 1909 y volvieron a realizar, en mucha mayor escala, con extensión e intensidad insuperables, en toda la España del Frente Popular. Ferrer Guardia empezó por ser un republicano progresista, de los que creían en Ruiz Zorrilla, empeñado en sacar de su chistera la paloma imposible de una «República de orden». Y acabó siendo anarquista de los auténticos, de los que derivaron resueltamente al delito sin atenuaciones: seductor de mujeres para robarlas, confabulado con las Internacionales para toda empresa de destrucción, aquí o allá; inductor de terribles atentados, cuando no participante directo en su perpetración; flor genuina de las logias más caracterizadas, que hizo de la dinamita, de la tea, y del puñal, instrumentos de acción política y de pedagogía societaria. El tronco de los revolucionarios anarco-marxistas que hubieran dado al traste con nuestra España, de no mediar, providencialmente, la espada de Franco, está en Ferrer, y éste, a su vez, hinca sus raíces en la más infame tradición de los crímenes del siglo XIX. Sus discípulos inmediatos, los «jóvenes bárbaros de 1909», a través de años y generaciones, se enlazan, hacia atrás, con los que en el trienio liberal asaltaron la Cárcel de la Corona para asesinar al cura Vinuesa; con los que, en 1834, se dieron a feroz matanza de frailes; con la Mano Negra; con el bandolerismo andaluz; con los anarquistas del fin de siglo, que sembraron el terror en Barcelona… Y se enlazan, hacia adelante, con los pistoleros del sindicalismo y de otras tenebrosas Organizaciones, dentro y fuera de Cataluña; con los revolucionarios de 1917, que ya volaron trenes e iniciaron el macabro sistema de los «paseos»; con los dinamiteros de Asturias, de 1934; con los que, bajo la capa del Poder público, se especializaron, en estos últimos años, en los distintos ramos del crimen: asalto de fincas, incendio de edificios religiosos y civiles, caza de hombres…

No es otra la genealogía de los rojos, asesinos y desvalijadores de España. La existencia entre aquéllos de algún que otro abogado, de unos cuantos catedráticos y hasta de algunos sedicentes católicos, no quiso decir que en la siniestra familia ácrata-marxista se diesen matices varios de carácter ideológico o de extracción social, sino que todos, solidariamente, se hundían en una común traición a lo más puro y noble del genio hispánico.

M. Fernández Almagro



TIEMPO QUE HACE

IDEAL

AÑO II Granada, viernes 17 de noviembre de 1933 NÚM. 445

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Granada capital, un mes 3,00 pts.
Id. provincia, trimestre 9,00 »
Provincias, trimestre . . 9,00 »
América, un año . . . . 38,00 »
Extranjero, un año . . . 60,00 »
PAGO ADELANTADO

Redacción: Teléfono 1725 SAN JERONIMO, 62 Administración: Teléfonos 1745 — 1747

Veinticuatro muertos en el vuelco de un camión entre Castril y Huéscar

ERAN TODOS LOS OCUPANTES DEL VEHICULO MENOS UNO QUE RESULTO GRAVE

REGRESABAN DE UN MITIN DE PROPAGANDA ELECTORAL SOCIALISTA

Durante el día de ayer, la campaña electoral, activísima en toda España, no dio lugar a incidentes de importancia

UN GRANDIOSO MITIN DERECHISTA EN GRANADA

PRONTO HABRA AMNISTIA POLITICA EN ALEMANIA

EN EL MITIN DE LAS DERECHAS

1. Ramón Ruiz Alonso hablando en un acto electoral de 1933. Primera plana de *Ideal*, Granada, 17 de noviembre de 1933. (Archivo de *Ideal*, Granada)



TIEMPO QUE HACE

IDEAL

AÑO II — Granada, domingo 19 de noviembre de 1933 — NUM. 447

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Granada capital, un mes 7,00 pts.
Id. provincia, trimestre
Provincias, trimestre
América, un año
Extranjero, un año
PAGO ADELANTADO

cción: Teléfono 1725 — SAN JERONIMO, 62 — Administración: Teléfonos 1745 — 1747

y, todos los españoles pueden influir en los rumbos de su Patria

ESTOS NUEVE NOMBRES, CON EL DE DON JOSE CAZORLA SALCEDO, DEBEN SER HOY VOTADOS

n Manuel La-Chica Damas — Don Rafael Montes Díaz — Don Julio Moreno Dávila

n Carlos Morenilla Blanes — Don Ramón Ruiz Alonso — Don José Pareja Yévenes

n Juan Félix Sanz Blanco — Don Francisco Roca Yévenes — Don Enrique Jiménez Molinero

DURANTE CUATRO AÑOS SE GOBERNARA CONFORME ELLOS QUIERAN DECIDIR AHORA

En Granada estará perfectamente garantizada la libertad del sufragio y evitados todos los riesgos

UNA ALOCUCION DE GIL ROBLES A TODOS LOS ELECTORES

Con ella y un discurso, también radiado, del jefe del Gobierno terminó la propaganda

EXITOS DERECHISTAS EN MARACENA, PINOS PUENTE Y CHAUCHINA

GRANADA.—Una avería en la fábrica de electricidad dejó anoche a oscuras la población algunos minutos. (Pág. 10). Un hombre resulta herido de un navajazo en una riña. En Huéscar se celebraron solemnemente los funerales por las víctimas del puente de Duda. En Loja, un joven se hace dos disparos en el vientre. (Pág. 4)

EN TUS MANOS ESTA LA SUERTE DE ESPAÑA

CAMPAÑA ELECTORAL.—La propaganda para las elecciones terminó con sendas alocuciones del señor Gil Robles a los electores de toda España y a los interventores de Acción Popular en Madrid (Pág. 7) y con un discurso del jefe del Gobierno. El ministro de la Gobernación dará hoy cuenta por radio, de la marcha de las elecciones (Pág. 9). Las derechas granadinas cierran el ciclo de su propaganda con mítines en Maracena, Pinos Puente y Chauchina, que son tres grandes éxitos (Págs. 3 y 6). El jefe de propaganda de la Derecha Regional Valenciana es asesinado. (Pág. 8)

¡VOTAD A LA COALICION DERECHISTA!

SOCIALES.—Huelga general de transportes en Barcelona. Ayer tuvieron que ser conducidos los tranvías por marineros. Se movilizan doscientos sesenta policías de la escuela de la Generalidad, para que conduzcan los tranvías, autobuses y Metro. Los obreros de Trubia se reintegran al trabajo. La huelga general de Palma de Mallorca parece una maniobra electoral. (Página 10)

EL ABSTENERSE ES UNA TRAICION

EXTRANJERO.—Al agresor del canciller Dollfuss le ha sido impuesta una condena curiosa. Dos muertos y varios heridos en dos choques de trenes en Alemania. Dos aviadores muertos carbonizados en Francia. Marcha de Cuba el embajador norteamericano. (Pág. 10)

NO TACHES NI SUSTITUYAS UN NOMBRE

DEPORTES.—Resultados de los encuentros de la primera y segunda División de Liga. El Valencia gana al Betis por dos a uno. (Página 4)

LOS RESULTADOS ELECTORALES

Mañana, a las siete de la tarde, publicará (D. m.) IDEAL una edición extraordinaria con los resultados completos de las elecciones de hoy

2. Ruiz Alonso (centro, segunda fila) y otros candidatos de la derecha granadina en 1933. Primera plana de *Ideal*, Granada, 19 de noviembre de 1933. (Archivo de *Ideal*, Granada)



TIEMPO QUE HACE

...ge probable para hoy, según ...vicio Meteorológico: ...tabria y Galicia, llovizas y ma... ...a, Cataluña, Levante y Balea... ...elo con nubes, ...ados. ...de España, cielo nubloso a ...so.

IDEAL

AÑO II — Granada, miércoles 22 de noviembre de 1933 — NUM. 449

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Granada capital, un mes	2,00 pts.
Id. provincia, trimestre	6,00 »
Provincias, trimestre	6,00 »
América, un año	36,00 »
Extranjero, un año	65,00 »

PAGO ADELANTADO

...ción: Teléfono 1725 — SAN JERONIMO, 62 — Administración: Teléfonos 1745 — 1747

...derechas tienen ya ciento sesenta y ocho diputados en total

TODOS LOS DEMAS PARTIDOS JUNTOS SOLO ALCANZAN A CIENTO TREINTA Y NUEVE

AUN ESTAN EN LITIGIO CIENTO SESENTA Y CINCO ACTAS DEL FUTURO PARLAMENTO

La coalición antimarxista granadina llevaba anteanoche computados 18.000 votos más que los socialistas

PARECE QUE NO HABRA CONJUNCION REPUBLICANO-SOCIALISTA

Tiroteo entre comunistas y la fuerza pública junto a la Casa del Pueblo de Madrid

EL REY DE INGLATERRA, INTERRUMPIDO EN EL PARLAMENTO

GRANADA.—Todos los estudiantes granadinos toman posesión del local de la FUE, colocando en él un Crucifijo y rezando una oración por la paz entre todos los compañeros. Unos desconocidos roban dos paquetes de géneros, de un carro. Un automóvil es arrollado por un tranvía, sin que ocurrieran desgracias. (Pág. 4). La Comisión de Policía Urbana concede numerosas licencias para la instalación de puestos públicos. (Pág. 8). El Prelado envía su pésame por la catástrofe del puente de Dúrcal. A Antequera han llegado veintitrés guardias de Asalto. Los comités agrario y radical de la Zubia obsequian con un banquete a sus juventudes respectivas. (Página 10)

RESULTADOS ELECTORALES.—Los datos recibidos anoche de Madrid arrojan los siguientes resultados:

Derechas

Acción Popular	66
Agrarios	53
Tradicionalistas	18
Nacionalistas Vascos	10
Renovación Española	8
Independientes	13
Total	168

Otros partidos

Radicales	56
Socialistas	50
Conservadores	9
Radicales socialistas independientes	4
Acción Republicana	4
Progresistas	3
Radicales socialistas	1
Independientes	4
Total	139

Faltan por cubrir en total 167 puestos. Entre estos resultados figuran ya los de Madrid (capital) donde se proclaman once socialistas y seis derechistas. No habrá, pues, segunda vuelta. Azaña tiene acta por Bilbao. (Pág. 7). La candidatura de radicales, agrarios y derechas llevaba anoche diez y ocho mil votos de ventaja a la socialista. (Página 5)

SOCIALES.—En Palma de Mallorca resultan dos heridos en colisión con la fuerza pública. En Santander, la policía descubre un gran número de bombas, armas y municiones. En Bilbao, es clausurado un Sindicato afecto a la C. N. T. (Pág. 9)

EXTRANJERO.—Un diputado socialista interrumpe al Rey de Inglaterra cuando leía su mensaje al Parlamento. Lindbergh ha salido de Portugal para las Azores. (Pág. 9)

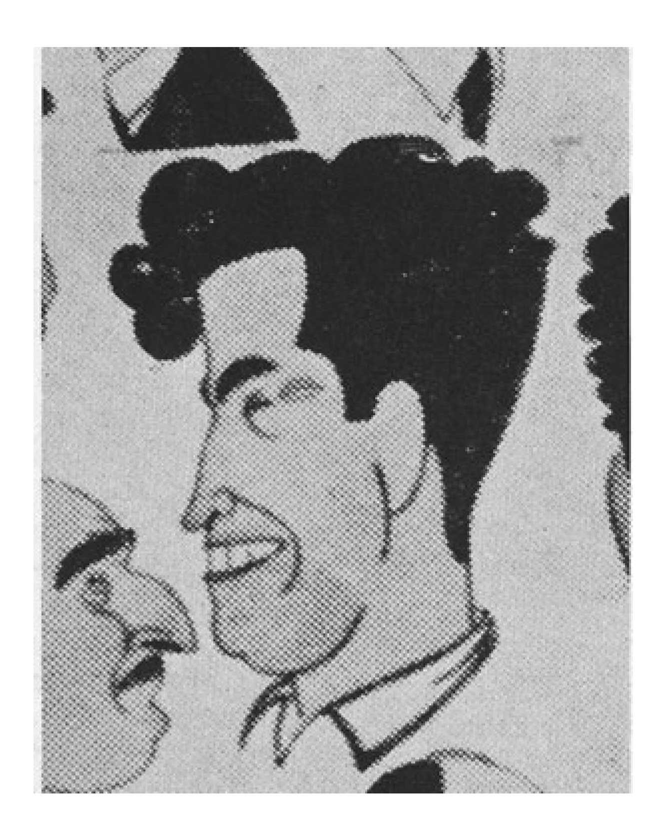
LOTERIA NACIONAL.—Lista de los números premiados en el sorteo celebrado ayer (Página 4)

DE LAS ELECCIONES DEL DOMINGO

...: Durante las elecciones del domingo, el candidato obrero, señor Ruiz Alonso, recorrió, con un grupo de correligionarios, las calles de Santa Fe, donde fue objeto de manifestaciones de simpatía (Foto Guerrero)

...: Entre las numerosas monjas que el pasado domingo emitieron su sufragio en los colegios electorales, aparece en nuestra foto esta dominica, en el momento de entregar al presidente de la mesa la papeleta con su voto. (Foto Vidal)

3. Foto superior, Ruiz Alonso (primera fila, segundo por la izquierda) en Santa Fe acompañado de Juan Luis Trescastro (con traje cruzado) y otros correligionarios de Acción Popular. Primera plana de *Ideal*, Granada, 22 de noviembre de 1933. (Archivo de *Ideal*, Granada)



4. Ruiz Alonso visto por el caricaturista Sirio en 1933.



5. Ruiz Alonso (última fila, cuarto desde la izquierda) en el homenaje al director de *Ideal*, Pedro Gómez Aparicio, noviembre de 1934. (Archivo de *Ideal*, Granada)



IDEAL

"...ueremos que toda España sea de la clase media"

«Acción Popular no es un partido de burgueses, ni de fascistas ni de monárquicos.» (Del ministro de Agricultura en el mitin del domingo). «Unión, perseverancia y tranquilidad piden los hombres de Acción Popular.» (Morenilla). «Los partidos de derechas, o juntos nos salvamos o juntos perecemos.» (Ruiz Alonso)

NO QUEREMOS DINERO PARALIZADO EN LAS CUENTAS CORRIENTES

RUIZ ALONSO

MORENO DAVILA

MORENO TORRES

...s tradicionalistas abogan por la ...ión de los católicos

...E EL SECRETARIO GENERAL DEL PARTIDO, SR. FAL CONDE

6. Ruiz Alonso (foto superior derecha) en un mitin de Acción Popular. *Ideal*, Granada, 24 de febrero de 1935: «Los partidos de derechas o juntos nos salvamos o juntos perecemos». (Archivo de *Ideal*, Granada)



IDEAL

iobernar Gil Robles, es bien para todos“, dice un obrero de Montefrío

AGNIFICA JORNADA DE LOS PROPAGANDISTAS DEL FRENTE CONTRARREVOLUCIONARIO, EN LA PROVINCIA DE GRANADA

celebraron actos en Piñar, Montefrío, Dólar, Brácana y Jun

OTRO ACTO EN PIÑAR

MITIN EN MONTEFRIO

Candidatura contrarrevolucionaria

Don Ramón Ruiz Alonso
C. E. D. A.

Don Julio Moreno Dávila
C. E. D. A.

Don Manuel Torres López
C. E. D. A.

Don José Fernández-Arroyo y Caro
C. E. D. A.

Don Francisco Herrera Oria
C. E. D. A.

Don José María Arauz de Robles
TRADICIONALISTA

Don Francisco González Carrascosa
AGRARIO

Don Natalio Rivas y Santiago
INDEPENDIENTE

Don Gonzalo Muñoz
PROGRESISTA

Don Melchor Almagro Sanmartín
PROGRESISTA

SEMILLA DE REMOLACHA KLEIN “ORIGINAL“
MARTINEZ CAÑAVATE -:- MARACENA Y CARCEL BAJA, 28

7. Ruiz Alonso encabeza la «Candidatura contrarrevolucionaria» de las derechas granadinas en 1936. *Ideal*, Granada, 8 de febrero de 1936. (Archivo de *Ideal*, Granada)

nada, domingo 9 de febrero 1936.

UIZ ALONSO TRABAJA DE ALBAÑIL
PARA RECONSTRUIR UNA CASA
HUNDIDA EN ALFACAR

) HIZO PARA AYUDAR A UN OBRERO, DE
QUIEN ES LA CASA Y QUE NO TENIA
MEDIOS PARA HACERLO



són Ruiz Alonso trabajando de peón de albanil en la reconstrucción
de una casa hundida de un obrero de Alfacar.

8. Ruiz Alonso ayuda a reconstruir una casa hundida en el pueblo granadino de Alfacar en febrero de 1936. (Archivo de *Ideal*, Granada)



9. Ruiz Alonso en un mitin electoral madrileño. *Ahora*, Madrid, 11 de febrero de 1936.



10. Federico García Lorca lee en el café Nacional de Madrid el manifiesto de los intelectuales de izquierdas en apoyo al Frente Popular, febrero de 1936. A su izquierda, María Teresa León. Segundo por la derecha, Rafael Alberti.

AYER Y HOY

Ruiz Alonso, el proletario "honoris causa", huésped de gran hotel y plañidero en un taxi

¡A por los trescientos... a por los trescientos kilómetros por hora hacia Madrid!

Don Ramón era un ferviente trescientista. Era y lo es. Y ahora veremos esta adoración por la cifra a través del tiempo. Don Ramón, además de este fervor, tenía otros entusiasmos. Sentía la caricia del pijama de seda en los soliloquios del hogar y amaba el traje de mahón para lucir el de obrero cuando entraba en funciones oratorias. Y lo mismo que se dejaba abrasar por estos cariños, se abandonaba al temor de los descalabros. Ejemplo al canto: don Ramón tuvo necesidad un día de acomodarse entre el terciopelo de un taxi de magnífica carrocería para marchar a Algeciras con unos discursos preconcebidos. Don Ramón realizó el viaje de ida y vuelta sin novedad. La novedad la tuvo el chófer. No le pagó. Y bastó que un día se lo recordásemos, a los tres meses del viaje, para que el temor a los cuchicheos le convenciera de que debía dar lo suyo al proletario que le trasladó a Algeciras. Pagó tarde, pero en fin, pagó. Somos justos y lo declaramos así.

Hoy hemos sabido otra cosa. Don Ramón, el mismo domingo electoral—él sabrá por qué—se trasladó a un elegante hotel de la Alhambra. El «maitre» le recibió en el «hall» con galantería estudiada para turistas:

—Caballero, el cuarto número... Hay baño, calefacción. Todo. ¿Quiere que le preparemos el baño?..

Un botones se le cuadró con amabilidad de gran hotel:

—Señorito, por aquí...

En fin, el obrero, el proletario o el jornalero de la Ceda, como ustedes quieran llamarle, era aquel día todo un caballero, todo un señorito. Cena espléndida, lecho tierno y acogedor. El hotel elegante de la Alhambra no era exactamente una posada sombría donde van a dormir los «pardillos» que le han votado—porque algunos le han votado—cuando vienen a la ciudad a que les pegue guantazos en las espaldas don Ramón.

El día del lunes amaneció esplendoroso para el Frente popular. Don Ramón paseaba con su pijama azul por los pasillos del gran hotel. Entraba a su habitación, todo confort, marcaba un número del teléfono, recibía una noticia alarmante y sus chinelas zapateaban de indignación por el brillo de los baldosines.

Llegó un taxi a la puerta del hotel de lujo.

Quince minutos después don Ramón salía acompañado de unos señores. Y ya con el pie en el estribo del coche, un diálogo breve y tierno. Puños cerrados, miradas feroces. Y al fin lo conmovedor. Los señores desconocidos abrazan a don Ramón y todos lloran. Un pañuelo de despedida. Don Ramón ordena al chófer:

—¡Vamos a por los trescientos...; a por los trescientos kilómetros por hora hacia Madrid!

Y el taxi se perdió en unos minutos.

11. *El Defensor de Granada* se burla de Ramón Ruiz Alonso, 19 de febrero de 1936.



12. García Lorca en la terraza de la Huerta de San Vicente con Constantino Ruiz Carnero, director de *El Defensor de Granada* y acérrimo adversario de Ruiz Alonso, fusilado por los fascistas granadinos a los pocos días de empezar la guerra, 1935.



EL DEFENSOR DE GRANADA

GOBIERNO

e la violencia

Las actividades bélicas en China

García Lorca, en Granada

Reunión de las minorías de Esquerra y comunista

La nota disco

letófilo

INFORMACION POLITICA

QUEDAN SUSPENDIDAS LAS SESIONES

13. *El Defensor de Granada* consigna en primera página, el 15 de julio de 1936, la llegada de Lorca a la ciudad.

Cesa en el Gobierno Civil el señor Valdés, por reintegrarse a su cargo militar



D. JOSE VALDES GUZMAN

SE HA POSESIONADO INTERINAMENTE DEL MANDO DE LA PROVINCIA EL CORONEL SEÑOR TAMAYO ORELLANA



D. LORENZO TAMAYO ORELLANA

Por reintegrarse a su cargo militar, ayer entregó el mando de la provincia don José Valdés Guzmán al coronel de Infantería y presidente de la Diputación don Lorenzo Tamayo Orellana, quien ha sido designado, con carácter interino, gobernador civil.

La toma de posesión se verificó en la tarde de ayer y al recibir a nuestro redactor político las autoridades entrante y saliente le facilitaron las siguientes notas:

El nuevo gobernador

«Cumpliendo lo ordenado por necesidades militares me he encargado interinamente del cargo de gobernador civil de esta provincia, en sustitución de mi buen amigo el señor Valdés, cuya labor patriótica en momentos difíciles para la Patria todos conocéis.

Durante el tiempo que desempeñe este cargo me ofrezco incondicionalmente al pueblo de Granada para todo cuanto redunde en bien de nuestra querida España y de esta provincia.

¡Viva España! y ¡Arriba España! ¡Viva siempre el generalísimo Franco!—**Lorenzo Tamayo Orellana.**»

Despedida del señor Valdés

«Estimo un deber ineludible, al cesar en el cargo de gobernador civil de esta provincia, el despedirme del pueblo de Granada, a quien tanto quiero y en el que puse todos mis desvelos, todos mis entusiasmos y sacrificios, para con mi ejemplo cooperar con vuestro indiscutible apoyo a salvarlo de la tiranía roja, en lo que nuestra gloriosa guarnición supo poner el principal jalón para la salvación de nuestra España.

El mando ha estimado más necesarios mis servicios, dada mi cualidad militar, en otro puesto, en el que me ofrezco a vosotros y en el que con toda mi alma seguiré, como hasta ahora, luchando por la Patria. Dios quiera iluminarme y que de él salga con la misma tranquilidad de conciencia con que abandono éste y con la íntima satisfacción que siempre produce el deber cumplido.

Podéis tener la seguridad de que el que me sustituye, con sus relevantes cualidades, mejorará el desempeño del cargo para bien también de Granada.

¡Granadinos! Yo os pido perdón si, en el inexorable cumplimiento de las obligaciones de mi cargo, no fuí con vosotros lo benévolo que hubiese querido, pero no olvidar nunca que hemos vivido seis meses históricos y que las responsabilidades que en mí encarnaban ante Dios y ante mi Patria eran tremendas; cuando el tiempo haga su perspectiva más distante todos lo comprenderemos en sus justos términos.

Granada es un pueblo hidalgo, patriota y austero como pocos y como vibran en vosotros los sentimientos del patriotismo, tened la seguridad que Granada será grande como ya lo es por su historia. Dios os dé mucha felicidad; para mí sólo le pido que jamás olvidéis los días que luchamos juntos por nuestra Granada y por nuestra España.

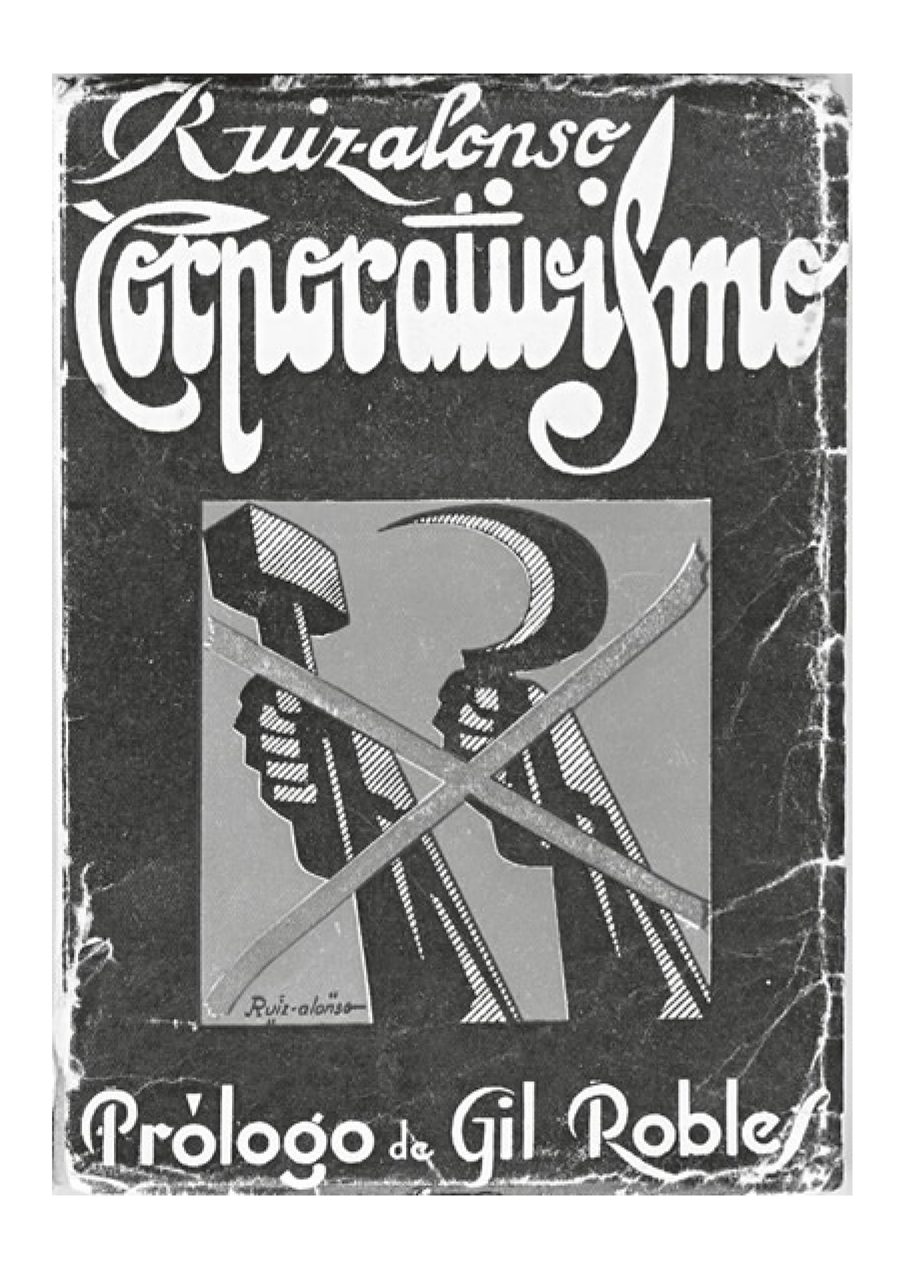
¡Viva España! ¡Arriba España! ¡Viva siempre el generalísimo Franco!—**José Valdés Guzmán.**»

Despedida de amigos y funcionarios

Al conocer la noticia de haber dejado el Gobierno civil el señor Valdés acudieron a este centro numerosos amigos particulares, como así los funcionarios del Gobierno, para despedirle. El señor Valdés agradeció a todos el concurso que le habían prestado durante su actuación y les reiteró su amistad sincera.

Los funcionarios del Gobierno civil fueron presentados después al señor Tamayo por el secretario del Gobierno, don Vicente Hita.

14. A la izquierda, el comandante José Valdés Guzmán, gobernador civil rebelde de Granada, cómplice del fusilamiento del poeta. *Ideal*, Granada, 20 de abril de 1937. (Archivo de *Ideal*, Granada)



15. Cubierta de *Corporativismo*, el manual fascista publicado por Ruiz Alonso en 1937.

Ramón Ruiz Alonso

obrero tipógrafo

Diplomado en Ciencias sociales y exdiputado a Cortes

¡Corporativismo!

Ya sé que habrá por ahí quien diga...

que capital y trabajo serán siempre rivales irreconciliables y que jamás será salvado el abismo insondable que les separa marcando a cada cual su rumbo, su camino, su meta...

...También se repelen y se rechazan los colores. El blanco es pureza, candor, júbilo, alegría; eco triunfal de esponsal que avanza por templo engalanado en busca de un altar y una ilusión. El negro es luto, pena, amargura, tristeza, llanto; lúgubre acento de arrogante figura que fué y tan solo espera ya una fosa en que aniden los gusanos.

Y sin embargo...
¡Ovejas negras aciertan a parir corderillos blancos!

1937

Primera edición

Composición e impresión de la Comercial Salmantina

Prior, 19 — Salamanca — España

Primer año triunfal

16. Portada de *Corporativismo*, el manual fascista publicado por Ruiz Alonso en 1937.

En 1932 se instala en Granada un acérrimo enemigo del socialismo, Ramón Ruiz Alonso, tipógrafo de profesión. Elegido diputado por Granada de la CEDA en 1933, se convierte durante el llamado Bienio Negro en el político reaccionario más agresivo de la provincia. Aunque las derechas vuelven a ganar en Granada en febrero de 1936, los resultados son anulados por las Cortes del Frente Popular, y Ruiz Alonso, ya sin escaño, empieza a conspirar activamente contra la legalidad republicana. En este apasionante libro el biógrafo de Lorca examina nuevamente, a la luz de nueva documentación, el caso del «obrero amaestrado» de la CEDA cuyo nombre está unido indisolublemente a la muerte del poeta español más amado y más llorado de todos los tiempos.



El biógrafo de Lorca más importante y de referencia mundial.

El País

Ian Gibson (Dublín, 1939) es un hispanista internacionalmente reconocido y, desde 1984, ciudadano español. Entre sus libros más destacados figuran *La represión nacionalista de Granada en 1936 y la muerte de Federico García Lorca* (París, Ruedo Ibérico, 1971) —Premio Internacional de la Prensa (Niza, 1972)—, prohibido por el régimen franquista, la magna biografía *Federico García Lorca* (1985-1987) —reeditado en un solo volumen en 2011—, *La vida desaforada de Salvador Dalí* (1998), *Vida, pasión y muerte de Federico García Lorca* (1998), *Lorca-Dalí. El amor que no pudo ser* (1999), *Ligero de equipaje. La vida de Antonio Machado* (2006), *Lorca y el mundo gay* (2007), *El hombre que delató a García Lorca* (2007), la novela *La berlina de Prim*, ganadora del Premio Fernando Lara (2012), Luis Buñuel. *La forja de un cineasta universal* (2013) y *Poeta en Granada. Paseos con Federico García Lorca* (2015). Gibson vive actualmente en el popular barrio madrileño de Lavapiés.

Edición en formato digital: junio de 2016

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Fotografía de portada: © Diario Ideal, febrero 1936

ISBN: 978-84-663-3665-9

Composición digital:

www.megustaleer.com



Capítulo I. Ramón Ruiz Alonso: enemigo mortal del socialismo

[1] Para la fecha de nacimiento de Ruiz Alonso me remito a la copia de su acta de nacimiento que me enviara en su día un funcionario del Congreso de los Diputados, copia que se conserva en mi archivo de la Casa-Museo de Lorca en Fuente Vaqueros; para sus nombres de pila, Caballero Pérez, p. 84.

[2] Ruiz Alonso, *Corporativismo*, p. 247.

[3] Le agradezco a D. Casimiro Díez, secretario del colegio de María Auxiliadora, en Salamanca, los datos que me proporcionó acerca de los años pasados en dicho establecimiento por Ramón Ruiz Alonso y sus hermanos.

[4] Ruiz Alonso, *Corporativismo*, p. 247.

[5] *Ibid*., p. 248.

[6] Recoge el dato Caballero Pérez, p. 86, n. 2.

[7] Documento incluido en el expediente de Ramón Ruiz Alonso (número 101) en la Escuela Social de Granada, conservado hoy en la Facultad de Derecho de la Universidad de la misma ciudad. Lo firmó Enrique Saiz, director del Colegio Salesiano del Sagrado Corazón de Jesús de Carabanchel Alto, de Madrid, el 15 de noviembre de 1935. Dice: «Certifica: Que D. Ramón Ruiz Alonso en los cursos 1921 a 1922 y 1922 a 1923, cursó en este Colegio de Segunda Enseñanza el primer y segundo cursos de Francés mereciendo en los exámenes verificados en este Colegio la calificación de sobresaliente en los dos cursos».

[8] Ruiz Alonso, *Corporativismo*, p. 248.

[9] Ayuntamiento de Madrid, Empadronamiento Municipal de diciembre de 1930, Distrito de Centro, Barrio de Muñoz Torrero.

[10] Ruiz Alonso, «Temas de Acción Social. "¡Hay que reaccionar!"», *Ideal*, Granada, 14 de julio de 1932.

[11] Entrevista nuestra con D. Ramón Ruiz Alonso, Madrid, 1966.

[12] Ruiz Alonso, *Corporativismo*, p. 247.

[13] Para la fecha del nacimiento de Emma Penella, *Wikipedia, la Enciclopedia Libre* en Internet.

[14] Ruiz Alonso, *Corporativismo*, p. 247.

[15] *Ibid*., pp. 132-133.

[16] *Ibid*., p. 248.

[17] «"Ideal", nuevo diario de Granada», *El Debate*, Madrid, 10 de mayo de 1932, p. 12.

[18] Pozo Felguera, pp. 79, 87.

[19] Ruiz Alonso, «¡Hay que reaccionar!», *Ideal*, Granada, 14 de julio de 1932, p. 3; «Los obreros,

por pantalla», *ibid*., 20 de julio de 1932, p. 3; «¡Se ha visto una causa!», *ibid*., 27 de julio de 1932; «En plena lucha», *ibid*., 5 de agosto de 1932, p. 3; «Un voto particular», *ibid*., 7 de octubre de 1932, p. 4; «¡Deslumbra esta claridad!», *ibid*., 13 de octubre de 1932, p. 5; «¡Ahora o nunca!», *ibid*., 26 de octubre de 1932, p. 3; «Escuelas o Sindicatos?», *ibid*., 20 de noviembre de 1932, p. 4. Los tres primeros artículos se reproducen en Pozo Felguera, pp. 365-372.

[20] Ver expediente detallado en la nota 7.

[21] Ruiz Alonso, «Actividades sociales en ocho meses», *Ideal*, 2 de enero de 1933, p. 24. El artículo se reproduce en Pozo Felguera, pp. 372-377.

[22] Caballero Pérez, p. 88.

[23] *El Debate*, Madrid, 28 de junio de 1932, p. 5.

[24] *Ideal*, Granada, 11 de febrero de 1933, pp. 3-4; *ibid*., 1 de marzo de 1933, p. 3.

[25] *Ibid.*, 3 de mayo de 1933, pp. 3-4.

[26] *Ibid*., 10 de mayo de 1933, p. 5; Ruiz Alonso, p. 137.

[27] Lanzas, p. 100.

[28] Gibson, *El asesinato de Federico García Lorca*, pp. 182-185.

[29] *Ibid*., pp. 391-395; «Protesta por el asesinato de García Lorca. Asociación de Amigos de la Unión Soviética», *La Libertad*, Madrid, 10 de septiembre de 1936, p. 3.

[30] «Ecos de sociedad», *El Defensor de Granada*, 26 de septiembre de 1933, p. 1.

[31] *Ideal*, Granada, 15 de octubre de 1933, p. 3.

[32] *Ibid*., 21 de octubre de 1933, p. 7.

[33] *Ibid*., 24 de octubre de 1933, p. 5.

[34] *El Defensor de Granada*, 4 de noviembre de 1933, p. 5; veáse también *Ideal*, Granada, 4 de noviembre de 1933, pp. 1 y 3.

[35] Ruiz Alonso, *Corporativismo*, p. 138.

[36] *Ideal*, Granada, 4 de noviembre de 1933, p. 3.

[37] *Ibid*., 7 de noviembre de 1933, pp. 5-6; *ibid*., 17 de noviembre de 1933, p. 9.

[38] *Ibid*., 11 de noviembre, p. 5.

[39] Solicitud incluida en el expediente detallado en la nota 7.

[40] *Ideal*, Granada, 12 de noviembre de 1933, pp. 7-8.

[41] *Ibid*., 14 de noviembre de 1936, p. 6; *ibid*., 16 de noviembre de 1936, pp. 1, 8 y 9; *ibid*., 17 de noviembre de 1936, pp. 1, 7.

[42] *El Defensor de Granada*, 14 de noviembre de 1933, p. 5.

[43] *Ibid*., 15 de noviembre de 1933, p. 3.

[44] *Ideal*, Granada, 22 de noviembre de 1933, p. 1; para la fecha y lugar de nacimiento de Trescastro, así como para su actividad política a principios de siglo, véase Caballero y Góngora, pp. 154-155, 168-169.

[45] Para el banquete, información recogida por nosotros en Villaflores en 1976, Caballero Pérez reproduce sendas fotografías de los rótulos callejeros en *Las trece últimas horas en la vida de Federico García Lorca*.

[46] Ruiz Alonso, p. 13.

[47] *Ideal*, Granada, 5 de diciembre de 1933, p. 3.

[48] R. Ortega Lissón, «Los obreros auténticos, diputados. Un ferroviario y un linotipista nos dicen sus propósitos parlamentarios», *Blanco y Negro*, Madrid, 10 de diciembre de 1933, sin paginación.

[49] Ruiz Alonso, pp. 133-134.

[50] Preston, p. 183.

[51] *Diario de Sesiones*, Madrid, 15 de marzo de 1934, p. 28.

[52] Ruiz Alonso, p. 142.

[53] *Ibid*.

[54] *El Defensor de Granada*, 18 de marzo de 1934, p. 1.

[55] *Heraldo de Madrid*, 11 de abril de 1934, p. 6.

[56] Página «Resultado de los exámenes» en el expediente citado en la nota 7.

[57] Preston, p. 188.

[58] *Diario de Sesiones,* Madrid, 10 de mayo de 1934, pp. 2755-2763.

[59] *C.E.D.A.*, Madrid, 31 de julio de 1934, p. 7.

[60] *Ibid*., p. 13.

Capítulo II. Revolución política, revolución teatral: Asturias, García Lorca

[1] *Ideal*, Granada, 7 de enero de 1936, p. 6.

[2] *Ibid*., 13 de octubre de 1934, p. 4.

[3] *Ibid*., 31 de octubre de 1934, p. 5.

[4] Solicitud incluida en el expediente citado en la nota 7.

[5] «Carta abierta al partido político Acción Obrerista», *ABC*, Madrid, 18 de noviembre de 1934, pp. 26-27.

[6] «Acción Obrerista y el diputado Sr. Ruiz Alonso», *ibid*., 20 de noviembre de 1934, p. 17.

[7] «Pinos Puente… Solidaridad con Ruiz Alonso», *Ideal*, Granada, 27 de diciembre de 1934, p. 10; «De Pinos Puente», *El Defensor de Granada*, 27 de diciembre de 1934, p. 4.

[8] «Carnet mundano», *Ideal*, Granada, 30 de diciembre de 1934, p. 2.

[9] «Ésta es nuestra fe. Elisa Montés: “Es muy importante tener alguien a quien rezar”», *ABC*, Madrid, 3 de agosto de 1986, p. 44.

[10] Alardo Prats, «Los artistas en el ambiente de nuestro tiempo. El poeta Federico García Lorca espera para el teatro la llegada de la luz de arriba, del paraíso. En cuanto los de arriba bajen al patio

de butacas, todo estará resuelto», *El Sol*, Madrid, 15 de diciembre de 1934, última página; entrevista reproducida en García Lorca, *Obras completas*, III, pp. 541-546.

[11] «Artistas de nuestro tiempo. El poeta García Lorca habla del teatro y de la vocación artística. El próximo estreno de la tragedia “Yerma”», *El Defensor de Granada*, 21 de diciembre de 1934, p. 1.

[12] «El estreno de la obra de Federico García Lorca, “Yerma”», *ibid*., 30 de diciembre de 1934, p. 1.

[13] «El estreno de “Yerma” y de “Estudiantina”», *El Debate*, Madrid, 3 de enero de 1935, p. 6.

[14] José de la Cueva, «“Yerma”, de Federico García Lorca», *Informaciones*, Madrid, 31 de diciembre de 1934, p. 8.

[15] *La Nación*, Madrid, 31 de diciembre de 1934, p. 11.

[16] «Español: *Yerma*», *El Siglo Futuro*, Madrid, 30 de diciembre de 1934.

[17] A. C., «Informaciones y noticias teatrales. En Madrid. Español: *Yerma*», *ABC,* Madrid, 30 de diciembre de 1934, p. 54.

[18] Luis Araujo Costa, «Veladas teatrales. Español. Estreno del poema trágico…», *La Época*, Madrid, 31 de diciembre de 1934, p. 5.

[19] Dimitri Escalpelhoff [seud.], «La temporada teatral», *Gracia y Justicia,* Madrid, 5 de enero de 1935, p. 8.

[20] «Antena literaria», *ibid*., p. 14.

[21] Recorte de procedencia desconocida conservado en nuestro archivo, Museo-Casa Natal Federico García Lorca, Fuente Vaqueros (Granada).

[22] «El conflicto azucarero de la costa», *El Defensor de Granada*, 21 de diciembre de 1934, p. 1.

[23] A. Bazán, «“Yerma”, de García Lorca, en el Español», *Tiempo presente*, Madrid, núm. 1, marzo de 1935.

Capítulo III. Se acaba el «Bienio Negro»

[1] «El Bloque Sindical Granadino comienza su trabajo…», *Ideal*, Granada, 1 de enero de 1935, p. 19.

[2] *Ibid*.

[3] «Desde Íllora. Para Ruiz Alonso», *El Defensor de Granada*, 3 de enero de 1935, p. 1.

[4] «La función religiosa de la Toma de Granada», *Ideal*, Granada,

[1] de enero de 1935, p. 6. 5 Caballero Pérez, p. 93.

[6] *Ideal*, Granada, 26 de febrero de 1935, p. 5.

[7] *Ibid*., Granada, 19 de marzo de 1935, pp. 3, 5-6; «Actividades de la C.E.D.A. Gil Robles habla ante 40.000 personas en Granada», *C.E.D.A*., Madrid, 1 de abril de 1935, p. 5. Copiamos los «19 puntos» de *J.A.P*., Madrid, 27 de octubre de 1934, p. 3.

[8] *Ideal*, Granada, 26 de marzo de 1935, p. 5; *ibid*., 2 de abril de 1936, p. 4.

[9] *Ibid*., 25 de abril de 1935, p. 9.

[10] Documentos incluidos en el expediente detallado en la nota 7 del capítulo I.

[11] «En Antequera», *C.E.D.A.*, Madrid, 31 de mayo de 1935, p. 6.

[12] *Ideal*, Granada, 28 de mayo de 1935, p. 9.

[13] *Ibid*., 2 de junio de 1935, p. 11.

[14] «Y ven y ven y… vente sin alpargatas…», *El Defensor de Granada*, 4 de julio de 1935, p. 1.

[15] Gibson, *Vida, pasión y muerte de Federico García Lorca*, p. 607.

[16] *Ibid*., p. 608.

[17] *El Defensor de Granada*, 22 de octubre de 1935, pp. 1-2; *Ideal*, Granada, 23 de octubre de 1935, p. 6.

[18] *La Voz*, Madrid, 22 de octubre de 1935, p. 3.

[19] «Ramón Ruiz Alonso», *J.A.P.*, Madrid, 26 de octubre de 1935, p. 11.

[20] Entrevista nuestra con el doctor José Rodríguez Contreras, Granada, 1966.

[21] *La Libertad*, Madrid, 13 de noviembre de 1935, p. 1.

[22] *Ideal*, Granada, 13 de noviembre de 1935, p. 8.

[23] Ver, por ejemplo, el «Retablillo» titulado «Las mil pesetas restringidas», *El Defensor de Granada*, 17 de octubre de 1935, p. 1.

[24] «Retablillo» (apartado titulado «O el Congreso o el “ring”»), *ibid*., 14 de noviembre de 1935, p. 1.

[25] «Constancio», «Silueta del día. El parlamentarismo», *ibid*., 9 de noviembre de 1935, p. 1.

[26] *J.A.P*., Madrid, 26 de octubre de 1935, pp. 1-2.

[27] *Ibid*., 16 de noviembre de 1935, p. 1.

[28] «Se celebró la Asamblea de Acción Popular», *Ideal*, Granada, 24 de noviembre de 1935, p. 6.

[29] «Retablillo», *El Defensor de Granada*, 7 de diciembre de 1935, p. 1.

[30] «Constancio», «Silueta del día. El incierto porvenir», *ibid*., 18 de diciembre de 1935, p. 1.

[31] «Gil Robles encarece una intensa propaganda en los pueblos», *Ideal*, Granada, 24 de diciembre de 1935, p. 6.

[32] «Acción Popular comienza su propaganda en la provincia», *ibid*., 27 de diciembre de 1935, p. 5.

[33] *Ibid*., 29 de diciembre de 1935, p. 8.

[34] *Ibid*., 1 de enero de 1936, p. 7.

[35] *Ibid*., 3 de enero de 1936, p. 5.

[36] *Ibid*., 7 de enero de 1936, p. 6.

[37] Jackson, pp. 185-187.

[38] *Ideal*, Granada, 16 de enero de 1936, p. 4.

[39] «Retablillo. Reflexiones», *El Defensor de Granada*, 22 de enero de 1936, p. 1.

[40] *Ideal*, Granada, 21 de enero de 1936, p. 5.

[41] *Ibid*., 23 de enero de 1936, pp. 5-6; *ibid*., 28 de enero de 1936, p. 5; *ibid*., 29 de enero de

1936, p. 5; *ibid*., 30 de enero de 1936, p. 11; *ibid*., 31 de enero de 1936, p. 5.

[42] «Retablillo. ¡Esas botas, Ramón, Esas botas!», *El Defensor de Granada*, 29 de enero de 1936, p. 1.

[43] *J.A.P*., Madrid, 1 de febrero de 1936, p. 5.

[44] *El Defensor de Granada*, 1 de febrero de 1936, p. 1.

[45] «Pantalla electoral», *ibid*., 2 de febrero de 1936, p. 1.

[46] «Ante el 16 de febrero. En Deifontes se celebraron dos actos de izquierdas ante la enorme afluencia de oyentes. En Fuente Vaqueros e Iznalloz también hubo entusiasmo y millares de republicanos y obreros», *ibid*., 4 de febrero de 1936, pp. 1 y 6.

[47] Conversación nuestra en Fuente Vaqueros (diciembre de 1986) con D. José Martín Jiménez, presente en el mitin de Ruiz Alonso.

[48] *Ideal*, Granada, 5 de febrero de 1935, p. 5; *ibid*., 8 de febrero de 1936, pp. 5-6.

[49] «Ruiz Alonso trabaja de albañil para reconstruir una casa hundida en Alfacar. Lo hizo para ayudar a un obrero, de quien es la casa y que no tenía medios para hacerlo», *ibid*., Granada, 9 de febrero de 1936.

[50] *El Defensor de Granada*, 11 de febrero de 1936, p. 1.

[51] *Ideal*, Granada, 9 de febrero de 1936, pp. 7-8.

[52] *El Debate*, Madrid, 12 de febrero de 1936, p. 2.

[53] *Ibid*., 11 de febrero de 1936, p. 1; *Ideal*, Granada, 11 de febrero de 1936, p. 1.

[54] *El Debate*, Madrid, 11 de febrero de 1936, p. 3.

[55] «Los actos políticos del domingo en Madrid. El Sr. Ruiz Alonso», *El Sol*, Madrid, 11 de febrero de 1936, p. 7.

[56] Reproducido en Gibson, *El asesinato de García Lorca*, pp. 408-409.

[57] *Ibid*., pp. 36-38.

[58] *Ideal*, Granada, 14 de febrero de 1936, p. 9.

[59] Suero, p. 69.

[60] *Ibid*., pp. 66-73.

[61] *Ideal*, Granada, 12 de febrero de 1936, pp. 5-6.

[62] *Ibid*., 13 de febrero de 1936, pp. 5-6.

[63] *Ibid*., 14 de febrero de 1936, pp. 1, 5.

[64] *Ibid*., 15 de febrero de 1935, p. 6.

[65] *El Debate*, Madrid, 16 de febrero de 1936, p. 1.

[66] *Ideal*, Granada, 16 de febrero de 1936, pp. 5-6.

[67] Brenan, *El laberinto español*, pp. 225-226.

[68] Jackson, pp. 48-49; *Heraldo de Madrid*, *La Voz*, *El Socialista* y otros diarios madrileños correspondientes a estos días, *passim*; Suero, pp. 48-49.

[69] *Ideal*, Granada, 17 de febrero de 1936, p. 1.

[70] *La Voz*, Madrid, 18 de febrero de 1936, p. 10.

[71] *El Defensor de Granada*, 19 de febrero de 1936, p. 1.

[72] *Ibid*., 9 de marzo de 1936, p. 1.

[73] *Ibid*., 10 de marzo de 1936, p. 1.

[74] *Ibid*.

[75] Southworth, p. 9.

[76] Payne, p. 100.

[77] *Heraldo de Madrid*, 18 de marzo de 1936, p. 3.

[78] «Los diputados del “pucherazo”. ¿A quién representan estos señores?», *El Defensor de Granada*, 20 de marzo de 1936, p. 1.

[79] «Silueta del día» («Ante el naufragio»), *El Defensor de Granada*, 28 de marzo de 1936, p. 1.

[80] *Ibid*., 1 de abril de 1936, p. 1.

[81] *Ibid*., 5 de abril de 1936, p. 1.

[82] *Ibid*., *passim*.

[83] Gil Robles, p. 558.

[84] «Retablillo», *El Defensor de Granada*, 1 de mayo de 1936, p. 3.

[85] *Ibid*., 5 de mayo de 1936, p. 1.

[86] «Retablillo» («Hiperbólicos»), *ibid*., 6 de mayo de 1936, p. 1.

[87] Ruiz Alonso, *Corporativismo*, pp. 249-250.

[88] Para el encarcelamiento de Primo de Rivera, véase *Heraldo de Madrid*, 14 de marzo de 1936, p. 16.

[89] Vila-San-Juan, p. 115; y entrevista nuestra con D. José Rosales Camacho, Granada, 26 de agosto de 1978.

[90] Molina Fajardo, p. 191.

[91] Entrevista nuestra con D. Ramón Ruiz Alonso, Madrid, 3 de abril de 1967.

Capítulo IV. García Lorca: vísperas de la tragedia

[1] Felipe Morales, «Conversaciones literarias. Al habla con Federico García Lorca», *La Voz*, Madrid, 7 de abril de 1936, entrevista reproducida en García Lorca, *Obras completas*, III, pp. 628-633.

[2] Gibson, *El asesinato de García Lorca*, pp. 39-40.

[3] *Ibid*., p. 42.

[4] *Ibid*., pp. 42 y 422.

[5] *Ibid*., pp. 42-43 y 420-421.

[6] *Heraldo de Madrid*, 9 de mayo de 1936, p. 16; Gibson, *La noche en que mataron a Calvo Sotelo*, pp. 60-61.

[7] *El Socialista*, Madrid, 9 de mayo de 1936.

[8] *La Libertad*, Madrid, 10 de mayo de 1936, pp. 5-6.

[9] Jackson, pp. 203-206.

[10] Gibson, *El asesinato de García Lorca*, pp. 424-425.

[11] *Ibid.*, pp. 44-45.

[12] Declaraciones publicadas en el *Diario Español* de Buenos Aires, recogidas por *Heraldo de Madrid*, 2 de junio de 1936, p. 1.

[13] García Lorca, *Obras completas*, III, p. 637.

[14] Gil Benumeya, «Estampa de García Lorca», *La Gaceta Literaria*, Madrid, 15 de enero de 1931; García Lorca, *Obras completas*, III, pp. 377-380.

[15] *Heraldo de Madrid*, 29 de mayo de 1936, p. 9.

[16] García Lorca, *Obras completas*, II, p. 872.

[17] El manuscrito se conserva en la Fundación Federico García Lorca, Madrid.

[18] Según la inscripción sobre la tumba de Francisca Alba en el cementerio de Valderrubio, ésta murió el 22 de julio de 1924.

[19] Véase información de Mercedes Delgado García en Higuera Rojas, pp. 187-189; también en Ramos Espejo, «En Valderrubio, Granada…», p. 61.

[20] Conversación nuestra con D. José Arco Arroyo, Valderrubio, 17 de agosto de 1986; Caballero y Góngora, p. 157.

[21] Gibson, *Vida, pasión y muerte de Federico García Lorca*, p. 644.

[22] Seco de Lucena, p. 285.

[23] Gibson, *Federico García Lorca*. II. *De Nueva York a Fuente Grande*, pp. 461-62; Caballero y Góngora, pp. 77, 170-171.

[24] Vaquero Cid, p. 5.

[25] Caballero y Góngora, p. 156.

[26] *Ibid.*, pp. 181-182.

[27] *Ibid., passim*. Para la fundación de Acción Popular en Pinos Puente, véase *Ideal*, Granada, 10 de abril de 1934, p. 9.

[28] Caballero y Góngora, pp. 201-202.

[29] Entrevista nuestra con el vecino de Fuente Vaqueros apodado *El Nanni*, Fuente Vaqueros, 1976.

[30] Juan Tamayo y Rubio, *Lengua española*, Madrid, Librería de Enrique Prieto, 1936. p. 259.

[31] Gibson, *Vida, pasión y muerte de Federico García Lorca*, p. 638.

[32] Morla Lynch, p. 489.

[33] *La Voz*, Madrid, 23 de abril de 1936, p. 4.

[34] *Heraldo de Madrid*, 1 de julio de 1936, p. 9; para el testimonio de Francisco García Lorca, nos remitimos a una carta inédita de Juan Larrea a Mario Hernández, 10 de febrero de 1978 (cortesía de Mario Hernández).

[35] Gibson, *El asesinato de García Lorca*, pp. 332-323.

[36] Conversación nuestra con D. José Caballero, Madrid, 15 de febrero de 1987.

[37] Morla Lynch, pp. 491-492.

[38] Jackson, pp. 220-221; información facilitada por José Caballero a Marcelle Auclair, en Auclair, p. 367.

[39] *La Libertad*, Madrid, 12 de julio de 1936, p. 3; *Heraldo de Madrid*, 13 de julio de 1936, p. 2.

[40] Información de Fulgencio Díez Pastor en Auclair, pp. 368-369; conversación nuestra con el mismo, Madrid, 10 de octubre de 1978.

[41] García Buñuel, pp. 67-68.

[42] Gibson, *La noche en que mataron a Calvo Sotelo, passim*.

[43] Gil-Albert, p. 250.

[44] «De sociedad», *El Defensor de Granada*, 10 de julio de 1936, p. 1.

[45] Molina Fajardo, p. 102; conversación de Agustín Penón con Ángel Carretero, Madrid, 1956 (hoja suelta conservada entre los papeles de Agustín Penón consultados por nosotros en 1989).

[46] Martínez Nadal, «El último día de Federico García Lorca en Madrid».

[47] Conversaciones nuestras con Dª Isabel García Lorca y Dª Laura de los Ríos, Madrid, septiembre de 1978.

[48] Martínez Nadal, «El último día de Federico García Lorca en Madrid».

[49] Pozo Felguera, p. 115; conversación nuestra con D. Manuel Torres López en Granada, 1966.

[50] Martínez Nadal, «El último día de Federico García Lorca en Madrid»; Martínez Nadal contestando el 19 de diciembre de 1977 una pregunta nuestra sobre el paradero del diario en que habría apuntado lo ocurrido aquel día, nos escribió: «No. Todavía no he logrado encontrar mi diario de bolsillo correspondiente al año 1936. Pero no desespero».

[51] Penón (1990), p. 178.

[52] Parte de la carta, fechada 15 de julio de 1936, está reproducida en Mario Hernández, introducción a Francisco García Lorca, *Federico y su mundo*, p. XXVI.

[53] «Reanudamos nuestra labor», *Ideal*, Granada, 1 de julio de 1936, p. 3.

[54] «Carnet mundano», *ibid.*, 16 de julio de 1936, p. 6; *Noticiero Granadino*, 17 de julio de 1936, p. 1.

[55] *Noticiero Granadino*, 12 de julio de 1936, p. 1.

Capítulo V. El crimen fue en Granada

[1] Gibson, *El asesinato de García Lorca*, pp. 83-84, 92-93; *Ideal*, Granada, 11 de julio de 1936, p. 6.

[2] Conversación nuestra con D. Miguel Cerón Rubio, Granada, 1966.

[3] Entrevista nuestra con D. Juan Romero Gómez, Granada, 14 de septiembre de 1965; Molina

Fajardo, pp. 131-132 (entrevista con Francisco Valdés Escobar, hijo de José Valdés Guzmán, gobernador civil rebelde de Granada).

[4] Fernández Castro, «Hojas de unas memorias»; entrevistas nuestras con D. José Fernández Castro, Granada, 1966, 1978.

[5] Carta dirigida al diario granadino *La Opinión*, 5 de febrero de 2006, citada por Caballero y Góngora, p. 236.

[6] Thomas, I, p. 243.

[7] *Ibid*., pp. 243-244.

[8] Gibson, *Queipo de Llano*, *passim*.

[9] Gibson, *El asesinato de García Lorca*, pp. 100-102; Martínez Barrio, pp. 358-359.

[10] Martínez Barrio, pp. 360-361.

[11] Gibson, *El asesinato de García Lorca*, pp. 101-103.

[12] *Ibid*., pp. 108-122.

[13] *Ibid*., p. 121.

[14] *Ideal*, Granada, 10 de julio de 1936.

[15] Conversación nuestra con D. Manuel López Banús, Fuengirola, 8 de agosto de 1979. Para la fecha de la detención, *Ideal*, Granada, 26 de agosto de 1936, p. 4.

[16] Gibson, *El asesinato de García Lorca*, pp. 129-160, *passim*.

[17] *Ibid*.

[18] *Ideal*, Granada, 25 de julio de 1936.

[19] Gibson, *El asesinato de García Lorca*, p. 88.

[20] *Ibid*., pp. 88-89; Caballero Pérez, p. 19.

[21] Gibson, *El asesinato de García Lorca*, p. 92.

[22] Esta información, no contrastada, nos la proporcionó Dª Aurora de la Cuesta de Garrido, que vivía en la Huerta de la Virgencica, cerca de la Huerta de San Vicente, y era muy amiga de los García. Recibió de Angelina Cordobilla, la criada de éstos, una descripción detallada de la vuelta del poeta a casa después de su visita a la cárcel. Conversación nuestra con Dª Aurora de la Cuesta, Granada, 8 de agosto de 1987.

[23] Rodríguez Valdivieso, «Horas en la Huerta de San Vicente».

[24] Gibson, *El asesinato de García Lorca*, p. 211.

[25] *Ideal*, Granada, 8 de agosto de 1936, p. 8.

[26] Gibson, *El asesinato de García Lorca*, pp. 151-152.

[27] Penón (1990), pp. 60-61.

[28] *Ideal*, Granada, 27 de mayo de 1934, p. 1.

[29] Ramos Espejo, «El capitán Rojas en la muerte de García Lorca»; para la fecha de nacimiento de Rojas y la información sobre su padre, véase Caballero y Góngora, pp. 245-246.

[30] Gibson, *El asesinato de García Lorca*, pp. 219-220.

[31] La fecha y los pormenores de esta visita se pueden establecer gracias al documento exculpatorio de Luis Rosales, fechado el 17 de agosto de 1936, localizado y reproducido por Molina

Fajardo, pp. 347-348, y recogido por nosotros en *Vida, pasión y muerte de Federico García Lorca*, pp. 678-680.

[32] Conversación nuestra con D. Alfredo Rodríguez Orgaz, Madrid, 9 de octubre de 1978.

[33] Gibson, *Vida, pasión y muerte de Federico García Lorca*, pp. 149-151.

[34] Gibson, *El asesinato de García Lorca*, pp. 213-217; conversación nuestra con Dª Isabel Roldán García, Chinchón (Madrid), 1 de enero de 1982, y con Dª Carmen Perea Ruiz, Valderrubio (Granada), 22 de agosto de 1980; Gibson, *Federico García Lorca*, II, pp. 461-463; véase también el documento exculpatorio de Luis Rosales reproducido por Molina Fajardo, pp. 347-348, y por nosotros en *Vida, pasión y muerte de Federico García Lorca*, pp. 678-680.

[35] Conversación nuestra con D. Benigno Vaquero Cid, Pinos Puente, 17 de agosto de 1986.

[36] Ramos Espejo, *El 5 a las cinco con Federico García Lorca*, p. 192.

[37] Conversación nuestra con Dª Angelina Cordobilla González, grabada en magnetófono, Granada, 1966.

[38] Gibson, *El asesinato de García Lorca*, pp. 169-172; conversación nuestra con Dª Carmen Perea, la hermana de Gabriel, testigo de los hechos ocurridos en la Huerta de San Vicente (Valderrubio, Granada, 22 de agosto de 1980); véanse también las entrevistas de Antonio Ramos Espejo con Carmen Perea en 1986, recogidas en Ramos Espejo, *El 5 a las cinco con Federico García Lorca*, pp. 188-194.

[39] Carta de Antonio Rodríguez Roldán publicada en *Ideal*, Granada, 17 de septiembre de 1986, p. 2.

[40] Conversación nuestra con Dª Isabel Roldán García, prima del poeta, grabada en magnetófono, Chinchón (Madrid), 22 de septiembre de 1978; conversación nuestra con Dª Encarnación Santugini Díaz, vecina de la Huerta de San Vicente, Granada, 1975; *Ideal*, Granada, 10 de agosto de 1936, p. 4.

[41] Conversación nuestra, grabada en magnetófono, con D. Luis Rosales Camacho, Cercedilla (Madrid), 2 de septiembre de 1966, y posteriores conversaciones con el mismo en Madrid.

[42] Gibson, *El asesinato de García Lorca*, pp. 220-222.

[43] Conversación nuestra, grabada en magnetófono, con D. Luis Rosales Camacho, Cercedilla (Madrid), 2 de septiembre de 1966.

[44] *Ibid.*

[45] Higuera Rojas, «Habla el chófer de García Lorca».

[46] Todo ello nos lo explicó detalladamente D. Luis Rosales en el curso de nuestras muchas conversaciones.

[47] Conversación nuestra con Dª Esperanza Rosales, Madrid, 7 de noviembre de 1978.

[48] Declaraciones de Gerardo Rosales Jaldo en el documental de Emilio Ruiz Barrachina, *El mar dejó de moverse*. Véase en el mismo sentido la novela de Rosales Jaldo, *El silencio de los Rosales* (Barcelona, Planeta, 2002).

[49] Entrevista nuestra con Dª Esperanza Rosales, Madrid, 7 de noviembre de 1978.

[50] *Ideal*, Granada, 10 de agosto de 1936, p. 4.

[51] Ambas notas se reproducen fotográficamente en Gibson, *El asesinato de García Lorca*,

números 18 y 20.

[52] Estos datos proceden del importantísimo documento exculpatorio de Luis Rosales, fechado 17 de agosto de 1936, localizado y publicado por Molina Fajardo, pp. 347-348, y reproducido por nosotros en *Vida, pasión y muerte de Federico García Lorca*, pp. 678-680.

[53] Entrevista nuestra con el ex guardia de Asalto celebrada en Granada, en 1971. Fue testigo de la misma el doctor José Rodríguez Contreras.

[54] Pozo Felguera, p. 147.

[55] Conversación nuestra con D. Luis Rosales Camacho, Madrid, 31 de enero de 1985.

[56] Pozo Felguera, pp. 328-329.

[57] Entrevista nuestra con Dª Esperanza Rosales Camacho, Madrid, 7 de noviembre de 1978.

[58] Conversación nuestra con el doctor José Rodríguez Contreras, Granada, 23 de agosto de 1978.

[59] Testimonio de D. Eduardo Carretero, grabado por nosotros en Chinchón (Madrid), 22 de septiembre de 1978.

[60] Molina Fajardo, p. 200.

[61] Entrevista nuestra con Dª Esperanza Rosales Camacho, Madrid, 7 de noviembre de 1978; Molina Fajardo, p. 41, nota 1; Gibson, *El asesinato de García Lorca*, p. 258.

[62] Entrevista nuestra con D. Ramón Ruiz Alonso, Madrid, 20 de marzo de 1967.

[63] Pozo Felguera, p. 122.

[64] Auclair, p. 390.

[65] Molina Fajardo, pp. 223-224.

[66] *Ibid.*, p. 228.

[67] *Ibid.*, p. 109.

[68] Entrevista nuestra con Dª Esperanza Rosales Camacho, Madrid, 7 de noviembre de 1978.

[69] Conversaciones nuestras con D. Miguel Rosales Camacho, Granada, 1966.

[70] Gibson, *Vida, pasión y muerte de Federico García Lorca*, p. 256; Molina Fajardo, p. 198 (testimonio de Luis García-Alix).

[71] Entrevista nuestra con D. Manuel Torres López, Granada, 28 de julio de 1966.

[72] Molina Fajardo, p. 198.

[73] Gibson, *El asesinato de García Lorca*, pp. 249-250.

[74] Penón (1990), pp. 210-211.

[75] Para Martín Lagos, véanse Molina Fajardo, pp. 41 y nota, 48, 76, 188, y Caballero Pérez, pp. 100-105. El primer investigador en señalar la participación de Trescastro y García-Alix en la detención de Lorca fue Claude Couffon. Los describe como «acólitos» de Ruiz Alonso, sin añadir más detalles (*A Grenade, sur les pas de García Lorca*, p. 107).

[76] Molina Fajardo, pp. 196-198.

[77] *Ideal*, Granada, 4 de mayo de 1935.

[78] *El Defensor de Granada*, 28 de abril de 1936, p. 3 («La proclamación de candidatos para la elección parcial de diputados a Cortes por Granada»); véase, además, Molina Fajardo, p. 197.

[79] Molina Fajardo, p. 323.

[80] *Ibid*., p. 326.

[81] *Ibid*., pp. 195-199.

[82] Gibson, *El asesinato de García Lorca*, p. 256.

[83] Penón (1990), p. 46.

[84] *Ibid*., pp. 46-48.

[85] Gibson, *El asesinato de García Lorca*, p. 257.

[86] Conversación nuestra con D. Miguel Rosales Camacho, Granada, 1966.

[87] Penón (1990), pp. 48-49.

[88] *Ibid*.

[89] Gibson, *El asesinato de García Lorca*, pp. 252-253.

[90] «El gobernador, entusiásticamente recibido por el pueblo de Lanjarón», *Ideal*, Granada, 17 de agosto de 1936, p. 5.

[91] En este punto concuerdan los testimonios tanto de Ruiz Alonso como de los hermanos Rosales. Además lo confirma la información de *Ideal* citada en la nota anterior. Velasco, según *Ideal* (1 de enero de 1935, p. 4), nació en Madrid en 1874 y llegó a Granada en 1930. Para más detalles sobre el mismo, véase Caballero.

[92] Gibson, *El asesinato de García Lorca*, pp. 261-262.

[93] Entrevista nuestra con D. Ramón Ruiz Alonso, Madrid, 20 de marzo de 1967.

[94] Penón (1990), pp. 201-202.

[95] Entrevista nuestra con D. Luis Rosales, Cercedilla, 2 de septiembre de 1966.

[96] Entrevista nuestra con D. Ramón Ruiz Alonso, Madrid, 3 de abril de 1967.

[97] Entrevista nuestra con D. Cecilio Cirre, Granada, septiembre de 1966.

[98] Entrevista nuestra con D. Luis Rosales, Cercedilla, 2 de septiembre de 1966.

[99] Penón (1990), p. 33.

[100] Vila-San-Juan, pp. 191-193.

[101] Molina Fajardo, p. 217.

[102] Carta de Manuel Jiménez Parga a José Luis Vila-San-Juan reproducida en el libro de este, pp. 252.

[103] *Ibid*., pp. 48, nota 28, 262, 289-290.

[104] Los testigos de la conversación fueron el hijo de José Rosales Camacho, José Carlos, y María Teresa Leal Carrillo.

[105] Entrevista nuestra con el doctor José Rodríguez Contreras, Granada, 1966.

[106] Entrevista nuestra con D. Luis Rosales, Madrid, 6 de octubre de 1978.

[107] Vila-San-Juan, pp. 150-152.

[108] Fotografía del documento en Molina Fajardo, pp. 347-348.

[109] Vila-San-Juan, p. 152.

[110] Gibson, *El asesinato de García Lorca*, pp. 269-273.

[111] «Ya hay teléfono entre las provincias andaluzas unidas al Movimiento», *Ideal*, Granada, 17 de agosto de 1936, p. 1. La plana se reproduce en Vila-San-Juan, p. 127.

[112] Caballero, *Las trece últimas horas en la vida de García Lorca*, pp. 81-83.

[113] Gibson (2005), pp. 274-275.

[114] Esta información nos fue facilitada amablemente desde Granada por doña María Luisa Mesa Martín, sobrina del comandante, el 16 de enero de 1996 y ratificada, igualmente por teléfono, el 11 de octubre de 2006.

[115] *Ibid.*, pp. 280-292.

Capítulo VI. Se difunde la noticia

[1] Titos Martínez, p. 122.

[2] Penón (1990), pp. 98-99; Penón (2000), p. 264.

[3] Entrevista nuestra con D. Ángel Saldaña, Madrid, 27 de mayo de 1966.

[4] El testimonio de Gabriel Morcillo fue recogido por el médico y escritor granadino Manuel Orozco, que nos lo transmitió amablemente en 1967. Para los apodos de los toreros, nuestro informador fue D. José Roldán, funcionario del Ayuntamiento, con quien también hablamos en 1967.

[5] Titos Martínez, p. 117.

[6] Entrevista nuestra con D. Rafael Rodríguez Contreras, Granada, 1967.

[7] Entrevista nuestra con D. Miguel Cerón Rubio, Granada, 1967. En *Las trece últimas horas en la vida de García Lorca* incluye Caballero Pérez una fotografía de la tumba, coronada por una imponente cruz de piedra.

[8] «Notas leídas por radio», *Ideal*, Granada, 20 de agosto de 1936, p. 8.

[9] Ruiz Alonso, p. 50.

[10] Molina Fajardo, p. 198.

[11] *Ibid.*, p. 326; para Trescastro, *ibid.*, p. 191.

[12] Un fragmento de la carta —de la cual se conserva una copia en la Casa de los Tiros de Granada— fue reproducido en el catálogo de la exposición *Federico García Lorca y Granada* (Granada, 1998), p. 272. El documento completo ha sido publicado por Víctor Fernández en *La Razón*, Barcelona (ver bibliografía). Le agradezco a este amigo una fotocopia del documento.

[13] Testimonio de D. José Rosales Camacho, grabado por nosotros, Granada, 26 de agosto de 1978.

[14] Gibson, *El asesinato de García Lorca*, pp. 327-334.

[15] *Ibid.*, pp. 342-343.

[16] Entrevista nuestra con D. Ramón Ruiz Alonso, Madrid, 1966; ver también sus declaraciones posteriores al respecto en Molina Fajardo, p. 195.

[17] *Ideal*, Granada, 8 de septiembre de 1936, p. 3; véase también *ibid.*, 12 de septiembre de 1936, p. 6 («El batallón “Pérez del Pulgar” revistado por el comandante ayudante»).

[18] *Ibid*., 21 de septiembre de 1936, pp. 1-2; *ibid*., 22 septiembre de 1936, pp. 5-6.

[19] *Ibid*., 4 de octubre de 1936, pp. 1, 2-3.

[20] Testimonio de varios granadinos con quienes hablamos en 1966-1967.

[21] «La propaganda en los frentes de combate», *ABC,* Sevilla, 2 de abril de 1937, p. 1.

[22] *Faro de Vigo*, 20 de abril de 1937, p. 1.

[23] Ridruejo, pp. 133-134.

[24] Ruiz Alonso, p. 45.

[25] *Ibid*., p. 66.

[26] *Ibid*., p. 227.

[27] *Ibid*., p. 156.

[28] *Ibid*., p. 251.

[29] *Ibid*., p. 41.

[30] *Ibid*., p. 134.

[31] Franco, pp. 439-441.

[32] Chávez Camacho, p. 13.

[33] «Sobre la muerte del poeta García Lorca. Aclaración del ex ministro español de Asuntos Exteriores, señor Serrano Súñer», *El Universal Gráfico*, México, 3 de mayo de 1948, pp. 1 y 14.

[34] Carta que nos mostró D. Ramón Ruiz Alonso en su despacho madrileño del Instituto Balmes (Consejo Superior de Investigaciones Científicas), 3 de abril de 1967.

[35] Brenan, *The Face of Spain*, p. 137.

[36] Couffon, véase bibliografía.

Capítulo VII. Ruiz Alonso y los investigadores

[1] Gibson, «Agustín Penón en Granada», en Penón (1990), pp. 11-15.

[2] Penón (1990), pp. 195-196.

[3] *Ibid*., pp. 210-216.

[4] *Ibid*., pp. 216-219.

[5] Gibson, «Agustín Penón en Granada», en Penón (1990), pp. 12-14.

[6] Penón (1990), p.178.

[7] Auclair, pp. 433-439.

[8] Entrevista nuestra con D. Ramón Ruiz Alonso, Madrid, 20 marzo de 1967.

[9] Para el artículo de Schonberg, véase bibliografía; entrevista nuestra con D. Ramón Ruiz Alonso, Madrid, 3 de abril de 1967.

[10] Molina Fajardo, pp. 189-195.

Capítulo VIII. Última escena: Ruiz Alonso abandona España

[1] Pozo Felguera, p. 330.

[2] Documentación amablemente facilitada por mi amigo el poeta Juan de Loxa, ex director del Museo-Casa Natal de Lorca en Fuente Vaqueros, Granada.

[3] Fernando Montejano, «Las 3 Penella son 4. Lo que va del 'Clan Sinatra' al 'Clan Penella', reforzado por la presencia de Mr. Messing. Emma, Elisa y Terele, frente a la sensata Mari Juli», *FilmEspaña*, Madrid, suplemento núm. 10, 1961, pp. 10-14.

[4] Sendas cartas nuestras a ambas hijas entregadas por mensajero, respectivamente, en febrero y abril de 2007.

[5] Pozo Felguera, p. 324.

[6] The Marquis de Merry del Val, «Spain: Six of One and Half a Dozen of the Other», *The Nineteenth Century*, Londres (marzo de 1937), p. 368.

[7] Gibson, *El asesinato de García Lorca*, pp. 459-460, 517.

[8] Molina Fajardo, p. 133.

[9] «Fábula y rueda de los tres amigos», en García Lorca, *Obras completas*, I, p. 515.

[10] Víctor Fernandez, «El hombre que se llevó a la tumba el secreto de Lorca», p. 70.

[11] Pozo Felguera, p. 332.

[*] Parece tratarse de los cuatro «petardos» que hicieron explosión en Granada el 25 de enero de 1933 (episodio ampliamente recogido por *Ideal* del día siguiente).

[*] El hijo muerto se llamaba Ramón, como el padre. Falleció en marzo de 1934 (Caballero Pérez, p. 89 y nota). En otra página de *Corporativismo* leemos: «La vida ha sido conmigo muy cruel y muy dura. Tan cruel, que me arrancó de cuajo en pocas horas el único varón que inundó de risas y alegría aquel hogar granadino, cuyos paredones lamían animosamente las aguas del río Dauro. Ramoncín era un angelote más» (p. 246).

[*] Un José Alcaide, no sabemos si el mismo, es nombrado por Gollonet y Morales (p. 93) como uno de los principales organizadores falangistas de la sublevación de julio de 1936 en Granada.

[*] La albaicinera iglesia de San Nicolás fue atacada durante los disturbios de agosto de 1932 y considerablemente dañada.

[*] Manuel Giménez Fernández.

[*] Manuel Torres López, candidato de la CEDA en las elecciones de febrero de 1936, conocía a Lorca y a su familia. José Jover Tripaldi iba a resultar una de las últimas personas en ver al poeta con vida (en la improvisada cárcel de La Colonia, en Víznar). En cuanto al ex guardia civil Isidoro Torres Soto, sería responsable por delación, una vez iniciada la guerra, de la muerte de varios catedráticos de la Universidad de Granada y de diputados de izquierdas.

[*] José María Pérez de Laborda, jefe nacional de la JAP.

[*] Antonio Pretel Fernández.

[*] No nos ha sido posible identificar a esta persona.

[*] Francisco García Rodríguez, hermano del padre del poeta.

[*] José Rosales Camacho.

[*]El teniente coronel de Infantería, Miguel del Campo, primer alcalde rebelde de la ciudad.

[*] Concejal granadino de Izquierda Republicana y en su momento alcalde de la ciudad.

[*] Aquí parece haber una confusión. Una cosa es la denuncia de Luis Rosales, acusando a Ruiz Alonso, tomada por Velasco. Otra la denuncia contra Lorca y los Rosales escrita a máquina por Ruiz Alonso y entregada en el Gobierno Civil.

[*] El ingeniero Juan José Santacruz, que construyó la famosa carretera de Sierra Nevada.

[*] Luis Fajardo Fernández.

[*] Ricardo Corro Moncho.

[*] Mentira. Las autoridades republicanas no repartieron ni una sola arma en Granada.

[*] Mariano Rodrigo Soriano (1868-1944), en sus tiempos diputado de las Cortes Constituyentes de la República y después embajador en Chile, donde terminada la guerra fijó su residencia.

[*] O sea, cínicamente, Manuel Azaña, culpado como siempre por las derechas de la matanza ejecutada en Casas Viejas por el capitán Rojas, quien fue luego, como sabemos, uno de los represores fascistas de Granada implicado en la persecución de Lorca.

[*] Serrano Suñer se refiere aquí a la «Carta a David Vigodksy», publicada en *Hora de España*, Valencia, número 4, abril de 1937, donde Machado se pregunta: «¿Pudo Granada defender a su poeta? Creo que sí. Fácil le hubiera sido probar a los verdugos que Lorca era políticamente inocuo, y que el pueblo que Federico amaba y cuyas canciones recogía no era precisamente el que canta La Internacional».

[*] Tenía entonces, exactamente, 53 años.

[*] En realidad, como hemos visto, Lanjarón, al sur de Granada.

[*] Palabras mal grabadas. Nos aseguró Ruiz Alonso que en algunas Casas del Pueblo habían puesto en escena una versión «revolucionaria» de *Bodas de sangre* titulada *Bodas de dinamita*. Parece del todo improbable.

[*] Apodo de una marca de cigarrillos, al parecer.

[*] Luis Rufilanchas.

[*] Federico Landovre López.

[*] Alusión clarividente a Santiago Carrillo y la matanza de Paracuellos.

Índice